triunfo

AÑO XXXV ● 6.ª EPOCA
NUMEROS 9 Y 10

NUMERO DOBLE JULIO-AGOSTO 1981 ● 250 PTAS.

NICOLAS GLESS

EL FUTURO

FEIFFER

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. **SUBDIRECTOR:** Eduardo Haro Tecglen. **Jefe de REDACCIÓN:** Víctor Márquez Reviriego. **REDACCIÓN:** Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. **COLABORACIÓN:** Juan Aldebarán, Juan Aranzadi, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Berbén, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Couregor-Matheos, Ramiro Calderón, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Poquelin, Joaquín Reloba, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Rubio, Robert Stérouli, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. **ILUSTRACIONES:** Francisco del Amo, Honoré, Ricardo Zamorano. **HUMOR:** Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. **DIRECCIÓN TÉCNICA Y DISEÑO:** Antonio Cassaño. **CONFECCIÓN:** Luis M. Torres. **FOTOGRAFÍA:** Ramón Rodríguez.

ADMINISTRACIÓN: CEMPRO Fuencarral, 98. Teléfono: 221 28 04-08. MADRID-8. SUSCRIPCIONES. Ver pág. 97. **PUBLICIDAD:** Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera. 3-L.ª A. Tels.: 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Berlanga. Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 218 47 53 y 218 41 71. BARCELONA-12. **IMPRIME:** ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel.: 734 71 00. Depósito Legal: M. 1.272-1958. ISSN 0211-2868. **DISTRIBUCIÓN:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, km. 13,350. MADRID-34. **EDITA:** Prensa Periódica, S. A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 37 00. Cables **PRENSAPER.** Telex: 43540 TIPO E.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1851. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos ni aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 175 pesetas. Precio Canarias (Servicio aéreo): 180 pesetas.

triunfo

AÑO XXXV ★ JULIO-AGOSTO 1981 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

La portada de este número reproduce un trabajo de Nicolás Gless, pintor nacido en 1950, en Mirueña de los Infanzones, Avila, aunque reside en Madrid desde sus primeros años. El mundo estético de este artista es muy personal. La glessiandia realmente significa una visión del futuro a través de una recuperación del pasado. Y al revés. Una síntesis del pasado por medio de las imaginaciones de la anticipación. Palma el Viejo y los teléfonos siderales, todo junto.

4

EL FUTURO NO EXISTE, Eduardo Haro Tecglen
EL TERROR AL FUTURO, Juan Cueto
EL FUTURO **MIEDO A LAS UTOPIAS**, Ramiro Cristóbal
EL FUTURO SERA AYER, Manuel Vicent
MICHEL SERRES **LA FILOSOFIA DEL FUTURO CON TIEMPO NUEVO**, Ramón Chao e Ignacio Ramonet

20

CENANDO A TOPE/TOP-LESS CON LA DERECHA Y IZQUIERDAS, Francisco Umbral
CLERICALISMO Y ANTICLERICALISMO EN LA TRANSICION, E. Miret Magdalena
MENU ATIPICO, Cristina Peri Rossi

30

SUCEDIO MAÑANA **LOS DE SIEMPRE**, Pozuelo
BESTIARIO, Manuel Vázquez Montalbán
LA GRAN DERECHA, Fernando López Agudín

40

AMERICA LATINA **LA VIOLENCIA**, Julio Ortega y Cecilia Bustamante
UN ACONTECIMIENTO EUROPEO LA IZQUIERDA SOCIOLOGICA GANA EN FRANCIA, Eduardo Haro Tecglen

52

CRONICA DE GENTES **DIVAGACIONES ALREDEDOR DE UN BESO**, Víctor Márquez Reviriego
FORO CIVICO CULTURAL LA CULTURA TAMBIEN ACERCA, Carmen Fernández Ruiz
LA REVOLUCION PENDIENTE DE LA PASTORERA DE FUENTEVAQUEROS, Antonio Ramos Espejo

66

RECUERDOS **IÑAQUI MI PRIMO Y YO**, Gonzalo Torrente Ballester

73

AUTOBIOGRAFIA **BIOGRAFIA MUY PARCIAL Y PRECIPITADA**, María Aurelia Campmany

82

TRADUCCION Y RELIGION, Severo Sarduy
NOTA SOBRE LA FOTOGRAFIA LA CAMARA CLARA, Roland Barthes
LUIGI PIRANDELLO LA MASCARA Y EL ROSTRO, Horacio Hortheguy

100

MIRADAS AL ARABISMO ESPAÑOL, Juan Goytisolo

102

NAPOLEON EN SANTA ELENA LA MUERTE LENTA, Robert Sténcil

111

SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DEL TEATRO EN ESPAÑA, Ignacio de la Vara
AMNISTIA PARA EL CINE ANTIGUO, Diego Galán
CONVERSACION CON ANTONIO GALA **IMAGEN DE UN ESCRITOR ANDALUZ**, Víctor Márquez Reviriego

128

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO, Santiago R. Sanderbás

133

EL NOVIAZGO DE ZENOBIA Y JUAN RAMON A TRAVES DE SUS CARTAS, Antonina Rodrigo
ISABEL VILLAR **«PINTO LO QUE NECESITO»**, Cristina Rubio
BRUCE SPRINGTEEN **LA HONESTIDAD Y LA ENERGIA COMO FORMAS DE SEDUCCION**, Agustín Tena
CRITICA SOCIAL E HISTORIA **LOS COMICS**, Carmen García Moya

149

UN DERBY CAPICUA, Fernando Savater
MANUAL DE URBANIDAD FRANCIA Y NOSOTROS, Luis Carandell
VERANO, LA CRISIS LAS INSTITUCIONES O LONDRES YA NO ES LO QUE ERA, Emilio López Méndez

155

EL DIARIO (PUBLICO) DIEGO GALAN

El presente número es DOBLE (9-10) y corresponde a los meses de julio y agosto. El siguiente (11), del mes de septiembre, se venderá a su precio habitual de 175 pesetas.

EL FUTURO NO EXISTE

EDUARDO HARO TECGLEN

La investigación actual, con carácter científico, del futuro está más o menos sostenida por dos ilusiones que vienen acompañando al hombre desde casi el principio de su viaje por el tiempo: una de ellas es que la historia tiene un sentido, unas leyes, una continuidad casi natural. Otra, que de lo que está sucediendo en el tiempo presente ha de desprenderse lo que va a suceder en el porvenir y que por lo tanto un examen crítico analítico suficientemente objetivo y cuantioso de los datos del presente permitirán la definición, a grandes rasgos, de cómo va a estar hecho el mañana. Parece, por otra parte, que las investigaciones científicas sobre el futuro no tienen un carácter enteramente gratuito y especulativo o de mera curiosidad científica: los presupuestos que algunos grandes estados dedican a ello muestran, sobre todo, el interés de que una vez definido el futuro pueda modificarse en un sentido favorable a sus intereses o, en otro caso, adecuar convenientemente a las sociedades a lo que va a venir.

Esta era la misión de la política. Entre sus varias y heterogéneas definiciones está la de proyectar, prevenir, dirigir el tiempo. Hace algún tiempo que esa misión parece haberla abandonado. Es la consecuencia de la comprobación. Las grandes políticas generales, materialistas unas, espiritualistas o religiosas otras –por lo menos, en sus propios conceptos y declaraciones de propósitos; en la práctica uno y otro términos han estado siempre tan confundidos que han perdido todo valor– tenían una parte profética, y una parte también de activismo, del carácter de «A Dios rogando y con el mazo dando»: sea porque los ruegos no han sido escuchados suficientemente, sea porque se ha dado con el mazo en el punto que no correspondía, sus previsiones no se han cumplido; incluso los datos han resultado contradictorios. Con tal rapidez que las mismas generaciones que recibieron nuevecito, casi recién hecho, el mensaje de la profecía han tenido tiempo de comprobar que no tenía ya un sentido práctico, y que lo que parecía o se titulaba científico ha estado en contradicción con el desarrollo mismo de la ciencia.

Lo que no se ha cumplido con arreglo a las profecías positivas tampoco se cumple con arreglo a las negativas. Estamos al borde del «1984» de Orwell, o de su «Animal Farm», y las predicciones apenas pueden tomarse más que como sátiras. Y las del «Mundo Feliz», de Huxley. Se ve ahora que estaban demasiado impregnadas del aire de su propio tiempo como para servir en ése, o en el futuro.

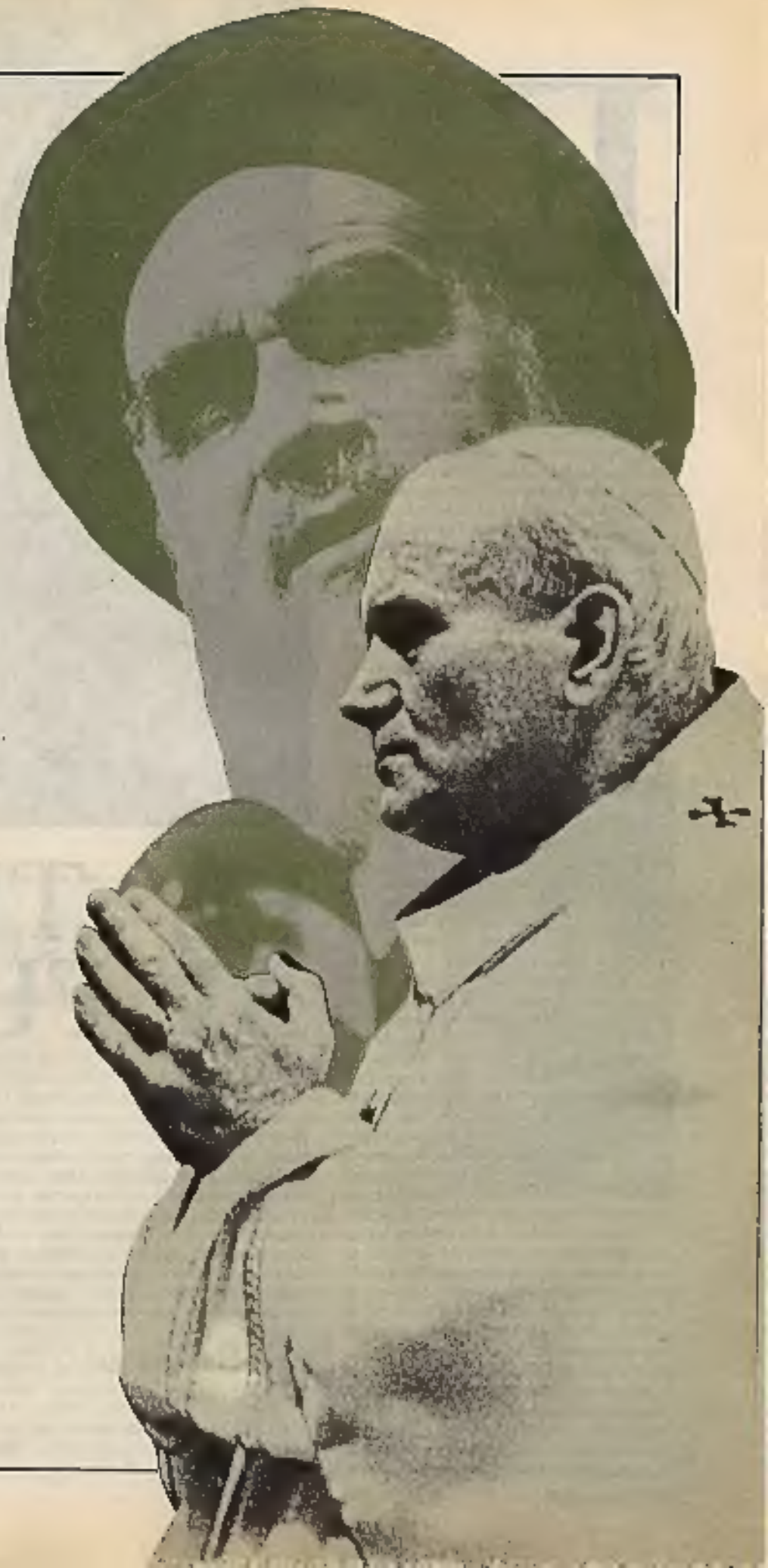
Las profecías que se emiten en el nuestro tienen características distintas. Hay dos tendencias: una de ellas es la que podríamos llamar profecía del pasado, de la que son eminentes creadores unos jefes religiosos como el Papa Wojtyla o el ayatollah Jomeini: su idea general es la de que las enormes transformaciones sufridas por la dinámica de vida en por lo menos el siglo presente no tienen ningún sentido a la luz de las verdades que consideran eternas –cada uno según su libro–; de su moral, su ética, su más allá, su código de premios y recompensas. Lo mismo da que el hombre llegue o no a la luna, o que haya coche para todos, cuando de lo que se trata es de los diez mandamientos o de los versículos del Corán. El éxito de estas profecías en sus respectivos ámbitos está asegurado desde el punto en que las otras utopías se han desmoronado; y la más práctica, la más visible, que la científica y técnica, no está consiguiendo la felicidad del hombre: por el contrario, ha abierto el abismo nuclear y este otro abismo de la degeneración del medio, del que nace la profecía ecologista.

La segunda tendencia es la del abandono. Llevada al absurdo, trata de demostrar que esta misma vida que tenemos es imposible; y que por lo tanto no hay que esforzarse en preparar nada para el futuro porque es imposible también. Es una profecía de desmigajamiento: todo se nos va de las manos continuamente. Algunos de sus datos aparecen –irónicamente– en el libro de Stanislaw Lem «El vacío perfecto» (Bruguera, 1981) sobre todo en el capítulo donde hace el examen de dos libros imaginarios (toda la obra está hecha sobre libros que no existen, y que inventa, como a sus autores, el propio Lem) que se titularían «De impossibilitate Vitae», y «De impossibilitae prognoscendi»: se trata de la demostración de que «en la historia sólo existen hechos totalmente imposibles desde el punto de vista probabilístico». La idea es la de que si a un científico, de los umbrales del siglo XX dotado de todas las informaciones posibles acerca de su mundo y del pasado, le hubiera podido ser descrita la vida actual, no los hubiera aceptado: «Es evidente que en el año 1900 sólo un loco habría reconocido la probabilidad de estos acontecimientos. Y sin embargo se han producido. Si se han producido tantas cosas improbables ¿por qué este estado de cosas tendría que sufrir de repente un cambio radical para que desde ahora sólo se produjeran fenómenos verosímiles, probables y posibles? Predecid el futuro como queráis –dice el profesor a los futurólogos– con tal de que no baséis vuestras predicciones en el cálculo de probabilidades». Más allá de la broma literaria –no hay que olvidar que el polaco Lem, además de escritor, es fundador de la sociedad de Astronáutica y de la Asociación Cibernética Polaca, además de profesor de filosofía: esto es, un científico– esa profecía del desaliento por las profecías se está produciendo a niveles más altos y simultáneamente a niveles más populares. Basta vernos a nosotros mismos, al mundo que nos rodea, a las sociedades en diversos estadios que conviven en el mundo, para saber que se vive al día. Aún nuestros padres, con toda seguridad nuestros abuelos, venían al mundo con un capital de futuro –incluso de mal futuro– con el que trataban de adecuarse o de pelearse; construían una forma ideológica, una manera de estar en el mundo y, desde luego, unos ahorros, una previsión, hasta un optimismo. Gran parte de las veces las cosas no salían como se esperaba y se atribuía al azar, a la suerte mala o buena, con un clásico «De no haber sido por...» El concepto ha variado enormemente desde enton-

ces. Hoy ya no se suele atribuir a lo imprevisto un carácter de irrupción, sino de seguridad, de inevitabilidad: algo va a pasar para que todo cambie, y no hay posibilidad de saber cómo. El capital de futuro se ha dilapidado. Pensemos solamente en los últimos meses, incluso en los últimos años, del franquismo en España. Cualquier cálculo de futuro llevaba entonces a situaciones imaginarias que no tenían nada que ver con la realidad actual, y esto es válido en un sentido o en otro: desde los que profetizaban la continuidad eterna de la dictadura con otros nombres hasta los que imaginaban la salida del pueblo a la calle para instalar un régimen propio. Ni este tipo de democracia, ni la oscilación indecisa entre el golpismo y el terrorismo, ni la situación económica nacional o internacional, ni la situación de los partidos políticos y el parlamento, ni el «desencanto» podrían haber sido profetizados en ese momento. Lo que ocurre es que las profecías al revés siempre funcionan: es decir, el examen cuidado de los hechos reales como han sido dan la sensación de lo inevitable: lo que ha sucedido «tenía que suceder». Pero esto no es nunca más que un espejismo de historiador.

Un tercer grupo, menor, de profetas o de futurólogos se inclinan ahora por una descripción amable del futuro: estamos en una época de transición, parecida a la del tránsito de la Edad Media al Renacimiento, y eso nos ha hecho perder nuestros puntos fijos de referencia. Una vez que se asienten las nuevas instituciones, las nuevas premisas, la estabilidad volverá a la tierra.

Lo cual no es nada seguro. Puede ser que la estabilidad sea la de la inestabilidad: es decir, que nos acostumbremos a saber, por fin, que el futuro no existe. Que tenemos que convivir eternamente con lo que no se sabe, con lo que puede ser, con lo que no puede ser. Todo ello forzaría una nueva psicología, una nueva forma de relaciones humanas, incluso una nueva manera de practicar la política... Pero más vale detenerse aquí, porque de otra forma estaremos practicando ya una forma de futurología. Tan falsa como cualquier otra. ■



«El mayor ejemplo de creatividad humana es la telemática». Satélite de comunicaciones Intelsat IV.

EL TERROR AL FUTURO

JUAN CUETO

EXISTE una clase de literatura aún más pesimista y sombría que la que diariamente logra ponernos el alma en vilo manipulando la desdichada actualidad. Es la literatura que refiere las miserias del porvenir. Tengo un particular remedio casero para preservarme contra las adversidades y sobresaltos del presente tal y como suelen ser amargamente llorados por los escritores más responsables del país, siempre patrióticamente atentos a dramatizar con severidad no exenta de fatalismo medieval las mayores minucias que los teletipos arrastran, pero, sobre todo, siempre dispuestos a demostrar con orgullo que como en España no se sufre en ningún sitio: cuando cada cierto tiempo las oligarquías informativas y políticas madrileñas se ponen de acuerdo para advertirnos que todo va mal, muy mal, definitivamente mal, y que de ésta no salimos –rito escatológico, por cierto, que en estos instantes ya ha logrado el beneficio de la periodicidad semanal–huyo como gato escaldado hacia las prosas que describen el futuro para convencerme de que todavía no estoy en el más atroz de los mundos posibles, como aseguran con absurdo *chauvinismo* los esforzados dramaturgos de la actualidad traumática.

Porque allí donde los abnegados pesimistas del presente colocan un meritorio adjetivo desconsolador, los contumaces pesimistas del futuro sitúan un estremecedor superlativo nuclear. Si ahora es, como parece, el reino del temor, mañana será el imperio del pánico, a lo que se lee. Acontecimientos que en estos momentos nos hacen vivir los mass media como el no va más del infortunio político, suenan a finales de novela rosa al lado de las adversidades espeluznantes que nos acechan en la esquina del segundo milenio por culpa de las infernales técnicas de tiranía planetaria que «se preparan»; así, como en las series del doctor No, en abstracto. Nos quejamos de las desdichas innumerables del agotador *génesis* democrático, pero de lo que se trata es del mismísimo *apocalipsis* político, repiten machaconamente los prosadores de ese periodismo prospectivo de rango humanista y de color amarillento.

Por eso decía hace unas líneas que no hay remedio más eficaz contra las numerosas plumas sombrías de la actualidad que un elemental paseo por las también abundantes prosas sombrías que nos hablan con terror literario del futuro científico. Esto he aprendido: siempre habrá una situación de aquí al año 2000 todavía más siniestra y ominosa que cualesquiera de las que nos venden en el presente. En comparación con lo que se avecina, esto es Jauja. Y no es que me encuentre feliz y contento con lo de ahora mismo: es que me aterran seriamente esas «hecatómbicas» predicciones, prospecciones, adivinaciones o premoniciones que por ahí leo.

La industria del pesimismo

Habida cuenta, por otra parte, que los narradores cotidianos de las desventuras del hoy son *precisamente* los mismos que suelen referir las malandanzas del mañana –al menos pertenecen a idénticas familias ideológicas– hay que concluir que uno de los diagnósticos que nos hiela la esperanza tiene que estar equivocado. Naturalmente, me refiero aquí a equivocaciones de tipo estilístico. Pues si para las infelicidades del presente están logrando agotar el vasto catálogo de las desmelenadas frases conclusivas –construidas con los ladrillos del «todo», «nunca», «juntos», «definitivamente», «Sans Deo»–, de los desconsiderados juicios absolutos, tantas veces absolutistas, del desgarrado énfasis aflictivo, y, sobre todo, de los siempre imprudentes «adjetivos sin retorno», cuando acontezcan las predicciones, es decir, ese verdadero siglo de hierro

que ellos mismos anuncian, habremos quedado lingüísticamente desarmados por el abuso injustificado de ese lenguaje acabador, terminante, perentorio y apodíctico que ya es comercio habitual en todo articulista que se jacte de alarmista, que como se sabe es la presunción de moda, la manera habitual de llamar la atención. «La preferida equivocación del escritor de hoy es el énfasis; palabras definitivas, palabras que postulan sabidurías adivinas o resoluciones que una más que humana firmeza...», escribía en 1930 Borges de cierto estilo castellano estridente, generalizador y categórico, y no quiero imaginar las destemplanzas que el de Buenos Aires diría si ahora pudiera leer esa sarta de diarias contundencias con sonido a postrimerías de vidrio.

Ignoro con sinceridad las razones profundas por las cuales en este país la abominable literatura de signo catastrofista ha sido elevada a suprema categoría ética; de idéntica manera que no puedo explicarme el misterioso prestigio que entre las clases cultas y teóricamente progresistas tienen los rumores nefastos generalmente infundados, esas predicciones aciagas que jamás suelen resistir el paso del tiempo –quiero decir, el tiempo de los telediarios de antes de Gabilondo– y toda suerte de noticias adversas, infaustas y calamitosas que siempre están a punto de dar al traste con *todo* y luego se diluyen vertiginosamente en la *nada*. Comprendo perfectamente que gracias al recurso temático del pesimismo se pueden escribir más artículos, pronunciar más conferencias y tener ocupados y distraídos durante más gobiernos a lectores y electores. Pero entiendo menos las consecuencias que se derivan de esta táctica del sobresalto de quita y pon. Estamos tan acostumbrados al sensacionalismo del sanseacabó, sonido del requiescat in pace, a transformar inmediatamente en dramas patrios lo que en otras latitudes no tan ajenas a la nuestra en lo económico y en lo social es clasificado sin miramientos en la sección de sucesos locales, que ya hemos perdido el útil pudor a meter la pata, y lo que es peor, a meter la ideología hasta la empuñadura por evanescentes hechos que irrumpen en el mercado político como en el mercado consumista surgen los pañuelos de papel, las jeringuillas de un solo uso o los envases irrecuperables. Por lo visto, lo que interesa es que la audiencia no decaiga y para ello nada mejor que acogerse al género del pesimismo. Empieza a suceder por culpa de esta dominante retórica cenicienta, de gesto lacerado y estilemas trágicos que se sucede a un ritmo endiablado, que estamos logrando erradicar de nuestras costumbres el «molesto» principio de no contradicción, después de haber liquidado sucesivamente el pluralismo, los programas con una durabilidad superior a la cota trimestral, que, como se sabe, es la frontera que en estos momentos separa la actualidad de la historicidad. Nada dura en la política española más de tres meses.

Lo importante es agorar

Lo importante no es acertar en los diagnósticos pesimistas –cuya inverificabilidad alcanza este verano cotas memorables después de todo lo que se dijo y predijo desde febrero–; lo importante es agorar. Y así ocurre

«Carece de sentido la decimonónica dicotomía entre el optimismo y el pesimismo de la ciencia». Imagen de una fundición y forjas del siglo XIX.

EL TERROR AL FUTURO

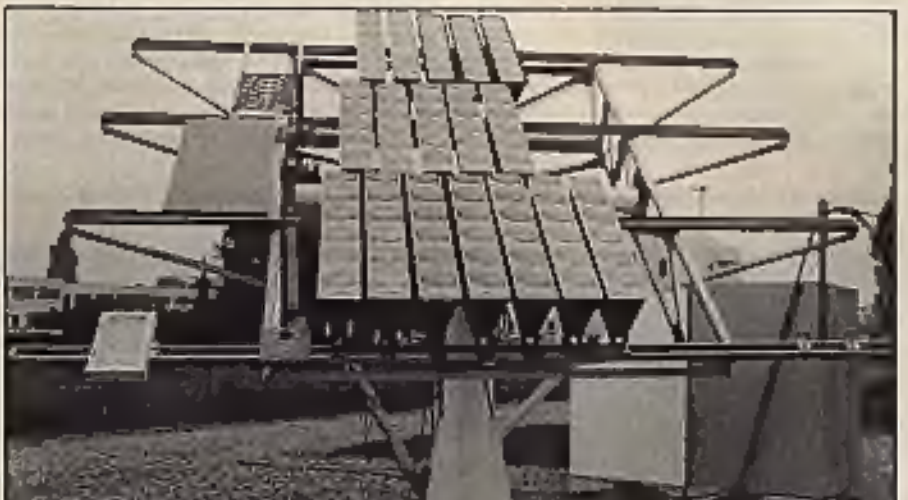
que la infamia mayor que se le puede decir a un político, a un periodista o a un escritor en candelero es que sus discursos o textos rezuman optimismo; entendiendo por «optimismo» cierta actitud serena frente a los descabellados dimes y diretes, acaso un distanciamiento de corte racionalista –si es que todavía se puede pronunciar este desprestigiado vocablo– ante esa información terrible estrictamente confidencial que cotillea todo Madrid y que siempre es anulada por completo al cabo de los días, a veces de las horas, por otra información aún más alarmante, aunque, eso sí, que no guarda relación alguna con la anterior (claro que para buscarle un hilo conductor a lo heteróclito hemos descubierto recientemente los recursos originales de la KGB y de la CIA).

Hace mes y medio, por ejemplo, un conspicuo representante de la clase política madrileña gritó en público, entre grandes entusiasmos, que «en estos momentos históricos la actitud optimista es un crimen de lesa patria». Y porque un infortunado día de marzo tuve la osadía de escribir y publicar que no solamente no creía posible la repetición tejeril, sino que resultaba inverosímil, por lo menos, la dictadura militar en una potencia industrial más o menos novena que ya estaba consumiendo con desparpajo imparable los productos más sofisticados de la sociedad posindustrial, como cualquiera puede comprobar y diagnosticar, fui despiadadamente insultado de «jubiloso» y «alegre»; hasta se me tildó con acritud de «tipo esperanzado», una especie de ateo del catastrofismo patrio –un renegado del carácter nacional, por lo tanto– que se permitía «el lujo elitista de la flema». Empiezo a preocuparme seriamente, sin embargo. Sólo el teniente general Díaz Alegría, el ex comandante Busquets y el capitán Pitchard comparten esa misma actitud escéptica acerca de la viabilidad táctica y estratégica de un golpe militar en España. Ignoraba yo, la verdad, que mi vieja condición de sargento de complemento imprimiera tanto carácter. Y no quiero pensar qué atrocidades estaría yo diciendo ahora si en el segundo campamento de Monte la Reina –por donde también marcaba el paso polvoriento Felipe González– hubiera logrado aprobar el examen de alférez.

Más milenaristas que los del milenio

Pero, yo digo, el tiempo favorito del pesimismo nacional no es el presente de indicativo, con reconocer lo bien que lo están conjugando, que es el futuro imperfecto. De ahí que la literatura futurista de sabor apocalíptico goce por estos pagos de tan excelente salud cultural. Bien se puede decir que en el negocio de manifestar desconfianza hacia el porvenir, especialmente hacia el porvenir científico, ocupamos el más alto lugar en el «ranking» de los ya populares terrores del segundo milenio, incluso muy por encima del milenarismo tal y como se manifestó a su debido tiempo en este país. Porque no era precisamente terror lo que aquellos españoles del novecientos y pico sentían por un futuro marcado por la terrible profecía sanjuanera. Oficialmente eran vísperas del apocalipsis, pero en lugar de permanecer disuadidos aquellos tipos por los terrores que les infundían los funcionarios de la industria de lo divino, estaban ocupados «full time» en la repoblación de los terrenos ganados al Islam por el valle del Duero. El espectáculo de entonces era bastante menos catastrofista que el de ahora mismo. Que andaban los condes, los hombres libres y los siervos cristianos –pocos siervos, en verdad– afanados en la organización y explotación de las tierras desertizadas, construyendo molinos, trasladando de las montañas del Norte yeguas, vacas y cerdos. Muy poco atentos a las predicciones agoreras de San Juan y compañía. Lo que verdaderamente les quitaba el sueño a los pequeños seres del milenio no era el miedo al futuro, tal y como insisten torpemente ciertos literatos en su afán de buscar precedentes ilustres a nuestra estupidez, sino el galimatías jurídico que se derivaba de sus propiedades y posesiones confusas; por eso estaban todo el santo día urgidos en pleitos de donaciones, lindes, presuras, escalios y herencias ágrafas. Y me pregunto yo qué rayos pueden temer del mañana unos individuos que en vísperas de la fecha del espanto plantaban viñas, construían casas, cuidaban ganado y se apasionaban por el derecho privado.

También en tiempos de la primera revolución industrial el asunto del futuro estuvo muy de moda, y aseguran que el actual miedo al cambio se paradigma es muy similar al pavor de entonces. Nada más incierto. Cuando las chimeneas empezaron a echar sus primeros humos y los trenes todavía asustaban a las vacas de la aldea perdida, el género literario que se llevaba en las prosas progresistas no era precisamente el del terror al futuro, sino el del horror al pasado. «El futuro es nuestro refugio ante la feroz competencia que nos hacen nuestros antepasados», escribía Chesterton con mal disimulada indignación por la vasta campaña de desprestigio de lo tradicional que sus colegas habían emprendido. Cierto que existían los *luditas*, pero eran minoría y carecían de representantes en los medios culturales; no pudiendo el gran Chesterton ser confundido con uno de ellos, como lo prueba su hermoso canto a la soledad de la estación de ferrocarril. Incluso el *culto al futuro* por parte de los intelectuales se expresaba en la era de la electricidad, los trenes, el automóvil y el teléfono de manera elegante; no como utopías, sino como *críticas al pasado*, fiándose sin más de



«Saben los filósofos de la ciencia que las crisis son estadios previos al cambio». En la imagen, nuevo proyecto de captación de energía solar.

«Estas gentes que nos alarman de lo que nos espera por causa de los microprocesadores perversos son los biznietos de aquellos atenelstas que divulgaban las ideas de Darwin, Marx, Monte y Nietzsche». Ordenador instalado en Hamburgo, para atender llamadas de emergencia de ámbito municipal.

la lógica interna del industrialismo, y comprendiendo que la felicidad –esa idea nueva en Europa– empezaba a tener tratos materiales con la idea de progreso tal y como se fraguó en la sociedad decimonónica, es decir, admitiendo que el mañana siempre iba a ser bastante mejor que el hoy...

Los nuevos «luditas»

Admitámoslo. Nuestra estupidez no tiene precedentes. Ni la llegada del milenio ni la del siglo XX lograron provocar tanta desconfianza hacia el futuro como la proximidad de la fecha mítica del 2000. En todo caso, los apocalípticos de la Edad Oscura y los *luditas* de la primera Edad Industrial procedían de las clases sociales más necias: eran los frailes y eran los terratenientes. Mientras que los profesionales del actual y extendido terror al futuro, como es fama, vienen de la cultura teóricamente menos reaccionaria. Estas gentes que diariamente nos alarman de lo que nos espera por causa de los microprocesadores perversos, de las manipulaciones genéticas diabólicas o de las invenciones frankesteinianas de la química son los biznietos de aquellos atenelstas que divulgaban las ideas de Darwin, Marx, Comte y Nietzsche, que habían asumido la vanguardia de la civilización industrial, se apasionaban por la termodinámica y la electricidad, tenían los ojos puestos en Viena y, como dice José María Valverde, pensaban «en el sentido de la historia» con un empuje optimista delicioso, plenamente convencidos del dinamismo general de la ciencia y de su carácter homogeneizable. Se comportan, sin embargo, estos intelectuales que ahora hablan de milenarismo, catástrofes finales, crisis sin retorno o apocalipsis bioelectrónicas como si fueran los descendientes naturales de John Ruskin, cuando resulta que sus siglas, pegatinas, votos y ex votos a cuatricromía los delatan herederos históricos –legales– de aquellos ciudadanos que en su día defendieron en este país a Carnot, Maxwell, Darwin, Marx e, incluso, a Mach contra las iras ultramontanas.

Con ser llamativa, la paradoja no acaba ahí. Ese pesimismo generalizado que emana de las prosas que hablan del futuro (prosas con ideología de versos, para ser exactos) no es más que una desconfianza vital y radical hacia el estado actual de la ciencia. Lo que atemoriza y provoca el rechazo inmediato es la intuición de que los adelantos biológicos, telemáticos, psicoquímicos o robóticos están a punto de cambiar no sólo las viejas concepciones filosóficas y antropológicas, sino la organización tradicional de la vida cotidiana. Las revoluciones científicas, por causas que ahora no vienen al caso referir y que Kuhn analiza detenidamente, han resultado casi siempre *invisibles*. Hoy, gracias a los *mass media* y, sobre todo, gracias a la aplicación casi instantánea y siempre espectacular del trabajo científico a la vida cotidiana –la identidad por vez primera en la historia entre el ojo del experimentador y el ojo del espectador, que decíamos aquí mismo el mes pasado–, se ha perdido por completo aquel carácter de invisibilidad de las actividades científicas lo que permite al profano cierta información inmediata acerca de esos resultados que en otros tiempos tardaban años, décadas a veces en conocerse. En consecuencia, la «opinión» de los literatos se produce prácticamente al mismo tiempo que el trabajo científico, y sin que medien los necesarios libros de texto científico, las obras filosóficas moldeadas sobre ellos e incluso las divulgaciones de cierta envergadura. De ahí que sin esa necesaria preparación o sedimentación sólo pueda haber, como Williams James decía, «una confusión floreciente y zumbante».

Viejo y nuevo paradigma

Lo que ese popular temor al futuro encierra, por tanto, es sencillamente un muy explicable miedo al cambio de paradigma; generado por una vaga sensación de que la revolución científica que se palpa, pero de la que se suele ignorar casi todo, implicará un brusco cambio del concepto del mundo que afectará primordialmente a esa forma decimonónica de acercarse a los hechos sociales, culturales, económicos o políticos, cuyo monopolio siguen teniendo los literatos. Lo notable, por no decir otra cosa, es que esas furibundas críticas a la revolución científica –al futuro– se ejercen exclusivamente desde posiciones anticientíficas. Por eso en España son los tradicionales «hombres de letras» los encargados de narrarnos enfáticamente los desastres que acarreará la revolución científica, confundiéndonos por lo general el fin de unos muy concretos privilegios sociales –los suyos– con el fin de la civilización. Si por un instante pongo en duda la verosimilitud de las hipótesis pesimistas, tal y como insisten los agoreros desde las afueras del problema –instalados en el viejo paradigma–, digo que en estos momentos de enorme complejidad en todos los órdenes de la vida –especialmente en las llamadas ciencias de la vida y en el escenario de la información– sólo el interior del discurso científico será posible y decente diagnosticar esos hipotéticos efectos positivos o negativos que se derivarán de esos trabajos científicos que ya están conmocionando la arcana forma de ver las cosas. Todo lo demás son comentarios de tertulia que únicamente tienen el interés de testimoniar

EL TERROR AL FUTURO

instintos y emociones de sobremesa; opiniones de nula significación al margen de las ciencias poéticas.

Esto explica, por ejemplo, que la noticia reciente que contaba el éxito de los profesores Hoppe e Illmensee acerca de la reproducción asexual de tres mamíferos genéticamente idénticos haya sido presentada y consumida por estos pagos como «signo inequívoco de que se están cumpliendo las terribles profecías de Aldous Huxley en *El mundo feliz*»; llegando incluso a escribirse –a editorializarse– que en un futuro podría temerse una colonización de masas capaz de ser utilizada al estilo perverso de los genios malignos de la serie de James Bond, como escremecedor ejército de las fuerzas del mal. Y nada digamos de la literatura apocalíptica que diariamente suscita la informatización de la sociedad o los avances de la robótica; siempre repitiéndonos con monotonía que los microprocesadores famosos no podrán acabar jamás con la «creatividad humana» –suelen querer decir, en estos casos, «acabar con las facultades prosadoras y versificadoras del hombre», ignorando que el mayor ejemplo de «creatividad humana» en estos momentos es la propia telemática–; como si esa «competencia» con las humanidades clásicas fuera el objetivo de los perversos fabricantes de «chips» o de los usuarios de los peligrosos tableros alfanuméricos con negra pantalla de visualización y prodigiosa memoria.

La impresentable idea de progreso

Pero cuando la paradoja riza el rizo de lo risible es en el instante en que los bisnietos traidores de los defensores de la civilización industrial, por un lado adoptan ante el advenimiento de la civilización bioelectrónica –dicho sea así, para simplificar lo insimplificable– actitudes claramente racionales que hubieran avergonzado con razón a sus antepasados de ideología; y, por el otro, argumentan sus impresentables diagnosis pesimistas desde los parapetos ruinosos del paradigma científico del siglo XIX. O proclaman su fe en la estética del regreso a la sencillez natural, del espontaneismo etnográfico, de la mentalidad prelógica, o del susto prerrafaelista, o cuando se sienten acosados manejan una *idea de ciencia* tan simple como la que utilizaban sus bisabuelos: «homogeneizada y a la vez en dinámico crecimiento», como describe Valverde el modelo dominante de finales de siglo. Lo cual genera, inevitablemente, una *idea de progreso* tan ingenua como desfasada. O sea, el progreso concebido a modo de fenómenos natural y que es necesario aceptar en bloque, al decir de Gerard Bonnot. Un progreso, para más detalle, que jamás se detiene, groseramente lineal, que obedece a leyes inmutables, del que de antemano, en los laboratorios de los políticos y economistas, se pueden calcular con toda precisión los beneficios sociales y que, encima, puede ser medido en términos positivos e negativos.

Precisamente esa idea de progreso que manejan los nuevos ludistas milenaristas es la que ha entrado en crisis en los finales de este siglo, 100 años después de haber encandilado a aquellos barbudos señores optimistas del Ateneo. Carece de sentido, ahora mismo, la decimonónica dicotomía entre el optimismo y el pesimismo de la ciencia; y del futuro, por tanto. Las cosas no serán mejores o peores que antes: serán diferentes. De la misma manera que ya no es posible tomarnos en serio las ilusiones cuantitativas, ni siquiera las acumulativas. Lo nuevo no viene a añadirse a lo viejo, a completarlo armónicamente, sino a reemplazarlo. Como ejemplifica Bonnot, la aparición del tractor provoca la desaparición del caballo.

En fin, las comparaciones con el pasado desde el punto de vista de la ciencia siempre resultan falaces: son evidentemente tergiversadoras cuando se articulan desde modelos completamente ajenos al presente, y constituyen el colmo de lo reaccionario cuando, además, son utilizadas para desacreditar el futuro.

«La noticia del éxito de la reproducción asexual de tres mamíferos ha sido presentada y consumida como signo inequívoco de que se están cumpliendo las profecías de Aldous Huxley». Ensayos sobre cobayas de la microcirugía para unir miembros de cuerpos accidentados.

El «hall» del cambio

Lo absurdo, irónico, está en plantear el tema del futuro en términos de pesimismo o de optimismo. Vivimos un tiempo de rupturas y de hipercomplejidad, en el que es preciso *surfear* a cada instante. Se acabaron los modelos cerrados, definitivos, que llevan inscrito en sus lomos la etiqueta consoladora de la totalidad, como las viejas ideologías. Queramoslo o no, de aquí a 20 años –por seguir con la cifra mítica– nos encontraremos en un mundo nuevo, completamente diferente al actual. Lógicamente, esta mutación que ya está provocando la revolución científica a través de la biología, la telemática, la medicina, la química, las investigaciones sobre el cerebro y un etcétera impresionante, se manifiesta actualmente en forma de crisis. El error está en considerar esta crisis como punto final. Sabemos que todo cambio de paradigma va precedido de profundas anomalías sociales, a veces muy dolorosas, en las que es necesario renunciar a muchas ilusiones, descartar no pocas evidencias, sacrificar hermosos proyectos utópicos y reciclar algo más que el pensamiento o las ideas. Crisis de valores, hundimiento de las reglas existentes, liquidación por fin de temporada de los modelos anteriores. Se empeñan los literatos, sin embargo, en analizar e interpretar esta situación irremediable al modo apocalíptico, seguramente motivados por su propio desconcierto. Pero saben los filósofos de la ciencia que las crisis son esos estadios previos al cambio; mejor dicho, los articuladores críticos que ordenan «narrativamente» los puzzles inmensos que plantean las revoluciones científicas, los prolegómenos necesarios de la nueva organización del mundo, el síntoma del futuro.

La crisis no es la antesala del infierno, sino, simplemente, el incómodo *hall* de un cambio drástico en la concepción del mundo. Claro que todo esto lo resumió Snow con mucha más precisión y con bastante menos palabrería: «Si los científicos llevan en la masa de la sangre el futuro, los intelectuales de la cultura tradicional responden con el deseo de que el futuro no exista». ■ J. C.

La utópica «ciudad de los libros» de la película «Fahrenheit 451», realizada por Truffaut sobre un relato de Ray Bradbury.

El futuro

MIEDO A LAS UTOPIAS

RAMIRO CRISTOBAL

No profetas, ni mesías. Nuestro tiempo no es bueno para mundos ideales en un futuro más o menos lejano. No hay moralista, político o economista, creyente en el progreso, que se plantee algo más allá de los próximos cuatro años. Bastante tienen con atajar los males que se producen un día tras otro y bastante con tapar las vías de agua que se abren por debajo de la línea de flotación. Ni siquiera los autores de las llamadas «utopías negras» parecen encontrarse con fuerzas: demostrar o plantear siquiera los males de una sociedad futura, disciplinada y colectivizada, enraizaría demostrar las ventajas de una sociedad individualista y pretendidamente liberal. Y esto, a cada momento, resulta más difícil.

Los últimos escritores que se han ocupado del futuro muestran una coincidencia significativa en señalar el final de una época –la sociedad industrializada– y el comienzo de una nueva, cuya definición es bastante difícil. Esto merece unas cuantas reflexiones, de las que nos vamos a ocupar a continuación.

En primer lugar, está la consideración, probablemente acertada, de encontrarnos al final de una etapa histórica en la vida del hombre. A mi parecer esta progresiva certidumbre ha pasado de un estadio cualitativo a uno cuantitativo. Es decir, nadie ignora que desde hace al menos veinte años la sociedad industrial viene siendo duramente criticada desde dentro. Cuestiones como el deterioro del medio ambiente, la agresividad hacia ciertos tipos de vida animal, la peligrosa homogeinización de las conciencias y los pensamientos, la alienación, la incomodidad en las grandes urbes industriales, el deterioro, en fin, de la calidad de vida, son algunos de los principales temas de la llamada contracultura de nuestro tiempo.

Pero, lo que ha venido a rematar verdaderamente el clavo, ha sido la conciencia, en los últimos cuatro o cinco años del creciente empobrecimiento de estas mismas sociedades industriales, tras el alza de precios de una de las materias primas fundamentales: el petróleo.

Así, pues, tenemos un sistema en crisis que empieza a deteriorarse y a funcionar con extrema dificultad. Sistema que, por otra parte, es dudoso que colmara las espectativas de calidad de vida de los seres humanos, aún en el mejor de sus momentos históricos, es decir, cuando era el marco de funcionamiento de sociedades prósperas.

Esta conciencia crítica no quiere decir, desde luego, que surgieran alternativas coherentes. Algunas de ellas como las propiciadas por las escuelas ecologistas de los años se-

senta, se han demostrado bien intencionadas pero inviables. El marchar hacia comunidades relativamente pequeñas, autosuficientes y elevadamente autónomas, tenía, sin duda todas las bendiciones de un esquema teórico para el mundo occidental desarrollado, pero tenía poca verosimilitud en un mundo interdependiente, en el que los países más pobres hubieran tenido que seguir pagando la factura de este ensayo que dejaba a salvo buenas conciencias un poco limitadas. Todo esto sin contar con la estructura de oposición que a estos proyectos haría el verdadero centro de poder económico.

Quedaba, luego, la gran alternativa del comunismo. Sin embargo, un cierto anquilosamiento imaginativo y una excesiva limitación al campo de la economía, han conseguido hasta el momento hacer lento y contradictorio el proceso. En definitiva, incapaz de alimentar las esperanzas, el sentido de utopía, de la gente. Añadamos que la manipulación de los Mass Media han provocado al acentuar considerablemente dichos aspectos negativos.

El encanto del reformismo

El panorama es pues, bastante claro: un sistema que funciona mal y deja insatisfecha a la gente; unas alternativas utópicas en el peor sentido del término y una alternativa real que aún no ha demostrado plenamente su eficacia. No es extraño, como puede comprenderse, que el reformista gane adeptos, particularmente entre las personas que están más directamente implicadas con el poder, desde los funcionarios del aparato de Estado hasta el resto de los poderes llamados fácticos, como las diferentes iglesias y el ejército. También aunque parezca extraño, hay gran número de intelectuales que se están uniendo al carro.

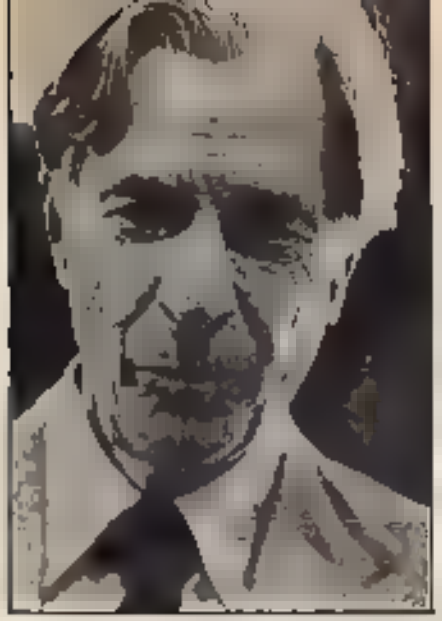
No es nuevo, desde luego. Tanto las utopías de la antigüedad, como las aparecidas en el Renacimiento europeo e, incluso, gran parte de las del siglo XIX entre los socialistas no marxistas, no cuestionaban sistemas existentes –las «tiranías» absolutistas de la época de Platón, las monarquías absolutas del siglo XVI o los Estados capitalistas del siglo pasado, sino que para sus autores de lo que se trataba era de invitar a los dirigentes a hacer «buen uso» de su poder, es decir, insuflar la justicia y la ética dentro de la sociedad. El caso era moralizar al poder absoluto para conseguir de forma paternalista la felicidad del mayor número. Se rechazaba desde luego el abuso de poder y la corrupción que eran contemplados como el peor de los males sociales y se achacaba a los defectos del ser humano el mal e injusto funcionamiento del sistema. En combatir la pereza, el egoísmo, la avaricia y hasta el individualismo culpable, estaba la clave de una sociedad feliz.

Las antiutopías, en cambio, estaban en contra de esta forma de ver el futuro; desde Chesterton, hasta Orwell y desde Huxley hasta Bradbury, arremetieron contra lo que consideraban la muerte de la imaginación, la libertad y la iniciativa individual. Huxley hizo una caricatura de esta felicidad bobalicona y vergonzante que nos proponía el padre-estado y lo mismo hizo Bradbury tomando como cabeza de su feroz crítica, precisamente el mal uso de la tecnología electrónica y bioquímica. Orwell predecía un futuro de imperialismos encontrados y Anthony Burgess ha anunciado, no hace mucho, un mundo futuro tiranizado por los sindicatos y los jeques árabes.

Los utopistas clásicos opinan que solo un pueblo disciplinado y una sociedad jerarquizada puede ser organizada por un estado fuerte y benevolente para hacer una sociedad justa. Los del siglo en que vivimos, en cambio, consideran intolerable el que el estado se adjudique el derecho a organizar la vida de los demás y lo señalan como una tiranía inadmisible para la dignidad humana e, incluso, como una coartada para oscuros designios de mantener el poder y la riqueza.

Entre unos y otros, una tercera vía, trata de conseguir la mayor cantidad posible de reformas. Ocurre que, entre otras cosas, las reformas están más cercanas a la posibilidad real de los hombres. En las utopías renacentistas no se explica como podría llegarse a esa sociedad ideal y sirven más como «modelo de príncipes» que otra cosa. En las utopías del siglo XX hay una especie de advertencia de donde nos podemos encontrar de no poner re-

Fotograma de «Metrópolis» (1926), película del director alemán Fritz Lang que presenta una alucinante visión de la sociedad futura, dividida rígidamente en una masa de esclavos que trabajan en los subterráneos de Metrópolis, mientras en la superficie gozan los hombres libres.



John Kenneth Galbraith en su último libro trata de mostrar el contraste entre las grandes certidumbres del pensamiento económico del siglo pasado y la gran incertidumbre con que se abordan en nuestro tiempo.

medio a tiempo. Los reformistas, en cambio, tratan de enfrentarse al problema aquí y ahora.

Acta de defunción

Un sistema autoritario que puede ejercer la justicia y defender a los más débiles contra los fuertes, estructurar el entramado económico para lograr un justo reparto de los bienes y lograr una imaginativa ordenación del ocio para intentar llegar al mismo centro del homo ludens; todo eso es atractivo, pero no hay que olvidar que un sistema autoritario puede ser fuente de usurpación del poder, consagración de las injusticias y semillero de la más descarada corrupción. Del mismo modo, un sistema liberal que favorezca el ejercicio de la libre expresión humana también puede galvanizar a las masas. Salvo que en muchos casos es sólo un pretexto para el beneficio de monopolios comerciales e industriales.

Lo que ocurre es que, hasta ahora, todo esto era mera cuestión académica y a partir de ahora va a convertirse en la gran incógnita del hombre y no la que tenía en cuenta Alexis Carrel. En estos momentos hay un creciente acuerdo para dictaminar el acta de defunción sobre la sociedad industrial tal como es. John Kenneth Galbraith en su último libro publicado en castellano «La era de la incertidumbre» (1), hace frecuentes, aunque moderadas, afirmaciones en tal sentido. Dice por ejemplo: «*En la Europa Occidental y en el Japón el fracaso del capitalismo en los campos de la vivienda, la sanidad y el transporte es ampliamente, aunque no del todo, aceptado.*» Y dice en el prólogo, en la línea en que nos venimos expresando en este trabajo, que trata de mostrar «*el contraste entre las grandes certidumbres del pensamiento económico del siglo pasado y la gran incertidumbre con que se abordan en nuestro tiempo. En el siglo pasado, los capitalistas estaban seguros del triunfo del capitalismo; los socialistas, del socialismo; los imperialistas, del colonialismo y las clases gobernantes sabían que estaban hechas para gobernar. Poco de esta certidumbre sobrevive en la actualidad*».

De la misma manera Alvin Toffler, especialista en futurología también

El futurólogo Alvin Toffler que en su libro «La tercera ola» afirma la muerte del industrialismo y el nacimiento de una nueva civilización.

reitera en su último libro, «La tercera ola» (2) una afirmación que lleva realizando desde hace años: su convicción de la muerte de la sociedad industrial. Dice concretamente que hechos tan dispares como «*la quiebra de la familia nuclear, la crisis mundial de la energía, la difusión de cultos y la televisión por cable, el incremento del horario flexible y los nuevos conjuntos de beneficios marginales, la aparición de movimientos separatistas desde Quebec hasta Córcega, tal vez parezcan acontecimientos aislados. Sin embargo, lo cierto es exactamente lo contrario. Estos y muchos otros acontecimientos o tendencias aparentemente inconexos se hallan relacionados entre sí. Son de hecho, partes de un fenómeno mucho más amplio: la muerte del industrialismo y el nacimiento de una nueva civilización*». El propio título de la obra alude a este mundo nuevo en ciernes y a la superación de las dos «olas» anteriores, la civilización agrícola (comenzada hace diez mil años) y la industrial que tiene de vida sólo tres siglos.

Digamos, entre paréntesis, que estos análisis apenas si son un acta notarial de cosas que ocurren, las cuales parecen indicar el agotamiento de lo existente. En el caso de Galbraith no hay apenas alusión a como puede ser el mundo futuro que sustituya al que tenemos. Y Toffler habla más de tendencias que de realizaciones. En ningún momento nos explica como aparecerá ese mundo nuevo, cual será la fuerza motriz que nos lleve a su «tercera ola». En definitiva parece creer que hay otra «mano invisible», un oculto sentido común de los seres humanos que les lleva a buscar su felicidad por medios extravagantes pero eficaces.

¿Quién puede atreverse?

En efecto, por más clara que pueda estar la decadencia del industrialismo, que puede identificarse en mayor o menor medida con el capitalismo; por más claro que nos parezca, pocos pueden atreverse a pronosticar el futuro. Incluso la moda de la ciencia ficción, patente en los años sesenta y primeros setenta ha ido derivando lentamente hacia las aventuras «espaciales» y rehuyendo prudentemente todo aquello que pudiera significar compromiso de valoración de la sociedad futura.

Para empezar, la sociedad industrial ha segregado fuerzas superiores a ella misma: las armas nucleares pueden, como tantas veces se ha dicho, terminar con el propio sistema que dio lugar a su aparición. Entonces estamos ante una razón tan poderosa que puede anular cualquier intento de futurología.

Pero es que, además, en la línea en que nos venimos expresando, nos encontramos en uno de esos momentos históricos de crisis en los que el hombre pierde de vista el sistema en que ha creído durante siglos. Es un momento similar al de la decadencia de la ciudad estado griega del que Paul Nizan, hablando de Epicuro dice (3):

(1) Editorial Plaza y Janés, 1981.

(2) Editorial Plaza y Janés, 1981.

(3) Editorial Fundamentos, «Los materialistas de la antigüedad», 1971.

EL FUTURO

«En tiempo de Platón, aún parecía posible esperar el bien colectivo de la sociedad. En el de Epicuro apenas se puede desear el bien individual del hombre. Todas las doctrinas posteriores a Aristóteles, sucesor de Platón, no piensan en restablecimiento de los valores sociales, sino solamente en el bienestar del hombre. Es el gran retroceso del pensamiento griego.» Es también el caso de, en parte, el siglo XVIII se hara crítica, propaganda y sobre todo se devolverá la importancia a la vida del individuo. Pero sólo en muy raras ocasiones se hablará del mundo futuro. Esta claro que apenas es posible desenvolverse entre las tinieblas de la decadencia del mundo en que se vive.

Esta situacion social, con todas las variantes históricas que se quiera, habrán recordado al lector nuestro propio uempo, donde como en casi ninguna epoca anterior, existe la búsqueda afanosa de los intentos de satisfacción individual –del sexo al coleccionismo y de la gastronoima al consumo– y la multiplicación de estos recursos hasta el infinito. No es casualidad que sea en los Estados Unidos, el país vanguardia de la sociedad Industrial y de su crisis, donde prolifere con mayor intensidad este hedonismo de nuestra época.

Pragmatismo palabra clave

Claro está que todo desemboca en el pragmatismo. Y esto en su peor sentido, como el que le da Harry K. Weils en «Pragmatismo: filosofía del imperialismo», y también en su sentido más correcto, como aplicación inmediata de remedios a problemas igualmente inmediatos. No creo que quepa duda acerca de la voluntad pragmatica de la mayoría de los reponsables politicos de nuestra época, muchos de ellos además destacados escritores y teóricos de las más diversas ciencias.

No es ajeno a ello, tampoco, que tanto en los países capitalistas como en los socialistas, estemos contemplando día tras día, el parcheo de los problemas que la dinámica de la historia va planteando. En los países del Este de Europa la gente pide algo más que un empleo asegurado y un bienestar material: piden también una vida más interesante y variada, la posibilidad del contraste de la cultura y la opción de llenar su parte lúdica con arreglo a su criterio privado sin tener que someterse a lo que piense el estado del tema. En los países capitalistas está igualmente claro que la gente quiere el fin de la corrupcion que finalmente quiela a su costa, una mayor justicia social, el fin del monopolio del poder por parte de las camarillas del dinero, el fin de la prepotencia patronal, la seguridad en el trabajo y otras muchas cosas que tiene que ver con la mejora del feo entorno en que suelen moverse dentro de las ciudades.

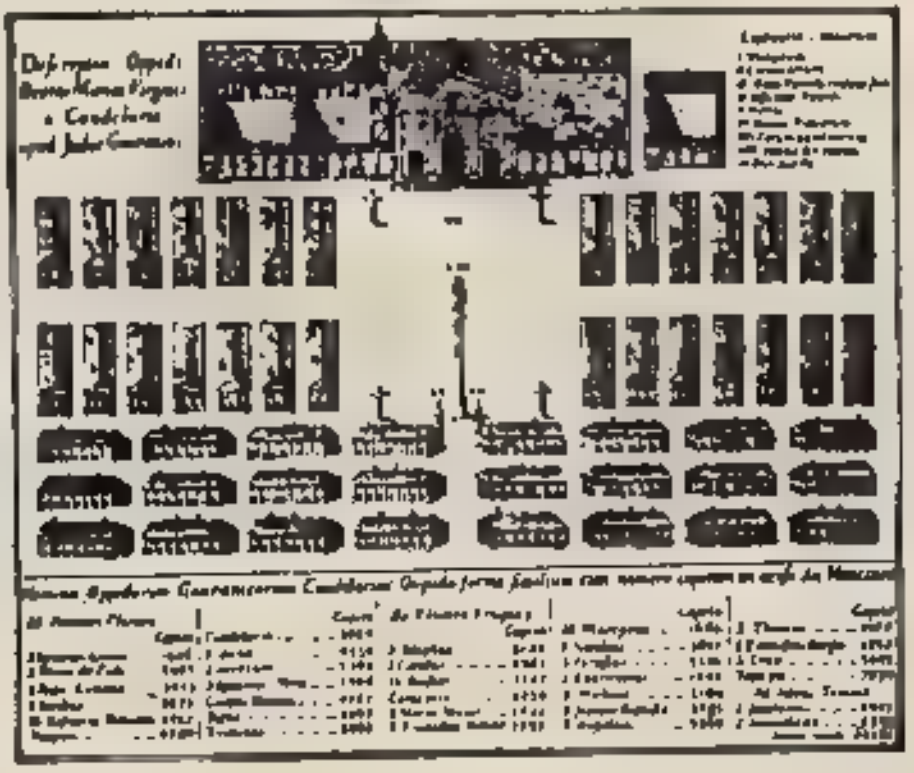
Ante esto, el poder político ha comenzado a dar respuesta. En esta adaptacion habria que incluir la relativa pero real distension del autoritarismo en la URSS y en el resto de los países del Este, particularmente en Polonia. Y de la misma manera, el progresivo continuo cambio de gobernantes en los países democráticos, lo que indica la existencia un deseo de cambio en la gente. Problema marginal, aunque bastante interesante, es el hecho de que la gente este apoyando por cambios ultraconservadores como en el caso de Inglaterra y los Estados Unidos o de izquierda como en el de Francia o muy probablemente, segun la tendencia de voto, en otros países del sur de Europa. La explicacion sociologica seria la misma: la gente opta por el cambio, por el hombre fuerte que cree puede organizar la sociedad desde su autoridad o por el hombre de izquierdas que cree puede cambiar el orden establecido en una cierta medida.

Ya en alguna ocasión anterior he comentado como el momento político es particularmente malo para los liberales a los que el público identifica en mayor medida con la sociedad industrial, que no en vano comenzo su andadura de la mano de esta ideología. El público deja desmoronarse el sistema con su bagaje teórico y toma opciones que van desde posiciones personas al fascismo hasta cercanías a la planificación y el estatalismo.

Es esta una elección por la acción enérgica e inmediata y los resultados palpables que nos proporciona, aunque sólo sea un día, una semana o un año mas de vida, en el conservadurismo progresista y el progresismo conservador, lo que hace de nuestra epoca, el tiempo de crisis que es y es, también, lo que hace el no tener futuro.

Porque lo que realmente caracteriza al pensamiento de hoy es el no tener mañana ni desear desentrañarlo. Para bien o para mal estamos viviendo sin utopías. Estas han muerto ● R.C.

Plano de la ciudad de Candelario, proyectada para los indios guaraníes de Paraguay por los jesuitas.



EL FUTURO SERA AYER

MANUEL VICENT

EXISTE una jurisprudencia de la anticipación. Julio Verne, Orwell, Wells, Huxley, Bradbury han contribuido a formar una estética del futuro en la que éste queda en poder de las máquinas y las píldoras. Metidos en este lugar común uno se imagina un mundo de seres con orejas puntiagudas que salen de cráneos pelados, se ve venir a un ejército de guerreros espaciales con aletas de tiburón brotadas en los omoplatos y teme a esos sabios blancos como un papá Noel, aunque de sonrisita diabólica, que juguetean con botellones de bacterias extraterrestres, obsesionados con exterminar a la humanidad. Esta clase de futuro está instalada entre nosotros. Se puede ver a cualquier estudiante de bachillerato matando marcianos en el bar de la esquina, a cualquier ama de casa que sueña con alimentar a los suyos sólo con pastillas, esperando el día en que los canelones serán sustituidos por una vacuna contra el hambre. Hay un panorama de lluvia de fuego al final de la Historia que también está muy acre-

ditado por otros profetas. Aldous Huxley escribió Un mundo feliz *en 1931, en plena depresión económica, y aquella fue una forma de consolarse escapando hacia adelante. Formuló una postrimería a base de excesos de población y de organización, compuso un cántico al lavado de cerebro, a la persuasión química y subconsciente de la propaganda, al crecimiento canceroso de la ciencia. En el fondo, sus profecías partían de la creencia en el progreso indefinido. En medio del hambre y la bancarrota mundial, Aldous Huxley quiso moralizar el futuro bienestar que soñaba como un paraíso de Alá, al que había que organizar en plan humanístico. Todos los desastres anunciados en* Un mundo feliz *se deducen del optimismo esencial de su autor. Pero ya digo que los profetas clásicos son mucho más derrotistas acerca del final de la Historia.*

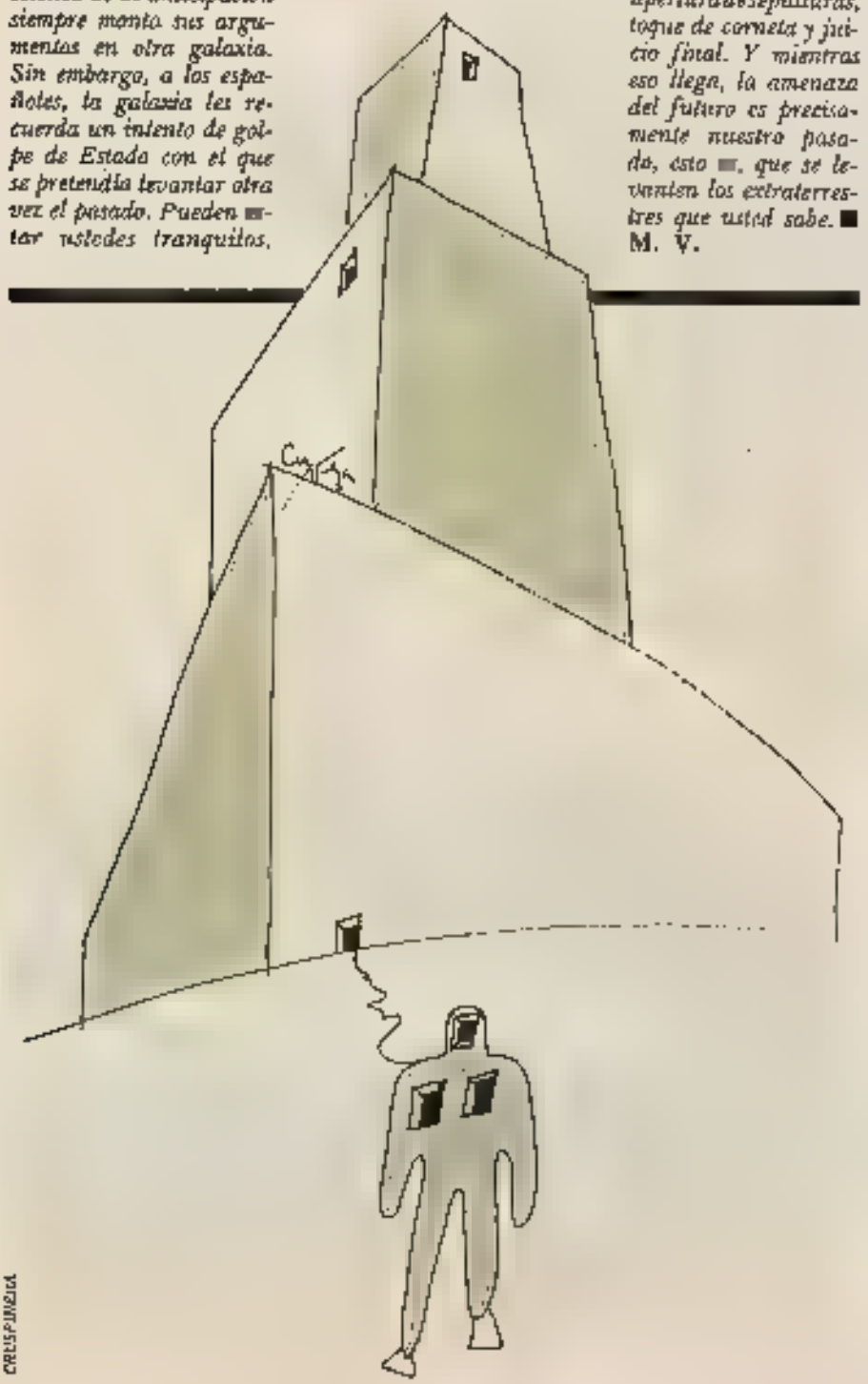
Mientras algunos ingenuos creen que el próximo año los rascacielos serán más altos y cada grano de maíz híbrido se multiplicará por un millón, cuando muchos piensan que dentro de poco las máquinas lo harán todo, desde el amor hasta la política, de modo que el hombre quedará en un risueño pastor de robots, se mantienen en pie las amenazas del fin de este planeta, el anuncio de la traca postrera con que se han ganado el pan los profetas antiguos. En este asunto hay dos opiniones históricas. Unos ven que el ser humano es algo que siempre va a mejor, que cada vez es más bueno, más sensible, inteligente y educado.

Otros entienden que la raza se hunde un poco más cada día, que la naturaleza se deteriora progresivamente en un movimiento uniformemente acelerado. Unos suponen que este invento puede dar de sí un par de milenios todavía y otros creen que la cosa se petateará el año que viene, hasta el punto de que ya tienen encargado en la agencia de viajes el billete para el valle de Josafat, donde se va a celebrar el juicio final que será como un festival de rock macarra planetario. Lo que está claro es que del futuro vive mucha gente, desde la zíngara con la bola de cristal y el pañuelo en la oreja hasta los sociólogos de las Naciones Unidas, desde el coro de Jeremías hasta los ingenieros del Ministerio de Agricultura, que vaticinan para este año la cosecha del siglo. Del mismo modo que los moralistas comen caliente porque existe el pecado, del futuro viven los cultivadores del terror o los cultivadores del paraíso.

Decía Kant que el tiempo sólo es una pauta mental o un molde del pensamiento, con lo que el futuro puede ser muy bien la memoria. Einstein descubrió que el espacio es curvo, de forma que si un ambicioso alarga el brazo infinitamente acaba por atraparse con la mano el propio trasero. Será por eso, tal vez, por lo que la Historia describe círculos y cuando crees que va a llegar el siglo XXI, de pronto aparece Tejero con un mostacho del siglo XVIII. En este país existe otra clase de terror con respecto al futuro. No se trata de una legión de marcianos de orejas puntiagudas ni de homúnculos verdes con la córnea de fuego, sino de militantes del partido agrario, todavía, que vienen a salvarte con una cuadrilla del Somatén. En esta tierra, el futuro no encaja en los esquemas de Huxley o de Ray Bradbury, no existe esa estética del paisaje de ordenadores, cables y pilotos automáticos, cabezas atómicas y paneles electrónicos que acabará por estrangular al individuo. El peligro está en la cartilla de racionamiento con papel de estraza, sellada con un tampón en sanguina. Nuestro específico terror al futuro consiste en que de pronto entre nosotros salte otra vez el pasado.

EL FUTURO

Sobre este punto no se puede escribir ciencia ficción, sino naturalismo a lo Zola. Algunos novelistas ensayan tímidamente como cultura de ocios algunas narraciones donde interviene un conglomerado de telepatías y máquinas siderales. Como rebote de una moda californiana también hay aquí profesores esotéricos del más allá, que nos instruyen acerca del valor magnético de la pirámide. La estética de la anticipación siempre monta sus argumentos en otra galaxia. Sin embargo, a los españoles, la galaxia les recuerda un intento de golpe de Estado con el que se pretendía levantar otra vez el pasado. Pueden estar ustedes tranquilos. A nosotros no nos van a invadir los marcianos, ni nos ahogará el tedio vital que se deriva de la abundancia, ni las máquinas, ni los rascacielos, los cerebros electrónicos, las incubadoras, las retortas de laboratorio acabarán con nuestra libertad. Lo nuestro sigue siendo el fin del mundo, cuando Dios quiera, al estilo clásico, según anunciaron los especialistas, es decir, fuego, terremotos, aperturadesepulturas, toque de corneta y juicio final. Y mientras eso llega, la amenaza del futuro es precisamente nuestro pasado, esto es, que se levanten los extraterrestres que usted sabe. ■ **M. V.**



CRISPÍN

La obra del filósofo Michel Serres (1), profesor en La Sorbona, desespera a veces al lector. Su lógica no se asemeja a ninguna otra. Consiste su proyecto filosófico en elaborar un discurso nuevo que traiciona las consignas metódicas de Descartes.

«La imagen que Descartes ha dado del método –escribe Serres– es la línea recta, pero el método rectilíneo es siempre repetitivo». Y este filósofo tiene un santo horror de la repetición. Por ello se ha zambullido durante años en el estudio de las ciencias exactas, por una parte, y de todas las mitologías, por otra. Su proyecto –que seduce cada vez más a la intelligentsia francesa– consiste en pensar de igual modo la ciencia y el mito, con el fin de establecer un racionalismo nuevo, desprovisto de certidumbres, que nos permita defendernos tanto contra los mitos científicos como contra las mitologías políticas.

–¿Existe una filosofía del futuro?

–Tal vez no de forma institucional, pero pocos filósofos hubo que no se hayan preocupado por saber lo que va a ocurrir. Platón escribió textos sobre el futuro, Bergson también y muchos otros, cada cual a su modo, porque el futuro en filosofía no está enmarcado en una categoría como la historia, el conocimiento, el objetivo, etc. Por ejemplo no todas las filosofías del futuro son filosofías de la transformación. El futuro depende de la filosofía del tiempo que cada uno tiene: hay filosofías del tiempo basadas en el eterno retorno, o circular, en cuyo caso el único futuro que existe es el del pasado. En lo referente a la naturaleza, todos los filósofos, entre ellos Auguste Comte a principios del siglo XIX al cerrarse el sistema newtoniano, vieron claramente que cuando hablaban de previsiones se referían en realidad al pasado, puesto que todo lo que en astronomía se podía considerar del orden del futuro pertenecía exclusivamente al terreno de lo ya existente. Por ejemplo, cuando se anunciaba un

(1) *Hermes* I, II, III, IV. Editions de Minuit. Paris.
Le Parasite. Ed. Grasset. 1980. Paris.

Michel Serres

LA FILOSOFIA DEL FUTURO CON TIEMPO NUEVO

RAMON CHAO ● IGNACIO RAMONET

eclipse o el paso de tal o cual cometa para meses después, no significaba que eran previsiones del futuro, sino un estado de cosas que sucedieron indefinidamente en tiempos pasados y que se seguirán repitiendo. Por consiguiente, para elaborar una filosofía de transformación, hay que tener de antemano una idea del tiempo irreversible, y la historia de la filosofía ha tardado mucho en concebir esa idea. Antes de la época cristiana resultaba difícil imaginar un tiempo que se desarrollara de forma irreversible y monódromo (1).

–Ha hablado usted del eterno retorno, y aprovechamos para situar la importancia del mito en la época actual, y en el futuro.

–El eterno retorno no siempre ha sido un mito, y tal como lo acabo de definir, de forma cosmológica o cosmogónica, entra dentro de la ciencia pura, y no del mito. La previsión de los eclipses no es mañana es *realmente* un retorno, y el retorno de los cometas *es realmente* un retorno. Cuando en el siglo XIX se remozó la idea del eterno retorno –y no fue Nietzsche su inventor, fue Kant–, es, precisamente, de orden cosmogónico y cosmológico, pues hay estabilidades universales que hacen que el futuro sea el pasado. Hay que esperar la llegada de la astrofísica para concebir, en este aspecto, un tiempo irreversible, imprevisible o difícilmente previsible.

Decía antes que en la época cristiana era muy difícil pensar en un tiempo monódromo con un futuro imprevisible, y es porque se hablaba del tiempo de la salvación, y que después de la parusía (1) habría un período en cierta forma previsible en el que el alma trataría de lograr su salvación, etc.; de forma que en aquella época la filosofía del futuro estaba absorbida en equilibrios en forma de tiempos cíclicos o en apocalipsis teológicos. Así que la idea de un tiempo progresivo y en transformación es bastante reciente; tal vez date del siglo XVII. Evidentemente, la teoría de la transformación la encontramos ya en Aristóteles, pero no hay una filosofía de la historia. La propia evolución del término *previsión* nos lo confirma: lo inventó, en el idioma francés, Maupertuis, y cuando lo utilizó por primera vez Voltaire lo atacó violentamente en «La diatriba del doctor Akakia», diciendo que *previsión* es un término teológico, y que no se tiene derecho de utilizarlo en el sentido de la adivinación, porque la previsión es un atributo de Dios. Eso dijo Voltaire, y no acaque fue tan virulento, que Maupertuis murió a consecuencia de él. De modo que cuando se habla de «previsión» meteorológica generalmente se ignora que este término lo inventó un matemático, Maupertuis, que lo raptó del vocabulario de la teología para devolverlo a la tierra. Hasta entonces, en Francia sólo existía la palabra *providence*, que es de orden moral y práctico.

–Volviendo a una eventual filosofía del futuro, ¿puede ser la que sobre Ilia Prigogin en su libro «La nueva alianza», es decir, que el hombre no está sometido a un orden mecánico, y que el cosmos es capaz de creatividad y de orientar su destino de forma imprevisible?

–Sí, porque este libro se refiere a la filosofía del tiempo, y esto tiene relación con el futuro. Veamos: yo creo que las filosofías de la historia que conocemos y hemos seguido copian, imitan o calcan a las ciencias de la naturaleza, es decir, a las ciencias *que habían ganado*, y sobre todo a las más seguras, que era la mecánica racional newtoniana. De forma que cuando se hacía una previsión como la que cité antes (eclipses, paso de cometas, etc.), se pensaba que si se pudiera controlar la historia de la misma forma que se controlaba a la naturaleza con la mecánica, se podrían obtener previsiones seguras para el futuro, lo que inducía a pensar en la existencia de un tiempo histórico humano según el modelo del tiempo cosmológico temporal de que hablamos. Yo sospecho que todas las grandes filosofías de la historia hayan pensado esto. En cambio, lo que sucede realmente, que se empezó a entrever en el siglo XIX con Carnot y ahora de forma muy evidente, es que, *incluso en mecánica*, incluso en las ciencias más seguras, es que *el tiempo no es tan controlable como se cree*. En particular, el teorema de Poincaré, que modificó mi vida, demuestra que en la circulación de un orbe planetario, que Laplace había asegurado que era absolutamente estable, en ese orbe se podía en todo momento y sin ninguna previsión, ver a un planeta salirse por la tangente. Es decir, que hay una verdadera fluctuación que hace que en cierto momento las leyes no sean tan constantes como se cree.

Entonces, si en este tiempo observamos ya fluctuaciones, o que se infiltran improbabilidades, lo que nos impide tener verdades absolutas, tampoco la previsión parece posible, *a fortiori* en un tiempo tan complicado como es el de la historia. Lo que sucede ahora es algo muy claro; es decir, que el orden no es tan estricto como se pensaba, que la temporalidad no es tan lisa ni tan controlable como se creía partiendo de los modelos newtonianos ordinarios. Entonces sí que podemos decir que hay una nueva filosofía del futuro. Y en esto volvemos a lo que decía Bergson: que hay siempre una perpetua creación de novedad imprevisible. Hasta hace poco mis maestros, mis colegas y yo pensábamos, piensan todavía que lo real es racional, y empezamos a dudar ahora de ello.

–Sin embargo, parece que asistimos a una nueva floración de los mitos, como si

(1) De un solo camino.

EL FUTURO

el pensamiento mítico racional, no resultan suficiente — hombre moderno

—La fisco « de los mitos es estable Yo creo que el número de mitos a través de la historia no ha aumentado; existe la misma proporción, y no hay un renacimiento de la mitología, ni del irracionalismo Lo único es que ahora se reconoce mejor porque el mito aparece tal como es Pero en la época en que las filosofías políticas pretendían ser racionales eran altamente irracionales, eran incluso mitos, lo cual resultaba todavía más peligroso Yo he sido educado por una generación de racionalistas que eran racionalistas puros que presentaban a la ciencia como lo que no era, y lo hacían con una terminología religiosa Lo demostré en un análisis de un libro de Bachelard en el que explico cómo se forma la razón, cómo se prepara, y analizando el lenguaje de ese libro se ve que es totalmente religioso De modo que el mito se hallaba entonces en el lugar preciso en que se presentaba el racionalismo Ahora se sabe lo que es el irracionalismo y se puede «filar» antes era muy peligroso Y a mí me excluyeron de la universidad por decir que Bachelard y otros filósofos hablaban como magos Por eso yo prefiero los cuentos de viejas los cuentos de magia aclaran, porque se sabe de lo que se trata, mientras que si el mito se disfraza de demostración deductiva, entonces se necesita mucho tiempo para definirlos como mito. Así que mucho cuidado con estas nociones de racionalismo y de irracionalismo, pues no se deben separar cuando se hace, ya se está fabricando un mito

Y ahora, centrando esto para el futuro no hay que engañarse la mitología es la base más profunda de nuestra historia, lo que menos evoluciona Nuestra sociedad es tan mítica como lo era hace cinco siglos antes de Jesucristo, tal vez más o tal vez menos, y ninguna sociedad se puede desprender de eso La nuestra no es racional ni lo será nunca, y no hay ninguna sociedad que lo sea Existe lo racional, que nos permite vivir, y ya no podremos vivir sin lo racional, no retrocederá, pero no todo es racional No creo que en el futuro disminuya la importancia de lo mítico Creo que aumentará la cantidad de lo racional, lo deseo ardientemente, y haré todo lo posible para que así sea Pero no adoptaré la actitud de mis predecesores, que era una actitud religiosa, en el peor sentido de la palabra porque era, sencillamente, un engaño.

—¿Cuáles serían las consecuencias políticas de no ver que se está en el mito cuando se cree que se está en lo racional?

Por ejemplo, en el siglo XX hemos asistido a esa especie de voluntad de crear sociedades a imagen de los racionalismos en los que se creía, y que se convirtieron a su vez, en sociedades religiosas, irracionales, utopistas

—Creo que cuanto más se critica el [illegible] dentro de lo racional el resultado es al final todo más delirante de «racionalismo». Es muy curioso

Y además se supone la posibilidad de examinar ese nuevo racionalidad [illegible] política; se supone por decirlo, ¿No tendríamos necesidad de una nueva racionalidad?

—Eso es lo que yo busco Mi vida está dedicada a eso Es decir, a una reestimación global y más compleja de la razón Lo que yo llamo el «paso del noroeste» es precisamente eso cómo pasar de las ciencias exactas a las ciencias humanas Los racionalistas de antaño separaban la ciencia del oscurantismo, cada uno por su lado. Yo quisiera construir un hiperracionalismo que me permitiese comprender en qué forma está ligada la ciencia a ese tipo de oscuridad La verdadera búsqueda no consiste en repartir el mundo en claros y oscuros. El poder se apoya siempre en el oscu[illegible] en la retención de la información Por consiguiente necesito saber lo que es oscu[illegible] si desatendiese ese aspecto, lo favorecería y al descubrirlo digo que lo oscuro es definitivamente oscuro y hay que eliminarlo A la par, debemos saber que lo que se elimina retorna siempre, y que no hay ciencia por un lado e ideología por otro También retorna siempre la ideología y es preciso comprender ese retorno También es falso pretender que la ciencia no tiene conexión con lo oscuro Para demostrar todo esto el filósofo debe encerrarse en una torre de marfil y aunque la gente crea que esa torre está adornada con mármol y terciopelo, a verdad es que resulta fría y se pasa hambre Es la soledad total. Hay que inventar en la madrugada fría, con riesgos esfuerzo y silencio, en lo que se incluye también la incomprensión la carencia de maestros y discípulos El auténtico filósofo debe rechazar a los discípulos decirles fórmate tú mismo, no sigues lo que yo hago Es una difícil navegación solitaria, pero únicamente a ese precio recobrará vida lo cultural, recobrará libertad e importancia. Creo en la filosofía y estoy convencido que en ella se encuentra nuestro único futuro la filosofía es la anticipación del saber y de las prácticas del futuro

—Ese es también el problema de todos los artistas de los creadores

—Tengo mucho respeto por los artistas He tardado mucho tiempo en comprender lo que hacen, y ahora creo que [illegible] y mejor que nosotros No hay duda que ciertos creadores ayudan a comprender mejor que nadie el mundo del futuro Recuerdo la conmoción que tuve cuando mi amigo Xenakis creó hacia el año 1960 su obra Pythoprakta Me di cuenta que era lo que yo estaba buscando desde hacía cua[illegible] encuentra la filosofía del tiempo con el desorden la dificultad de ensamblar elementos de tipo diferente, [illegible] Y entonces vi que el modelo musical había sido más fecundo que mis trabajos filosóficos, e incluso que ciertas experiencias científicas

—Si pero seguramente sus estructuras musicales van a mantener, en el futuro, un edificio sociopolítico que será conservador.

—Es posible Se puede decir eso porque ha funcionado así en el siglo pasado con Verdi evidentemente

—Y siempre ha sido así con la música tonal, con la música serial, que servirán para ese

—Nos encontramos ante el razonamiento de que hablaba yo antes. Han razonado ustedes *admirablemente*, en el sistema newtoniano en la época de la música tonal, del dodecafonismo ha sucedido así, y han extrapolado en el tiempo Eso es la previsión astronómica, es tiempo newtoniano, no es tiempo social Y yo les digo que tal vez tengan ustedes razón pero razo[illegible]

Todos los historiadores hasta ahora han razonado así y les ha salido bien una vez de cada cien El tiempo de la historia no es ese No porque la situación histórica y social ocurrirse de tal forma en el pasado va a ser igual mañana Si fuera así, viviríamos en un infierno horrible Sería una repetición interminable Mejor dicho, vivimos en un infierno horrible *porque* es una repetición constante, pero podemos imaginar que hay una esperanza, y que el tiempo del futuro sea diferente

—¿Cómo podría un filósofo ayudar a los políticos hoy para que no cometieran ciertos errores? ¿Se puede pensar que la filosofía puede intervenir en una nueva concepción de la política?

—Esta articulación debería hacerse en el interior de la filosofía, lo cual requiere mucho tiempo. Se necesitan cincuenta años de torre de marfil para elaborar una brizna de ideas, y una nueva idea no se aplica inmediatamente Hegel decía que el tiempo de la historia es paciente

—Y usted, por ejemplo ¿podría incorporarse en una labor como esa?

PILAR [illegible]

—No, por lo que acabo de decir, y porque creo que si realmente queremos pensar en el futuro tenemos que evitar repetir lo que dicen los partidos. La mayoría de mis compañeros, de mis profesores y de mis predecesores han pensado automáticamente lo que les hicieron pensar, fueron unos esclavos que no pensaron la política, sino la política que les hicieron pensar. ¿Cómo podían inventar algo si representaban y sembraban la palabra de otros? Eso no es ser filósofo.

Otra cosa es obligar a pensar lo político.

La alianza del filósofo y de lo político se mide siempre por las relaciones de violencia. El filósofo servía para hacer contrapeso lógico cuando lo político solamente tenía en sus manos una parte de la violencia. Esta estrecha alianza existía desde la fundación de Roma. Hoy, lo político posee la violencia absoluta, es decir, la energía atómica. Entonces, ya nada tenemos que ver en este asunto, hay una ruptura entre la filosofía y el Estado, por primera vez desde Platón. Nos retiramos, pues, y les decimos a los políticos: «desde ahora tienen ustedes en sus manos el futuro previsto de violencia universal». A los filósofos sólo nos resta la función de contabilizar la esperanza de la humanidad. Ellos poseen la destrucción, nosotros el resto.

Y frente a la política, ¿cuál debe ser la función crítica del filósofo?

—Ahora que el filósofo ha dejado de estar ligado al poder y a la violencia, debe ser la mirada implacable que observa al príncipe, que revela su mentira. Yo, filósofo, debo ser el que designa lo que el príncipe tiene en sus manos: la destrucción universal. Nuestra función consiste en mostrar la desnudez absoluta de los reyes. La realidad huye de ellos, y viene hacia nosotros.

¿Considera pues que vamos hacia un futuro despolitizado?

—Las nuevas generaciones han dejado de creer en los dogmas dominantes, y nos dirigimos hacia una constante desafección de lo político en provecho de lo cultural. Nos vamos convenciendo de que lo político, tal y como funciona hoy, ya no sigue resolver ningún problema. Se ha dejado de creer en la eficacia radical de la instancia política. De repente la política se nos asemeja a una fruta demasiado madura que cae del árbol. Se acabó. El intelectual, desde hoy, debe replegarse. No debe alistarse detrás del estandarte de ningún partido ni de ninguna ideología. Tiene que comprender que su campo, el campo de la reflexión, de la lengua, de la cultura, es el lugar en que se producirán las cosas más importantes de nuestro futuro próximo. Hoy por hoy, el hombre de cultura está más cerca de la realidad que el político. ■ R.C.-I.R.

CENANDO A TOPE/TOP-LESS CON LA DERECHA DE IZQUIERDAS

FRANCISCO UMBRAL

LAS musculaturas en alabastro de la escalera, el bosque animado de los candelabros, el desvarío pictórico de las cenas, los escotes (casi top/less de las damas), la espalda desnuda de las adolescentes, como playa vestida de locura o arpa al atardecer, el indiscreto encanto de la derecha y el dandismo arrugado de la izquierda. La rueda de las grandes cenas, en Madrid, una vez que se ha entrado en ella, marea al escritor, le obsesiona, le hace soluble en agua de luna y seguramente le mata con un estilete de azafrán y carmín a la mañana siguiente.

Liria

Los atletas de los atrios, que parecen haber corrido, tras nuestro paso, a ponerse el smoking para la cena, pues volvemos a encontrarlos –antes piedra, ahora sonrisa– sentados a la mesa.

En tiempos, Cayetana sola, con un infinito cansancio de batallas y Rubens descendiendo sobre ella hasta el fragor cortés de la chimenea, donde arde un leño con chaleco de ceniza, que bien pudiera ser un lacayo paciente y combustible. Ahora, Cayetana con Jesús, tras ese rumor de las llantas en la grava, como una cena en la Luna, el libro de entrada, como un gran libro de catedral, y la entrega de cualquier prenda al ujier que la espera, prenda que le entregamos con el rubor repentino y casi la certidumbre de que esté –abrigo, bufanda– llena de piojos.

Jesús, el duque, le ha metido a la casa y a la duquesa una alegría de conversación, una categoría digerible en anécdotas y una erudición irónica que es la más soportable. Liria ha cambiado.

También hay un Picasso que la duquesa compró el día antes de morir Picasso –sin ninguna premonición, claro–, con lo que la pieza se revalorizaba al infinito, en el acto, porque la suerte siempre tiene buena suerte.

O ese Chagall reciente, antología de sí mismo que hizo el pintor, con todos los motivos chagallianos que habíamos entrevisto en los affiches del personal viajado o en aquel Museo de Amsterdam, un poco de espaldas a la ciudad, los drogatas y las palomas.

Aranguren medita su whisky, el duque consulta anécdotas con el reloj de la historia que lleva en el chaleco y el invitado de piedra y de turno (jamás volverá) nos aburre tratando de lucirse, sin entender para nada que esto es una tertulia de antaño con mucha lumbre de hogaño.

El fin de las embajadas

Pilita Ridruejo, cuando embajadora de Filipinas en Madrid, también daba cenas con mapa, como en Liria, porque las grandes cenas se dividen en con/sin mapa de la mesa, para que cada uno lo consulte en el atril o las manos del criado negro, y sepa dónde le toca y quién tiene a su lado. A mí, en Liria, me ponían a la izquierda o a la derecha de Cayetana, según, y en la embajada filipina, a la derecha o a la izquierda de Pilita, según.

Si lo de Liria se ha convertido en una fiesta intelectual con la boda de la duquesa, lo de Pitita iba siempre de coñacitos mágicos, comensales con aura y lubina con secreto abisal y carta astral.

Las invitaciones de Pitita solían llegarme por la mañana, mediante un negro eficaz a quien yo mismo abría la puerta en pijama y con gato. Cayetana y Esperanza saben, han sabido tener un salón en Madrid donde se ha hecho historia irónica de España sobre la marcha.

Otra embajada con secreto, con misterio, con encanto, era la de Argelia, en Puerta de Hierro, cuando la inolvidable Hafida Khelladi, el cuscús para Joaquín Garrigues, la capa argelina para mi frío de jardín y noche, la oposición de oro –Tamames, Garrigues, Saura, Cereceda– bailando «andaluz» argelino y el embajador jugando al ajedrez con el embajador francés, tirados ambos en la hierba o la moqueta. (Quizá para eso se hacen las revoluciones: para jugar al ajedrez con el opresor/dominador de siglos).

Antonio Garrigues y yo, tirados en la sombra del jardín, él sobre el césped húmedo, yo sobre la capa, descansábamos de su día trilateral y mi día literal o literario, Hafida, María Cuadra, Massiel, González-Seara, más la conspiración por los rincones.

Éramos (o creíamos ser) la última resistencia dorada a lo que ya no resistía más.

Segrelles/Puerta de Hierro

Entre Puerta de Hierro y la Dehesa de la Villa, la casa de los Segrelles, bella, extraña y enlaberintada, con mucha pintura y raros jardines. Noches de Sisita Pastega, Milán del Bosch, Pinto Coelho, Villalonga, Teresa Azpiazu, algún Marañón, y la belleza como sonámbula disconforme de Paloma Segrelles, con los ojos muy abiertos a otro mundo. Una derecha secreta e inevitablemente enamorada de la izquierda.

Porque lo que uno va descubriendo en estas cenas con gente importante es que la derecha está irremediablemente enamorada de la izquierda, y que, ya desde la Revolución Francesa, todo el que no es un fanático de las tierras del señorito o señorito solía ser o abuelo conde), quiere sentar, ya que no un pobre a su mesa, sí un rojo, un infrarrojo, un intelectual, un resistente o un embajador de país socialista.

La izquierda, para la derecha, es un irreprimible snobismo.

Vilallonga/Berlanga

José Luis de Vilallonga, después de París y la Pirajuana, puso casa en Madrid, Paseo de la Castellana, con Buffets falsos, Légers falsos, cuadros, en fin, no falsos, sino imitados de los grandes maestros de Francia, y firmados por el imitador con su firma de desconocido.

–Le dije a Buffet que había comprado este torero, imitando su estilo, no porque fuese más barato, sino porque me parecía mejor que los suyos.

Una insolencia muy «grande de España». Pero José Luis me deja un abrigo –un auténtico abrigo de conde– a la salida de sus cenas de invierno, lo que me permite durante unos días ir como dentro de su piel, sentirme tan alto, tan actor, tan noble, tan viajero, tan play-boy (ahora desmiente la leyenda) y tan Vilallonga.

A veces hemos cenado en su comedor azul/funcional, con un candelabro que rompía «la lógica de las sombras», y cuando yo he elogiado el buen gusto de cenar con velas, la francesísima señora de Vilallonga me ha dicho:

–Oh, no: es que nos ha estropeado el interruptor de la luz.

La adoro.

Berlanga, el director de cine, da unas cenas, en su chalet de Somosaguas, que María Jesús llena con su presencia, su sonrisa, su calor y su voz. La chimenea es un trámite estético que no nos quita el frío ni a Luis ni a mí, dos friolentos profesionales, y Amparo Soler Leal toma whisky de la casa, que

«Los atletas de los atrios de Liria parecen haber corrido tras nuestro paso a ponerse el smoking para la cena, pues volvemos a encontrarlos –antes piedra, ahora sonrisa– sentados a la mesa.»

RAMÓN MASATS

CENANDO A TOPE

es el bueno, mientras Angel Harguindey cuenta «el otro Cantes», el de las orgías y el Bosco, y Senillosa, ya un poco pasado de la priva, me llama «puta barata del periodismo», que es lo que los políticos suelen llamarnos a los periodistas en cuanto el alpiste les libera su Freud interior.

Luis tenía muchos gatos en el jardín, pero los caracoles se comían las plantas. María Jesús echó veneno para los caracoles, que se murieron; los caracoles se los comieron los gatos, que se murieron también y ya no me espera, cuando llego de noche a la casa, esa fosforescencia múltiple y mínima de los ojos felinos, a mí, que amo, como Bertrand Russell, «una cierta felinidad universal».

En los gatos y en las señoritas.

Sisita/Diderot

Sisita Pastega se viste de Diderot, algunas noches, para recibir, y Pablo va de sí mismo, cordial y seguro. [redacted] hay mago o parapsicológo –anda una peste de estos entes por las cenas de Madrid–, el subrenatural, a la hora del café, monta consulta en una habitación de la parte alta y van subiendo y bajando las señoras de una en una:

–*Las nuestras para nada* –le digo a Berlanga–, *que yo creo que se las beneficia.*

Sisita es como una Catherine Deneuve pasada por Ginés Liébana, que efectivamente le ha hecho un retrato preciosista, manierista, turbadoramente caligráfico en su minimismo. Sisita es de las pocas anfitrionas con sentido del humor (del suyo y el de los demás).

Hay una ley para triunfar en las cenas: la frase rápida sobre [redacted] anécdota larga, el chisme actual sobre la teoría general, el snobismo sobrecontra el trascendentalismo. Gracias al descubrimiento de esta ley, uno tiene en este pequeño mundo de Guermantes a la madrileña (mundo que uno ha seleccionado, más que haberse dejado seleccionar), copa de agua del tiempo en Liria, bacalao como a uno le gusta en casa de Duarte Pinto Coelho, chimenea en Somosaguas y rincón sin corrientes en El Viso (Sisita).

Lo que no suele uno tener –ay– son ganas de salir a cenar.

Los Garrigues

Antonio Garrigues Walker, en una casa trasera de la Castellana, da a veces unas cenas con Eduardo Galeano, corresponsales del «New York Times», latinochés cabreados, comunistas desconcertados, Carmen Díez de Rivera con/sin abanico y una de las hijas de Antonio, que pone discos.

En las cenas de Antonio –Rof Carballo, Carrillo, Markham–, parece que se van a tratar y resolver muchas cosas, pero al final se acaba oyendo a Pablo Neruda cantando por alguna trova nueva o vieja.

Después de preguntarme mucho qué se propone Antonio, he llegado a la conclusión de que sólo se propone eso: que cene el personal. Antonio es un Hamlet trilateral en ángulo recto, un hombre que parece muy enérgico y decidido porque tiene ademanes enérgicos y decididos, pero que, yo creo, no ha hecho sino revestir su inteligente dubitación (quizá mucho más que política) de celérica actuación.

Juan y Carmen Garrigues, entre El Viso y Serrano, entre Roma y el Kremlin, entre cúpula, reciben muy bien –el, de terciopelo rojo; ella, de *Cumbres borrascosas*– y en su casa hay siempre embajadores rusos, periodistas de izquierdas, Carreros y Martín-Artajos, escultores como Pablo Serrano, socialistas fáunicos como Múgica y mujeres líricas como María Teresa de Badell de Azpiazu. Más la Massielona.

Juan comercia con los rusos, lo que le sitúa en una izquierda rara que no coincide exactamente con la española, y Carmen da conferencias, entre salsa y salsa de la lubina dos salsas, sobre la generación del 98 o la antropología de Faustino Cordón, a más de sus mentiras verdaderas, sus historias inventadas, sus crónicas de vidas no anunciadas ni vividas y su columna verbal de lo que pasa.

Los Garrigues no son los Kennedy, como los Camuñas no son los Garrigues. Una vez, en un juego de definiciones, Juan me puso: «travestí». Me hubiera gustado lo de travestí sexual, precisamente por ser falso. Pero me temo que no iba por ahí. Yo le puse: «Camuñas».

Decía que era mucho más insultante [redacted] mío.

Una sucursal de la casa de Carmen Garrigues, es la de Teresa Azpiazu, o a la inversa. Mujeres inteligentes, renacientes, un poco intercambiables de destino (lo dije en un libro mío y se me enfadaron las dos), pares como ambas ninfas del reloj del corazón, tienen demasiados hijos y demasiados libros. Antes las preferíamos más tontas. Teresa puede juntar en una cena a Máximo con el marqués de la Deleitosa, a Vallejo-Nágera con Eduardo Roldán (pintor maldito), y a mí con Lula Nosequé, que estaba en su última cena y me enamoró.

«La chimenea de Berlanga es un trámite estético que no nos quita el frío ni a Luis ni a mí, dos frioleros profesionales.»

RAMÓN RODRÍGUEZ

Escobar/Calvo-Sotelo

Luis Escobar, aristócrata y hombre de teatro (Parque Conde Orgaz), está, durante sus cenas, más en hombre de mundo que en hombre de tablas.

–*Tú siempre me has tenido por proustiano, Umbral. Pues verás: yo soy un analfabeto por culpa [redacted] Proust. Le descubrí en la adolescencia y yo no he leído otra cosa. En París conocí a madame Verdurin, antes de la guerra, antes de todas las guerras, y creo que Proust fue cruel con ella. Era mucho más entrañable de lo que*

«Luis Escobar está durante sus cenas más en hombre de mundo que en hombre de tablas. Son los últimos refugios que va uno entonando en la noche madrileña.»

aparece en el libro. Todos le alcancé a otras gentes del mundo de Guermantes. Una vez estaban en la alcoba de Proust, haciéndole tertulia: él en la cama, con asma, pero sin dejar de hablar. Al anochecer, cuando Marcel reunía, propuso salir a cenar en grupo. Le dijeron que era locura, estando él en cama y tan abrigado. Proust echó a un lado la ropa y estaba de smoking impecable dentro de la cama.

En casa de Luis, Fernando Díaz-Plaja, Penagos, Mercedes Fórmica, el duque de Albumada, un hijo del general Varela, una solera de las cien familias, una [illegible] moderna y malvada. Cuando abro al azar un libro de la gran biblioteca, siempre sale algo así: «Rimas equívocas». Y viene un pareado donde la palabra «cachirulo» y el contexto hacen esperar un indeseable «culo», que el ingenioso del XIX ha sustituido por «rulo».

Otro hombre de teatro, Joaquín Calvo-Sotelo, es de los pocos autores que le invita a uno a cenar y no le lee una comedia. Es tan de agradecer como que Tejero no brasease a 15 diputados, ya puesto. Juliana, su mujer, es tan adorable como la cabeza que le hizo Pablo Serrano, y que da sombra a las comillas de Joaquín, cuando escribe. En esta casa, una de las criadas os trae tónica Schweppes incesantemente toda la noche. Es la consigna. Son los últimos refugios que va uno encontrando en la noche madrileña.

Tierno/Tamames

Tamames daba primero en Capitán Haya y ahora en Costa Fleming, unas cenas en pie, en la terraza, con mucho carnaval do río en la discoteca de Carmen, y algunos economistas de izquierdas, más la sombra gris y desatendida de Calvo Serer, que hablaba solo con los aparadores.

La cosa solía terminar —César Alonso de los Ríos, cuadros de Ramón, un medallón fotográfico de Marx— en el cercano Mau-Mau, o bien el Mau Mau venía a casa, con penumbras, músicas, baile, whisky y conversación.

Tierno me ha hecho disfrutar siempre de estas cenas itinerantes, ya que él es un filósofo peripatético, de modo que hemos ido por Santa Engracia —el alcalde a cuerpo en el invierno crudo—, con Carmen Díaz de Rivera, a la busca del aire [illegible] que él me negaba entre un [illegible] de flores [illegible] [illegible] entonellado en la banca más municipal y espesa del aire «Machaquito», que a veces el propio Machaquito [illegible] de [illegible] y con la [illegible] que tiene en la botella, nos servía en tabernas imposibles.

—A mí, cultura es lo que no conocemos.

Pinto Coelho

Duarte Pinto Coelho, calle de Don Pedro, tiene esa gran casa/museo (eran unos laboratorios farmacéuticos), en que la cornucopia moriskoté sucede al living funcional y el dormitorio Regencia al retablo tardobarroco.

Entre Liria y la casa de Pinto Coelho situaría yo los dos polos, las dos filosofías de la cena: la aristotélica y la heraclitiana. Liria es lo no fugitivo, que permanece y dura, eso que Luis Rosales llama «vida cumulativa»: el adunamiento de Rubens sobre Rubens y batallas sobre batallas en un sueño de óleos que empreña las consolas.

Liria es Aristóteles, Santo Tomás, Ribera y López Mezquita. (Todo ello meneado por la fronda de Chagall y los golfos de la Escuela de Frankfurt o el nihilismo de Cioran, que el duque ha metido en la casa.)

El palacio de Pinto Coelho, en la moreria de Cansinos Asséns, es Heraclito, el río de espejos en que Duarte nunca se baña dos veces, porque todo el mobiliario está en venta, a disposición del visitante. No vivir en una tienda, sino la sublimación de la tienda como forma de vida, el rechazo de la necesidad y la entrega al azar de la compra, porque el azar en sí mismo ya es una antiquité. Dos maneras de vivir (que resumen todas las demás aquí resumidas), dos maneras de cenar, dos maneras de estar en el mundo.

Teoría de la cena

Así como los premios curan el resentimiento, las cenas curan el hambre de triunfo social. Madrid abre muchos teatros todas las noches (más que París, proporcionalmente), pero la gran representación se da en las cenas. Dice el maestro Aranguren (con quien coincido en algunas cenas, como aquí he reseñado), que todo es representación. Claro, me lo decía hace poco Italo Calvino: la máscara final es la que coincide con nuestro rostro. La cena es siempre un poco cena del Rey Baltasar: representación, rito. Con dirección de escena, personajes y decorado. Con unidad de acción, lugar y tiempo, pero sin argumento. En la cena, cada cual se representa a sí mismo. La cena de sociedad está entre el psicodrama y Shakespeare. El desdoblamiento de la vida social no consiste, como se cree, en exhibir lo más exterior y convencional de uno, sino que pone en juego la individualidad última, que hay que exhibir como una espada. El yo social se agota en los primeros saludos, y luego es el yo más interior el que ha de irse vaciando, escanciando, escandiendo, en un psicodrama sin drama. Dice Baudelaire, reflexiones sobre el número, que en un acto público cada uno disfruta de los demás. Eso es: cada uno representa para los demás y es espectador de todos. Observar marquesas es tan apasionante como observar porteras. Lo que a uno le hace intelectual, o cuando menos inteligente, es observar. Proust es tan delicioso hablando de la criada Françoise (y tan preciso) como hablando de la señora de Guermantes. La cena como representación nos hace conscientes del desdoblamiento en que consistimos, se abre el espacio para ese desdoblamiento, y pone en juego un yo (por hostigamiento refinado) que seguramente ignorábamos. Unas noches se cena con Aristóteles, ya digo, y otras con Heráclito y los presocráticos, como en una última cena de cinco siglos antes de Cristo.

Con quien casi nunca se cena, realmente, es con el que da la cena. ■ F. U.

E. MIRET MAGDALENA

LERICALISMO EN LA TRANSICION

eclesiástica durante el siglo liberal al comienzo de este siglo, es verdad: la Iglesia –dijeron– debe meterse en la sacristía, en las cosas directamente religiosas. Y solamente debía salir de ella cuando se encuentre en juego la dignidad de los hombres o la fe de los creyentes, cuando son gravemente conculcadas por una falta de libertad en su ejercicio, pero nada más. En estos casos la Iglesia toda –y sería preferible que lo hicieran los simples católicos más frecuentemente que los obispos– puede y debe intervenir en la sociedad como un elemento más de ella, aunque sin intentar salir por encima de ese «diálogo de igualdad» que proclamó el Papa Pablo VI en sus momentos álgidos, cuando el peso de su responsabilidad, como cabeza máxima del catolicismo, no le hubiera desarrollado la menos fuerte que padecía.

Clericalismo fue la concesión de prebendas al clero que hizo Petain durante el régimen pro-nazi francés; o el ambiente que se produjo durante nuestros últimos 40 años con Franco. Y clericalismo fue también el afán de protagonismo exclusivista que quería tener nuestra jerarquía en la vida pública española durante los dos últimos siglos. Lo que tenemos que exclamar hoy, con tajante claridad y aceptando todas sus consecuencias, es el desplante que tuvo el Cardenal Saliège al final de la España colaboracionista: «para nada queremos el clericalismo.» Y hemos de decirlo no sólo de palabra sino con nuestras obras, para lo cual hemos de permitir con total libertad un serio anticlericalismo, que no por serlo deje de utilizar también los medios jocosos, como hicieron los clásicos de nuestra literatura española.

Manifestaciones de clericalismo, en el fondo o en la forma, las hemos tenido últimamente en España. Lo he dicho antes. Clericalismo hubo en el contenido y en el modo de expresarse nuestro episcopado acerca del moderado proyecto de ley civil de divorcio, propulsado por Fernández Ordóñez; y también lo hubo en el tono clerical que el Obispo Setién y sus colegas emplearon en su pastoral sobre los problemas de violencia en el País Vasco. Con la intervención episcopal sobre el divorcio estamos muchos creyentes totalmente en contra, entre otras cosas porque nuestros obispos no dicen toda la verdad católica, que es mucho más abierta de lo que ellos enseñan; y tampoco aceptamos el modo clerical e impositivo que han usado al pretender influir en las decisiones civiles de nuestros gobernantes y legisladores, que son los únicos representantes auténticos del pueblo y que tienen la suficiente mayoría de edad para no ser teledirigidos por nuestro episcopado. El segundo documento es completamente diferente: muchos estamos totalmente de acuerdo con su contenido, y nos alegramos de que la Iglesia recuerde –como ellos hacen– esos principios elementales de derecho humano; pero, al leerlo despacio, no deja de rezumar un clericalismo más o menos larvado en el tono, que no sé si me equivoco pero que creo detectar en el estilo del Obispo que ha sido el principal redactor del escrito, el cual está abierto a los problemas del pueblo vasco, pero posee una fuerte inclinación clerical, como cualquier puede apreciar siguiendo su trayectoria doctrinal y pastoral de hace unos años (bastaría recordar el clerical libro que escribió sobre la Iglesia y su incidencia social, así como su insistencia por controlar durante el franquismo la autonomía seglar que quería tener la valiente Comisión *Justicia y Paz*).

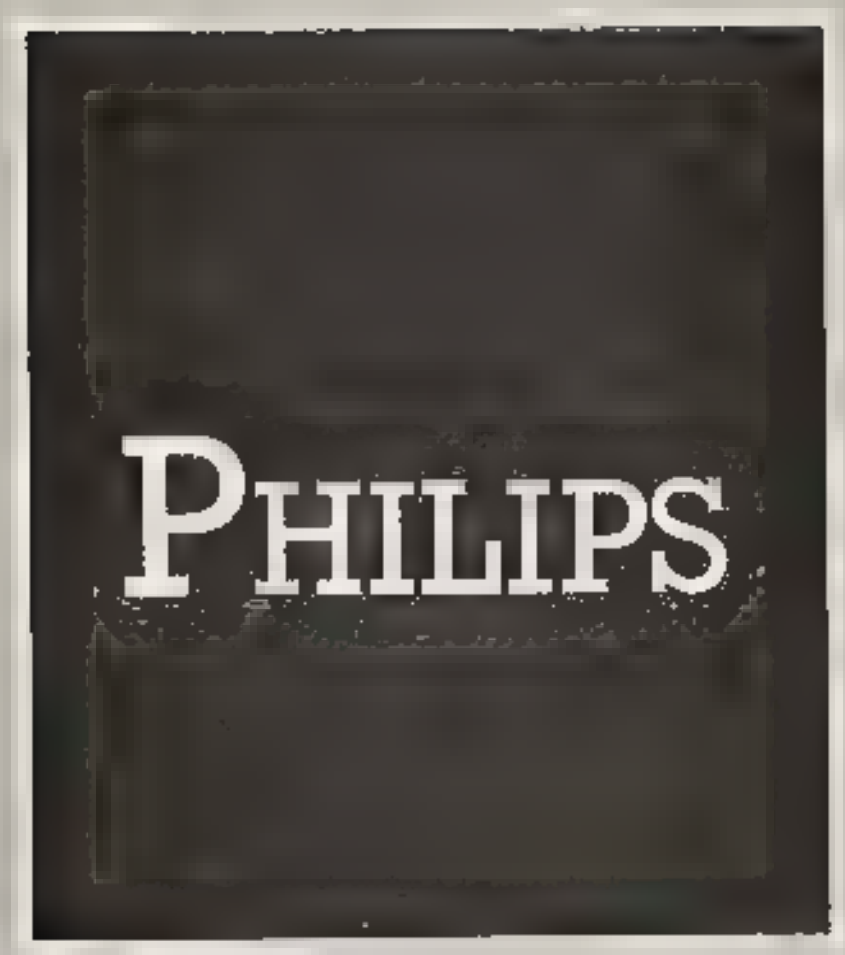
Un serio anticlericalismo

Repito, como he dicho muchas veces, que la única manera de combatir eficazmente estos males es, o el olvido y el silencio en torno a estas intervenciones clericales, sin prestarles mayor atención; o una crítica libre de lo mucho humano que tiene la Iglesia, para que las cosas queden en su adecuado lugar y ésta no se sienta la mentora paternalista de todos nuestros problemas, ni la voz única de todo lo religioso. Incluso el católico no puede hacer abstracción de su propia cabeza, porque como muy bien decía el gran matemático y católico que fue Pascal: «no son sólo las Bulas las que determinan la verdad de los hechos, sino la verdad de los hechos es lo que hace aceptables las Bulas.»

La crítica debe ser profunda, radical, en vez de estar aguada y envuelta en eufemismos. Aprendamos de la propia tradición católica que desde el *Antiguo Testamento* se indignaba contra los dirigentes religiosos de Israel, diciendo que estaban «embrutecidos» porque «no buscan al Señor», sino que sólo «se apacientan a sí mismos». El más irónico de estos profetas sociales fue Miqueas quien denunciaba a los «sacerdotes que predican a sueldo», y observaba con agudeza volteriana: «cuando les dan de comer predican paz y, en cambio, cuando no se les llena la boca de comida declaran la guerra santa.» Situación que tendría para algunos muchas analogías con lo que pasó en nuestra guerra civil.

Críticas de otros tiempos

La palabra dura, sarcástica y a veces aparentemente grosera se encuentra casi siempre en los sermones medievales o en nuestros literatos. Un Santo tan populachero y hacedor de casamientos, como el fraile de origen portugués San Antonio de Padua, dedica sus sermones a las masas que le escuchaban embelesadas las jocosas expresiones que lanzaba contra el clero y los religiosos de la Edad Media. ¿Cómo describe al «obispo de nuestro tiempo», según palabras textuales? Su retrato no puede ser más negativo: le recrimina «su ignorancia», que no sirve sino para «confundir a la gente»; le pinta lleno de «avaricia» que «devora al pueblo»; y, entre otras muchas lindezas críticas, señala cómo dan parte de «los bienes eclesiásticos al tirano secular» con el fin de tenerlo propicio y defender «las redes de sus negocios y embrollos temporales». Me viene a la memoria lo que cuenta Mosén Montanyola del Cardenal Vidal i Barraquer, durante nuestra guerra civil, cuando consiguieron sus co-



LE AYUDA
EN TODOS LOS SENTIDOS.

PHILIPS

Porque PHILIPS le hace vivir a través de los sentidos, una dimensión más amplia del mundo que le rodea.

Le hacer ver una realidad más palpable y percibir los sonidos más puros y definibles, aspirar la fragancia de los sabores naturales, degustar el placer de la comida hogareña, sentir la suavidad que provoca caricias, haciéndolas aún más familiares y entrañables.

PHILIPS está junto al ser humano, ayudándole para hacer más placentera su vida cotidiana.

PHILIPS le ayuda en todos los sentidos.

CLERICALISMO

[illegible] extranjeros para [illegible] dotes, y los canalizaran en buena parte [illegible] de [illegible]

[illegible] Iglesia [illegible] cuando [illegible] echado hacia adelante»

Todas estas expresiones no pueden [illegible] la Edad Media [illegible] parte de la [illegible] Iglesia [illegible] de las personas y aun quizá a parte [illegible]

¿Actitud anti-religiosa?

Reconocemos así un extendido «anticlericalismo popular» que se dobla también de un anticlericalismo intelectual y aún espiritual. Ejemplo de ello son las críticas aceradas del historiador Padre Sigüenza, del lingüista Arias Montano, del literato Juan de Valdés, de su hermano Alfonso el funcionario palaciego y del delicado escritor clásico Fray Diego de Estella.

[illegible] anticlerical está unida a una crítica contra la religión? Ni mucho menos. Todos estos críticos eran hombres [illegible]ligiosos que no estaban de acuerdo ni con los excesos del poder pastoral ni con el dominio intelectual tiránico de clérigos y religiosos, que se prevalían de su situación para avasallar las mentes o esclavizar las costumbres.

Desde Escoto Erígena hasta Santo Tomás de Aquino, pasando por el inteligente Abelardo, se sostenía lo que dice este último: «La razón debe ser la que [illegible] y en la [illegible]dad». Esta lucha por la razón y por sus independientes fueros, es la batalla librada durante siglos y siglos por muchos hombres, unos claramente religiosos y otros que han sido tenidos por irreligiosos injustamente; lucha en la que todavía no hemos vencido del todo a pesar de los tiempos. Es curioso que los eclesiásticos han desfigurado a muchos de estos personajes críticos como si fuesen enemigos de la religiosidad. Voltaire cuando decía «aplastemos al infame» se refería a esa Iglesia tiránica que no quería dejarnos ser ni mayores de edad intelectual ni moral, pero al Jesús predicador de la convivencia, la tolerancia y el amor lo tenía por mentor suyo y añadía «eso es así su enseñanza, yo no quiero tener otro Maestro». El execrado Rousseau, tenido en los libros de educación católica por un falso y desorientador pedagogo y un hombre apartado del cristianismo, decía en su «Emilio»: «La vida y muerte de Jesús son las de un Dios». Y el agnóstico Renan, lo mismo que el anticlerical Víctor Hugo, señalaban que «Jesús nunca será superado» porque «abrió sus brazos a todo el género humano».

Crítica actual

[illegible] pararnos en dos personajes de nuestra Iglesia [illegible] escacharon sus críticas a la religión que vivimos: son el seglar Papini y el dominico Padre [illegible] pagayos que no piensan por cuenta propia, sino que se dejan llevar de sus oportunismos o de sus modas personales y, por eso, «su cabeza es un [illegible]

[illegible] de «presbíteros», debían ser [illegible]

El dominico citado pide a los fieles que ejercitemos el uso del ridículo [illegible] criticaba el teólogo Barth, y que todavía no nos hemos quitado de nuestras espaldas con sus tópicos [illegible] o conservadores.

El Profesor Besançon ha señalado tres defectos [illegible] gresista de hoy: 1) la negativa a tener [illegible] uso de «un lenguaje católico fabricado [illegible] confusa amalgama la revolución, la guerrilla, la no-violencia, la liberación, la paz, la igualdad, los derechos humanos, estando siempre dispuestos a [illegible] ninguna de estas cosas [illegible] «una amalgama de ignorancia y de [illegible] en lo religioso del hombre, sino que revolotea [illegible]

Yo he llegado a la conclusión de [illegible] perfecta, sino semejante a los [illegible] sencillos, pecadores [illegible] que andan renqueando de este mundo al otro.» Y lo pienso lo mismo respecto a la sociedad civil que a la [illegible] meditar la observación de Albert Camus: «Cada generación se cree llamada a rehacer el mundo; pero es [illegible] generación sabe muy bien que, en el fondo, no lo rehará. Y, en cambio, su tarea es quizá más grande: consiste en impedir que el mundo se deshaga.» Que el mundo profano no se deshaga [illegible] el automatismo y la palabrería política. Y que el mundo religioso del Evangelio no se disgregue en virtud de esa fuerza multinacional y todavía poderosa que se llama Iglesia, y que deba dejar de ser esa institución grandiosa para convertirse en la voz y el ejemplo de los auténticos creyentes a pesar de ser débiles, inconstantes, y llenos de defectos. En una palabra: la Iglesia ha sido, es y será como la definía el teólogo von Balthasar «una casta prostituta» y debemos reconocerlo así sin tapujos. ■ F. M. M.

menú atípico

CRISTINA PERI ROSSI

TENIENDO en cuenta las sabias investigaciones del Ministerio de Salud Pública, los científicos de Atlanta, los biólogos de Frankfurt, los físicos de New Jersey, los químicos de Ginebra y los farmacéuticos de Oklahoma, en estas tiempos superpoblados, debemos prestar mucha atención a nuestro menú diario, fuente de numerosas enfermedades y trastornos, además de las radiaciones casualmente escapadas, siempre, y jamás reconocidas (¿cuánto tardó Palomares?; ¿cuánto tardará Torrejón y la neumonía atípica?). Por ejemplo, en el desayuno es conveniente eliminar el café (produce cáncer), la leche (culpable de la arteriosclerosis), las magdalenas y los bizcochos (las grasas provocan cardiopatías e infartos). Lo mejor será que elimine directamente el desayuno, ya que no le podemos aconsejar sucedáneos inofensivos, con lo cual, además, podrá eliminar el cigarrillo después del desayuno, que como usted sabe –aunque se haga el tonto– origina cáncer.

De su menú del mediodía, le aconsejamos suprimir frutas y verduras: las aguas de riego están contaminadas y ya nadie confía en la inocencia de las hojas de lechuga. ¿Quién podrá eliminar los pesticidas de las fresas?

En cuanto a los cereales, mucha atención: los productos químicos empleados en el campo para combatir insectos son fuertemente venenosos, una mazorca puede ser tan peligrosa como un bote de estricnina.

No le aconsejamos consumir pescados y mariscos: océanos y mares están contaminados, las ballenas pierden el rumbo, los atunes se desorientan, las arenas de cualquier playa mediterránea aparecen cubiertas de cadáveres de peces, con las aletas tendidas por el ácido. (Ese tinte rojizo de las gambas no debe inspirarle ninguna clase de confianza: es una tintura peligrosa que las hace más caras pero no más sanas.)

En cuanto a la carne, cuídese muy bien de consumirla: vacas hormonadas, rollizas terneras inyectadas se transforman en sospechosos bistecs que se contraerán en contacto con el fuego y despedirán un fétido olor a glándulas artificialmente estimuladas.

Pollos, aves y cerdos no convienen a su dieta: suelen estar alimentados con residuos plásticos, detritus de la actividad fabril y son agentes de cólicos, ictericia e intoxicaciones.

En todo caso lo mejor para su almuerzo es no almorzar, con lo cual evitará cualquier clase de peligro.

¡No beba agua! El flúor es altamente nocivo para su salud; mejor que pase sed, y no se le ocurra sustituir el agua por refrescos: los envases no siempre están perfectamente esterilizados, un amigo mío encontró una cucaracha (ortóptero nocturno) en una botella de naranjada. Tampoco beba alcohol: aumentará su tensión arterial, enfermará del hígado y del páncreas y además, sus neuronas cerebrales envejecerán prematuramente (si no tiene, no importa: hay millones de individuos como usted y, sin embargo, desempeñan altos cargos públicos, ejercen la enseñanza, son ministros y hasta periodistas.)

Si la solución que había pensado para la cena eran latas de conserva, absténgase y arrójelas al incinerador: los alimentos envasados producen botulismo y avitaminosis, además de no llevar fecha de vencimiento, con lo cual usted puede envenenarse tranquilamente mientras saborea un berberecho.

No sustituya las conservas por el pan: industriales desaprensivos mezclan la harina con sustancias tóxicas que provocan gastritis e indigestión: una melancólica rebanada de pan puede ser el vehículo de su úlcera.

Tampoco le aconsejamos que, desolado ya, decida irse a la cama saboreando una cucharada de aceite: si no provoca neumonía atípica (cosa que jamás llegaremos a saber) lo más seguro es que las antibiótas que contiene le provoquen una hepatopatía crónica.

Mejor será que decida irse a la cama sin cenar, mañana será otro día.■

LOS DE SIEMPRE

POZUELO

VAN culeando» pensó con la bella, olvidada palabra de Francisco Delicado. Bajaba, a pasitos menudos, la cuesta de la gran calle comercial, con las manos a la espalda, y parecía ensimismado, pero no era verdad; no estaba en sí mismo, sino en ellas mismas. Enellasmismado. «Benditos sean Lee, Jesus, Levi-Strauss y todos los demás, qué cosas han inventado para mi vejez, para cuando ya no me queda más que la vista.» A veces le parecía notar como un tironcillo que le daba la ilusión de que quedaba algo más que la vista, pero no era más que un pellejo nervioso. Pequeño, pulcro, con los antiguos zapatos brillantes abultonados por las deformidades de los pies, bien cepillado el traje oscuro que servía para todo. Asumía con gozo su condición de viejo verde, pero prefería la expresión francesa: «un vieux marcheur». Hay que caminar para sacar todo el partido posible a la observación. El viejo verde estático, repachingado en el sillón de mimbre de la puerta del casino, se pierde la mitad del espectáculo: ¡más de la mitad! La belleza de la cuestión está en seguir y seguir tras la elegida, como un cazador invisible; ver como coordina todos sus movimientos. Las sacudidas de cabeza, la mano suelta y ágil que atufa el peinado, el giro rápido para sortear los peatones torpes, el parón repentino por la mesmerización de un escaparate, y la puesta en marcha después con un impulso hacia delante. La emoción de acomodar la velocidad del paso de viejo varicoso y reumático a las zancadas alegres de la bicha –la béstula, que decía Venancio Fortunato–; esperarla a la salida de una tienda, entrar con ella en los grandes almacenes, verla meter la mano en las medias para comprobar su color, probarse boinitas de distintos colores frente al espejo; comprobar los dos perfiles de la cara, el frente, los pechos y saber ya como corresponde lo anterior a lo posterior; ser capaz de verlo simultáneamente, como en cuadro de Picasso. Ver, lenta y cuidadosa, la mano del tocón que desciende, y el respingo de ella. Ver, ver, ver: camina de nuevo, se estudian sus imperfecciones, sus pequeños defectos; se piensa cómo se la podría educar. Pero, cuidado, nada de imaginación. Los que «desnudan con la mirada», los que suponen movimientos, obscenidad en caricias o gemidos ensucian la raza pura, no son dignos de ser verdaderos mirones. Hay que seguir y seguir, hasta que llega el momento sublime: cuando uno se hace visible. Adelantarse unos pasos, pararse, mirar, dejar pasar, volver otra vez, colocarse cerca, tras el escaparate, para ser entrevisto en ese espejo oscuro. La béstula nota algo, pierde la naturalidad, sus movimientos se anulan, vierte la repugnancia por el viejo verde, mezclada por el halago de la admiración ajena. Se llevará con más frecuencia la mano al pelo, adelantará el paso, mira al bies, se inquieta. Entonces es el momento justo de abandonarla. Hay que esperar que pase otra que lo merezca: cambiar. Quizá unas bermudas rojas y unas medias color humo, tal vez una falda con una larga abertura sobre unas piernas desnudas. Hay, ostensiblemente, que dar la vuelta, dejar la antigua –que lo note, que se sienta abandonada, olvidada, dejada por la otra– y empezar a seguir a la nueva. Abandonar es el objeto de esta comedia, de este juego lo maravilloso. ¡Qué bien lo sabía Don Juan! ¡Cuántas penas, trabajos, sobornos, escalos, duelos, mimos, seducciones, promesas, mentiras, para llegar a poder abandonar! Y qué ignorantes –o qué fríos, o qué insensibles– los que suponen que Don Juan quería poseer y poseer, cuando lo que quería era abandonar y abandonar...

–Eres un machista –le recrimina la Condesa cuando se lo cuenta.

Había bajado las grandes calles hasta llegar al paseo –pajaros en los viejos árboles piando de miedo, como cada día, al ver llegar la noche–, hasta llegar al salón de té. Los muchachos en la puerta pedían con su lucha «para los patriotas detenidos»: un pescozón cariñoso a la muchacha de la boina roja, una sonrisa de estímulo al chico –¿no es el hijo de los X...?– pero ni un duro. Los duros están difíciles ahora. La gran mesa estaba dispuesta pero sólo había llegado la Condesa, como siempre; los dos se adelantaban un poco, los demás se retrasaban para dejarles solos un rato.

–Prueba un mordisquito –dijo ella–, no te hará daño.

Lo mordisqueó como un pecado delicioso. La diabetes sólo le dejaba beber –a pequeños sorbos, paladeando– el té sin azúcar.

–Está delicioso –comentó, como siempre–.

Ella le dijo al oído, como si hiciera falta el misterio:

–He dicho que le manden dos docenas al Teniente Coronel. Hoy mismo va a salir un envío.

–Ten cuidado. Te expones mucho. Y gastas demasiado en él.

–¡Nos lo devolverá con creces!

Cruzó su paseo. Fue entonces cuando ella dijo:

–¡Eres un machista!

Un piropo. Que iba a ser él, pobre residuo, pobre vestigio. Pero a la condesa se le habían iluminado los ojillos: con los recuerdos mutuos. Fueron un día ojos grandes y rasgados, estos que ahora eran cabezas de alfiler negro entre blandas bolsas lívidas de sangre parada; y hubo un

cuello largo y erguido donde ésta doble papada. Pasan por él ahora los pastelillos que caen al fondo lóbrego del cuerpo informe, y ella los va comentando:

–A éste de limón le falta esencia, está soso... ¡Y la crema del éclair de chocolate, ya no saben bailar! Eso hay que hacerlo a brazo, cariño, a brazo... Mirarla, espesa, sin aire dentro. ¿Y quién es capaz hoy de hacer un verdadero Saint Honoré? La nata es un recuerdo imposible... ¡Cómo ha caído todo!

Cree, en el fondo, sin formulárselo siquiera, que el Teniente Coronel podría conseguir que los pasteles fueran como antes, que en las cocinas vertieran el agua del té justo en el momento de romper a hervir, sin dejarla pasar; que se sirviera el azúcar molida y en azucareros, y no en terroncillos tasados. ¡Cómo ha caído todo!

Van llegando, ya, las otras. El es el único hombre; a cada una se levanta, vuelve y luego acerca la silla predestinada desde tantos años atrás, le dice las palabras apropiadas. Con alguna puede dejar rozar su mano –manchas amarillas, piel transparente sobre huesos y venas– en el enorme brazo, que un día... Llega la beata para quien ya no hay más hombre que San Nicolás de Bari ni más carne que la costilla de Santa Gemma Galgani que guardan los pasionistas; la solterona, amanerada y retenida, suspirante y coqueta; la que fue falangista –con Pilar, la querida y desvalida Pilar– y a veces se pone un lacito rojo y negro junto al otro rojo y gualda; la gran madre que se preocupa por todos –no comas tanto, que luego te quejas de los quilos; si acabas de tirar el cigarrillo, mujer, deja un poco de tiempo antes de encender otro; ¿y tus riñones, como van?; me han hablado de un acupuntor que hace maravillas»– y la que eligió, desde niña –porque fue niña– el lenguaje popular –«hija», «anda», venga», «que te lo has creído»— que ahora es tan viejo ya como ella misma. Llega, ahogada, la última, la que vive más cerca:

–He tenido que dejar la casa sola... Fíjate que a la doncella le ha dado porque tenía que salir hoy, en medio de la semana...

–Y gracias al paro, porque sino no tendríamos servicio.

–Eso sí, porque ahora se [redacted] ofrecen solas... Pero fíjate que gente; no saben ni hacer una cama como Dios manda.

–Dios no manda hacer camas –corrige la beatona–.

–Ni deshacerlas –dice él, pícaro.

–¡Se están dando una vida! El marido, cobrando del paro. Y ellas, a cada paso, dándose de baja y acudiendo a la Seguridad Social, que da las medicinas gratis. Todo de nuestros impuestos.

–Se ha confundido la justicia social con la caridad –explica la falangista–. Y abusan. Claro que ya les han subido lo que tienen que pagar por los medicamentos, para que no haya abusos.

El explica que lo irán subiendo paulatinamente. Esboza una teoría:

–Poco a poco, deberán llegar al verdadero valor de lo que consumen. Y si hay un ministro inteligente –las damas ríen ante lo disparatado de esa eventualidad– haría que las pagaran más caras de lo que cuestan; después de todo, se están beneficiando de la seguridad social. Y eso restablecería los presupuestos...

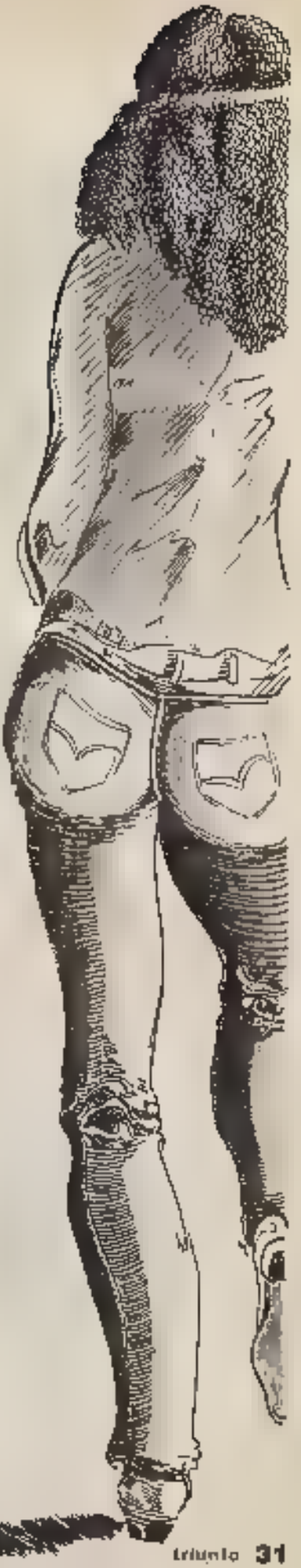
Solo a la Condesa le parece que hay algo de ironía: ¡son tantos años! Pero la conversación se corta. Se ha quedado como sin vías. Pero [redacted] monárquica que adora la corte recuerda que tenía algo grave que decir, y se acalora ya antes de empezar; sólo el recuerdo le ha soldado la adrenalina:

–¿No vayáis a ver la película de Luis! ¡Mira que un marqués haciendo de marqués!

–Es como una que yo vi –interviene la beata– en la que un cura de verdad hacía de cura. Se lo dije a mi confesor, para que él lo hiciera llegar al obispo –imita la voz con que hablaba el confesor– «Mire usted, padre, que si consagra, consagra de verdad; y que si casa, casa de verdad. Hay que cortar eso tan atroz. Que hagan de curas el Marsillach ese, o el Fernán Gómez, que son los que siempre lo han hecho, y que no tienen las manos ungidas».

–Y si un verdadero marqués hace de marqués, marquesa de verdad –dice al oído de la Condesa el viejecillo–.

–Pero son rojillos –dice la falangista– y yo, la verdad, prefiero que los



LOS DE SIEMPRE

papeles de cura los haga un cura que no un cómico, que Dios sabe que ha tocado antes de alzar...

–Hija, pues mira que la de las misas de televisión, que ahora resulta que no valen...

–¡Nunca han valido! Hay que estar allí, en el templo, con las rodillas bien hincadas, recibiendo la Gracia... Pero no me dirás que la Gracia puede llegar por la antena...

–Pues peor; es que hacían la misma de los domingos los viernes, la grababan los viernes; pero con el evangelio del domingo, la casulla del domingo...

¡Era una farsa, y verdaderos sacerdotes se prestaban a ello!

–¿Y por qué hacían esa barbaridad?

–Por lo mismo que lo de «La clave», porque las cosas que se hacen en día de fiesta tienen que pagar horas extraordinarias. Que la gente se ha disparatado...

El gran tema: el de la gente que se ha disparatado. Surgen los casos: el portero que tampoco trabaja los domingos, por el convenio, y hay que poner portero automático; el chófer que no quiere salir por la noche y no le importa nada que el señor vea ya mal para conducir, no como antes, que estaban siempre tan atentos a todo lo que podía pasar; los camareros que tiran el servicio sobre la mesa, en lugar de depositarlo. Todas tienen algo que decir, se atropellan, se les sale el éclair por la boca para añadir un dato, una anécdota; la del chico del censo que no quiere rellenar los papeles, la del mendigo que tira una peseta a la cara diciendo que eso es muy poco («y me han dicho que ganan diez mil al día; que drogan niños para que estén dormidos en brazos, que roban flores de los cementerios para venderlas en las esquinas que tienen colchones rellenos de billetes, que esperan con navajas por la noche a los que no les dan nada, que tienen un jefe misterioso, que entregan fondos al Grapo, que...»). Y de ahí se va a que no hay autoridad, que si la hubiera no pasaría eso. Una ha visto el escaparate de una papelería donde el dueño había puesto un cartel donde decía: «Luna rota por robo democrático» –¡qué ingenioso–, otra sabe mucho de puertas reventadas, y la que ha dejado la casa sola se asusta («Si no hubiera salido la doncella por lo menos, gritaría...»).

Falta, falta la autoridad...

–Pero yo creo que, pronto...

Las voces se bajan. No vaya a ser que los camareros («Hija, mujer, si lleva aquí toda la vida, que le conozco de cuando entró, y nos conoce a todas...». «Sí, sí, Ifiate; acuérdate de la guerra, que criados que habían entrado de niños en las casas, y que comían de la mano de sus amos, les denunciaban y les paseaban; que la gente baja es la gente baja...»).

[a del lacito rojo y negro insinúa:

–Hay muchas cosas, pero vale más no contarlas... En realidad, ya están todos asustados, ya están todos blandos. Lo importante es que no haya resistencia, que la gente bien comprenda que va a ser mejor para todos. Veréis...

La conversación se hace susurro. Salen nombres de los que todos conocen, enseguida, el apellido y dónde están. Se cuentan conversaciones, fechas, preparativos. Lástima que se puede hablar más...

El se va primero. Es lo de siempre. Las deja un rato para que puedan hablar de él, de sus maridos, de cosas de mujeres...

Ya ha oscurecido. Antes, a estas horas, se veían murciélagos en torno a los faroles de gas. Aunque todo cambiase, ya no volverán los murciélagos de antaño. Y le daban su fisonomía a Madrid... La primera que pasa va con el novio. Son agradables de ver: todos sus movimientos cambian cuando van pegados el uno al otro, derretidos. Pero hay que tener cuidado: una vez ya le insultaron y le amenazaron («Si no fuera por su edad, viejo cochino...»). Esta que pasa sola: la etiqueta de piel del bolso, a la derecha, baja y se levanta, baja y se levanta... Va por su camino. Y él acomoda los pasos cortos. Lástima que la luz sea ya tan baja. Una camisetita ceñida, una melena larga... ■ P.

Ilustraciones de Cerviño.

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

Señoras, señores y simpáticos miembros de la Delegación Nacional de Ciegos. Radio Nacional de España ha instalado sus micrófonos en el Estadio Calderón para ofrecerles, íntegramente, la retransmisión de la final de la Copa del Rey de España, disputada entre los equipos del Barcelona Fútbol Club y del Sporting de Gijón. Es una noche calurosa, aunque no puede hablarse del bochorno que en los pasados días había convertido a la capital de España en una esponja de sudor y de agua mineral. Baja una breve brisa de la sierra que es suficiente para compensar a los madrileños de la travesía del desierto padecida durante estos días. Ni que decir tiene que las graderíos son un flamear de banderas y banderolas: colores del Barça, de Cataluña, del Gijón y también, cómo no, banderas de España, porque final de copa del Rey de España se llama y la bandera roja y gualda hace honor a este nombre. Nos escribe un simpático radioyente valenciano extrañado porque en la bandera de España no figure el «blavet» característico de la que ha de ser bandera del Reino de Valencia «aunque sea un poquito» «Encara que sigui una miqueta», nos pide con mucho salero, nuestro simpático radioyente valenciano. Nosotros aprovechamos esta ocasión para ponerle en el correcto camino: haga usted esta petición a su diputado en las Cortes españolas y a ver si prospera. La radio puede mucho pero no tanto. Hay la clásica espectación en un partido de este tipo, todo nervio, todo coraje, todo azar, porque los dos equipos se lo juegan todo a una carta. «Hacen falta más Gijones» reza una pancarta. «Vivan los Gijones del Sporting» dice en otra. Lástima que el Barcelona no pueda contar esta noche con los nuevos fichajes que ha hecho Núñez. Los Morán, Víctor, Gerardo, Urruti, Marcos, el joven Marcos, unidos a los Quini, Alexanco, Sánchez, Olmo hubieran constituido una escuadra formidable, muy difícil de batir. Tampoco es manco el Gijón. El equipo de Asturias patria querida, de la Asturias minera y manzanera, va renovándose con figuras de la cantera fundamentales para el fútbol español. No falta mucho para que se inicie el encuentro. Ya hay movimiento en la puerta que da paso al túnel de los vestuarios. La especulación del público se ha convertido en electricidad estática y acalorada. Vemos una pancarta donde dice «Visca el Barça, visca el vi i visca la mare qu'en va parir», es decir «Viva el Barcelona Fútbol Club, viva ese brevaje de dioses por el que Noé se jugó la honra que se llama enjundioso mosto y viva esa santa mujer que tuvo a bien concebirme en sus entrañas y precipitarme en su día a los abismos agridulces del mundo.» No es que dominemos a fondo esa formidable lengua españolísima que es el catalán, pero creemos haber sido fieles a la traducción. Siguen sin aparecer los equipos. No podemos confirmar las alineaciones porque con Helenio Herrera cualquier vaticinio es improbable. Don Helenio parece que siempre habla mucho, pero cuando le conviene habla lo justo. ¿Juan Cueto? ¿Está nuestro compañero Juan Cueto en los vestuarios? Nos oyes, Juan Cueto? No nos oye. ¿Juan

Cueto?-Grongrrran Grogrrrran... como diría Cidrán Grongrrran Grogrrrran el Sporting es porque es lo que es Grongrrran- A ver, Juan Cueto, nosotros [illegible] pero con muchas interferencias Esperemos que nuestros formidables técnicos consigan restablecer el orden en las ondas radiofónicas Siguen sin salir los equipos. Ahora, ahora parece que sale algún [illegible] como disfrazado de secuestrador de bancos porque va encapuchado y se dirige hacia el centro del terreno de juego El público silba mientras el encapuchado avanza hacia la posición teórica de delantero centro, en la postura estática que precede al saque inicial en caso de que la voluble moneda haya dado el derecho al saque inicial. Ha llegado el encapuchado al centro del terreno La gente ríe, aplaude, silba Hay división de opiniones, pero desde mi tribuna de una simpatía, de un sentido del [illegible] público une los llena a rebosar el estadio Vicente Calderón Por lo que parece, [illegible] más que una broma y puede [illegible] lo, porque el encapuchado le [illegible] un megáfono «Señor [illegible] se asusten Esto es un secuestro, pero nadie [illegible] a sufrir daño si cumplen las instrucciones que les vamos a dar No busquen las puertas de salida Están ocupadas por miembros de nuestro comando que harán uso de sus armas si ustedes les ponen en el brete de disparar Este secuestro durará menos [illegible] esperen [illegible] nes: 1.º El estadio del Atlético en la [illegible] Canjear al teniente coronel Tejero por el presidente separatista de Cataluña, Jorge Pujol 3.º Un avión para poder escapar a Sudáfrica con el derecho de asilo garantizado por Amnistía Internacional 4 Pic-nics suficientes hasta llegar a El Cabo compuestos de mariscos de las Rías Bajas, a ser posible que predominen los percebes y las nécoras. Esto es todo por el momento. Dentro de dos horas recibirán nuevos comunicados» Inaudito, [illegible] Lo pasado, una broma inolvidable que ha producido estupor silencio el [illegible] silla plegable, en el centro del campo Vemos cómo el delegado de campo va hacia él, intenta ir hacia él porque otro encapuchado se lo impide. Y otro. Por lo que se ve hay más de uno Broooista Más encapuchados en la puerta del vestuario que conduce a los vestuarios Vemos también a otros encapuchados al pie del marcador de este magnífico estadio del Manzanares en plenas obras de adaptación para Mundial de 1982 Se nos acerca un encapuchado Veremos si podemos llegar a él con el micrófono Es que llega hasta nosotros. Señor, señor, por favor unas declaraciones para Radio Nacional ¿Podría aclararnos qué está pasando. «Pues que va a pasar Que esto no podía continuar así y estamos dispuestos a que España vuelva a ser lo que era antes de que llegara esta democracia claudicante ¿Puedo saludar?» Adelante «Saludo al teniente coronel de Almería y le doy ánimos para que siga controlando el tráfico de carretera, él ya me entiende ¡Viva España! Se va este simpatizante encapuchado y se va cantando el Cara al Sol No le hemos preguntado si es de la Benemérita Pero acerca otro Usted, usted, el caballero de la capucha ¿Quiere acercarse a los micrófonos de Radio Nacional ¿Son ustedes guardias civiles? «¡La guardia civil está aquí y estará donde esté España [illegible] mientras España siga siendo España». Los españoles sigan siendo españoles» Se queda a nuestro lado y nos enseña con su revólver oxidado Aprovechamos este impasse para [illegible] pasado de Benemérita Fue fundada en el siglo pasado por el Duque de Ahumada para que España tuviera una guardia rural capaz de hacer frente a los desmanes del bandolerismo y al primitivismo de las luchas sociales de los campesinos contra el latifundismo ¿Juan Cueto? ¿Juan Cueto? [illegible] os oyes. Juan Cueto? Grongrrran, Grongrrran también Grrran ha sido el que ha dado la razón a Julio Iglesias y a Rubert de Ventós al decir un golpe de Estado está y a la vez es Grongrrran ongrrrrrrrr «Juan Cueto, le oímos Juan Cueto ¿Qué ambiente hay en los vestuarios? Le escuchamos «Ya no oigo a vosotros. El vestuario está lleno de encapuchados que han encañonado a los jugadores y les han pedido autógrafos Pues bien quien al valorar la conducta del hombre como un exceso de subjetividad ante la imposibilidad objetiva de la materia sentó las bases para entender la historia como un perpetuo secuestro de hombres practicado por la realidad como si la realidad fuera una holoturia de novela de Salgari, cantada por Julio Iglesias Los jugadores del Barcelona les dicen a los encapuchados que no son separatistas Me gustaría que estuviera aquí Sánchez Dragó para que nos explicara el origen simbólico, si es que lo hay, de la capucha Aunque es el mismísimo Carl Gustav Jung quien viene en nuestra ayuda cuando en «El hombre y sus símbolos» nos dice «las masas y sus dirigentes no se dan cuenta de que no hay diferencia importante entre llamar al mundo perceptivo masculino y padre (espíritu) como hace Occidente o femenino y madre (materia) como hacen los comunistas» Muchas gracias Juan Cueto por [illegible] comentario desde «[illegible] dice a todo «[illegible] por ejemplo? «Pues Quini dice que [illegible] pues pronto para marcar muchos goles aunque sea a costa de golear al Gijón el equipo de sus amores. Atención Gonzalo, retengo la transmisión porque se produce una situación insólita «se propicia una tercera especial de [illegible] que esta sucediendo. Cuatro o cinco encapuchados están disparando balonazos contra Artola Lo ha pedido el meta barcelonés como ejercicio de precalentamiento «Cueto Juan, porque también en el campo se producen acontecimientos, como no con el doctor Cabeza como protagonista Exige que los encapuchados pongan fin a esta situación Veremos si [illegible] a él. Los encapuchados tratan de [illegible] marle Doctor Cabeza por favor, por favor [illegible] es tan amable. Dígannos ¿qué está pasando? «Me lo temía, me lo temía me dio una cuchillada cuando salí de casa esta tarde Esto es cosa de [illegible] le Plaza y a mí nadie me da una lección d'españolismo. Yo he sido de la [illegible] Yo le decía a Franco, Bebitis aparte tiene usted unas piernas de campeonato Así soy yo y no [illegible] da la gana que [illegible] sere y que se secuestre al público» ¿Cree usted que hay guardias civiles entre los secuestradores «Para mí que son empleados del Real Madrid, pero esto se queda así Estamos construyendo un misil rojiblanco y quien a hierro mata a hierro muere como [illegible] Se oyen algunos disparos Vemos que algunos espectadores cojean Caballero por favor, acérquese a los micrófonos de Radio Nacional ¿Por qué cojea? «Pues porque me han disparado a las rodillas para que no me moviera Yo comprendo que cumplen con su deber pero mire como me han puesto las rodillas se me ve hueso y un servidor es cobrador de recibos del gas ¿comprende? ¿Puedo saludar a mi mujer que estará muy nerviosa? Gracias Paloma Estoy bien» En estos momentos están haciendo ejercicios de precalentamiento los negociadores que esperamos pongan pronto fin al secuestro Vemos cómo don Francisco Fernández Ochoa hace flexiones muy cerca del banquillo del equipo visitante Tam-

BESTIARIO

bién carretea en chandal el señor Roson. Esperamos que el general Aramburu Topete salte de un momento a otro al terreno de juego. Hemos enviado a nuestros auxiliadores para que localicen a las personalidades políticas del «palco presidencial» y se acercan Blas Piñar y Sagaseta, del grupo mixto, seguidos a corta distancia por Tamames. Don Blas ¿qué le parece a usted esto? «Estamos ante un secuestro, pero comprendemos las urgencias de la despaciencia, la conciencia herida de miles y miles de buenos españoles indignados ante el espectáculo que ofrece el desgobierno.» El doctor Cabeza ha insinuado la posibilidad de que se trata de una conjura del Real Madrid y de Pablo Porta. ¿Qué le parece a usted, señor Sagaseta? «Dudo que sea así. De ser así no se estaría disimulando como se está fusilando en las localidades de a pie del Gol Sur. Esto es algo sincronizado perfectamente con los propósitos desestabilizadores de la oligarquía financiera movida desde el contágono y los centros de decisión de las grandes multinacionales.» Muchas gracias y a Tamames, don Ramón, el más deportista de los tres, le preguntamos ¿Cómo podrían evitarse los secuestros? «Pues con la fórmula de Joaquín Costa, del regeneracionismo = escuela y despensa. Lean ustedes y consuman el vaso por ciento de proteínas y vitaminas que la FAO y la OMS han aconsejado para una correcta alimentación.» Eso es lo que les he dicho a los encapuchados y déjense de metafísicas. Ya lo dice Cervantes en el Quijote. Metafísico estás = dice don Quijote a Sancho y Sancho contesta: es que no como.» Y ahora hacemos un paso adelantado a los tres políticos que amablemente se han acercado a nuestros micrófonos. ¿Quién ganará el partido? «Que gane el mejor.» «El mejor, sí.» «Yo también, = mejor.» Una noción de consenso y deportividad, en el momento en que comprobamos que, efectivamente, los secuestradores han fusilado a un puñado de personas en el Gol Sur. Nos dice el encapuchado que nos escañona que no se fusilará por fusilar, sino por exigencias de la logística del hecho. Esperemos que pronto termine este enojoso incidente y, dentro de lo que cabe, no se mate hasta extremos irreparables. Recordamos a nuestros oyentes que si el Barcelona ganara esta final consecutiva = veinteavo título de campeón de copa de España = pero que para el Gijón sería su primer título de ámbito nacional en primera división. Aquel Gijón legendario de los Castro, Quini, Churruca, Fuente, Megido le ha sucedido este Gijón no menos temible de los Ferrero, Joaquín, Abel, Maceda, Uría, el veterano Uría que sigue dando lecciones de juego y pundonor domingo tras domingo. Gilera está muy cerca de nosotros. Gilera desearíamos que nos dijeras, así de improviso los diez mandamientos del encuentro de hoy. «Así de sopetón y encañonado, mucho me pides, Gonzalo, pero allá van: 1.º Secuestra que algo queda. 2.º No encapucharás los bienes ajenos. 3.º Quini es gafe. Con él llegó el secuestro. 4.º Tararí Tarari, Carlos Quinto entra en Madrid. 5.º A Núñez no le sienta bien la cabeza del doctor Cabeza. 6.º El Sporting es del norte y se ha fusilado en el gol sur. Este secuestro es desigual. 7.º Don Nicolás Casaus no viste nunca a gusto. Le quitan las ligas, le ponen capuchas. 8.º El fútbol va a cuenta de la Federación Española de fútbol a la Dirección de Seguridad. 9.º En vida de Bernabéu estas cosas no pasaban. 10.º A este paso no entramos ni en la OTAN ni en el Mercado Común, ni en la Sociedad Protectora de Animales.» Como siempre Gilera con su gracejo. Nos llega el rumor, no la información, de que los secuestradores solicitan la ayuda de la Cruz Roja para cargar a la peña «Quini» de Mieres por cuatrocientos bocadillos de jamón del país. Puede ser un indicio del número exacto de secuestradores ¿quinientos? ¿Son ustedes quinientos? «Pues por allí va, más o menos, = supongo, uno más, uno menos.»

El secuestrado, ¿nace o se hace? «Pues un poco de todo. Hay que tener condiciones y luego cultivarlas. Porque más de uno va por ahí secuestrando y se le escapa porque no tiene = tono de voz adecuado y le sale el grito un poco pancli. Hay que impresionar [illegible] vocación y dedicación. «Eso mismo. Sin vocación uno no se secuestra un rosco, pero sin dedicación uno no se lo come ¿me explico?» Como un libro abierto. Atención nos llega la noticia de que Tierno Galván se ha ofrecido como rehén a cambio de las localidades más modestas. Varios secuestradores han amenazado con disparar si se aceptaba el canje. Se temían que Tierno les sermoneara. El que = va la voz cantante en el secuestro da muestras de nerviosismo. También el público está nervioso y increpa a los diputados que están en el palco presidencial. Su Majestad el Rey intenta calmar los ánimos con las manos y desde aquí = hemos oído decir en = oreja de Jordi Pujol: Tranquilo, Jordi, tranquilo. Hay un tumulto en Tribuna Principal Superior. Un espectador se queja de que un encapuchado le ha [illegible] cartera. Otro [illegible] capuchado le ha pellizcado el culo. Dígame señor secuestrador, ¿hay gente de mal vivir entre ustedes? «Pues de todo ha: como en todas partes. Están muy mal los tiempos = muy fácil dar lecciones de moralidad cuando se tienen quince pagas y los plazos de la nevera pagados ¿me entiende usted? «Perfectamente. Que dos de los encapuchados ha tratado de agredir al árbitro de la contienda porque [illegible] parecer este árbitro perjudicó al Málaga en un encuentro contra el Sevilla. Ahora los secuestradores cargan a la Peña Barcelonista de Tarragona por un televisor en color porque los que están vigilando a los jugadores en el vestuario no quieren perderse la retransmisión del encuentro. Se espera que de un momento a otro hagan su aparición los Geos. Es probable que les tiren en paracaídas. En caso de que se lancen los Geos en paracaídas ¿que harían ustedes? «Nosotros hemos venido a secuestrar y matar = eso sería un abuso. Eso no = hace con el pan de un padre de familia.» A efecto se insinúan en el cielo de Madrid las siluetas aladas de los aviones Hércules del Ejército del Aire. El público aplaude. Los encapuchados silban. El general Aramburu Topete ha dicho que por el ruido de los silbidos es imposible que sean guardias civiles. «Chorizos y maricones», este es el rumor que circula de boca en boca, rumor estimulado por la cantidad de carteras que están desapareciendo y los pellizcos a culitos que se están dando. Secuestrar es una cosa y lesionar los intereses particulares otra. Ahora los secuestradores han disparado con lanzallamas contra un grupo de animosos minusválidos que no dejaban de ani[illegible] grupo. [illegible] son, no han estado bien, ha sido un feo detalle pero recabamos la opinión técnica del amable encapuchado que nos encañona. «Yo también tengo mi corazoncito y hay cosas que me disgustan, pero es que la situación se las trae y la vida ha sido muy dura con nosotros. Yo, por ejemplo, soy huertano.» Lamentable en efecto. ¿Huertano del Sporting o del Barça? «Ni de uno = del otro. Yo soy de la Real Sociedad, porque en ese equipo no juega ni un extranjero. Con el hambre que hay en España ¿Usted cree que hay derecho?» Ya se lanzan los Geos en paracaídas. Ya están tomando el césped. Toman posiciones

Ocupan las gradas. Inaudito. Se han esfumado los secuestradores por el procedimiento de quitarse la capucha y mezclarse con el público. El que tengo a mi lado ya está sin capucha. ¿Está mejor así, sin capucha? «Es que está haciendo un calor. Calor y no llueve. No sé adónde vamos a parar». Buscan los Geos a los secuestradores, no parecen tener éxito. Ha habido un error y han detenido a Nicolás Casaus confundiéndole con un secuestrador. Intercede por él Martín Villa. Se llevan detenido a Martín Villa. No. No. Esa era la intención, pero han intervenido Sancho Rof y al que se llevan detenido es a Sancho Rof. Esperamos que pronto se disuelva el equívoco y el señor Sancho Rof, cuya desvinculación con el secuestro nos consta, quede libre a tiempo de presenciar el partido. Juan Cueto. Atención, Juan Cueto, ¿qué clima hay en los vestuarios? «Grongrun... Grongrun... Borges en su escrito «La Flor de Coleridge» cita a Shelley para suscribir que todos los poemas del pasado, del presente y del porvenir son episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigido por todos los poetas del orbe... y esa sensación de unidad poética tenemos en estos momentos precisos, cuando los secuestradores sin capucha se han convertido en un orfeón que canta Asturias Patria Querida ante la recelosa duda de los Geos... Los jugadores corretean ya a punto de saltar al terreno de juego. Quini, Coleridge, a fines del siglo XVIII escribió: Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara la flor en su mano, entonces ¿qué?... Pues yo me debo a mi equipo, yo soy un profesional y haré lo que pueda para ganar». Gracias Juan y bien por Quini, un monstruo de profesionalidad. No tardarán en saltar los jugadores al terreno de juego. La nube de fotógrafos se alinea como un ejército ante la boca del túnel. Los camilleros de la Cruz Roja retiran los últimos cadáveres. Don Pablo Porta y el presidente Núñez discuten acaloradamente el tema de las Apuestas Mutuas. Acercamos el micrófono a don Raimundo Saporta, testigo privilegiado y sabio de esta brillante final. ¿Estará todo a punto para el Campeonato del mundo?. «Pregúntese lo usted a los políticos. Nosotros hacemos ■ que podemos. El mundo del fútbol cumplirá, pero queda el mundo de la política. Esa es la incógnita.» Como siempre don Raimundo Saporta ha puesto el dedo en la llaga. ¡¡¡Ya saleeeeennnn los jugadoooooores!!! El Estadio Vicente Calderón es una algarabía de gritos y un clamor visual de enseñas azulgranas, asturianas. Se escuchan los acordes del himno nacional y todos guardan un profundo, respetuoso silencio: secuestrados, secuestradores, futbolistas, directivos, árbitros, viudas, militares. Circula un fresquito muy agradable. La gran escenografía del fútbol está preparada y el espectáculo puede o no puede ser brillante, pero siempre será emocionante. Por última vez, la opinión técnica del hombre que tan amablemente nos había secuestrado. Pronóstico del partido. «Ganará el Barcelona porque tiene más dinero y más veteranía». Y sobre el resto de desagradables incidentes que han ocurrido ¿qué juicio le merece? «¿Qué juicio me van a merecer? Ha sido un intento de desestabilizar, un hacer añicos la convivencia pacífica entre todos los españoles.» Ni más ni menos. Pero ya el árbitro reclama la presencia de los capitanes. Los fotógrafos lanzan sus flashes como flores nocturnas de vida breve. Algunos niños posan junto a los equipos alineados. Algunos niños vestidos de secuestrador. Otros de secuestradores. Todo está dispuesto. La pelota se pone en movimiento. ■

M.V.M.

Ilustraciones de J. Guillén.

LA GRAN DERECHA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DESPUES de los dos veintitrés golpistas de nuestra reciente historia la gran derecha, un viejo proyecto continuamente aplazado ■ desplazado por la coyuntura, ha vuelto ■ reaparecer en el escenario político. Frente a la tesis del gobierno de coalición, que la izquierda sostiene con el mismo énfasis que una parte de ella sostenía hasta hace poco el gobierno de concentración, un sector de Unión de Centro Democrático acaba de proponerla como la salida más idónea y viable de la actual crisis política en la que nos encontramos. Aunque, quizá, sea más exacto decir que se trata de una fracción de dicha familia ideológica, puesto que tanto monta monta tanto en democracia cristiana Oscar Alzaga, que lanzó desde la tribuna del Club Siglo XXI la operación de reunificación de toda la derecha, como Fernando Alvarez de Miranda, que continúa defendiendo la coalición gubernamental con los socialistas.

Y es que se trata de un objetivo con muchos más padrinos que este grupo o subgrupo del partido centrista, que, en realidad, se limita a importar la fórmula en el interior de la organización centrista. Coalición Democrática, y a su cabeza Manuel Fraga, es quien tiene la patente original del invento de la gran derecha, siendo socios minoritarios directos ■ indirectos en el lanzamiento de la maniobra grupúsculos o individualidades políticas como Antonio Garrigues Walker o Félix Pastor. Planteamiento, lógico por su parte, dado que a través de esa «derecha río» que predican, dejarían de ser simples afluentes o secos arroyuelos politicosociales. En la gran derecha se moverían como pez en ■ agua; agua de la que carecen hoy y que necesitan para lograr el milagro de que los peces pequeños, los compadres de ■ operación, se coman al pez grande, Unión de Centro Democrático.

Normal y coherente porque dentro del contexto ■ entorno político en el que nos hallamos, donde prácticamente no hay organización ■ líder que no trate de rentabilizar la amenaza de golpe de estado ■■ su favor en lo externo o en lo interno, los promotores de la gran derecha desean extraer la máxima plusvalía política de la dinámica involutiva generada en este país; desde que diminera, por razones todavía desconocidas y no explicadas por el interesado, el primer presidente democrático y constitucional de la joven y muy frágil democracia española. Amenaza de golpe de estado repleta de «royalties» políticos a diestro y siniestro de nuestro abanico político.

¿Quién tiene la hegemonía?

Es obvio que el punto débil de esta tentativa reside en que carece de programa alternativo. La gran derecha no ■ una opción programática distinta a la existente en el palacio de la Moncloa. Si repasamos brevemente la nueva orientación que Leopoldo Calvo Sotelo ha imprimido al partido gubernamental observaremos rápidamente que la gran derecha no tiene la más mínima alternativa: el stop autonómico ha agotado su capacidad de frenada en términos democráticos; la reordenación de la política exterior con la irreversible integración de España en la OTAN los deja sin argumentos; ■ restricción de las libertades públicas ■ la máxima posible en un marco constitucional y el reforzamiento del concepto de orden público es lo máximo tolerable en un sistema democrático, etc. Más allá no hay alternativa democrática, hay alternativa golpista.

No está ahí la clave de la cuestión que plantea la gran derecha, sino en la aplicación ejecutiva de dicho programa. ¿Quién lo aplica? es el dilema que subyace en esta controversia. Para sus patrocinadores ya no es de recibo que la hegemonía política resida en las manos exclusivas de una Unión de Centro Democrático en la que no se encuentran ■ que no dirigen. La nueva situación política, creada por la dinámica de la amenaza golpista, justificaría en su opinión una redistribución de los papeles hegemónicos. Si el peligro golpista ha roto la mayoría aritmética, al basarse en una para y simple correlación de fuerza entendida en el sentido más literal de la expresión, se impone una mayoría política en función de la fuerza y no de los escaños.

Así la gran derecha no nace como rechazo del centro-izquierda, mucho menos de la unidad de los socialistas con los comunistas, sino de la superación de la política de centro-derecha que Leopoldo Calvo Sotelo viene manteniendo desde su investidura parlamentaria. Es un paso adelante, ■ un paso atrás según se mire, en relación con la política presente; en la que los centristas cuentan con el apoyo crítico de Coalición Democrática prácticamente gratis. Hoy es el partido gubernamental quien, a través de su línea programática, obliga a los demás grupos o grupúsculos de la derecha a apoyarle so pena de caer en el descrédito político de cara a sus respectivas bases sociales. Aprovechando que la democracia se encuentra entre paréntesis persiguen obtener lo que las consultas electorales no le proporcionaron o los pactos parlamentarios no permitieron.

Oscar Alzaga, Miguel Herrero de Miñón y Fernando Abril Martorell.

Leopoldo Calvo Sotelo y Antonio Carrigues Walker en la última reunión de la Asociación para el Progreso de la Dirección.

Difuminar UCD

Lógicamente quien obstaculiza esta tentativa de nuevo reparto del botín del ejecutivo es quien, en su momento, supo capitalizar el éxito de la transición imponiendo el modelo de salida que convenía a la derecha frente al que defendieron hasta un cierto punto, grado y fecha las fuerzas de izquierda. De ahí que siempre haya sido Unión de Centro Democrático la barrera a sortear: imposible disputar a un gran partido la hegemonía del proceso si antes no se le derriba del pedestal. De lo contrario, no tendría ningún sentido ofrecer la alternativa de la gran derecha si existe previamente un gran partido de la mayoría de la derecha que se mueve en un marco constitucional y democrático.

Operación derribo que se encuentra actualmente en su tercera fase. Primero, fue la campaña por la democratización interna de Unión de Centro Democrático y el descabezamiento de su principal líder de entonces (otoño e invierno 1980-81); luego, la inversión de alianzas del partido gubernamental rompiendo la «entente cordiale» con las minorías nacionalistas vasco-catalana, inequívocamente de derechas, para sustituirla por una estrecha relación con Coalición Democrática (primavera 1981); y, ahora, la ofensiva para transformar cualitativamente esa alianza de «facto» en una unión de «iure».

Objetivo en el que coinciden una Coalición Democrática, prácticamente fraccionada y dividida como ningún otro grupo parlamentario; hombres puentes entre UCD y CD sin base social y mayor apoyo que su propia personalidad como Félix Pastor, jugadores políticos sin equipo hasta ahora sentados en el banquillo de los suplentes esperando el relevo como Antonio Carrigues Walker y un sector de Unión de Centro Democrático que no ha logrado hasta aquí invertir las siglas UCD por UDC como los demócratas cristianos. A la vez, cada uno de ellos pretende ser el «primus inter pares» de esa gran derecha. Manuel Fraga esnima su personalidad, los demócratas cristianos valoran su organización y Antonio Carrigues confía en sus recursos económicos.

Eje de esa táctica difuminatoria es la intensificación de la campaña periodística, a través de medios de comunicación que controlan y que ya jugaron un papel en la defenestración de Adolfo Suárez, en torno al deterioro electoral de Unión de Centro Democrático potenciando las expectativas electorales del Partido Socialista Obrero Español. Mediante la instrumentalización de sondeos se busca crear una sensación de inseguridad, el avance de la izquierda y la desorganización de la derecha, que sólo puede rellenar la gran derecha.

Obstáculos escalonados

Sin embargo, no va a ser un paseo militar. La política de envolvimiento de Unión de Centro Democrático, en el amplio magma de la gran derecha, está repleta de obstáculos a corto, medio y largo plazo. Por diferentes razones, completamente antagónicas y contradictorias, los centristas, los sectores golpistas o paragolpistas de la sociedad española y las organizaciones de izquierda confluyen en obstaculizar realmente, los dos primeros, y potencialmente, los terceros, esta maniobra política.

A corto plazo encuentra la inmediata negativa de Unión de Centro Democrático, por la sencilla razón de que, como cualquier organización humana de todo tipo, no tiene vocación suicida. ¿Por qué compartir la hegemonía cuando quienes la reclaman carecen de base social o se apoyan en muy restringidos círculos electorales? Sobre todo cuando estos últimos están condenados a votar parlamentariamente con el partido gubernamental salvo que la gran derecha se plantee desbordarlos por su izquierda. No hay razones políticas, económicas o sociales, al menos hasta el momento, para que Unión de Centro Democrático ceda poder a quien no tiene capacidad para forzar dicha cesión, sino que busca capitalizar una presión extra-parlamentaria sin tampoco representarla.

Tan es así que los que organizan esta presión, los sectores golpistas o para golpistas, ven a medio plazo en la gran derecha el grupo que trata de hurtarle su hipotética futura victoria política. La estrategia de estos núcleos no democráticos, que tiene la iniciativa política desde el pasado 23 de febrero, persigue radicalizar la situación en su favor y no en beneficio de la gran derecha. La erosión y el deterioro del Gobierno, que tan hábil como audazmente realizan, la efectúan únicamente en una sola dirección política: la reinstauración de un sistema autoritario. Y la gran derecha aparece en este terreno como un importante competidor que impide la extensión de la base social golpista.

Y si superasen estos dos obstáculos presentes la gran derecha tropezaría con el gran obstáculo potencial de la unidad de las izquierdas. Por muy imposible que aparezca hoy tal posibilidad —el abismo entre socialistas y comunistas es infranqueable—, la concreción de esta maniobra entrañaría una línea unitaria de la izquierda española. Con lo que las consecuencias políticas de esa gran derecha se volverían contra los intereses de toda la derecha social al provocar una bipolarización política del país y un enfrentamiento de bloques sociales contrapuestos.

Todo ello sin contar con que el «timing» de la política española es tan acelerado que no va a dejar tiempo para este ensayo politicosocial. Aquí y ahora no hay más dialéctica posible que la que gira sobre el binomio democracia-golpismo sin dejar lugar, espacio y tiempo para operaciones políticas como la que hemos comentado. Dicho de otro modo: entre el Gobierno de Calvo Sotelo y un hipotético gobierno autoritario no hay gobierno intermedio; entre Unión de Centro Democrático y la resurrección del Movimiento Nacional o la Unión Nacional no hay gran derecha posible, porque la coyuntura política actual no ofrece más que dos versiones optativas de la gran derecha: una, democrática concretada en Unión de Centro Democrático; y otra, autoritaria representada por el golpismo ■

América Latina

LA VIOLENCIA

JULIO ORTEGA*
en colaboración con
CECILIA BUSTAMENTE

EN uno de sus primeros cuentos memorables Julio Cortázar nos propuso la enigmática figura de dos hermanos solitarios que viven confinados en su propia casa, de la cual son expulsados, habitación tras habitación, por una fuerza desconocida, implacable y sin rostro («Casa tomada», en *Bestiario*, 1951). En un cuento más reciente y no menos inquietante («Segunda vez», en *Alguien que anda por ahí*, 1977), Cortázar nos propone una figura polar: una pareja de jóvenes se encuentra en una casa anónima donde han sido citados para un interrogatorio que no se enuncia, y a consecuencia del cual desaparecerán dentro de la casa, devorados por la fuerza inapelable que la ocupa. Si el primer relato podría también ser leído como el emblema de la pérdida del lugar, el segundo ilustra emblemáticamente la pérdida del cuerpo en el lugar ocupado por la violencia. Entre uno y otro, la historia usurpada de América Latina subraya los signos de su distorsión.

La primera pareja —también, de algún modo, una pareja final: discretamente, al fin de su propio linaje, van abandonando la casa tomada resignados a su expulsión de este paraíso tradicional; su condición de hermanos sólo duplica su soledad, su muerte en el eros extraviado. Han perdido inicialmente sus propios cuerpos, al fin de un mundo excesivamente privado, y para ser fieles al mismo sólo pueden cumplir con pulcritud el ritual de su caída. De algún modo, ellos saben que es demasiado tarde para el mundo que cultivaban y al que se debían: el lugar ya no les pertenece, y el tiempo es un invasor enemigo. En cambio, la segunda pareja ignora el poder devorador de la casa donde se los juzga: sus cuerpos son inocentes, pero sobre todo vulnerables y, notoriamente, incapaces de dar noticia de su propia destrucción. Como los asesinos de «El Matadero» de Echevarría, los ocupantes de la casa son crueles e implacables: el poder —el que sabe, las víctimas son los que ignoran. La represión figura en ellos su banalidad y su rutina: son la policía no demasiado secreta de un Estado que traga los cuerpos inocentes con su maquinaria clandestina y pública. Sus cuerpos intactos están abiertos por el eros virtual, que irá a

* Profesor de la Universidad de Texas at Austin

Represión policial en el Chile de Pinochet.

ruptura. Así, las fuerzas de invasión y de ocupación figuran –como ocurre en tantos textos latinoamericanos– el agente externo que irrumpe en los espacios codificados con su ruptura crítica y su promesa liberadora. Sin embargo, en «Casa tomada» encontramos una variante intrigante de esa simetría: las fuerzas externas ocupan, en efecto, un espacio de la tradición, pero nada en ellas promete el cambio y, mucho menos, la liberación. Tanto ocurre como si frente al deterioro del código tradicional, la invasión sólo fuese a reemplazar a los habitantes fantasmáticos sin realmente transformar el espacio simbólico de la casa. En esta conclusión melancólica nos es, tal vez, impuesta por la resignación de los hermanos expulsados, no tenemos otra evidencia de parte de la fuerza exterior ocupadora sino su ciega determinación. Tal vez ocupar la casa no asegura la impugnación. Tal vez en el ciclo de perder el lugar y de olvidarlo no persiste el sentido liberador. Porque también los ciclos de la recuperación del sentido son transformados por la historicidad: en un mundo configurado por la violencia de todo orden, las mediaciones que prometen el acceso al sentido han sido distorsionadas, y, así, de una a

Las madres de los desaparecidos han tenido manifestándose cada jueves en la Plaza de Mayo de Buenos Aires.

ser cegado por un Estado omnipresente la autoridad los condena de antemano, más allá de cualquier inocencia o culpa, en el espacio naturalizado de la violencia indistinta. Esos cuerpos, por ello, se aproximan, ya no solitarios sino solidarios, al borde del abismo represivo.

En las simetrías del espacio cerrado que es fracturado por una fuerza externa, la modernidad enseña que la necesidad del cambio se ilustra en el repertorio de la impugnación y la otra cara la historia transcurre con señales de pavor creciente.

Por otra parte, si los habitantes de la primera casa eran lectores de textos franceses que recibían por el correo, y la lectura parecía otra frágil marca de su alienación, los jóvenes citados en la segunda casa son el propio texto que el poder recodifica, porque sus cuerpos se definen en el interrogatorio táctico; y la información que se les demanda es la básica enunciación de su vida por anticipado sospechosa y por ello culpable. Entre la citación y su desaparición, el cuerpo es un texto sancionado por el poder ocupador de los textos, por la autoridad de una escritura moral, que convierte al lenguaje en un crimen. Por eso, si el primer relato podía ser percibido como fantástico, aunque su incidencia crítica es notoria, el segundo relato es percibido como una parábola de la denuncia. En uno, la literatura misma actúa como intertexto, en el otro, ese intertexto es el cuerpo. Si el primero nos aguarda en su enigma, el otro nos aguarda en su distinto horror.

Estas dos figuras (que quizá son una, paradigmática) ilustran la diversa aparición de la violencia latente o explícita, en la narrativa de Julio Cortázar, cuya obra ha ido respondiendo a los lenguajes autoritarios con la escritura de una sensibilidad política hecha en el drama histórico latinoamericano de las dos últimas décadas.

Su defensa de los derechos de la imaginación –esa zona de convergencias y aperturas donde su obra nos comunica con el sueño, el juego y la libertad– no podía sino conducirlo a la indignación y a la adhesión, a la política recuperada como una emotividad solidaria y crítica. Es así que su novela *Libro de Manuel* –donde las vías de convergencia entre poética y política están evidenciadas como un posible texto aleatorio– puede también ser leída como una «novela de educación política»; porque en ella el relato de la violencia diaria en América Latina es recortada de su cotidianidad natural y entregado al lector naciente, a ese Manuel cuyos alimentos terrestres han sido marcados por la historia. Libro para Manuel, y manual del libro, desde su propia irónica moral del fracaso, desde su valor de proyecto haciéndose críticamente, esa novela del aprendizaje es, por eso, también un texto actual del cambio; o sea, una anticipación de esa nueva literatura que recupera hoy mismo su valor de impugnación para recobrar así al lector del territorio (naturalizado como distorsión) de la violencia.

No es, por cierto, fortuito el hecho de que las distintas formas de la violencia irrumpan en la literatura hispanoamericana (ni siquiera Borges ha dejado de ser atraído por su encarnación); y, en un sentido, podría asegurarse que el estado entrópico que la violencia impone a la historia (como un desgarramiento del tejido social), es reprocesado por la escritura; de tal modo que podría también decirse que la escritura de la violencia es una formalización, un intento por entender y

ordenar esa información entrópica que es un escándalo de la inteligencia.

Desde los primeros cronistas americanos es notorio este trabajo de la escritura que busca recodificar los hechos de la violencia, aparentemente gratuitos y dispersos. El Inca Garcilaso de la Vega es tal vez el primer escritor americano fascinado por ella: la utopía americana responde como buen gobierno a la errancia histórica de la violencia conquistadora. El cronista indio Guamán Poma de Ayala no sólo describió sino que también dibujó el repertorio de la violencia colonial, utilizando los modelos iconográficos medievales, que había aprendido de los religiosos, dibujó en su *Nueva Crónica* la humillación, el castigo, el encarcelamiento, la servidumbre y, en fin, el suplicio del naciente (y ya muriente) cuerpo latinoamericano. La sincronía irónica entre la iconografía medieval (forma significante) y el desgarramiento colonial (forma del significado) es otra de las marcas productivas de un texto en formación, que es ya una inscripción latinoamericana, una diferencia.

Ahora bien, la escritura que busca fijar la práctica de la violencia acude, necesariamente, al cuerpo como el lugar donde se reproduce esa práctica pero también donde se genera su crítica y su cuestionamiento. El cuerpo latinoamericano está inscrito en esa literatura en un estado de emergencia, su nacimiento (conquistado y colonizado) no es menos asombroso que su destino actual (saqueado y reprimido). De allí la descarnada y elaborada presencia de ese cuerpo que se expresa por todas sus heridas en la imaginería del barroco americano. De allí también el lenguaje corporal de la fiesta mexicana de muertos. Imágenes donde la violencia se ha transformado dando los frutos dramáticos de su interpretación popular. En el relato mediánico del Inkarrí (Inca y Rey: cuerpo doble y uno), los campesinos peruanos de hoy interpretan la violencia histórica desde su cultura mítica. Según este relato los españoles le cortaron la cabeza al dios andino y enterraron su cuerpo bajo la tierra del Cuzco; pero ocurre que Inkarrí no está muerto sino que bajo la tierra su cuerpo ha seguido creciendo, y cuando se complete despertará y se levantará, y con él volverá la justicia. Ese cuerpo arqueípico resume en su aventura histórica y mesiánica los ciclos de un orden mítico del mundo: el equilibrio debe ser restituido, piensan los hombres del Ande; y para ello sólo tienen su cultura, la que les promete la resurrección de su propio cuerpo.

La policía impide una manifestación en Argentina.

Ese cuerpo latinoamericano vive por lo menos cinco formas explícitas de violencia:

1. *La violencia histórica*, que es la padecida en los procesos históricos mismos y cuyo centro anuncia una situación ilegítima porque si el Estado, según la definición clásica de Weber, es el depositario de la «violencia legítima», en América Latina los Estados nacionales se han demostrado carentes del consenso aparentemente otorgado y, en verdad, sólo instrumentos de las sucesivas clases dominantes, de tal modo que esa legitimidad consensual de la violencia del Estado en estos países resulta, más bien, una legitimidad dudosa, y, en la mayoría de los casos, una franca ilegitimidad. Por lo demás, parece evidente que estos Estados no representan a las naciones de cada país, pues su vocación ha sido muy poco pluralista y, por el contrario, también la expresión orgánica de la minoría dominante. El modelo «republicano y democrático» bien pronto se demostró en contradicción. La modelización del Estado latinoamericano probó, en varios países, ser más destructiva que la misma dominación colonial. Pero la violencia histórica tiene todavía otra seria consecuencia: la destrucción de la conciencia histórica misma. La historia se nos aparece como una disolución, y su continuidad como una amenaza: de allí que requiramos exorcizarla, dejarla pronto atrás, olvidarla. Casi en cada país latinoamericano se dice que «el pueblo olvida», o que «el pueblo no tiene memoria». Nuestros presidentes fracasan escandalosamente, pero son reelegidos, hasta nuestros tiranos retoman «democráticamente». Tal vez es un optimismo ilustrado confiar en una conciencia crítica como formación histórica, pero es una forma el relativismo nuestro. ¿Cómo representarnos el cuerpo victimado por esta violencia? Como cuerpo *alienado*, probablemente. Porque está desprovisto de su centro crítico por una historia que niega la conciencia y la madurez, condenándolo a repetir los gestos primarios de su propia manipulación. Y, sin embargo, en este mismo cuerpo alienado la literatura nuestra inscribe los signos de una respuesta a la historia. Porque para nuestra literatura la ilegitimidad del Estado significa que la república ha sido mal fundada y, por tanto, que hemos vivido una historia sustitutiva, lo cual deduce que la historia está por hacerse, la república por conmoverse y el Estado mismo por sustentarse. De allí que vivamos no una conciencia de la historicidad, sino una conciencia de la virtualidad: la realidad misma está por hacerse, y tanto la política como la imaginación nos prometen en su discurso el acceso a ese mundo virtual donde el cuerpo reconocerá sus derechos y poderes. Con esta persuasión utópica, que es sustantiva a nuestra cultura política, responde la cultura latinoamericana a su experiencia histórica de la violencia. No menos visibles son otras recur-

peraciones que le propone el discurso mismo en tanto materia inscrita y cambiante. El *Martín Fierro*, por ejemplo, intenta recuperar el cuerpo del gaucho de su desaparición social e histórica como signo, precisamente, de esa marginalidad de que el arte requiere ante los procesos de absorción; y lo hace desalienándolo, dotándolo del cuerpo inocente del lenguaje al convertirlo en el cantor que hace del canto su existir.

2. *La violencia estructural*, concepto introducido por el sociólogo Johan Galung, que se mide por la diferencia entre la expectativa óptima de vida (los Estados Unidos y Cuba, hoy alrededor de 70 años) y la verdadera expectativa de vida en otros países (alrededor de los 55 años en el resto de América). En términos internacionales, la diferencia notoria entre el consumo de los países ricos y el de los países del Tercer Mundo marca la intensidad de esa violencia. En términos internos, podría añadirse, la mala distribución de la renta, la selectividad de los servicios, la situación creciente de injusticia social, supone la mayor posibilidad de vida de unos y la menor probabilidad de sobrevivencia de otros, los más. Como dice Galung, la sociedad tiene recursos para dar un número promedio de años de vida a sus miembros, pero las condiciones sociales establecen la variante decisoria: cuanto más baja la posición social, menor el promedio de vida.

	País	Año	Promedio de vida	Año	Promedio de vida
POBRES	Cuba	1955	59	1965	66,8
	Guatemala	1949	48,7	1963	48
	Haití	1950	32,6	1965	44,5
	México	1955	58,5	1962	62,4
	Brasil	1946	42,4	1965	60,7
	Chile	1952	51,9	1960	57,2
	Colombia	1950	45,1	1955	50,5
	Ecuador	1955	45,5	1961	52,4
	Paraguay	1955	54	1965	59,4
	Perú	1955	51,5	1964	54
RICOS	USA	1952	68,6	1964	70,3
	Alemania	1949	66,5	1965	70,2
	Francia	1950	66,5	1964	71,6
	Inglaterra	1948	68,8	1961	70,9
	Dinamarca	1951	71,2	1962	72,4
	Japón	1949	57,9	1964	70,3
	Canadá	1950	68,6	1965	72
	Noruega	1951	72,9	1965	74
	Polonia	1948	59,1	1965	69,8
	URSS	1955	66	1962	68

La situación de los países subdesarrollados es, ciertamente, dramática en todo sentido: la distribución del ingreso, la ingestación de calorías y nutrientes, y, además, el acceso a los servicios es, a todas luces, insuficiente y muy por debajo del mínimo asignado para el desarrollo físico y mental. Baste como ejemplo el caso del Perú, víctima desde 1975 de los programas del Fondo Monetario Internacional y la Banca crediticia, caso extremo del modelo intensificado de una dependencia financiera y un control del sistema sobre el proyecto económico nacional a cualquier costo social interno. En Lima, el 46,7 por ciento de las familias no satisface la asignación de calorías, mientras que en las zonas rurales esta situación afecta al 54,3 por ciento de las familias (1971-72). En la crítica área rural, donde viven el 54 por ciento de las familias peruanas, las deficiencias alimentarias son más graves. El 70 por ciento de las familias rurales ingiere calcio por debajo de lo necesario, y lo mismo ocurre al 56 por ciento de ellas con la riboflavina y el caroteno. En cuanto a proteínas, si en Lima el 38 por ciento de las familias no las ingiere suficientemente, en el campo no lo hace el 42 por ciento. En buena cuenta, la mitad de la población del Perú está subalimentada, a un nivel tal que puede calificarse, sin hipérbole, de sistemática reducción de la capacidad humana. En 1972 la expectativa de vida fue de 55,7 años, como Suecia en 1900-09 y Gran Bretaña en 1910-12. Si se observa la situación de la distribución del ingreso, en un país marcado por su dualismo entre el sector moderno y el sector tradicional, se encuentra que 750 empresas explican el 74 por ciento de la producción nacional, el 45 por ciento del consumo, el 45 por ciento de los ingresos, el 60 por ciento del capital instalado y sólo el 10 por ciento de los trabajadores del país (1973). Este sector moderno es el que el Estado nacional promueve: la ideología desarrollista sostiene este modelo que impone la conversión de la mayoría de la población en mera clientela que alimenta los mercados de ese sector en un intercambio del todo

En Perú, las manifestaciones de 1965 se reprimieron así.

desigual. No extrañará, por lo tanto, que en el área de los servicios la desigualdad sea aún mayor, basta comprobar el porcentaje de familias que carecen de servicios en sus viviendas (1972)

Esta elocuencia del subdesarrollo que delata el abismo entre países ricos y países pobres, así como las distancias entre clases sociales dominantes y dominadas, sólo puede ser representada en un *cuerpo sobreviviente*. Y de las agonías de ese cuerpo saqueado ha dado cuenta la literatura latinoamericana en no pocos momentos; la novela llamada «de la tierra», por ejemplo, está animada por su capacidad de denuncia, y no conviene dejar de lado esta narratura rural y documental con el mero adjetivo de novela «primitiva» frente a una actual más «moderna»; porque en ella se sustenta la necesidad de construir un ámbito americano ya alternativo a los modelos, precisamente de la modernización

Aunque su «americanismo» hoy nos resulta insuficiente, es claro que esa literatura (y la pintura y el ensayo que acompañó a los indigenismos ameri-

supone la práctica fascista. ¿Habrá que añadir algo a las evidencias de esa práctica en Uruguay, Chile y Argentina? La extraordinaria violencia de esos estados excede los peores momentos del oscurantismo histórico moderno. Y la guerra poco encubierta de exterminio ideológico abarca un espacio equivalente a la sociedad misma, convirtiendo al ejercicio policial en la nueva norma de una restauración sangrienta. El país como campo de concentración deja ver, por lo mismo, la sombra de un cuerpo negado (preso, torturado, desaparecido, muerto y quemado). Y puede decirse que en estos años la represión en América Latina contribuyó sistemáticamente a los repertorios del autoritarismo con ese «cuerpo desaparecido», porque al incluso en el campo de concentración nazi el cuerpo preso tenía una cifra marcada ya que el delirio racista llevó la estadística de su exterminio en los países del cono sur americano en cambio este cuerpo desaparecido ya no podía siquiera documentar su propia muerte, siendo su desaparición una

ALGUNOS DATOS SOBRE PERU

Tipo de servicio	Lima	Area de residencia Otras ciudades	Rural
No tiene agua	30 %	63 %	99 %
No tiene electricidad	28 %	49 %	97 %
Menos de 2 cuartos	41 %	26 %	54 %
Distribución del 1.° nacional de familias	20 %	26 %	54 %

Cifras en Carlos Amat y León «La distribución del ingreso familiar en el Perú: sus causas e implicaciones en la política económica», en *Sociedad y Participación*, Lima, número 1 1978.

canos) es una formación cultural constitutiva de nuestras opciones más críticas. Basta recordar que el «hombre pobre» de la poesía de César Vallejo transformará su orfandad en una nueva estética la recusación de los modelos armoónicos, en primer lugar; y, desde la subversión de la misma lógica discursiva del lenguaje, la reconstrucción del cuerpo como habitante desgarrado para la modernidad, obrero sublevado y muerto renaciente y perpetuado. Este héroe vallejiano de la pobreza es también el hombre político virtual, aquel cuyo cuerpo capaz de rehacer el orden natural está en formación, un sujeto construido por la necesidad radical de pensar otro mundo

3. *La violencia represiva*, que es la ejercida por el estado policial y que

muerte doble del cuerpo vivo y del mismo cadáver. El hecho de que el discurso ideológico de la represión se sustente en valores como la «civilización occidental», la «democracia», la «familia» y el nacionalismo militante, no indica sino la falacia profunda del origen mismo del Estado latinoamericano ese discurso nos remite a su fundación, sustenta su defensa en la distorsión y anuncia precisamente que la distorsión es su sentido. Por ello mismo, es revelador que esos militares vuelvan a plantear el viejo dilema de «civilización» y «barbarie», y proclamando que actúan en contra de la barbarie no hacen sino actualizar la ilegitimidad histórica de esos estados su razón nacional su destino comunitario. Una amplia literatura ha empezado a elaborar la experiencia de la

derrota de los proyectos de emancipación progresistas y la dimensión de la regresión contrarrevolucionaria en América Latina. Desde un exilio generalizado esta literatura muestra los signos de una nueva sensibilidad política, que subraya la necesaria búsqueda de modelos alternativos para el cambio ante la lección del fracaso político de los hasta ahora ensayados. En la situación de crisis económica, persecución política y regresión internacional, esa búsqueda no parecería ser hoy propicia. Sin embargo es en su articulación a los movimientos sociales que responden a la crisis, donde los nuevos proyectos decidirán su sentido. Una nueva literatura parece emerger en este horizonte consolidado: un retorno a los elementos básicos de la comunicación literaria para restablecer el rol de la lectura y las funciones elementales de un diálogo clarificador y crítico. Pero al mismo tiempo, un retorno al cuerpo como fuente de recuperación múltiple: después de los experimentos modernos de la novela hispanoamericana de la década del 60, emergen hoy las exploraciones de lo popular, el habla carnavalesca las formas del relato documental la celebración de los sentidos, el habla festiva y la crítica antirepresiva. Sobre esos materiales se levanta un discurso del cuerpo como centro del nuevo texto antipregonador También por eso *Memorias lejos* (1967), de José Emilio Pacheco, es más actual hoy en su revelación este texto brillante en torno al fascismo como modelo histórico recurrente es una denuncia sistemática de la mecánica misma de la represión

4. *La violencia ideológica* que en América Latina corre por cuenta de los aparatos ideológicos de Estado. En efecto el proceso de socialización que esos aparatos promueven dentro un peculiar tipo de violencia la forma como ideología de un individuo como cuerpo reprimido ha sido configurado no para la conciencia sino para la pérdida de la conciencia, no para la interpretación sino para la subyugación y, así, para la perpetuación del statu quo. El papel incapacitador de la conciencia que efectúa la adecuación ideológica a la experiencia empírica, así como el rol regulador que cumple el sistema educativo y también las prescripciones de valores las pautas de conducta y las compensaciones simbólicas son un amplio repertorio de orden represivo. En el subdesarrollo este sistema ideológico formativo es su horizonte resistente al cambio y, en último término, una fuente de dominación y servidumbres. En los procesos heterogeneizados de urbani-

La Guardia Nacional de El Salvador disparó indiscriminadamente a la salida de los respaldos por el arzobispo Romero

ración puede percibirse el repertorio de valores impuestos artificialmente la conversión del campesino en habitante suburbano es una integración falsa a esos supuestos [illegible] Las manipulaciones del mercado del sistema de medios de comunicación no han sino reforzar estos procesos de desnacionalización y de pérdida de la identidad cultural. En la avanzada neocolonialista, esta práctica discursante porque hoy mismo la pacificación de los conflictos sociales a través de los eufemismos del nacionalismo y de la supuesta integración Naturalmente, buena parte de nuestra literatura ha ilustrado estos procesos Julio Ramón Ribeyro es probablemente el narrador latinoamericano que con mayor penetración ha mostrado los conflictos entre la realidad depredadora y las compensaciones ilusorias en la persona alienada en la clase media, sobre todo, el retintinamiento patético de las apariencias y las sustituciones revela una verdadera comedia humana del subdesarrollo El puertorriqueño Luis Rafael Sánchez en su espléndida novela *La Guaracha del Macho Camacho* (1976) ha hecho del espejismo ideológico una apoteosis la cultura popular y la cultura moderna [illegible] esta crítica del colonialismo alegre, aquel que no distingue a la víctima del victimario

5 Y, finalmente, *La violencia desinformativa*, que es la producida por los medios de comunicación, que distorsionan modelan y ocultan la información Si la cultural como proponía Lotman, es una lucha por la información, en América Latina esa lucha está decidida, en buena parte, por la [illegible] con que [illegible] actúan desde los intereses de las clases dominantes y del Estado regulador del espacio político No se trata sólo de la censura, sino también de las imágenes que se promueven, los hechos que se recortan, las adecuaciones que se proyectan o sea del pacto de control que la burguesía ha impuesto a través de su mediatización de la «opinión pública» Así, estableciendo las pautas de lo dado, de lo presupuesto, de las posiciones lógicas estos medios construyen la versión de un «mundo natural», en el cual la circulación de la información no cuestiona sino que reproduce y sustenta las jerarquías del orden Ciertamente, esos medios se ofrecen a sí mismos como la demostración de las libertades públicas y de los derechos democráticos «libertad de prensa», nos dicen, para una «democracia representativa» con «derecho de crítica y libre opinión», cuando en un escándalo la historia de intereses y de sumisión colonial de buena parte de esos medios, cuya ideología liberal no es sino el discurso de la práctica del «libre mercado» y de la propiedad y producción privadas Empresas esencialmente políticas, la violencia que ejercen se ilustra en su cuerpo *desplazado* de su libertad de elegir entre fuentes distintas de información para procesarlas él mismo, y poder criticarlas y asumirlas en libre ejercicio de su conciencia. Más aún, esta práctica de desinformación supone, en América Latina la decisión emisora e informativa en muy pocas manos ya que la posibilidad alternativa [illegible] prensa cooperativizada ha sido interferida y distorsionada las muy pocas veces que ha tenido lugar Así, el control de la información [illegible] los dramas culturales más sensibles de esos países despojados sorprendentemente de su capacidad de decisión En Perú, el proyecto de una prensa socializada y transferida a grupos organizados de la sociedad, que permitió unos dos años de intensa participación crítica de amplio sectores sociales en la prensa diaria, fracasó por interferencia del Estado, recapturado por las fuerzas regresivas que vieron en este proyecto (1974-75) la mas seria amenaza a su poder político. En México la historia de la intervención estatal en el diario cooperativo «Excélsior», tomado desde dentro anuncia otro caso de expulsión de un grupo progresista despojado así de la palabra pública, la palabra prohibida, una [illegible] país Guillermo Thorndike escribió una brillante denuncia del fracaso del proyecto peruano en su libro testimonial *No, mi general*, Vicente Leñero otro texto documental, *Los periodistas*, sobre el caso de «Excélsior» Aunque quizá la novela más poderosa sobre la comunicación socialmente jerarquizada y dominada es *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, donde el modelo de la comunicación plena (aquella que realiza a los hablantes) es confrontado por el de la comunicación estratificada (aquel que distribuye los roles del habla) el drama de hablar (no poder hablarse libremente los unos a los otros) no es sólo social implica la disputa del sentido de la cultura en un mundo por rehacer También en México la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco (1968) ha generado un conjunto notable de novelas documentales y libros testimoniales, además de estar presente en varias otras novelas como disyuntiva generacional e histórica Ese movimiento narrativo es paralelo al que en Sudamérica, y desde el exilio, persigue dar forma a un entendimiento de los hechos de la derrota y de la regresión. La necesidad de procesar una información oficialmente tergiversada ya llevó a Gabriel García Márquez a elaborar la magnífica parábola de los muertos que no murieron en las huelgas del banano Todas las imágenes del cuerpo latinoamericano se actualizan en esos acontecimientos extremos de múltiple exterminio. Y la literatura responde para disputar el nuevo ocultamiento que el Estado intenta de los hechos y de los muertos ■ J. O. y C. B.

Un acontecimiento europeo

LA IZQUIERDA SOCIOLOGICA GANA EN FRANCIA

EDUARDO HARO TECGLEN

HACE diez años, casi día por día, el partido que ahora domina Francia como nunca pudo hacerlo otro era un amasijo, unos restos de naufragio a la deriva. Se llama todavía SFIO (Sección francesa de la Internacional Socialista) y estaba configurado –y destruido– por un solo hombre, Guy Mollet. Había atravesado un período amargo de la historia de Francia y del mundo: la guerra fría. Era el tiempo de la derecha y de los comunistas: los comunistas; los comunistas se habían organizado, endurecido y popularizado durante la Resistencia a la ocupación alemana y una derecha llamada centro –como siempre– les cortaba el paso, fortalecida por los dólares, la inmensa máquina de propaganda y la capacidad de hegemonía de los Estados Unidos. La guerra fría era la fórmula para cortar el paso a la Unión Soviética; enfrentarse a la Unión Soviética era enfrentarse –limitar, perseguir, condenar– al partido comunista, y enfrentarse con el partido comunista era disminuir las posibilidades de la izquierda incluso de la democracia, partiendo del supuesto de que izquierda y democracia eran, por sus fórmulas abiertas, por sus libertades fundamentales, un vehículo para los comunistas (y, claro, para ■ URSS...GN La SFIO estaba, por lo tanto, en una situación dramática. Su anticomunismo era histórico –de ■ época de la escisión–, pero tenía que demostrarlo cada día; cuando estaba en ■ oposición y cuando era llamada a gobernar. Guy Mollet eligió el camino de la derecha. Eligió, sin duda, a De Gaulle; eligió las «alianzas tácticas» con los partidos de centro (derecha). Cuando gobernó, fue duro con los argelinos que luchaban por su independencia, fue represor de las otras izquierdas, limitó los salarios, se puso de parte del capital. Por no ser nunca considerado como «compañero de viaje» de los comunistas, fue compañero de viaje de la derecha. Y «tonto útil»; se le llamaba a gobernar cuando era preciso que fuese una izquierda la que se manchase las manos...

La consecuencia fue que la SFIO se hundió. La izquierda la consideró ajena; y la derecha prefería a la verdadera derecha, la de toda la vida. Cuando en 1969 presentó un candidato a las elecciones presidenciales–De Gaulle había caído tras los sucesos de mayo de 1968– este candidato, Gaston Deferre, hoy ministro de Mitterrand, no obtuvo más que el 5,1 por ciento de los votos. En las legislativas de 1968 se había conformado con un 16 por ciento. El partido se deshacía en tendencias, en escisiones; en Clubs. Los «jefes históricos» estaban convencidos de que hacía falta una renovación profunda, pero esa renovación sólo podía hacerse mediante la derrota del más histórico de todos ellos, el secretario general Guy Mollet. Para que esto sucediera era casi necesario un complot dentro del partido, una labor casi clandestina de irle robando votos, adhesiones, amistades, fidelidades antiguas...

Todo esto cuajó en el Congreso de Epinay, entre el 11 y el 15 de junio de 1971: diez años, casi día por día, antes de este increíble ascenso del partido a la cúpula del poder. Se ha llamado al Congreso –desde fuera del partido– «la conjuración de Epinay». Era, en efecto, una conjura, en la que estaban ya comprometidos algunos de los hombres que ahora emergen a los grandes puestos del Estado. Pierre Mauroy representaba una derecha del partido, Gaston Deferre –«Monsieur X» en el sobrenombre de propaganda que le dio la campaña electoral que había de perder– también. Desde la izquierda trabajaba Pierre Chevenement. Estaba Jacques Attali, autor de los nuevos planes económicos del partido. Y estaba, en el fondo de todo, Mitterrand. Discreto, inteligente, astuto, había conseguido que todos los hilos cruzasen por su personalidad. Mitterrand era un hombre, sin embargo sobre el que pesaban algunas dudas. La principal: era considerado como un aventurero de la política. Había emigrado de un partido a otro, de un gobierno a otro, incluso de la derecha más cerril: el gobierno Laniel («la dictadura con cabeza de buey», en una frase célebre de François de Mauriac, más expresiva cuando se contemplaba el rostro grueso y plano de Laniel). Había pasado por algunas situaciones inverosímiles. Y, desde luego, no era socialista. Había una coincidencia de intereses entre los socialistas y Mitterrand. Estos necesitaban un hombre que no hubiera estado comprometido con las desgracias del partido en los últimos años, que tuviera algunos rasgos convincentes de izquierda práctica (Mitterrand venía de la única experiencia izquierdista y democrática, y al mismo tiempo no comunista –que no ■ lo mismo que anticomunista– de Mendes-France; y se había opuesto con fuerza y con eficacia al ascenso de De Gaulle en 1965); Mitterrand, a su vez, necesitaba una organización de partido un esquema, unos militantes, para operar un trabajo de gerencia política; y el partido socialista tenía todo ello, porque lo que estaba hundida era su imagen política, no su organización. La conjunción se produjo. Los conjurados de Epinay lanzaron a Mitterrand a la secretaría general el último día del Congreso, y la ganaron.

Este congreso ermitaño metido en el caparazón socialista comenzó a hacer un trabajo profundo. Un trabajo de gerente, de hombre de empresa cuya empresa fuese un partido político. En primer lugar, trató de unificar las tendencias, las dispersiones; lo fue consiguiendo mediante trabajos

Voltaire y Rousseau paseaban por el prado de la gloria, intercambiando la ironía maliciosa y la bondad natural. Se dijo que habían sido los padres de la Revolución, pero no podrían imaginar que su paternidad iba a extenderse a las elecciones francesas de 1981.

de fondo sobre los grandes temas nacionales. En segundo lugar, emitió un objetivo para la lucha política: «Cambiar la vida». Esta frase, título del primer programa del Partido Socialista –que ya desde antes había abandonado su nombre dudoso de SFIO, que la hacía demasiado relacionado con el internacionalismo obrero– es la que ha dominado las elecciones de mayo-junio de 1981. Es interesante cómo enfocó la labor de gerente François Mitterrand: reforzando las ideologías del partido, renovándolas. Precisamente él, que no era un ideólogo –aunque tuviera una sólida formación–; y es que, como los grandes gerentes, había comprendido que lo primero que había que hacer –más allá de las reorganizaciones internas, de las luchas por el poder, de las maquinarias electorales– era mejorar el producto. Comprendió lo que no siempre se ha comprendido en los partidos: que el abandono de la clientela se debía no a cuestiones externas, no al simple *marketing*, o a la culpa de los otros, a la concurrencia, sino a que el cliente no gustaba del producto político que fabricaba el partido socialista. Era la época en que se le culpaba de «socialmediocracia»; Mitterrand no tuvo miedo ■ término original, sino a su caricatura. No le importó fabricar una especie de socialdemocracia aunque no emitiera su nombre (ahora, después del triunfo, uno de los cantores del PSOE, Jean Daniel, escribe que no hay que tener miedo al término socialdemocracia). Mitterrand comprendió pronto que no se trataba simplemente de vender un producto a los socialistas franceses, sino al público francés: hacer que los votantes no se considerasen socialistas por el hecho de votar al partido, sino que votaban unas soluciones colectivas e individuales. Fue borrando –prohibiendo– la jerga del partido en los comunicados, los programas, los discursos: no se hablaba sólo para iniciados, para gente de dentro, metida en claves, nombres y vocablos, sino para todo un pueblo.

La sensación de la izquierda había que daría, además, mediante un cambio radical de relaciones con los otros partidos de la izquierda y, principalmente, con los comunistas. No se podía seguir con la situación de la guerra fría. Viéndolo desde esta perspectiva de 1981 asombra comprobar de qué forma ha jugado Mitterrand, como el gran gato que es, con el ratón comunista, cuando la realidad es que, hasta ahora mismo, los votos y la influencia del PCF han sido superiores a los del PSF. Y, sin embargo, el juego de Mitterrand ha sido el mismo durante estos diez años: estimular la angustia del PCF por salir de su aislamiento político, por volver a estar en sociedad; prometerles la colaboración, la coalición, la ayuda, y al mismo tiempo hacer un guiño a la sociedad francesa para demostrar que los comunistas no gobernarán con él. Lo ha conseguido de ■ modo que en estas mismas elecciones ha borrado del mapa al partido comunista, mientras los comunistas le votaban. Algunos de estos militantes con los que he conversado en París durante el tiempo electoral pueden ser descritos como ejemplo de esta angustia típica: han votado a Mitterrand sabiendo que su capacidad de burlarse de los comunistas es infinita, pero con la esperanza de que les colocase un par de ministros, de forma que su presencia en el gobierno compensase la falta de diputados. Pero hasta el primer turno electoral –14 de junio–, los comunistas creían aún que Mitterrand podía llegar a ser en cierta forma su prisionero, que iba a necesitar de los votos comunistas en la Asamblea para mantener la mayoría, y que le iban a tener a su merced. Es al revés: es Mitterrand ■ que tiene a su merced a los comunistas –aun dándolos cuatro Ministerios–; les trata con la cortesía de quien sabe que sus votos le han sido muy útiles en las elecciones, pero haciéndoles ver a ellos, y al país, que no le son en absoluto necesarios. Desde que en 1972 comenzaron las

UN ACONTECIMIENTO EUROPEO

conversaciones entre socialistas y comunistas, en busca de una Unión de la Izquierda –mil veces rota, mil veces recomenzada– hasta nuestros días, la historia de juegos socialistas-comunistas no ha dejado de ser siempre la misma. Cierto que no hay que atribuírselo todo a la habilidad de Mitterrand y a su capacidad; hay mucho que culpar a la incapacidad de Marchais y de la dirección del partido. Cada vez que Marchais rechaza los proyectos políticos de Mitterrand y se refugia en la «pureza» del partido, le estaba haciendo un favor; cada vez que volvía a verse aislado y sin esperanzas, le estaba haciendo otro. La realidad es que el Partido Comunista Francés se ha hundido por sí mismo, por sus vaguedades entre el eurocomunismo y la posición clásica, por sus indecisiones respecto a la Unión Soviética; dentro del PCF hay en estos momentos un movimiento de fondo, a cargo de los que siguen siendo militantes –otros muchos se han quedado en el camino– en busca de una renovación. Prácticamente, el PCF está hoy en la situación en que se encontraba el PSF en 1971: hay unos restos de naufragio a la deriva, esperando un piloto. Pero dentro del partido es más difícil limitarse a encontrar un buen gerente...

En junio de 1972 se firmó el programa común de socialistas y comunistas; no había terminado el mes cuando Mitterrand, en una reunión de la Internacional Socialista –Viena– declaraba: «Nuestro objetivo es el de rehacer un gran partido socialista sobre el terreno ocupado por el PC. De los cinco millones de electores comunistas, tres millones pueden votar a los socialistas». Es lo que acaba de suceder. Sería ingenuo decir que se trataba de una profecía, de una iluminación de Mitterrand: era un proyecto, y la misma declaración pública formaba ya parte de este proyecto. Decirles a los comunistas que estaba con ellos, y a los no comunistas que se trataba de un pacto para robarles votos, estaba dentro de ese juego del ratón y el gato. Marchais y su partido no podía alegar ninguna ignorancia. Y, sin embargo, no ha sabido reaccionar. Todavía en las elecciones legislativas de 1978 –marzo–, con el programa común en marcha, los comunistas obtenían el 21,4 por ciento de los votos, y el partido socialista, con otros aliados de izquierda, no llegaba más que al veinte por ciento. Probablemente estas cifras eran las que engañaban a los comunistas, y les hacían seguir creyendo que tenían a Mitterrand como prisionero. Y así lo hacían ver en las elecciones presidenciales, tras la muerte de Pompidou, mostraban a Mitterrand como su candidato, el candidato único de la izquierda. Un candidato que fracasó frente a Giscard, que iba a comenzar su nueva era. Fue, probablemente, el peor momento de Mitterrand en esta larga aventura; y en su propio partido comenzó a aparecer una nueva figura, la de Rocard –que procedía del partido socialista unificado– y que presentaba proyectos más claros: ninguna alianza con los comunistas. Todavía en los meses anteriores a estas elecciones, batido ya Rocard por Mitterrand, la izquierda francesa creía que estaba ante una ocasión perdida, por culpa de la ambición personal de Mitterrand y de su megalomanía; y que si hubiera cedido ante Rocard, éste hubiera llevado al partido a la victoria... Sólo ahora, con la lucidez imaginaria que da el conocer lo que ha pasado, se advierte que probablemente con Rocard se hubiese perdido esta ocasión, que nadie vacila en llamar histórica.

La batalla interior del partido socialista ha ido perfilándose a medida que los militantes aumentaban y los electores crecían, elección tras elección. Para esta ocasión de ahora, Mitterrand tuvo que elegir para secundarle entre Rocard –Dicen que Mauroy se ha sacrificado en favor del partido al aceptar el delfinado de Mitterrand, que le ha llevado al puesto de primer ministro. El primero desde la primera vez que gobernó De Gaulle –en los

Hace 13 años, en mayo de 1968, las calles de París se poblaron de jóvenes que se enfrentaban con las viejas normas de la Francia del Código de Napoleón y con la falta de adecuación de la libertad a las costumbres. Perdieron. Pero hay quienes creen que han ganado, ahora, con el triunfo de la izquierda.

Por primera vez desde los gobiernos provisionales de la liberación (presididos por De Gaulle hasta 1946) hay ministros comunistas en un Gobierno francés: Anicet de Port (Función Pública), Jack Ralite (Sanidad), Charles Fiterman (Transportes) y Marcel Rigout (Formación Profesional): se ha roto un tabú en Occidente.

gobiernos provisionales de la posguerra– que ha decidido nombrar ministros comunistas. Eso sí: cuando el partido ha perdido su fuerza, cuando no puede ni siquiera imponer algunas premisas, y hasta cuando tiene que disculparse por aceptar. La misma noche del domingo electoral, en la sede de su partido, Marchais declaraba que estaría dispuesto a aceptar una oferta para formar parte del gobierno: sin entusiasmo, sin brío. Y en el momento en que sus militantes eran designados para ocupar cuatro Ministerios inocuos, aún tenía que explicar públicamente que era como consecuencia de unas «coincidencias» entre los puntos de vista del PCF y del PSF: no de un programa, de una elaboración, de un frente común. Nada más lejos de un Frente Popular, ni de una «Unión de la izquierda». Quizá una posibilidad personal de salvarse de la crisis interna. Y de darle a Mitterrand la baza sindical. El alto patronato, que ha visto siempre la participación de los comunistas en el poder como casi una revolución, lo considera ahora como una cierta garantía contra las huelgas...

Examinando la situación con un cierto realismo nos encontramos con que para que el poder de la izquierda llegue al fin a Francia con unas características desconocidas hasta ahora ha sido preciso que el partido socialista se desnaturalizara y el partido comunista perdiera su fuerza. ¿Es el entierro de Carlos Marx? Es, por lo menos la constatación, por parte de quienes han ganado las elecciones, de que murió hace muchos años y no tuvo tiempo de prever un mundo como el de hoy. Para ganar el poder absoluto –con todo lo que tiene de riesgo esa expresión– Mitterrand ha trabajado sobre una Francia más aproximada al socialismo utópico, incluso al laborismo de corte británico, que sobre las premisas marxistas. Las nacionalizaciones limitan a un mínimo –algunos bancos, algunas industrias enormes que ya atravesaban por algunas dificultades– que probablemente hubiera tenido que realizar un gobierno realmente centrista; la reducción de horas de trabajo conservando salarios iguales es una medida contra el paro que el patronato parece dispuesto a absorber, a condición de aumentar algunos precios. En realidad, el partido socialista francés, a partir incluso de su programa de «Cambiar la vida», ha hecho más hincapié en temas que proceden, casi, del humanismo enciclopedista: diríamos que de la misma Revolución Francesa antes de que la burguesía la tomara a su medida. Como tiene residuos del pensamiento nuevo de mayo de 1968. Más de un superviviente de aquel mayo me ha hablado estos días en París de que se reconoce en este nuevo enfoque de la vida, desde la abolición de la pena de muerte –Mauroy ha nombrado ministro de Justicia a un abolicionista absoluto– hasta el barrido en la radio y la televisión de la garra gubernamental; y una nueva burocracia que parece alzada contra el Código Napoleón –que nunca, de todas maneras, podrá abolirse en Francia: es una espina dorsal, que la sostiene, a condición de que ese esqueleto no se imponga a la carne política–: y los temas de la juventud, de la mujer, de las relaciones sexuales...

Es decir, que el término socialista y el término comunista han cedido el paso a un concepto mucho más amplio y mucho más generoso: el de izquierda. Probablemente a muchos les parecerá una herejía este tipo de distinción; y muchos, también, apelarán a los ejemplos tan conocidos de Alemania Federal o de Gran Bretaña –cuando ha sido laborista–, incluso a algunos modelos escandinavos, para demostrar que una idea amplia de izquierda termina siendo una traición si no está apoyada por unos dogmas básicos, y que ciertas evocaciones de Rousseau y de Voltaire pueden ser no solamente cómicas, sino hasta graves y peligrosas. Aparece, aquí, el fantasma de Allende, que tanto ha representado en la historia de la izquierda francesa –Mitterrand fue visitante ilustre de Chile; y la caída y muerte de Allende tuvo algo que ver con el retroceso asustado de la Unión de la izquierda en Francia–, que quiso hacer gobernar la izquierda con toda legalidad y fue arrollado por la derecha con toda ilegalidad. Pero Francia no es Chile. El dominio presidencia-

UN ACONTECIMIENTO EUROPEO

gobiernos parlamento-sindicatos que tiene el PS no se parece en nada a la posición inestable de Allende (se ha parecido antes de haber habido un presidente socialista y una Asamblea derechista); en los militares golpistas latinos (cuando lo son, otro militar De Gaulle, no vaciló en aplicarles la pena de muerte, y las penas más duras no han levantado cabeza desde entonces) la policía de fondo de Chile se parece a la empresa que todavía conserva Francia; si la tensión entre clases sociales es la misma. Ni siquiera las relaciones internacionales. Es decir, los Estados Unidos no son contrarios al sistema de valores occidentales que ha defendido Mitterrand que en incluso otra cosa aunque esto no suponga, en mucho menos que Francia vaya a regresar al seno de la OTAN, Mitterrand se ha mostrado partidario de la «firmeza» en las relaciones con la URSS en temas como Afganistán o como Polonia (George Bush vicepresidente de Estados Unidos –y presidente del nuevo organismo de seguridad para casos de emergencia– visitaba a Mitterrand al día siguiente de haber nombrado este a los ministros comunistas y probablemente por deseo de los comunicados oficiales establecía algunas bases de cooperación. De hecho el dólar ha estado sosteniendo como ha podido al franco en los días en que la fuga de capitales y las maniobras de bolsa amenazaban las elecciones legislativas. Pero hay otros puntos oscuros en las relaciones Francia apoya el «tercer mundo», pero no sólo en el caso de Afganistán, sino en el de la necesidad de reconversión democrática de las dictaduras latinoamericanas (lo cual no le aleja demasiado del Senado de Estados Unidos, que no acepta el programa de «derechos humanos» selectivos de Reagan), tiende a creer que es posible un acuerdo a largo plazo con la URSS, parece contrario a toda clase de rearmes incluso a la instalación de los «euromisiles». Todo esto no concuerda con la política de Reagan. Pero hay que pensar que si no hay incidentes graves Mitterrand está destinado a durar más tiempo que Reagan, y la legislatura socialista menos que la de los Estados Unidos, que en 1982 tiene que proceder a las elecciones de «medio término» es decir, Mitterrand apuesta –como la socialdemocracia en Alemania– a que la tensión creada por Reagan en el mundo no va a durar.

Pero ¿va a sostener Mitterrand a la izquierda francesa el entusiasmo que ha provocado ahora? Hay que pensar que Francia es un gigantesco museo que ha ido acumulando durante siglos un capital de conservadurismo y de estabilidad que tantas veces ha destrozado gobiernos, y que una transformación total de la vida es absolutamente utópica a no ser en un plazo mucho más largo que el previsto para la presidencia y la legislatura. Los que creen que ha comenzado la utopía se van a equivocar, sin ninguna duda, porque la utopía como su propio nombre indica [illegible] de este modo. Probablemente el objetivo de Mitterrand es mucho más [illegible] un gobierno realista. Lo que se trata ahora es de cambiar la vida de los últimos 23 años, sobre todo del septenato de Giscard. El largo período de la derecha –y parece un error limitarla a esos 23 años, como si lo sucedido antes no contase– a partir de la posguerra, del primer gobierno elegido. Francia no ha salido de la derecha incluso con los gobiernos socialistas de guerra (ya como antes queda dicho– ha ido deformando el sentido democrático de Francia. Por [illegible] ganado no es el partido socialista por sí solo, sino un programa elaborado por el partido socialista para una especie de reconquista de la democracia; y ahí queda citado el vago espíritu de los enciclopedistas del XVI y de los estudiantes de mayo de 1968 puede también citarse como base principal el espíritu de la posguerra inmediata, aquel por el cual se creyó que la democracia había ganado su guerra, y en realidad comenzó a ser ocupada poco después.

Es indudable que esta democracia [illegible] por una [illegible] de las clases desfavorecidas –y en el programa de Mitterrand no se olvida a los inmigrantes– y a los sectores marginados, es eso, y las medidas económicas lo que le da todo su sentido y toda su posibilidad. Y que es algo que hay que considerar seriamente en un país como España, donde ese proceso de nacimiento de la democracia- desnaturalización de la democracia se está dando con una velocidad, una aceleración histórica, mucho mayores. Lo que ha pasado en Francia es, también, una enseñanza libre en el sentido laico, una descentralización, una nueva manera de considerar el aborto, una mayor facilidad en la relación matrimonio divorcio, una reducción del problema religioso que había ido reapareciendo en los últimos años, una defensa de la mujer –creación de 300.000 guarderías, subsidios a la mujer inferiori- [illegible] pio en el sentido, que aquí aparece todavía como contradictorio, de más [illegible] tratado de adecuar sus bases ideológicas y hasta sus viejos dogmas a [illegible] que estuviera [illegible] decir que la [illegible] tica. Los franceses, viejos escépticos, han creído [illegible] era posible. Si no llega a producirse [illegible] tropiezo para la izquierda puede ser [illegible]

Porque es evidente que se trata de [illegible] descompromiso, [illegible] los franceses, y los europeos en general estaban creyendo que esta aspiración de la izquierda general era imposible, porque los mecanismos de de- [illegible] versal ha sabido dar –y volvamos a [illegible] nocráticas y que nada puede prevalecer contra ella. Giscard, tras sus antecesores, había elaborado un poder televisivo, una reducción de la fuerza parlamentaria y una falta de credibilidad en los partidos; había manejado [illegible] de defensa del Estado que parecían [illegible] muchos años está fabricando las figu- [illegible] servicio de la empresa [illegible] y de la vigilancia por otra, una fortaleza, desde dentro de otra fortaleza [illegible] parece [illegible] que ha [illegible] recimiento que viene a demostrar que lo posible está siempre más allá de las [illegible]

tres números especiales de

TIEMPO de HISTORIA

Ante las numerosas peticiones de quienes no pudieron adquirir en su momento los números especiales de enero, noviembre y diciembre de 1980, sacamos a la venta unas reservas de almacén. Es una cantidad limitada y las peticiones se harán POR RIGUROSO ORDEN DE LLEGADA.

NUM. ■ - ENERO 1980

«Tiempo de Historia» acaba de publicar un monográfico dedicado al tema "1939-1979: 40 años de España". Escrito desde una perspectiva de izquierda: "La derecha ha tenido durante cuarenta años, y no ha dejado de tener en nuestros días, sus propias tribunas", dicen en el editorial. Cabe destacar desde una perspectiva vasca el capítulo referido a Euskadi y titulado "Bajo el signo de la represión". Escrito por Juan Aranzadi, es una importante contribución a la interpretación de nuestra historia más cercana...» (Revista «ERE» de San Sebastián.)

«... Con este esfuerzo informativo, la revista se propone contribuir al mejor conocimiento de una época que algunos historiadores consideran de las más importantes de España.» («Hoja del Lunes», de Madrid.)

NUM. 72 - NOV. 1980

«Un interesante panorama de los últimos cinco años... "Tiempo de Historia" trata a fondo el postfranquismo... un número especial que cabe recomendar fervorosamente...» (DIARIO DE BARCELONA).

«Reflexión plural sobre cinco años de postfranquismo... Un número monográfico que supone en general un acierto...» (EL SOCIALISTA).

«Trabajos de veinte especialistas, profesionales y escritores significativos, sobre diversos aspectos políticos, jurídicos, militares, sociales, económicos y culturales de la transición democrática española.» (EL PAIS).

NUM. 73 - DIC. 1980

Sobre Fernando Díaz-Plaja: «Auténtica técnica de investigador y sólida preparación universitaria» (Martín de Riquer, de la Real Academia Española). «Realidad sin trampa ni cartón» (Américo Castro). «Sigue usted el buen camino de brindarnos a los historiadores y a los degustadores de la Historia páginas llenas de interés. ¡Adelante!» (Claudio Sánchez-Albornoz).

Recorte o copie este boletín y envíelo a CEMPRO. Fuencarral, 96. Madrid-4

Deseo recibir contra reembolso:

- ☐ Núm. ■ «40 años de España» (200 ptas.)
- ■ Núm. 72 «El postfranquismo» (250 ptas.)
- ☐ Núm. 73 «La caricatura española en la guerra civil» (200 ptas.)
- ☐ Núms. 82, 72 y 73..... (500 ptas.)

Marque con una cruz ☐ su pedido.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ **D. P.** _____

Provincia o país _____ **Firma**

Juan Diego (Valentín Achaval Paz, detenido n.º 16.115) y Pepe Martín (Luis Alberto Molina, procesado 9.018), en «El beso de la mujer araña» del argentino Manuel Puig.

Crónica de gentes

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE UN BESO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

EN la mañana del viernes 12 de junio hacía un respetable calor en la sala de juntas del Instituto Iberoamericano de Cooperación. Este instituto es una institución que de soltera tenía por apellidos Cultura Hispánica. Dicen sus amigos, de ahora, que se ha casado con la realidad. Porque por allí pasan, en persona o en obra, Jorge Semprún, Guillermo Cabrera Infante, García Márquez, Rosa Chacel, Barral, Malcolm Lowry, Manuel Puig...

Ese caluroso viernes hablaban en torno a una mesa enorme Andrés Amorós, Rafael Conte, Félix Grande, Tomás Hernández, Blas Matamoro, Horacio Salas, Francisca Aguirre, Luis Suñén y Manuel Puig. Motivo de la conversa: *«El beso de la mujer araña»*, novela de Manuel Puig hecha teatro y representada en el teatro Martín de Madrid por Juan Diego y Pepe Martín, con dirección de José Luis García Sánchez.

Y como el autor vive en Río de Janeiro y venía a España, hicieron el día 10 un como a modo de segundo estreno, al que asistieron José Donoso (vuelto a España para presentar *«El jardín de al lado»*, después de su retorno a Chile) y Rafael Alberti. Y mucha más gente, claro está, que no hemos de hacer de menos a nadie, aunque no sepamos su nombre.

La novela aguanta muy bien en el escenario, a pesar de ser obra de dos únicos personajes y solamente un decorado.

A saber: *Luis Alberto Molina*, procesado 9.018, condenado a cinco años por delito de corrupción de menores; *Valentín Achaval Paz*, detenido 16.115, preso político en espera de juicio. La acción transcurre en la celda número 7 de la galería D.

Críticos y espectadores coinciden –al menos por esta vez– en que nunca Juan Diego realizó una interpretación mejor; y, también, en que difícilmente alguien puede superar la actuación de Pepe Martín, tan justa, tan sensible y tan cabal. Diego es el joven revolucionario, el político; un papel que habrá soñado desempeñar más de una vez en eso que llamamos vida real (y lo decimos como si los sueños no formaran, asimismo, parte de la realidad, no fueran también realidad; de la misma manera que la realidad en cuanto es pasada no parece a veces más que un sueño). Martín, el homosexual cuarentón, que recuerda boleros y películas «de amor». «Cine barato», en justa terminología umbraliana, que señala como Puig «a su parábola con tesis y antítesis, le dio una síntesis. El político llega a despertar en el otro (homosexual) una conciencia revolucionaria, y el homosexual (metáfora de cualquier forma de vida directa, plural y en libertad) seduce al revolucionario no sólo para la causa del amor –que esto no sería sino peripecia erótica–, pero para la causa de la vida.»

El caso de Rita Hayworth

El argentino Puig, hombre de cine, trabajó en inglés sus guiones norteamericanos:

–El español no lo había asumido como lenguaje propio. Era el lenguaje del subdesarrollo, de la Pampa...

Pero en español escribió, con dificultad, su primera novela: un guión que al alargarse le cambiaba de idioma. Fue «*La traición de Rita Hayworth*.» Rita Hayworth, que en tiempos provocaba los deseos de medio mundo y además las cóleras del difunto cardenal Segura, anda ahora a sus sesenta y tantos años con demencia presenil.

Rita es hija de un bailarín sevillano, apellidado Cansino, y tiene parientes en el pueblo de Castilleja de la Cuesta, cercano a Sevilla; los parientes son fabricantes de tortas de aceite. ¿Qué Rita tiene más existencia real hoy, cuál pervive y sobrevive más: la familiar de las tortas de aceite o la de «*Gilda*» con la torta de Glenn Ford? Seguro que ésta, viva aún en el recuerdo de millones de espectadores.

Dicen quienes saben del caso (algunos psiquiatras) que el trastorno viene de la comparación de su vida presente y de su vida pasada. En este caso, la Hayworth cansina y cansada de hoy, con la Cansino-Hayworth floreciente de ayer. Ya lo dijo Dante, que a su manera era un poco psiquiatra: «*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*» (No hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la desgracia). Es de suponer que Dante no pensaba entonces en Rita Hayworth –que difícil hubiera tenido Beatriz su amor entonces– sino sólo en Francesca de Rimini, metida por sus pecados en un infierno, algo menos ardiente de todos modos que nuestro sudoroso final de primavera.

La tercera persona

No fueron fáciles las cosas para Manuel Puig:

–Me llevó tres años escribir esa novela primera. Y tres años y medio encontrar editor.

(Esta de Rita Hayworth, y todas sus demás obras, están en Seix Barral).

Volvió a la Argentina: «Y leí el periódico en español y me puse a escribir en español y en tercera persona ... Luego me enteré que había una crisis de la narrativa en tercera persona.»

Así era. Trabajoso es para algunos novelistas escribir en tercera persona cuando cuentan cosas de sí mismos. Eso no le ocurría a Julio César en la narración de sus guerras. Ni tampoco el general Gutiérrez Mellado al contar en el Congreso de los Diputados los avatares propios de su cargo ministerial. César utilizaba esa tercera persona en «*La guerra de las Galias*» y Gutiérrez Mellado en «*La guerra de las Galaxias*», primera parte de una historia que acabó (¿o no?) en esa especie de «*el Imperio contraataca*» que fue el famoso 23 de febrero.

Al relatar unos incidentes del otoño de 1978, cuando el general Atarés le increpó en Cartagena, Gutiérrez Mellado comentaba:

–Ante esta situación violenta, el ministro ordenó ¡¡Fuego!!

Y «el ministro» resultaba ser él mismo.

Aparte de eso, utilizamos la tercera persona al referirnos a nosotros mismos en el «curriculum». También las folklóricas son muy dadas a tal uso. Anteayer (o sea, el 12 de junio para el lector), Rocío Jurado decía en «*Directo, directo*» de Radio Nacional a Alejo García:

–Porque Rocío Jurado...

Más o menos como si fuera Julio César o el general Gutiérrez Mellado.

La alienación y otras palabras

Durante el intercambio de opiniones alrededor del beso y de la mesa, observé un curioso «ritornello». Decía el sudamericano Matamoro de algunos personajes de Puig: «Están totalmente deshabitados. Por decirlo con una palabra truculenta: están alienados»... Luego, Félix Grande «La palabra alienación es tremendamente peligrosa»... Y Tomás Hernández: «La alienación, por utilizar una palabra tan horrorosa como esa»...

Hace veinte años, de cada diez palabras pronunciadas en una tenida de la progresía, una, por lo menos, era «alienación». A nadie le parecía la palabra ni truculenta, ni peligrosa, ni horrorosa; es más, había casi como una obligatoriedad de usarla. Después saltó a la letra impresa. Y ahí llegaron los problemas: a veces con la censura; y a veces con los linotipistas que transcribían, indefectiblemente «alineación», hasta que se acostumbraron a «alienación». Y, hombre, ahora resulta que otra vez lo que se dice es «alineación».

Otra palabra que se decía mucho era «estructura», sobre todo en la expresión «reformar las estructuras», que era cosa de mucha progresía y toco. Brindo a algún futuro doctorando la oportunidad de estudiar la vigencia de tales palabras –y de otras que podrían determinarse– como espejos de sus épocas.

Manuel Puig, primero por la izquierda, durante una mesa redonda en el I Encuentro Internacional de Escritores en México. Con él Fernando del Paso, Arturo Azuela, José Miguel Oviedo y Alfredo Bryce Echenique.

Pero «estructuras» no llegó a tener el carácter casi mágico de «alienación». Esta era el ungüento amarillo, el bálsamo de tigre, la piedra filosofal, el «Deus ex machina» y tal. Por ejemplo: la cantante progre de turno y moda, que a lo peor pocos años antes intervenía en los festejos organizados por doña Carmen en el Teatro Calderón, soltaba a la primera oportuni-

José Bergamín. Sus aforismos de «El cohete y la estrella» y «La cabeza a pájaros», vuelven ahora en edición de José Esteban.

dad o inoportunidad de una entrevista:

–Ahora voy a retirarme a tomar conciencia porque estoy un poco alienada.

Y decía lo de «tomar conciencia» como quien dice «voy a tomarme una aspirina» y lo de «un poco alienada» como «un poco resfriada».

Puig, Puchss, Putsch

El lenguaje que habita en muchos personajes de Manuel Puig es el de lo cursi. Pero antes de que lleguemos ahí, Félix Grande preguntó al autor:

–¿Tu apellido cómo se pronuncia: Puig o Puchs?

Y adujo Puig que Puchss que su apellido era de origen catalán (o sea, prosódicamente, Puchss o algo así), pero que como él se movía bastante por el mundo anglosajón y allí cachorrito era «pooch» (puchs) pues para llamar a los perros dicen *«pooch, pooch!»* (por tanto: «puchs, puchs!») y no le gustaba al hombre mucho que le llamaran a todas horas «cachorrito». Y, por otra parte, lo de «puchs» le sonaba al alemán –generalizado a otros lenguajes– «putsch» (pronunciamiento, golpe de Estado) y eso le gustaba todavía menos que «perrito, perrito»... Pero tampoco rechazaba el Puig, dicho Puchs.

La verdad de los boleros y la Weltanschauungbolehre

El tema del lenguaje, planteado primero por Conte, llevaba al profesor Amorós a la afirmación del carácter tremendamente cursi de Puig. El autor había dicho: «Yo soy profundamente cursi». En la literatura de Puig –seguía Amorós– «los boleros tienen la verdad». Y ya por ese camino bolero-cursi «valoró muy positivamente» (que diría un político) este verso de Antonio Machín: "

«Somos dos gotas de llanto en una canción.»

Nada más eso somos. Nada más. No eran los personajes «una parodia de lo cursi» ni tampoco había en ellos «una ética de lo cursi», para el crítico y poeta Luis Suñén.

Félix Grande que, metido en harina, es muy capaz de buscar relaciones al flamenco con la dinastía merovingia e incluso con la energía nuclear y hasta la neumonía atípica, veía muy claras las coincidencias de la obra de Puig con el contenido del cante flamenco. Y en cuanto al problema de los boleros dijo tal que así:

–El bolero tal vez sea una concepción del mundo.

A ver: la «*Weltanschauungbolehre*» de toda la vida.

Puig señaló tres elementos de los géneros populares, que le gustaba tener en sus novelas:

I. Dosificación de la intriga.
II. Velocidad del relato.
3. Utilización de lo sentimental.

En mi época –añadía– lo sentimental era mala palabra.

Y en cuanto a la crisis del narrador, dijo:

–Se me ha ocurrido una teoría y ustedes perdonen.

La teoría era ésta: la crisis del narrador empieza con Freud. Antes, los narradores creían que abarcaban a todo el personaje y eso les permitía una narración lineal. ..Pero cuando se descubre luego toda la trastienda del inconsciente ya eso no se puede hacer. La crisis del narrador es esa: buscar nuevas técnicas para aprehender ese contenido del inconsciente... Y, a él, lo que más le interesaba era mostrar el momento en que se manifiesta el inconsciente colectivo.

Francisca Aguirre (esposa de Félix Grande), que sin proponérselo parecía actuar de anfitriona, un poco como la Madame Staël de aquel caluroso salón, también estaba por la «Weltanschauungbolehre»:

–Oyes un bolero y se te pone en cuestión el mundo.

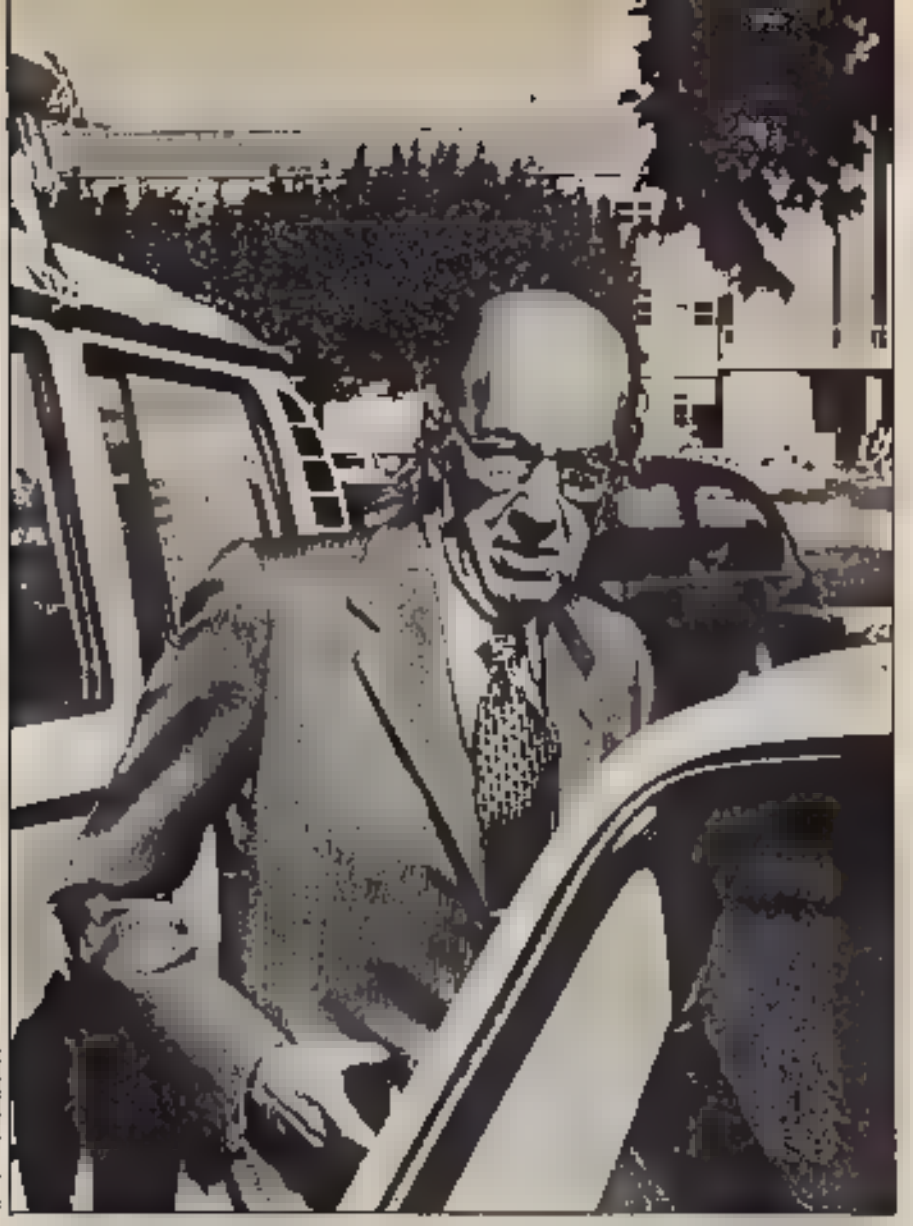
Siempre creí que el matrimonio Grande-Aguirre se había formado por una declaración de amor en verso (ambos son poetas). Inmenso error. Lo suyo fue un bolero.

Y así llegamos al final de aquella mesa.

El laberinto y el lío

Ese final coincidía con las vísperas de la Feria del Libro. Se anunciaban presentaciones, algunas coincidentes también; tales las de Tiempo y Umbral. Y diarios y revistas ofrecían recomendaciones de libros. Lo que había que comprar en la Feria o lo que había que leer en verano. El conjunto de libros recomendados puede tener a veces el aspecto de una paella, aun en el caso de que su autoría no sea valenciana. Cuando esos libros se recomiendan para el verano hay como una sensación de que todos los lectores son tontos, pues

Eugenio d'Ors, retrato de Ramón Casas. Ahora se publican dos libros sobre él: el ya clásico de Aranguren y uno de Guillermo Díaz Plaja («El combate por la luz»).



José Luis Aranguren en la Ciudad Universitaria de Madrid, donde el 25 de febrero de 1965, recibió el histórico riego, tras el cual sería expulsado de la Universidad.

a veces parece que se han buscado libros –no todos, desde luego– escritos de manera un tanto zarrapastrosa.

Y resulta que no todos los lectores son tontos. Algunos no lo son. Muchos, por fortuna. Otros sí y por eso acaban comprando los libros que se merecen. Esas recomendaciones de lectura estival, a veces se pasan en el caso de los imbéciles ¿por qué considerar que sólo son tontos durante el verano?

La literatura es un laberinto, pero no hay que empeñarse en hacerla un lío. Bergamín escribió:

«Un laberinto no es un lío; es todo lo contrario.»

Y seguía el maestro don Pepe Bergamín: «Es muy fácil hacerse un lío: pero no es tan fácil hacerse un laberinto». Sí señor. Uno de los motivos por los que el maoísmo fracasó al final en China es porque no había forma de que los guardias rojos entendieran eso de la dialéctica. Trataba el maestro de arrancar de Heráclito y se ponía a explicar a los hilillos de guardias que chapoteaban el «Libro rojo» aquello del río.

Y decía en chino:

«Nadie se baña dos veces en el mismo río.»

Con lo cual los guardias rojos se armaban el lío y nunca lograban entender lo del baño.

José Esteban recuerda ahora lo del laberinto y del lío (pero no lo del baño en el río-lío, que eso es otra cosa) en la «Introducción» a una hermosa edición que hace Cátedra de *«El cohete y la estrella»* y *«La cabeza a pájaros»*.

«El cohete...» lo publicó Juan Ramón en 1923. Es el primer libro de Bergamín, que no había cumplido aún los 28 años. No andaba mal de olfato literario Juan Ramón. No señor. *«La cabeza...»* es de 1929, año de la boda de Bergamín con Rosario Arniches, hija del comediógrafo. Esos biblio-resúmenes de fin de temporada se parecen un tanto a los saldos de ídem de los grandes almacenes. Pretenden ser el Valle de Josafat y se quedan, todo lo más, en el Valle de los Caídos, a veces con Franco dentro, que al difunto Francisco Franco no le dejan descansar en paz ni los editores, ni los franquistas ni los antifranquistas. Acaso sea ese el tremendo destino de los personajes históricos: verse zarandeado por tirios y troyanos (o sirios y troyanos, según le oí en cierta ocasión a un prócer).

La prueba de esto de los saldos la tenemos al final de la temporada siguiente. Entonces podemos preguntar: ¿Cuántos libros famosos del verano pasado se salvan hoy?

Quede «el monstruo en su laberinto y el tonto en su lío», como decía José Bergamín.

Como un laberinto era la forma de hacer de don Eugenio d'Ors. Treinta y seis años después de su salida, Espasa reedita el primer libro de José Luis Aranguren: *«La filosofía de Eugenio d'Ors»*, ahora con estudio previo de Abellán.

A diferencia de otros pensadores de su generación, que se quedaron viejos hace mucho tiempo para los hombres de mi degeneración, Aranguren es un pensador siempre contemporáneo, que permanece mientras otros pasan. Siempre distinguió el lío del laberinto. Y por eso supo muy bien que el río de agua que le cayera encima aquella mañana del 25 de febrero de 1965, en la Ciudad Universitaria de Madrid, era un río, y nunca un lío, a pesar de que junto a él cabalgaban algunos prochinos.

Traslado aquí, para terminar nuestro paseo por el laberinto, dos notas del nuevo prólogo arangureniano (¿será éste el adjetivo adecuado o es mejor aranguresco?) a su antiguo libro.

«Durante la República, leía ya a Eugenio d'Ors. Me atraía, dada mi propensión, duradera, a la condensación, su estilo emblemático, conceptualmente muy denso y, como él decía, difícil pero claro».

Si hubiese de volver a escribir este libro, me ocuparía más de *cómo* escribía d'Ors que de *lo que* escribió; no sólo de su estilo formal –en catalán primero, en castellano después–, sino de su talante y actitud de escritor y pensador, de la vibración conceptual, de la calidad gnómica, de su gracianismo del siglo XX». Vale. ■ **V.M.R.**

Foro Cívico Cultural

LA CULTURA TAMBIEN ACERCA

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

VECINO y prolongación de la zona más rica en renta per cápita de Madrid («El País» dixit) y ¿porqué no? de España, abotargado entre chalets, pisos-chalets, chalets adosados y pisosdemuchosmetros, está Pozuelo: un sitio al que los madrileños de hace algunos años acudían a veranear, pero que hoy ha quedado absorbido por la gran urbe, igual que tantos otros. Pero no ha sido una asimilación como la del pueblo de Vallecas o Fuenlabrada, hecha por gentes cercanas al medio rural, sino por unas clases acomodadas sin interés por la identidad de esos pueblos, ni tampoco por amor a la naturaleza. Así que hoy Pozuelo, como Aravaca, Majadahonda, Las Rozas y demás –tanto más cuanto más cerca de Madrid– el agua y el aceite son un buen ejemplo de la relación que hay entre los vecinos de siempre y los nuevos habitantes. Y, en medio, navegando entre dos aguas, de una forma desconcertante para ambos, los grupúsculos de intelectuales, artistas, profesores de la cercana Universidad de Somosaguas, escritores, gente de cine. A ellos se debe la iniciativa para crear este centro cultural, con un marcado acento vanguardista, que funciona gracias al apoyo efectivo de un Ayuntamiento con mayoría de UCD. Es, quizás, el único lugar de convivencia entre los naturales de Pozuelo y los poderosos recién llegados. Y, no sólo se trata de una de las pocas entidades culturales que se llevan bien con su Ayuntamiento, sino que, además, «el margen de libertades de programación es absoluto», según afirma Peridis que preside, por cierto, la junta del Foro por el que pasan a lo largo del mes más de 500 alumnos.

Llama la atención que una entidad de tan pequeña capacidad de maniobra sea capaz de tener tan alto nivel profesional. Así, si expone un dibujante, lo hace Vázquez de Sola, por ejemplo (el lector de TRIUNFO ha conocido una amplia muestra de su obra a través de la revista). Si hay una exposición de pintura se realiza con obras de la talla de las de Campano, Canogar, Cordillo y Orcajo, que ahora mismo ofrecen, en gran formato, una de las mejores muestras que se exponen en Madrid.

«Además de la parte didáctica para los alumnos, yo he visto en esto una buena salida para el sector plástico que está ahora tan mal –afirma la directora del centro, Paloma Navares– porque aquí hay un gran mercado y también las obras que se venden dejan un 15 ó un 20 por ciento del total de la venta como ayuda a nuestro mantenimiento.» Ahora quieren formar una coordinadora con los otros centros culturales de la zona; para poder compartir con los otros las exposiciones o los grupos que cada uno tenga y que merezcan la pena. Hasta ahora, uno de los logros ha sido interesar a la gente del pueblo por los conciertos, las representaciones de mimo, los recitales de poesía. Al primer concierto no fue nadie y cuando comenzaron a acudir se reían ante las muecas de la expresión corporal, pero ahora no; ahora se las ponen, entre los 500 alumnos que asisten regularmente hay quien paga su cuota, sin matrícula, de 500 pesetas, pero hay quien no paga nada porque no puede. Las edades oscilan entre los cuatro y los 64 años y hay gente de todas clases.

«Incluso hemos tenido problemas con admitir a todo el mundo; algunas madres de clase acomodada han retirado a sus hijos cuando han visto que venían también los del pueblo. Sobre todo, las que se hicieron socias cuando la mayoría de la junta era de UCD. Ahora –nos cuenta– pretendíamos conseguir una subvención adicional del Ayuntamiento –que ya nos proporciona 110.000 pesetas mensuales y el local– para sufragar las actividades extraordinarias, las que vienen de fuera. Este año hemos tirado de los amiguetes (que no cobran y trabajan como negros, y además tienen un buen nivel profesional), pero ya no podemos seguir así. Viene un señor a dar una conferencia y lo que haces es invitarle a un sandwich y punto. Pero hace cosa de un mes presentamos la petición de aumento de la subvención y nos la han echado atrás. En realidad, lo que no han querido es darnos mayor autonomía. Y cada vez que quiero gestionar una actividad tengo que pedir dinero; ellos estudian el programa y luego dicen que hay o no dinero, con lo que si la actividad no les interesa, la invalidan. Me dicen «bueno, vamos a estudiar a este grupo de teatro». Aunque hay que decir que nunca han preocupado –me refiero al Ayuntamiento de UCD– interferir el programa del Foro.»

«El tipo de cosas para las que no suelen encontrar dinero son las que van contra su ideología. Por ejemplo, la nueva cuota tenía yo interés en dedicarla a una serie de marginados de 16, 15 años que han pasado la

Por aquí pasan cerca de quinientos alumnos cada mes.

Las actividades no son solamente de entretenimiento, sino, por encima de todo, culturales.

EGB y no han podido entrar al Instituto por malos estudios; los padres no pueden pagar escuelas particulares, tienen una situación económica tremenda: padre en paro con cinco hermanos... cosas de esas. Y al final no son más que chavales sin posibilidades de trabajo ni de estudio. Por eso pensábamos de formar cursillos para ellos, pero sin esas 100.000 pesetas extra es imposible. Y al Ayuntamiento no le hace ninguna gracia. Va con el rollo de que hay que montar cosas para las amas de casa, las señoras de los chalets: clases de gimnasia, yoga, cursillos de estética. Tampoco es que se cierren en banda. Sencillamente, tienen un punto de vista diferente. Tratamos de compaginar las dos cosas, pero si hay que elegir, ■ tengo clarísimo: prefiero a los chavales marginados. Pero lo que ellos querrían es seleccionar un poco a la gente que viene, o sea, que sus hijos no se *mezclen*.»

La simiente del Foro

Entre los que crearon el Foro y aún continúan, hay todo tipo de intelectuales: escritores, como Jesús Torbado; músicos, como Fernando Argenta; arquitectos, como Peridis; artistas plásticos, como Orenjo y Genovés. También Paloma Navares es pintora y en la zona viven también Vaquero Tercios y Fárreras, entre otros. Formaron una incipiente casa de cultura, que inicialmente se vino a pique porque ■ tenían capacidad organizativa, ni pudieron entenderse con ■ Ayuntamiento. Al cabo de un año y por medio de Peridis, se nombró la Junta provisional que gestionó todo lo necesario. Al principio usaban sólo el piso de abajo del edificio que ocupa, que es muy pequeño. Desde hace cinco meses pueden usar también el piso alto, con lo que los 500 alumnos se revuelven como pueden actualmente en 120 m².

Autorretrato de Solá que también ha expuesto en el Foro.

Las actividades que se desarrollan van desde los talleres de música con piano, solfeo, flauta, guitarra, una coral de adultos, otra de pequeñines, y diferentes grupos de chavales que van avanzando en música y se van uniendo. Hay teatro, expresión corporal, relajación, ballet, yoga, modelado, pintura, etc. De vez en cuando hay actividades paralelas como proyección de películas, charlas médicas, de arte, ecología; salen al cine o al teatro de Madrid, tienen exposiciones de pintura.

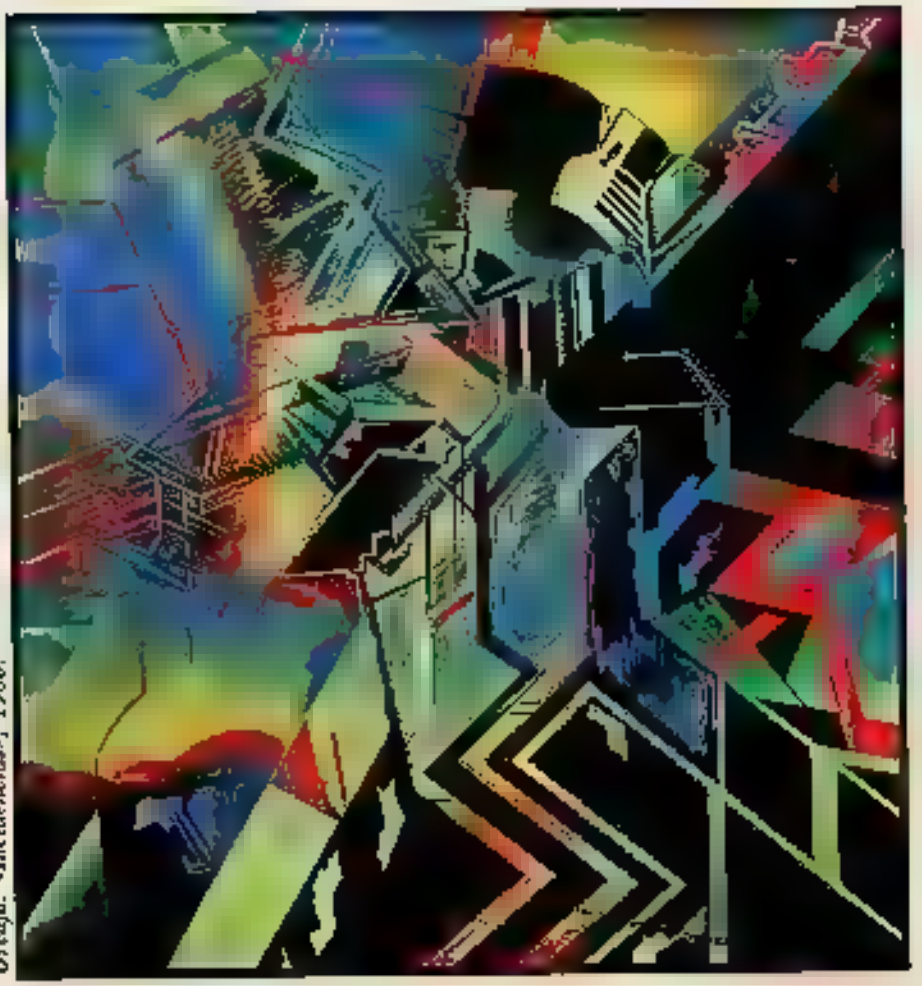
«La Diputación nos ayuda mucho a traer grupos buenos de teatro, de expresión corporal; incluso han corrido con los gastos, cuando el Ayuntamiento no lo ha hecho. Si no fuera así, necesitaríamos como 400.000 pesetas al mes. Porque, claro, con lo que nos paga cobramos 17 personas y se mantiene un 40 por ciento de becas. La cuota es de 500 pesetas, pero pueden asistir a lo que quieran, entrar en todos los talleres, apuntarse a solfeo y guitarra, subir a plástica y tal. Todas las actividades están incluidas en esa cuota. También llegamos a un acuerdo con los colegios nacionales para que asistan a las exposiciones ■ les explicamos de qué va todo esto.»

LA CULTURA

La Vaguada de Pozuelo

Otro tema de interés del Foro Cívico es su adscripción a la defensa de la ampliación de la Casa de Campo, tal y como se planeó en un principio. El tema recuerda al de La Vaguada, pero con acordes no sólo de negocios a nivel de empresas, sino también de pequeños propietarios que irían a ocupar los lujosos pisos que parcelarán la zona, adquirida en principio para aumentar el uso público de la Casa de Campo. El Ayuntamiento de Pozuelo acaba de hacer público un documento según el que se recortan de las 593 hectáreas planeadas inicialmente para zona verde pública 160 –para construcción de viviendas de lujo– (7.500, en una densidad media de 45 por hectárea), 46 hectáreas para equipamiento y calles con lo que se convierten en 927 las hectáreas reales de ampliación de la Casa de Campo. La empresa constructora, a cambio, se obliga a entregar 1450 viviendas de protección oficial.

«Visto desde Pozuelo, aunque no soy una experta en el tema –comenta Paloma– la ampliación de la Casa de Campo, su urbanización, supone un incremento tremendo de la población. Los 25.000 habitantes que hay en



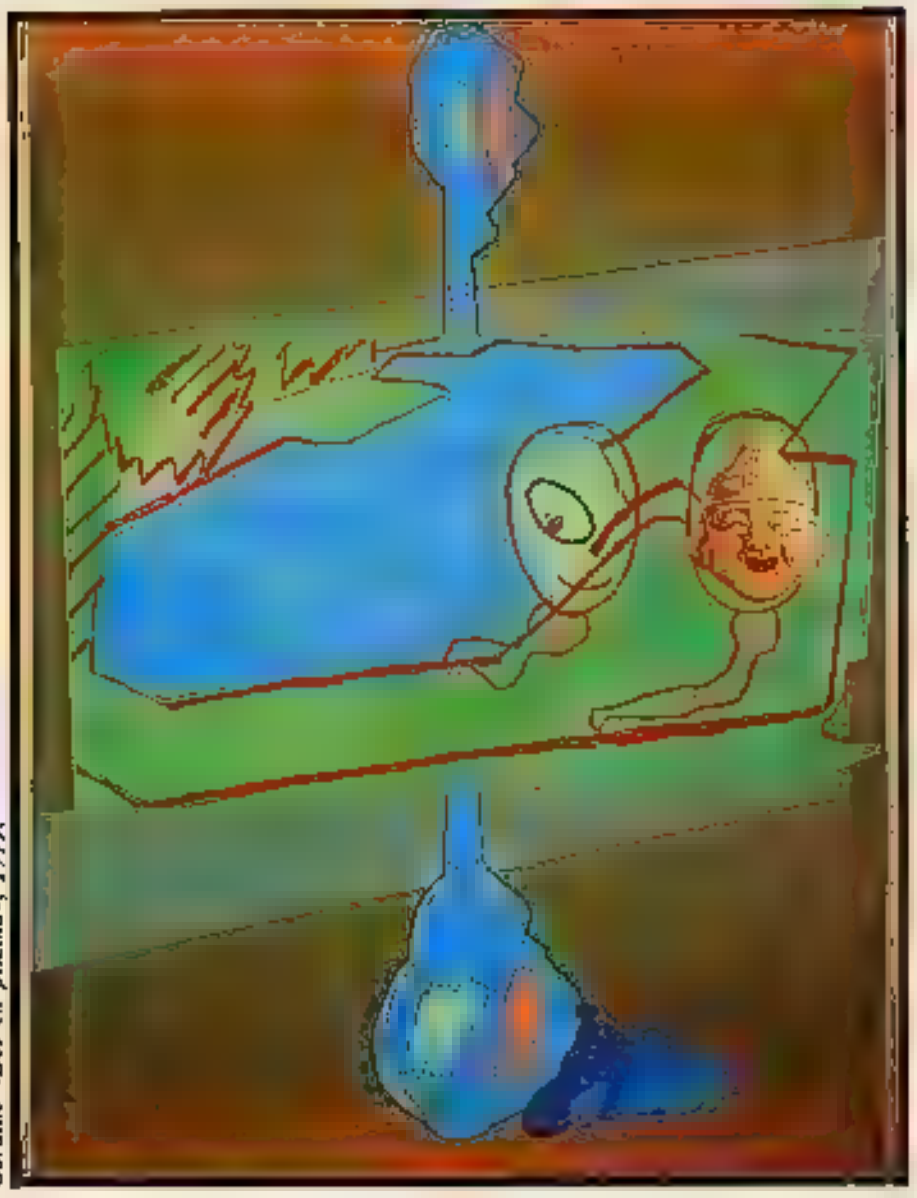
Orteja: «Incidencias», 1980.

Campano, pintura, 1980.

Comgar «P-12-80», 1980.

Pozuelo se verían incrementados por 7.500 familias más. Todo ello, sin contar con la infraestructura, que dicen que se montará luego. A nivel de Ayuntamiento, UCD no podría ganar la votación, porque habría tres concejales implicados en el tema y perderían su derecho al voto. Pero la moción negativa de la izquierda parece que se ha perdido debido a una cierta relajación durante las negociaciones. Se está intentando paralizar el proyecto de momento, llegar a un principio de acuerdo. Lo ideal hubiera sido una ampliación real de la Casa de Campo con todos esos terrenos que, por lo visto, eran de secano y los compraron baratos. Lo malo es que aunque dejen zonas ajardinadas, las privatizan creando pisos de los que el menor tendrá unos 130 metros cuadrados. Aquí discutimos si el Foro debía unirse a la causa que también llevan otras personas y otras asociaciones, y decidimos que había que tomar postura. Se sacó el tema en la Junta, se debatió y se decidió que sí, que el Foro se integraba y trabajaba en contra de la construcción de las 7.500 viviendas.»

Las mallas hacían reír a la gente del pueblo en un principio. Ahora ellos también se las ponen.



Cordillo. «Dos en piscina», 1979.

«La decisión, naturalmente, no ha sido bien acogida por el Ayuntamiento, pero tampoco es que haya habido amenazas ni nada de eso. Hay quien ha comentado que el Foro no funciona, que debe llevarlo directamente el Ayuntamiento. Pero también recibe algo de ayuda del Ministerio o de la Diputación, como decíamos antes.»

«Otra cosa que me han dicho es que hacía falta un ambulatorio para el pueblo y que éste era el lugar idóneo para ello, con lo que por la mañana sería un ambulatorio y por la tarde seguiría el Foro, pero eso ha quedado así por el momento. Seguimos funcionando, con muchos alumnos, en unas condiciones precarias, pero funcionamos», termina Paloma Navares.

Incluso, como dice Peridis, «hay que reconocer que no hay Ayuntamiento que ayude lo que éste, sin meterse con la programación». Porque, en cualquier caso, estos intelectuales buscan algo que no suele comulgar con la idea oficial de cultura: que la gente se introduzca en áreas nuevas. Las actividades no son sólo un entretenimiento, sino que se plantean de una forma más cultural, con una cultura de vanguardia. Al niño no le enseñan a dibujar la mano en un plano represivo como hacen en el colegio, sino que, a través del arte, disfrute y llegue a tener un sentido lúdico más abierto y más cercano a su propio entorno. ■ C.F.R.

UNA vida de persecuciones, cárceles, amarguras y decepciones, lleva a una miliciana a refugiarse durante el franquismo en Los Pastoreros, *un grupo religioso que cultiva la tierra en comunidad, en Fuente Vaqueros. Francisca Puente Garcia tiene ochenta y un años. Es alta, delgada, con la mirada profunda de una luchadora, Pasionaria a su manera, revolucionaria anónima, de pueblo, allá junto a Sierra Nevada, en Güejar Sierra, donde desde niña trabajó en el campo y por querer vivir de la tierra sufrió un larguísimo cautiverio hasta encontrar otro pedazo de tierra donde reconstruir al menos la esperanza.*

«Es una historia...: Porque verdaderamente mi vida ha sido *amarguilla* siempre. Algunos jóvenes han venido a que les cuente estas cosas de mi vida: –Venimos a que nos diga algo de usted... Y así cogeremos fuerzas para seguir nosotros adelante.

Yo, aunque ya soy muy mayor y estoy muy decepcionada, todavía tengo esperanzas. ¡Cuánto me alegraría yo si algún día estos jóvenes lograran cambiar lo que nosotros no hemos podido!

Mi vida, desde luego, es una historia. Siempre lo mismo, queriendo trabajar tranquilamente en la tierra para comer y vivir en paz. Los niños de mi pueblo, Güejar Sierra, teníamos la idea de que ya veníamos *sellaos*, que unos teníamos que ser muy pobres y otros muy *ricanos*. Ya pensaba eso, y no he disfrutado ni en mi niñez, ni en mi juventud, y ya después...

La primera vez que yo fui a la capital, ¿qué tendría yo?, muy pocos años... Fuimos con una bestia y llevábamos un pucherillo con fritanga para comer. Y yo, en vez de fijarme en los escaparates, la vista se me iba para los cafés. Veía allí a unos hombres sentados y me decía: ¿si sabrán estos lo que es trabajar, si sabrán estos cómo se gana el pan? Nosotros sí que lo sabíamos.

Éramos seis hermanos trabajando en el campo. Casi medio año nos íbamos en una dehesa, por otra parte de Güejar, ya cerca de Guadix. Nosotros trabajábamos en subarriendo. Trabajábamos de sol a sol hasta caer molidos. Y todo el beneficio se lo llevaban el arrendatario y el amo. Y nosotros allí en la flor de la vida. Ni diversiones, ni malgaste de ná, siempre trabajando. Ya entonces nosotros mismos decíamos en la casa:

–Hay que ver la esclavitud que tenemos.

Cuando nos dimos cuenta nos hicimos grandes, sin más distracción que el trabajo del campo, viendo como nuestros frutos, todo nuestro esfuerzo, se llevaban otros.

Cuando me casé, nos fuimos a otra laborcilla... Son tantas las amarguras que tengo de estas fechas. Sembrábamos una miseria. Cuando llegó la República, pensamos que ya no se

«Los pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba.»

LA REVOLUCION PENDIENTE DE LA PASTORERA DE FUENTE VAQUEROS

ANTONIO RAMOS ESPEJO

aprovecharían más de nosotros. Ya empezó nuestra tragedia cuando creímos que ya tendríamos las leyes que esperamos los obreros. Pues, no. El poder en nuestros pueblos seguía en manos de los caciques. Y cuando mi marido votó por las izquierdas, en venganza lo echaron de la labor. ¡Ay, madre mía! ¿Es que no había leyes para que pudiéramos defendernos? Como pasa y pasará mientras que el mundo sea mundo, no íbamos todos a una. Siempre los chaqueteros, los chaqueterillos..., que hace que nos dividamos y se rían de nosotros. Yo estuve como loca, localizando una choza que teníamos, para venderla y pagar el viaje a Granada del abogado que nos iba a defender. Lo perdimos todo... el trabajo y la semilla que habíamos sembrado. Ganamos el juicio, lo volvimos a perder..., pero, ¿cuál había sido nuestro delito?

Otra vez nos veíamos mi marido y yo, y nuestros tres hijos pequeños, en la calle. Y es que no teníamos posibles... hasta que nos ayudaron a sembrar en otra tierra, que nos pusimos a labrar los obreros. Bueno, pues ya parecía que estábamos asentados en la tierra para poder comer, cuando una mujer llegó corriendo a decirnos:

–¡Escuchad...! Unas parejas de guardias civiles vienen a detener a nuestros maridos, que están en las dehesas. Que vienen por nuestros maridos... ¿qué hacemos?

Entonces yo me planté y les dije:

–¡Mirad...! Lo que no vamos a hacer es escondernos debajo de las chimeneas.

Yo tuve también una idea. Le dije a Pepe, mi niño, que se fuera a casa de mi madre a decirle que teníamos ese problema y que los niños se quedarían con ella. Yo me despedí de mis hijos como si ya no volviera más a verlos. Total que después me dirigí a las mujeres, seríamos unas quince o veinte:

–¡Escuchad...! Vamos al ayuntamiento. Si vienen por nuestros maridos tendrán que pasar antes por encima de nuestros cadáveres.

Nos fuimos a ver al alcalde. Y le advertimos que pasarían antes por encima de nuestros cadáveres. Nosotras llevamos palos y piedras; esas eran nuestras armas.

–Irse tranquilas–, nos dijo el alcalde.

–Pues eso es lo que deseamos.

El alcalde llamó al gobernador y éste le dijo que no había mandado al pueblo a los civiles. Los guardias nos vieron a nosotras que estábamos dispuestas a todo. Cuando ya el alcalde les comunicó la contestación, los guardias se marcharon para abajo. Los hombres y las mujeres se fueron al centro a celebrar lo que habíamos conseguido. Yo me quedé en mi casa, porque no me gustan los alardes. No quise que me nombraran ni presidenta ni ná... Yo dije que lo que había que hacer era estar dispuestos a todo. Pero, ya me tenían fichada. Los caciques mandaron a los guardias civiles para ver, dirán ellos, si les damos un escarmiento y se ponen más suaves.

A mí, me tenían ya *señalá*. Y otro detalle que influyó para que me persiguieran tanto cuando estalló el Movimiento, fue una conversación con el cura.

Las beatas me tenían ya los pasos contados. Una vecina mía, socialista, me dijo que estuviera con ella porque

LA PASTORERA

■ cura iba a su casa a confesar ■ su suegra, que estaba muy grave. Llegó el cura y empezó a dar vueltas por la casa, preguntaba por la enferma y decía también:

–Hay que ser como están las cosas. Y son las mujeres... las mujeres las que tenéis todo el lío formado porque habéis dejado de ser cristianas y ya no vais a misa.

Como lo decía por mí, yo le contesté:

–Oiga usted, yo soy cristiana, yo soy creyente, yo estoy muy *jartica* de trabajar. ¿Y sabe usted lo que le digo? Que yo tengo un hijo y quiero que sea borracho, pero que también sea capaz de defenderse para que no le pase lo que ■ su padre, que se está dejando el sudor y la vida y nunca tenemos una peseta para dar de comer a nuestros hijos. Mire usted, yo voy a ir a misa y voy a confesar. Y después le voy a decir: mire usted que me encuentro aburrida, que mi marido es muy trabajador, muy honrado, no es borracho, y seguimos sin poder comer. Y entonces me contestó:

–¡Que le vamos a hacer!

Que qué le vamos a hacer... Pues que yo estaba desesperada. Y teníamos que hacer algo. Y eso que yo, antes, era de las que sonaba la campana de la iglesia, y cogía a mi niño y me iba corriendo. Yo no sé lo que hay o no hay más arriba. Lo que tenemos que hacer es lo que yo he dicho siempre: defender lo que tenemos a ■ vista. Porque yo creo que con la fe que yo me eché a la calle, una mujer inculta, sin conocimientos, pero con muchísima fe... Si todos hubiéramos actuado así, ■ obrero no hubiera sufrido tanto. Nadie, ninguna fuerza, hubiera detenido al pueblo. Pero, el uno sale por aquí, el otro por allá, el otro... Los limpia chaquetas. Y nosotros, los que pagamos el pato. Como mi marido... Y eso no se me podrá olvidar nunca. Si a Pepe lo mataron fue porque no me pudieron coger a mí. ¿Qué delito había cometido mi marido? Ellos iban por mí... Y no dejaban de perseguirme.

De manera que fue entrar los nacionales y nosotros tener que salir corriendo a refugiarnos al cortijo de un hermano de mi marido. Mi suegra, que estaba paralítica, se había quedado en el pueblo; y al otro día, mi marido me dice:

–Mira, yo voy a llevarle una botella de leche a mi madre. ¿Cómo la vamos a dejar allí sola?

Y yo, ¿qué le iba a decir? Si era su madre. Cómo le iba ■ quitar de la cabeza. Dios mío,... Y no lo vi más. Lo cogieron. Entonces, le dije a mi Pepe, que ya tenía once añillos:

–Como eres un niño, tú pasarás desapercibido. Ve a ver si tu padre está preso.

Cuando mi Pepe estaba viendo a su padre en ■ cárcel, ya venían a cogerme a mí. Pero un sobrino mío corrió a avisarme:

–Tita, que vienen por ti.

Yo me encontraba con mis dos niñas chicas. María, que siempre ha estado enferma, y Josefa; y mi Pepe, que también estaba fuera. Yo no sabía qué hacer.

–No te apures, deja aquí las niñas y ■ vete con mi hijo al Tocón de Quéntar, –me dijo mi cuñado.

Entonces, pensé que más valía dejar a las niñas con su tío, que no arriesgarnos a morir todos por ahí. Mi cuñado me dio un palo y una manta. Me acerqué a la cama donde tenía las niñas acostadas, las besé, yo creía que por última vez, y les dije que iba a echarle de comer a los marranos y que volvería pronto. Mi sobrino, que tenía unos veintidós ■ veinticinco años, echó a andar conmigo. Y cuando íbamos por un sitio que le llaman los Lentejares, me dice:

«Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos pastoreros, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa.» Maduración del grano en la cooperativa agropecuaria «Santiago Apóstol.»

«Todavía hay esperanza para el milagro de un mundo mejor para los obreros.»

–Qué alegría tengo por haber puesto en camino de salvación a la tía que yo más quiero.

–Pero, ten cuidado tú a la vuelta, no sea que te cojan.

Como que lo cogieron...

–Que yo quiero dormir como los gallos, en lo alto, al aire libre, que yo no quiero dormir bajo techado, no sea que vengan... –le decía yo a mi familia del Tocón.

Mientras tanto, mi cuñado se llevó mis niñas al pueblo. Y mi Pepe, al saber que iban los nacionales al cortijo, se fue para allá; cogió los animales, separando en dos grupos a los que tenían cencerrillos, que los mandó para el pueblo, y con los otros, que no hacían ruido, se perdió por el campo, en busca de su madre. El niño llevaba una cinta roja, por si veía a los republicanos; y una medalla, por si se tropezaba con los fascistas. ¡Qué ingenio de niño...!

Yo me había puesto a colaborar con los milicianos del Tocón. Pero, un día, en qué mala hora, me dieron la noticia de que a mi marido le habían fusilado. Fue un seis de septiembre de 1936. No se me olvidará... Y también fusilaron a mi cuñado, al que se había quedado con mis hijas, y a su hijo... A siete mujeres mataron. Y yo era la que estaba en cabeza... Y hombres, yo qué sé cuantos. De la provincia de Granada, en Guejar y Padul fue donde más gente murió.

Un día oímos la aviación enemiga en el Tocón. Y corrimos a refugiarnos. Yo no sabía lo que hacer, yo quería morirme, era un desastre... Entonces, me metí en una cueva, en el campo. No comía, nada más que esperando morir allí sin más esperanza. ¿Para qué quería yo vivir? Se habían matado a los míos y tenía perdidos a mis hijos. Hasta que una matrimonio del Tocón, una familia de derechas, pero gente buena, trabajadora, me vio allí y les dio mucha compasión, porque además ya me habían visto por el pueblo.

–Yo no quiero vivir –les dije–. Dejenme aquí..., que yo me quiero morir.

–Pero mujer... Usted tendrá que comer algo, que no la podemos dejar aquí. Mire usted, hemos oído que en el Tocón hay un niño que está buscando a su madre. A ver si es el suyo...

Entonces, yo reviví. Saqué fuerzas de donde no las había y me eché a correr por aquellos pechos abajo. Y al llegar un rastrojo, vi a mi Pepe, que parecía un pollito perdiz perdío por allí. Le dije una voz... Y al encontrarlo, al lado de una acequia, que él me ayudó a salvarla, nos dimos un abrazo tan fuerte que se nos cortó el habla.

Nos fuimos al Tocón, que era donde no podíamos correr peligro. Allí me presenté otra vez a los milicianos, pero ya para que me militarizaran. Yo lavaba, cocinaba y mi niño, conmigo, hasta que ellos me dijeron que se lo querían llevar a Guadix. Y allí se fue y lo trataron con mucho cariño. Después lo llevaron a Alicante, a Cartagena, hasta que ya entrada la guerra, nos pudimos ir con otros familiares a Cogollos de Guadix, donde lo puse en la escuela. Y un día, el niño, escribió un poema que decía: *"Retumba el cañón en la sierra / es el cañón invasor / que a la bandera española quiere hacerle una traición. / Es el invasor fascista / que a España quiere raer / para que la clase obrera / no deje de padecer. / Pero el brazo miliciano / que en las trincheras está / no le teme a la invasión / que amenaza con matar / y esos brazos milicianos / no les dejarán pasar / porque tienen por derecho / defender la libertad."*

Pero, y como el maestro de aquel pueblo, era un infiltrado, como después supimos, y comunicó a mi pueblo, a Güejar, que vigilaran a ese niño que tenía unas ideas...

En la columna Maroto pase la guerra. Y allí vi cómo se dividió la columna, como ni siquiera había acuerdo... Eso sí que me apenaba, eso sí que tenía envergadura. Una historia..., divisiones entre socialistas, anarquistas, comunistas... ¿Y no luchábamos todos por una misma causa?

Cuando terminó la guerra me llevaron a la cárcel de Guadix. Por fin, me cogieron. Mis hijas estaban en el pueblo. Primero estuvieron con su abuela y mi cuñada. Luego, a mi María la recogió una familia del pueblo. Y a mi Josefa, al terminar la guerra, le prepararon los papeles para internarla en Auxilio Social de Granada. Mi Pepe volvió al pueblo y trabajaba el pobre en lo que podía, y de vez en cuando venía a verme a la cárcel, andando desde el pueblo, con una poquita comida para su madre.

En la cárcel pasé de todo tipo de calamidades, miedos... En más de una

ocasión vinieron por mí. Una vez, en lugar de Francisca, pusieron Francisco, y en colaboración, con gente que había allí, que nos arropábamos unos a otros para librarnos de la muerte, no me llevaron. Otra vez, fue el doctor Salvador Martínez Laroca, cómo me gustaría que este hombre viviera... Era de Almería y estaba allí de médico, pero también tenía una pena de muerte encima. Pues vinieron a llevarme. Entonces, él se enteró y le pidió a un cortijero que le llevara tripillas de gallina. Se sacó sangre de sus venas y me daba tripillas con sangre para que yo las masticara y pareciera que tenía vómitos. Así consiguió librarme, hasta que ya salió el juicio. Me acusaban de haber hecho todas las barbaridades del mundo, de haber estado en pueblos que ni conocía... Total que de la pena de muerte se quedó en treinta años y un día. Eso fue lo que me dijeron; mi hijo Pepe precisamente, que lo dejaron entrar, porque yo me quedé sorda. En 1945, por el decreto de los treinta años, salí en libertad.

Hacía nueve años que no veía a mis hijas. Ya estaba en libertad. Y no podíamos volver al pueblo, ni vivir de la tierra.... Nos metimos en una cueva, en el Barranco de los Naranjos, donde nos dieron cobijo mis sobrinas. En dos habitaciones vivíamos nueve personas. Con nosotros se vino también a vivir la *Niña Rubia*, una muchacha, compañera de la cárcel, que, al salir, se vio sola. Éramos muy pobres, vivíamos en muy malas condiciones, pero contentos porque estábamos juntos. Mi Pepe empezó a trabajar en la construcción y yo en la limpieza. Conseguimos otra cueva en el Barranco del Abogado; y luego, una casica un poquito mejor... Con una olla nos arreglábamos para comer.

Hasta que un día, una familia de Güejar, vino a decirnos:

–Mira que nos hemos enterado que hay una gente muy buena, que se ayudan unos a otros, que predican el bien de todos, y...

Entonces, yo pregunté:

–¿Van a misa?

–No.

–Pues entonces, eso me convence a mí más.

Eran los Pastoreros. Se llamaban así, nos llamamos, porque el fundador, José Castillo Bravo, era pastor, un hombre muy sencillo, que se puso a predicar el bien. Yo no llegué a conocerlo porque murió en 1931. Luego, siguió predicando Manolo Robles, que hoy es el presidente de la Cooperativa. Aquellos hombres y mujeres habían conseguido una parcela en tierra de Puente Vaquero. Y algunos de ellos se fueron a cultivarla y a vivir en comunidad.

Nosotros empezamos a reunirnos con Los Pastoreros, que estuvieron perseguidos. Bueno, mis hijos tuvieron que ir a Comisaría. Pero en Los Pastoreros encontramos un refugio. Y unas ideas, como todas las cosas tiene sus fallos, pero que a mí me llenaron. Al final, conseguimos volver a trabajar en la tierra, que era la ilusión de nuestra vida. Yo, no... Ya no podía trabajar en la tierra. Pero, cosía sacos, me sentía útil, y mis hijos trabajaban.

Los Pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba. Había vivido tantas calamidades, persecuciones...; y las divisiones en la guerra, que las he seguido viendo después, que con Los Pastoreros, pensando en el bien de la Humanidad, me sentía mejor.

Pero, yo sigo pensando mucho. Todos los días doy paseos por el patio de mi casa, entre las flores, y no pienso en otra cosa que no sea en la manera de que el mundo de los trabajadores, que hemos padecido tanto, salga adelante. Y veo que están cada vez más divididos, y yo que me desespero, y algunas veces se me viene a la cabeza que se podría hacer la revolución en el mundo... Y si yo pudiera, pero ¿dónde voy ya con ochenta y un años?, haría lo posible para hacer ese milagro.»

Manuel Robles, el gandhi de Los Pastoreros

«El pastorero cree en el sistema de la reencarnación, que muere y vuelve a nacer. Su línea es ver la forma de limpiar su camino en la existencia que vive. El pastorero sabe que el mal o el bien que aquí haga repercutirá mañana. El pastorero ve el materialismo

Frases sueltas de los Pastoreros

Piensa que la vida se te va
y en una comedia has actuado.
Todo lo que fuiste, pues serás
campo de cipreses encantado.
Antes de llegar a la trastuesta
puedes enseñarte a recoger,
debes para eso sembrar
eso que desees para después.

Si te enojas porque no te agradecieron lo que hiciste por aquel, no digas que lo hiciste mirando hacia arriba, sino hacia abajo.

Si crees que la razón es tuya puedes estar seguro que estás equivocado.

A veces las alabanzas que te dan pueden ayudarte a ascender, pero los aplausos pueden hacerte bajar si te lo llegas a creer.

La vida es una comedia y cada uno representamos un papel con arreglo a nuestras condiciones. ¿Crees que has ganado un puesto de honor en el corazón de tus espectadores?

Creer en Dios no es pedirle bienestar ni beneficios propios, es respetar toda su Creación y aceptar noblemente todo lo bueno o lo malo que Él se digne mandar.

La primera batalla que has de ganar en la vida, es la que sostengas contigo mismo, sino consigues dominarte, no esperes alcanzar muchos triunfos en lo que pretendas realizar.

Si te merezco agradecimiento no me alabes, pídeles a Dios que me ilumine para que haga otro lo que hice por ti.

Cuando llamen a tu puerta, contesta, que otra puerta se abrirá cuando tu llames a ella.

Si quieres que los que te rodean sientan estímulo por ti, antes tienes que sembrar tú esa semilla, como no lo hayas sabido ganar, aunque te lo demuestren es fingido.

¿Cuál es el secreto y evolución de esta cooperativa?: Trabajo, economía, abnegación, constancia, celo, sacrificio, estímulo, honradez, capacidad, generosidad y espiritualidad.

«El Padre Pastor nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. A nadie le dijo tu eres el mejor», afirma Manuel Robles, cabeza visible de Los Pastoreros.

de una forma fría y le presta mayor atención a la espiritualidad», dice Manuel Robles, cabeza visible del movimiento espiritual de *Los Pastoreros*. Manolo, nombre familiar y ejemplar para los cooperativistas andaluces, es además del Gandhi de la comunidad, el puntal fuerte de la Cooperativa agropecuaria «Santiago Apóstol», la más importante de Andalucía. A Fuente Vaqueros vienen cooperativistas de todo signo político, muy especialmente socialistas y comunistas, a aprender de la obra de estos hombres. En sus grandes naves dio el PCE el primer mitin comunista de la Vega, con Ramón Tamames; les siguió, Felipe González; y, por último, también vino a captar su voto Antonio Jiménez Blanco. Pero, ellos al margen de su religión y de su cooperativa, políticamente funcionan a su aire, con el voto libre y secreto.

–Los pastoreros aún no tienen conciencia exacta –explica Manuel Robles– de lo que era el Padre Pastor, José Castillo Bravo, que nació en Los Berchules, un pueblo de la Alpujarra granadina. Este hombre se dedicaba a guardar ganado, era un pastor, sin haber ido nunca a la escuela, por lo tanto, analfabeto. A los 68 años empezó a descubrir un misterio que lo transforma, una inspiración que hace que hable del amor y de la justicia, de cosas que no sabía nadie. Sería muy largo relatar todo su pensamiento, enmarcado en un pensamiento cristiano, predicando el amor al prójimo. En sus mensajes ya inculcaba un sistema de colectividades, de la unión de las personas, de las familias, para trabajar juntos. La gente que lo escucha en aquellas fechas, por el 1912, no lo comprenden. Sigue predicando hasta su muerte en Granada en 1934 y son miles y miles de personas las que lo escuchan.

«El Padre Pastor decía, por ejemplo, cuando tú tengas que aventar tu parva que vengan los del pueblo a ayudarte y después tú les ayudas a ellos. Le llegó un hombre, que se quería operar de dos dedos, que tenía unidos en la mano derecha. El Padre Pastor le cogió los dedos, le demostró que los movía bien y le preguntó, «¿se molestan para trabajar?» «No», le contestó. Y el Padre Pastor le dijo: «Pues entonces no te operes».

«Se le presentó una vez una mujer mayor en su casa. A la mujer se le había muerto un hijo y se había impuesto como sacrificio llevar una soga de esparto crudo, atada a la cintura. Nadie sabía que aquella mujer llevaba la soga. Cuando se despidió, le dijo el Padre Pastor: «Hija, quítate eso...». La mujer se quedó sorprendida.

«En todas sus conversaciones, el Padre Pastor hablaba mucho sobre la reencarnación y el amor. No había camino más claro que el que él aclaraba sobre el cristianismo: amando a los demás. Cuando él murió muchos de nosotros lo seguimos».

–¿Usted le conoció?

–Yo, no; mis padres. Yo desde pequeño buscaba a Cristo en algún sitio. Acepté las enseñanzas que mis padres habían recibido de aquel hombre y yo lo seguí. Después, llega el tiempo en que los consejos del Padre Pastor dan su fruto, cuando en 1955 se crea el grupo para trabajar juntos, uniendo las tierras y el trabajo. El principal caudal que nos dejó el Padre Pastor fue la espiritualidad. A los diez años, nace la cooperativa. Y vemos que todos los caminos se nos abren de par en par porque ponemos en práctica, en los tajos, en el comportamiento con los demás, la espiritualidad que heredamos.

–¿Se siente usted el representante del movimiento espiritual que les dejó el Padre Pastor?

–Aquel hombre decía que cada día que despertamos vamos a una escuela, en la que se presenta el mal, el bien, y las personas se distinguen en esa lucha diaria. A nadie le dijo esto es lo mejor, ni tú eres el mejor. A nosotros nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. Y unos le siguen de una manera y otros de otra. Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa. Pero también hay miles de personas que escucharon al Padre Pastor y lo siguen.

–¿Qué cultos tienen?

–Nosotros tenemos lo que llamamos escuelas: cada diez o quince días nos reunimos una par de horas después de cenar y hablar de las enseñanzas del Padre Pastor.

–¿Ustedes están dentro de la Iglesia Católica?

–Cuando nace un niño pastorero se le bautiza y cuando se muere un pastorero se le entierra como un católico. Pero nosotros no vamos a la iglesia. Nuestra línea es diferente. El pastorero practica su religión no en la iglesia, sino en la calle. Nosotros vemos a Dios en todas partes.

–¿Sigue el celibato entre los pastoreros?

–Sobre esto quiero aclarar que lo único que dijo el Padre Pastor es que con el celibato se tienen más posibilidades de trabajar por el prójimo. Hay pastoreros que se han ido casando. Hace poco se casaron tres parejas de pastoreros.

–Ustedes creen en la reencarnación, ¿podría citar a algún personaje reencarnado?

–Mira yo creo en un libro que voy a publicar, por ejemplo, el caso de Isabel la Católica.

–¿Qué le pasó?

–Pagó una deuda por haber permitido el viaje de Cristóbal Colón a América y como responsable de sus malas actuaciones allí se reencarnó en noventa años de mendicidad en Francia.

–¿Hacia dónde camina el mundo de los pastoreros?

–Hacia una transformación apocalíptica, tal como está puesto en la Biblia. El pastorero vive en esa creencia. Y el pastorero la meta que lleva es perfeccionar el trayecto de su existencia para el día que tenga que marchar estar preparado porque sabe que va a algún sitio; que no desaparece. ■ **A.B.E. Fotos: Pepe Garrido.**

Recuerdos

IÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

GONZALO TORRENTE BALLESTER

A Lola y Manolo Fernández

El tío Miguel fue, igual que otros de la familia, a la Marina Mercante, y no porque no hubiera para él otra salida, que las hubiera tenido en la tierra y en la mar, sino por verdadera afición: al tío Miguel le gustaban los viejos paquetes más que los imponentes acorazados y entendía de estrellas y de rumbos como cualquiera. Él se marchó a Bilbao fue porque allí estaban las compañías navieras. Si allí casó, fue porque lo quiso su destino: primero con Beatriz, que murió pronto, y, después, con Margarita, que era hermana de Beatriz. Yo recuerdo una foto en que aparecían las dos hermanas, sentadas, muy peripuestas, y, detrás, el tío Miguel entre cuatro tofomidos muchachotes, capitanes de altura todos ya, con

sus boinas encasquetadas, hermanos de Beatriz y Margarita. Fue, supongo, una fotografía hecha cuando aún no se había casado, quizá de recién recibido en el barco que uno de ellos mandaba. Por el tiempo de su marcha, cantaba una canción que él mismo se inventara, de la que la memoria guardó unos harapos sin cabeza ni pies:

A Bilbao me voy derecha,
oficial por una plaza
que reservan para mí.
Alguna mujer, de fija, pensará
que en saliendo yo a la mar le he de escribir,
y esperando mi carta quedará,
que nunca he de venir.

Era de muy buena facha, el tío Miguel, y de elevada talla, aunque un poquito encorvado, como si su cortesía le obligase a inclinarse un poco para ponerse a la altura de los demás, pero tampoco tanto que desmereciese. De vez en cuando aparecía, inesperado, por una recalada o una arribada forzosa y contaba de sus viajes. Lo que a mí más me impresionaba siempre era su reloj, todo de oro, que se apretaba un botoncito y daba las horas y los cuartos; pero lo que le levantaba por encima de lo imaginable, según la estimación de la familia, era que, en Nueva York había oído a Caruso, óyelo bien: al mismísimo Caruso, nada menos que 20 dólares que pagó por la entrada. Lo que no puedo precisar es si lo había escuchado en «Rigoletto» o en «Lucía de Lammermoor» o si en ambas. El con su hermosa voz, repetía romanzas, pero yo lo único de que me acuerdo, es de «La donna è mobile», que lo oí a mucha gente más, incluido mi padre. No puedo asegurar que tío Miguel la cantase mejor.

Pero de lo que sí estoy seguro es de que se sabía los atajos y los caminos secretos del Atlántico. A mí esto de que los mares tuvieran atajos y caminos secretos me pareció, durante un tiempo «inverosímil» tirando a disparate, pero ya de maduro conocí al capitán Vizcaíno, para quien carecía de secretos el océano y conocía rumbos de soledad y travesías ocultas, y, entonces, devolví el buen crédito a Miguel. Ese su conocimiento de la mar le permitió recorrerla por rutas nunca frecuentadas; durante la guerra del catorce iba a los puertos de América y traía hasta los franceses contrabando de armas, pero, a pesar de su sabiduría, cuatro veces le torpedearon el barco los alemanes, cuatro veces naufragó, y en una de ellas estuvo tanto tiempo en la mar, sostenido por el chaleco salvavidas, que se le arrimó un reúma a una pierna del que ya no se vio libre jamás.

Entre viaje y viaje, alguna vez recaló, y yo le escuchaba contar y describir estos atardeceres en que se escruta el horizonte en busca del temible periscopio, la inquietud de cualquier hora, el alboroto de las alarmas, y ese echarse a dormir con el temor de no despertar ya en este mundo. Miguel era muy religioso, y cada vez que venía (como acabo de decir) sacaba tiempo del tiempo para subir a Chamorro y ofrecer a la Virgen una vela de su misma estatura. Alguna vez me llevó consigo. Mientras rezaba él, yo contemplaba el pabilo encendido allá arriba, al cabo de la vela inmensa, temblorosa como la angustia o la plegaria, pero también reluciente. La vela del tío Miguel fue siempre la más alta, y es que era un gran tipo.

2 Ganó mucho dinero, con esas navegaciones por sendas extraviadas, por los ocultos vericuetos de las olas; pero la tía Margarita era un poco ambiciosa, o quizá no haya sido más que una racha de ilusión, si no de chifladura transitoria, la que la llevó a jugárselo todo en la Bolsa, lo que ganaba su marido y perderlo. Esto fue, más o menos, al terminar la guerra, cuando de pronto cesó el tráfico marítimo y los barcos amarrados se alargaban, abarloados, por los muelles de la Ría, con poca gente abordo, la indispensable. Miguel se quedó sin trabajo, y lo que le quedaba de sus ganancias tras las inteligentes especulaciones de su mujer, no debía de ser mucho. Ignoro por qué razones tuvo que venir al pueblo, e instalarse en él con su tropa, que no era mucha: sólo los tíos y los dos primos, Gabriel, que era el mayor, e Ignacio.

No tengo más remedio que referirme un poco a ellos. Se les conocía únicamente por los retratos que su padre traía, y eran, la verdad, dos chicos guapos, una mezcla de sangres, comprendo hoy que añadía, a la reciedumbre, la gracia, pero ésta es una consideración tardía, a la vista de las antiguas fotos que se conservan en desgualdrajillados álbumes o en cajas de zapatos atadas con cintas de desvaído color. Lo que entonces se decía era sólo la afirmación de su belleza, qué ojos, qué nariz tiene este niño, pues ¿y la boca del otro? Además elegante, caray, no vestían como nosotros, la eterna marinera, la gorra con la cinta del «España» (acorazado), el capotón de botones dorados y las botas de becerro, sino trajes y zapatos de mucha fantasía. «¡Es que como París está tan cerca de Bilbao!» Aunque, a lo mejor, los modelos no llegaban de Francia, sino de la mismísima Inglaterra, donde había los niños mejor vestidos del mundo. «¡Sí, con esos pomponcitos colorados o esos cuellitos duros con corbatas de hombrel! ¡No me digas!» No era fácil poner a las mujeres de acuerdo acerca de aquellas elegancias: pompones o cuellos duros, pero en lo de que Gabriel e Ignacio eran mucho mejor educados que nosotros había cierta unanimidad. Los primos de Bilbao eran los niños mejor educados de aquel mundo: eran la losa que apabullaba

IÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

nuestras imperfecciones, fueran al comer ■ solamente ■ hablar, la incorrección ■ el taco distraído. «¡Los primos de Bilbao...»». No puedo precisar si era de odio el sentimiento experimentado hacia ellos, pero en todo caso, formaban parte de aquella pléyade de eminencias reventantes, ejemplos innaccesibles y fastidiosos, Jorge Juan y Pepito Arriola. (Churruca quedaba aparte; lo de Churruca, si lo contaban bien, hacía temblar los huesos, pero tampoco era cosa de que se repitiese lo de Churruca, asunto de los tiempos de los barcos de vela).

Éramos demasiado chicos para plantearnos con el rigor indispensable la cuestión metafísica de si existían ■ no los primos de Bilbao, o, al menos, de la clase de existencia que les correspondía, pero contábamos con que jamás habíamos de verlos, al menos, mientras no fuésemos mayores. Ellos vivían en Bilbao, Bilbao era una ciudad grande, con el puente colgante más elegante, ciudad de gente muy rica, aunque con humo como la nuestra en los cielos oscuros. Alguna vez, mamá iba a Bilbao, por el verano, y decía que sí, que los primos eran muy bien educados, aunque, el pequeño, mimoso. ¡Pues ya era algo!

3 La llegada de Ignacio con el tío Miguel fue tan inesperada como incalculada: una de aquellas buenas noches del verano, en que estábamos todos en el balcón, y se había cantado «Flor de té» después de aquella otra canción, tan bonita, de la dama de un castillo y de un poeta:

Castellana, castellana,
nunca blasones de honor,
que no existen fortalezas
si a tus puertas llama amor,
amor.

Se cantaba en Madrid y en Barcelona y también la había cantado en el teatro de nuestro pueblo una de aquellas madames deslumbrantes de lentejuelas, Fornarinas, Raquelas y nombres de esos, quizá La Goya, ¿quién lo puede recodar? En cualquier caso, una de aquellas de grandes ojos oscuros que venían retratadas en «La Esfera», Julita Fons o Dora la Cordobesita.

Pues se había cantado y cantado, y ya empezábamos a temer que llegase la hora de acostarse, cuando alguien chistó desde abajo, y al chist añadió que era Miguel, que había llegado en el tren de la noche con retraso, y que traía consigo ■ Iñaqui. Iñaqui tenía que ser aquella sombra menuda que se apretaba contra sus piernas, sombra sin rostro porque están de espaldas a la luna. Bajaron corriendo a franquearles el portón, y los vi entrar en las sombras. Iñaqui. ¿Quién es Iñaqui? Los vascos les llaman así a los Ignacios. ¡Ah! ¡Era uno de los modelos! Todos habían corrido ■ recibirlos, también mi hermano, de modo que no tenía con quien cambiar miradas significativas. Supongo que cuando un tigre se ve obligado a aceptar que otro tigre penetre en su terreno, debe de sentir lo mismo que yo sentía, aunque con corazón de tigre: arrinconado en el balcón, mientras llegaba hasta mí el rumor de los plácemes y de los besos. Todos los rodeaban, a Miguel y al Iñaqui: hasta la abuela había salido de su habitación remota, y se abrazaba ■ su hijo, a quien no había visto después del último naufragio. «¡Miguel, Miguelito, meu Miguel!». Tenía que haber dicho eso ■ algo parecido, a no ser que hubiera hablado en castellano, como cuando se ponía seria, pero yo no puedo precisar si, en todas las ocasiones sentimentales, la abuela hablaba o no en gallego.

Y todo esto lo averigüé por las sombras que se movían, alargadas por la luz de las velas, primero, y de los quinqués también. Oí cómo la abuela mandaba poner la mesa –¡en castellano!– porque aquellos dos venían sin cenar. El barullo marchó hacia ■ parte del comedor. La sala se quedó ■ oscuras y en silencio, y yo en el rincón del mirador, perplejo, casi llorando porque nadie me había echado de menos, y al mismo tiempo contento de aquel olvido. Me puse a cantar yo solo, con la voz muy bajita, y escuchándome:

En lo alto de una roca, cual coloso
que mira al infinito,
se levanta un castillo poderoso
con torres de granito.
Y allí, la castellana,
la que tiene por rostro una mañana
de fina primavera...

Hasta que se oyó mi nombre. Alguien me llamaba a voces y preguntaba que dónde se habría metido aquel chiquillo. Simulé que dormía, y así estuve hasta que me sacudieron los hombros. «¡Espabílate, hombre! ¡Vino tu primo Iñaqui, el de Bilbao! ¡Espabílate!». Me dejé conducir, simulando somnolencia. Pensaba que Iñaqui, con más derecho que yo, podría decir a su padre que le enseñase el reloj de oro y que hiciese sonar las campanillas. Acerca de Caruso, en cambio, seguramente que no le preguntaría nada.

Iñaqui se meaba en la cama: quede esto bien claro y garantizado por mi palabra de honor y una continuada experiencia; como que tuve que soportarlo todo el tiempo que estuvo, me quejo a mamá, mamá me dice que me calle, le lavan todos los días la sábana, le lavan todos los días el camisón (el señorito dormía en camisón y se reía de uno, que lo hacía, modestamente, en camiseta), y que no lo sepa nadie, pobre niño, va a darle mucha vergüenza... ¡y yo, aguantando, porque no hubo manera de que nadie lo quisiera en su cama, y como éramos de una edad...!

Yo me hurgaba las narices, de acuerdo. Admito que no esté bien, pero no hay comparación posible entre una cosa y otra. Si me lo echaban en cara, me sentía amparado en la propia desproporción. Lo de meterse los dedos en la nariz puede hacerse ■ escondidas y sin hacer mal a nadie, y, sobre todo, sin comprometer para nada las narices ajenas. Lo de mearse en la cama es otra cosa, ¡y a los ocho años...!

A mí me tocó, por supuesto, poner a Iñaqui al corriente del mundo en que vivíamos. No me fue fácil. Por lo pronto, él no entendía aquello de que «sólo mueren las personas que se olvidan», y si bien es cierto que él no había olvidado, se debía únicamente a que no lo había sabido antes, ni conocido. Tío Miguel debía de hablar poco de nosotros, lo indispensable, y, en cualquier caso, únicamente de los vivos, de modo que para Iñaqui, de la abuela para atrás, todo le resultaba inexistentes, y se empeñaba en no ver lo que veíamos. Obdulia solía advertirme de que, por grande que fuera mi esfuerzo, jamás conseguiría de Iñaqui que viese más allá de sus narices: en eso, era comprensiva y me ayudó bastante. Pero otras cosas, harto más evidentes, tampoco las veía el pájaro. Por ejemplo, lo de Dios. Voy a contarlo de Dios, para que se comprenda su verdadera calidad.

Después de enseñarle todo lo que fueran piedras, salones, almenas, torres y caminos de ronda (que él tampoco veía), le tocó a la habitación de la abuela, una mañana en que ella se había ido a la huerta, a sus conversaciones privadas con Dios Nuestro Señor, ■ con alguien que le hablaba en su Nombre, (cosa, asimismo, ante la que Iñaqui se mostró incrédulo, ¡como si hubiera algo más claro y más verdadero que el que ■ abuela tenía conversaciones privadas con el Señor! Lo sabía toda la aldea, además de todo el mundo).

–Mira, le dije; ésta es la cama donde durmió Napoleón cuando anduvieron por aquí los franceses, y, como ves, está hecha de hierro y bronce, con perillas de cristal. No me dirás que no lo ves. Esa es el arca donde guarda la abuela sus secretos y sus tesoros. Los secretos no sabe nadie cuáles son, pero, entre los tesoros está el puñal con el que el bisagüelo Fernando quiso matar a la bisagüela Rosalía, y ella le retorció el puño, fíjate si sería fuerte la tía, y llamó a un criado que recogiese del suelo el puñal y se lo entregase a ella, mientras el bisagüelo Fernando pasaba vergüenza de no poder desasirse. ¡Fíjate tú...!

–Y, ese puñal, ¿para quién va a ser?, preguntó, como distraído, el mío, que me había escuchado silbando.

No le quise decir que para mí, según la abuela y yo habíamos convenido tiempo atrás; le respondía que eso formaba parte de los secretos, y que ya se vería a su debido tiempo. Pareció conformarse.

–¿Y esa puerta?, me preguntó.

–Por ahí se va al cielo.

IÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

—¿Al cielo?

—Sí. Cuando la abuela se muera, abrimos esa puerta, y ya está. Al otro lado hay siempre ángeles, que, al verla aparecer, se la llevarán de seguro.

—¿Y por qué no la abrimos?

La tal puerta era grandota y pesada, con dos enormes cerrojos y una cerradura de hierro por cuyo ojo, si se miraba, veíamos *un jardín*. Ni más ni menos, ni ángeles ni porras: un jardín. Pero yo sabía que, *aquello*, era el cielo, en lo cual me diferenciaba de Iñaqui, que ni siquiera el jardín veía.

—¿Y por que no la abrimos?

Le señalé la huerta a través de la ventana abierta.

—Primero porque la abuela viene ahí, y nos pillaría; segundo, porque no tenemos llave.

—¿Y quién la tiene?

—Ella.

—¿Y no la olvida nunca?

—Alguna vez, sí.

—Pues, cuando la olvide...

—Para saberlo, tendrás que estar tú avizor.

—No importa. Soy buen espía.

—Lo que eres tú es un mierda.

—Se lo voy a decir a tu madre.

—¡Vete a hacer puñetas!

—Le voy a decir también lo de irse a hacer puñetas.

Encima, acusica, el Iñaqui. ¡Vaya pájaro el que me había caído! «¿Y va a ser siempre así?, le preguntaba a Obdulia, y ella me respondía que no, que cambiaría con la edad. Eso me consolaba mucho, porque, aunque no parezca, yo le iba queriendo, y cuando se ponía bobo y hablaba por los codos de que era un vicio que tenía, hablar por los codos, y echarse a llorar todas las noches, «¡Yo quiero ir donde papá!»; cuando se ponía bobo y le daba por no creer nada de cuanto le decía, pues lo pasábamos bien, de un monte a otro, de un árbol a otro. Le enseñé a robar fruta: ya se ve en esto que lo quería.

5 Cuando tenía alguna baza a su favor, sobre todo si era oculta, daba unas vueltas muy raras a mi alrededor, unas vueltas de pájaro desconcertado, y sonreía. Pero aquella vez duraron poco las vueltas y la sonrisa. Descubrió enseguida el juego, y me mostró la llave de la puerta del cielo.

—Hala, vamos.

No lo recuerdo bien, pero seguramente me rasqué el colodrillo, que es siempre una buena respuesta. le pregunté que dónde estaba la abuela, y me dijo que en la huerta, o dormida, la arrebatada. Miré por la ventana, y la vi, efectivamente, quieta y lejana. Pregunté si no habría muerto, y me dijo que no, que la había oído respirar.

Confieso que no tenía el menor interés en abrir aquella puerta, que entre otras cosas, no era la del cielo, o al menos eso creía yo, sino una puerta vieja que no se usaba nunca. Si le había mentido a Iñaqui, era más bien por castigar su incredulidad y su manía de no ver lo que todos veíamos, muertos, fantasmas y eso. Ni siquiera las torres, lo cual es más grave si se considera que, durante el tiempo que Iñaqui estuvo entre nosotros, apareció una nueva, hacia la parte del NNO, con un costado de hiedra por el que podría trepar hasta arriba quien tuviese agallas. Yo creo que Iñaqui se negaba a reconocer que la torre estaba allí sólo por no admitir también que le faltaban pelotas para la expedición.

—Bueno, pues vamos.

La abuela había dejado abierta la ventana de su cuarto, como siempre que no llovía y pude verla sentada debajo del cerezo, quieta.

—Parece que no hay cuidado.

Iñaqui me tendía la llave. Le pregunté que dónde la había cogido, y no me lo quiso decir.

—¿Abrimos?

Yo no lo había hecho nunca, jamás había tenido en mis manos aquella llave pesada, de superficies tan pulidas. Hubo que traer un pringue de aceite, y, aun así, rechinó. Lo que se abría era, en realidad, una especie de postigo. Por él salimos a un jardín. Yo no lo había visto nunca, pero no tenía nada de particular. En un rincón alejado de la puerta, alguien como un jardinero trabajaba con un azadoncillo.

—¿Esto es el cielo?

—No sé.

—¿Y ese señor es Dios?

—Tampoco lo sé.

Iñaqui se echó a reír en mis narices.

—Mira: de cómo sea el cielo, no lo voy a discutir contigo, pero de Dios puedo decirte que lleva un anillo como el de los obispos, y una tiara como la del Papa, pero con una corona más.

Con cierta sorna le pregunté que cómo lo sabía con tanta precisión.

—Además de que lo vi pintado, nos lo explicó una vez el padre Gabirondo. El padre Gabirondo sabe de Dios más que nadie, puedes estar seguro.

Yo acepté el reto y con cierta indiferencia, enteramente fingida.

–Sabrá mucho de *otro* Dios, pero del de aquí no sabe nada.

–¿Cómo del de aquí?, Iñaqui pareció alarmarse. El padre Gabirondo dice que Dios no hay más que uno.

–Eso será en Bilbao. Lo que tenemos aquí, para que te enteres, ni lleva anillo, ni tiara, sino que va vestido de capitán general de la Armada, sólo que en vez de cuatro galones, como el Rey, lleva cinco. La coca en el de arriba, por supuesto.

–¿Y cuántos dice que lleva el Rey?

–Cuatro. Es capitán general por derecho propio. De la Armada, claro. Del Ejército, he oído decir que el capitán general es la Virgen del Pilar.

Pero Iñaqui no me hacía caso. Miraba hacia el fondo del jardín, y se le abría la boca en una mueca de estupor. Casi no pudo articular un susurrado «¡Arrea!». Y empezó a retroceder hacia el portón entreabierto. Busqué con la mirada lo que así le asustaba: el que habíamos creído jardinero, traía ahora, en la cabeza, una tiara con cuatro coronas, un anillo de obispo en una mano, y vestía de capitán general de la Armada, aunque con cinco galones en la guerrera, por encima del entorchado. No dije arrea, pero lo pensé.

No era un viejo de luenga barba y más luenga cabellera, sino un caballero normal que nos hacía señas de que nos acercásemos. Lo hicimos, Iñaqui agarrado a mí y detrás. Cuando estuvimos cerca, Iñaqui habló el primero, para decir: «Fue cosa de éste. Yo no me hubiera atrevido.»

¡Qué bien educado! Lo fulminé rápidamente:

–¿Cómo te atreves a mentir delante de la cara de Dios?

Pero Dios no pareció enfadarse. Se sonrió y dijo, con una voz muy campechana, una voz como esa de los marineros viejos, que no había oído mentir a nadie, aunque sólo fuese porque, con tantos años, andaba un poco sordo. Comprendí que estaba disculpando a Iñaqui, porque, ¿cómo va a ser Dios sordo? De modo que disculparlo era lo mismo que perdonarlo, y, en vista de eso, eché a Iñaqui el brazo por encima del hombro.

–Supongo que queréis algo de mí, corrigió la postura de la mitra, que no le sentaba nada bien, ¿por qué voy a decir una cosa por otra?, le sentaba de un modo raro. Hubiera estado hermoso vestido de Papa o todo de capitán general, pero la mezcla no le iba, ésa es la palabra, no le iba.

Intenté demostrar a Iñaqui que, a generoso, no me gana nadie. Sin soltarlo, respondí:

–Uno de nosotros se mea en la cama.

–Y el otro, –añadió Iñaqui rápidamente–, siempre anda con el dedo en las narices.

–Pues si el que anda siempre hurgándose las napias deja de hacerlo, el otro amanecerá limpio cada mañana.

–Hecho, dije yo. Si no es más que eso...

–Yo también quería saber cómo está mi madre, se atrevió a decir Iñaqui, un poco compungido.

El Señor le miró y le acarició el pelo, y después me lo hizo a mí, seguramente para que no tuviese celos, pero yo no me hubiera celado nunca, porque Iñaqui, al fin y al cabo, hacía más de un mes que no veía a su madre, y nadie le escribía. «Eso de escribirse, solía decirle yo, al quejarse, es cosa de mayores. ¿Cómo va nadie a escribir una carta a un niño de ocho años?». Pero yo le decía eso para tranquilizarlo y para que no diera la lata y se pusiera triste cuando caía el sol, que es esa hora tan bonita en que empieza a vivir el bosque.

El Señor le reveló que su madre estaba bien, aquello era una revelación que vendría pronto, y que si no queríamos pedirle nada más, El se marchaba.

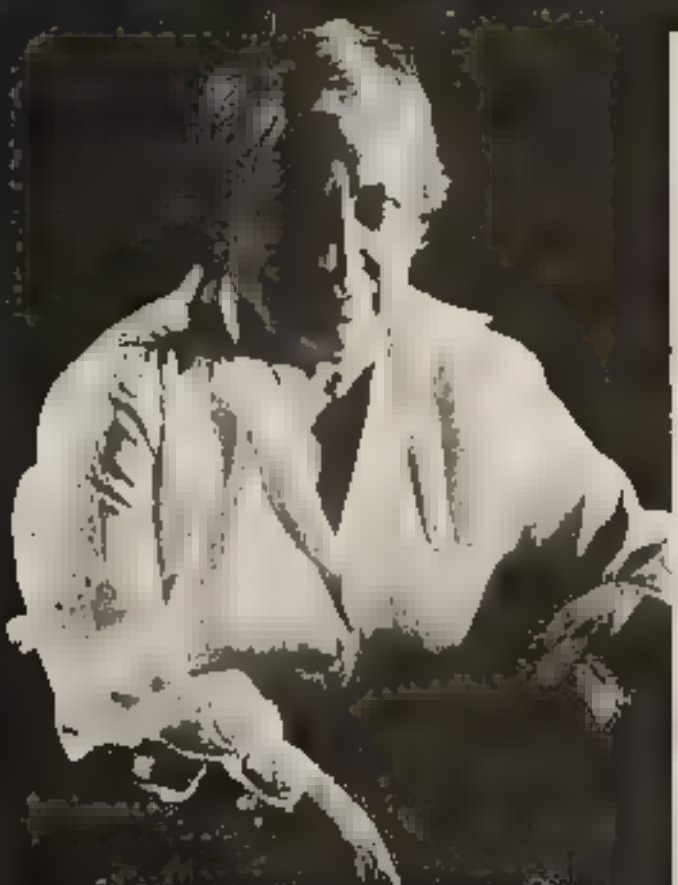
Y se fue, por una vereda estrecha, alumbrada por muchas flores, y larga, larga, muy empinada, probablemente hacia el cielo. Le contemplamos mientras la recorría, hasta que se puso pequeñito, allá lejos, y también vimos, o nos pareció ver, que se quitaba la tiara y se la metía bajo el brazo.

–¿Ves? Le sentaría mejor una gorra de plato.

Hasta que Dios se perdió en el mismo centro del sol, que estaba rojo. ■ G.T.E. (Ilustración: Julio Cebrián).

CRUSPINERA

MARIA AURELIA CAPMANY



Lugar de nacimiento: Barcelona.
Fecha: 3 de agosto de 1918.
Apellidos: Capmany, Farnés, Farnés, Pagès, Vinyoles, Badó, Camalles, Juvé.
Nombre de pila: María, Aurèlia, Rosa y Marcè. (Observese el *Aurèlia*, nombre exótico en la onomástica catalana. Siguen aclaraciones.)
Estudios: Primera, segunda y tercera enseñanza.
Centros docentes en los que hice mi aprendiz[a]e: Escuela Montesori. Instituto Femenil. Instituto-Escuela. Escuela Massana (Artes i Oficios) Escuela de taquigrafía. Dirigido por María Farnés (mi madre). Universidad Autónoma. Universidad Ocupada.
Oficios varios y amplios: Grabadora de vidrio. Profesora de Filosofía. Directora del Colegio Femenino Albéniz de Badalona. Articulista free lance. Actriz. Colaboradora TV de Barcelona. Letrista. Escritora, géneros: novelas y cuentos. teatro. teatro de cabaret, ensayo.
Estado civil: soltera y acompañada.

A la izquierda, en el día de hoy. Me gustaría pararme aquí, pero no me voit a dejar. Abajo: pocos días después de nacer, con mi padre, Aureli Capmany, escritor y militante en toda empresa catalanista.

En mi origen se encuentran elementos heterogéneos, culturales, sociales, epidemiológicos, y eso que, por más vueltas que le demos, terminamos llamando amor. Pero María Farnés y Aureli Capmany, mis padres, pertenecientes a estratos sociales bien

BIOGRAFIA MUY PARCIAL Y PRECIPITADA

delimitados no se hubieran casado si no se hubieran dado *los motivos irrelevantes*, es decir los elementos que construyen un relato novelesco.

Los motivos irrelevantes son los siguientes:

El tifus de 1914, la muerte de Clemència Farnés, la pequeña de las Farnés y el luto que encerró toda la familia en casa, por lo menos un año de luto riguroso.

Tirant lo Blanc, de Joanot Martorell, con la abundante riqueza paremiológica.

Sin esas circunstancias, Sebastià Farnés, mi abuelo (abogado, taquígrafo, bibliotecario, político catalanista, escritor) no se hubiera quedado en casa y no hubiera aceptado la visita diaria d'Aurell Capmany, (tendero, en la Rambla de las Flores, cestero de oficio, autodidacta, folklorista), quien aprovechó las circunstancias para entrar en la casa y exponer su proyecto de hacer un estudio exhaustivo del refranero del texto clásico y pedir la autorizada ayuda de Farnés.

Contra todas las previsiones y en contra la opinión de todos, Aureli Capmany convenció a la mayor de las hijas, María, para que se casaran con él. A pesar de ser un vulgar *menestral*, a pesar de tener veinte años más que la novia, a pesar de ser un *lletraferit*, sin estudios académicos, se salió con la suya y se casaron en Sant Feliú de Codinas, pueblo del Vallés Oriental, lugar de la casa *pairal* de los Farnés.

El banquete de bodas estuvo a punto de terminar mal porque se originó una discusión feroz entre los germanófilos y los francófilos. Apeles Mestres, poeta, dibujante, apasionado francófilo, autor de aquel célebre poema, que tantas veces se recitó en nuestra guerra civil:

No passaran i si passeu
serà després d'un clap de cendra,
la nostra vida la prendreu
nostre esperit no l'heu de prendre.
Per no cantem, per més que feu
no passareu.

que él había escrito en honor de los belgas, se enfrentó con el doctor Faura i Sans, paleontólogo y geólogo, que como la mayoría de la nueva generación *noucentista* se inclinaba a favor de los alemanes. Tengo que decir de paso que el doctor Faura i Sans era además el cura que los casaba, pero eso no tiene demasiada importancia porque el geólogo, más tarde, colgó los hábitos.

Si observamos bien la foto de la boda, en el jardín de la casa de Sant Feliú se ve muy bien todo esto que intento explicar. Como llevan todos sus mejores galas de hacen más visibles todavía las diferencias, altos, displicentes, satisfechos de sí mismos, con caras de pocos amigos, los Farnés; bajos regordetes, inseguros y aficionados a la buena mesa los Capmany. A un lado de la foto están las hermanas de mi madre: Mercè y Julita, Mercè ya es bibliotecaria de la primera promoción que sale de la Escuela de Bibliotecarias de la Mancomunitat. Mercè se iría a Canet de Mar a ejercer su carrera en una de las primeras bibliotecas populares y se llevó consigo a su hermana soltera y a su padre. Farnés, que ya se había peleado con todos los nuevos políticos catalanistas, se encerró en su casa de Canet, cosa que terminó con su vida pública e hizo posible los periodos más bellos de mi infancia.

He prometido explicar por qué me llamo *Aurèlia*, un nombre tan poco

La boda de mis padres.

catalán, que mas bien parece propia de Lavapiés. Suena algo así como la *Señé Aurelia*. La culpa la tiene mi abuelo Pau Capmany.

Pau Capmany llegó a Barcelona, procedente del pueblo de Rubí, con la pequeña bolsa de su legítima, que le permitió aprender el oficio de cestero, instalar un taller casarse y prosperar en el negocio hasta que pudo abrir una tienda en la Rambla. En el pueblo quedaba el *hereu* con toda su hacienda que no debía ser mucha. Según Pierre Vilar, los *fadristerns o cabalers*, es decir, los segundones, sin derecho a la herencia paterna fueron parte esencial de esta compleja y vivísima ciudad que es Barcelona. En el álbum familiar Pau Capmany figura con su indumentaria *menestrala* vista por debajo pieza corta, para distinguirse de los señores que llevaban pieza larga, levita o chaqué. Parece ser que fue cumplidor y hombre de pocas palabras. Solía contestar a cualquier pregunta que le hicieran, que no, así tenía tiempo a pensarlo. Pero, esa sobreprudente a este hombre le gustaba leer y aun más que le leyeran en voz alta y de todas sus lecturas la que más le impresionó fue la novela titulada *El misterio de las sectas secretas y el francmasón proscrito*, cuyo protagonista se llamaba Aurelio. Tanto le gustó que en el momento de bautizar a su hijo dispuso que se llamara Aurelio, como el héroe del novelón. Podemos imaginar la sorpresa en una familia de *Pau i Josep* generación tras generación. Tan sorprendente como difícil de pronunciar hasta el punto que los parientes de Rubí le llamaron siempre *Lurelio*.

El hijo del cestero se convirtió en Aureli Capmany, escritor, militante en toda empresa catalanista, en cuanto se liberó de las autoridad paterna que fue precisamente a la muerte del padre. Se dedicó a estudiar y escribir y no hizo ningún cesto mas aunque volvía a ejercer su oficio para hacer la palma que yo iba a bendecir el día de Ramos. Una palma con muchas frutas confitadas y ancho lazo con la bandera catalana.

Creo que aprendí a leer al mismo tiempo que aprendía a hablar, como aprendí a nadar al mismo tiempo que daba los primeros pasos. Mi casa era abundante e incómoda, y además doble. Mi casa de Barcelona en la Rambla y mi casa de Canet de Mar, la maravillosa casa del abuelo en la que todo me estaba permitido además estaban las vacaciones en Sant Feliú, la casa que a mí me parecía enorme y que había sido simplemente la residencia de unos payeses acomodados. Había dos o tres cosas que me gustaban enormemente leer ver comedias, nadar. Ninguna inconvenientemente en cuanto a la lectura y en cuanto al teatro; mi padre me llevó al Liceo por primera vez cuando yo tendría unos doce años. Escogió una ópera que le parecía idónea para mí, *El matrimonio secreto* de Cimarrosa. Había unas cuantas cosas que no me gustaban en absoluto. Las cuentas, los dictados, luchaarme con agua fría e ir a la cama pronto.

Primera comunión. No hubo manera de hacerme confesar ni el mes antes. Pero me sabía todas las oraciones de memoria y el credo en latín.

Al cabo de dos años y medio de estar yo en el mundo, nació mi hermano Jordi. Me parece que fuimos los dos unas criaturas nómadas, como suele suceder en los casos de hermano y hermana que son tratados como hijos únicos. Si trato de analizar mi mundo infantil para descubrir el trasfondo que haya dejado en mi conciencia, me doy cuenta que fue lo mínimamente represivo que podía ser Aureli Capmany mi padre, ejercio poco de padre. Era el tipo de intelectual decimonónico que hace su vida fuera de casa en las tertulias en el Ateneo, más tarde en su trabajo en el Archivo Histórico de la Ciudad. Nunca vi a mi padre en zapatillas o en bata, nunca le vi deambulando por la casa, no preocupándose de lo que nosotros hacíamos. A cambio respetó siempre nuestros gustos y procuró no mandar nunca nada. Cuando fui mayor nos hicimos muy amigos. Mi madre era más difícil de trato aunque más generosa. Tenía el mal carácter de los Parnés y una lengua punzante capaz de decirle las cuatro verdades al lucero del alba, cosa que la hacía muy divertida y muy incómoda. Una anécdota.

Mi madre.–Fulano de tal no me saluda.

Yo.–Qué quieres. El otro día le llamaste imbécil.

Mi madre. No se lo dije para ofenderle, se lo dije porque lo es.

Sinceramente debo creer que la presión de las voluntades aprisa debían ser importantes, porque recuerdo que deseaba crecer, no tener que obedecer a nadie desde ya por mi cuenta. Los libros fueron mi puerta de liberación. Leyendo, todo lo que se podía al alcance me sentía libre de las múltiples paredes de mi casa.

El trauma más grande de mi vida infantil no lo propiciaron mis fracasado ingreso en el Bachillerato. Quedó demostrado que era absolutamente incapaz de examinarme. Se era 1932 la Generalitat de Cataluña nos había instalado el Institució Escuela Hemengildo Giner de los Ríos, yo no hubiera estudiado el Bachillerato.

El trauma fundamental fue la aventura intelectual humana, casi más importante de mi aprendizaje. El Instituto Escuela fue una auténtica revolución pedagógica, que el doctor Josep Estalella se trajo de Madrid y puso en marcha con su genio particular. Los cinco años que pasé en el Instituto y que terminarían con mi ingreso en la Universidad Autónoma en octubre de 1937 me otorgaron la mayor riqueza que pueda poseer un ser humano, la capacidad de valerse por sí mismo y un deseo perenne de experimentarlo todo por cuenta propia.

Muchas veces pienso que los alumnos del 11 que terminábamos nuestros estudios de Bachillerato en 1937, nos habíamos preparado para vivir en un mundo que no existiría, que ya habían empezado a destruir, a conciencia, a nuestro alrededor. Me costó mucho darme cuenta de ello y no me resigno todavía no me he resignado.

La impresión más profunda de lo que puede ser la muerte la muerte de un ser humano que alguien desea y ejecuta la voluntad de que su arma pueda servir para matar a un ser humano a sabiendas, la viví, por primera vez en mi vida la noche del 6 de octubre de 1934. Fue una guerra muy corta aquella, y afortunadamente no todos los días que se oyeron significaban la muerte de alguien como yo me imaginaba. Pero la noche me pareció enormemente larga y la voz del Presidente Companys en la madrugada, entregándose y haciéndose responsable de todo resultó ser un breve resumen premonitorio de lo que tuvimos unos cuantos años más tarde.

Una de las características más significativas de aquellos tiempos era la

anchura del tiempo. Yo tenía tiempo de sobra para todo, para leer, para nadar, para pintar, para escribir, me parece recordar que sentía con impaciencia la lentitud del tiempo. Cuando volvía a casa del Instituto, merendaba y me iba a la Escuela Massana, en donde aprendía a grabar el vidrio, en el viejo oficio, en la rueda de cobre y el esmeril y la muela de piedra y el agua. Mi hermano y yo aprendíamos un oficio en la Escuela Massana. Mi padre, a pesar de haberse liberado del oficio de su padre, tenía la idea que toda persona que se estime debe saber usar la manos. Más tarde, en los tiempos de la negra miseria de la postguerra el oficio me sirvió, si no para ganarme la vida, al menos para ganarme las matrículas. Cinco o seis años me los pasé grabando vidrio y, cosa divertida, repetí el gesto de mi padre, me liberé del trabajo manual y me dediqué a la enseñanza.

El final de la guerra civil me encontró en una colonia infantil, patrocinada por la Embajada Sueca, en la que reunían niños y niñas de las zonas más bombardeadas. Criaturas de arrabal que me enseñaron toda la gramática parda del mundo. Lo que yo aprendí aquel año en Teià.

La primera bandera del ejército vencedor que vi, fue la bandera italiana que ondeó en el campanario del pueblo, mientras nosotras, y los niños que quedaban, seguíamos bajo el pabellón sueco. Un buen lío de banderas, sin duda alguna. Y a partir de aquí entramos en el reino del absurdo, el primero de los cuales fue repetir los estudios ya hechos, porque los que habíamos hecho durante la guerra en zona republicana no valían, después valieron, con lo cual las gentes de mi promoción tenemos dos títulos de Bachillerato, uno republicano y otro franquista. Pienso que fue una suerte que tuviéramos que pasar el verano del 39 estudiando el binomio de Newton y las fórmulas de los alcoholes. Estudiando y bailando y nadando y enamorándonos disfrazábamos un profundo temor de algo enemigo que se estaba consolidando alrededor nuestro.

Es impresionante cómo puede cambiar el comportamiento humano por el solo hecho de que gane la batalla el credo de la reacción. Salió a flote una religiosidad de estampita, una gazmoñería que parecía salir de cien años atrás, incluso apareció un tipo de estudiante a la «casa de la Troya», y organizaron una cosa que se llamaba «tuna», disfrazados de Felipe II, que, aun cuando los veo ahora, que algunos quedan, me produce carne de gallina. Si yo hubiera pertenecido a una familia *bien*, seguro que me ponen de largo y me casan. Por un lado mi poca inclinación a los compromisos eternos, y por otra la indiferencia de la familia hacia la normativa vigente me ahorró muchos disgustos y situaciones límites.

No todo era tan fácil, por cierto. Una educación agnóstica, respetuosa, emanada de las viejas generaciones de izquierdas tenían muchos inconvenientes. Como dice Wilhelm Reich, en

La verdadera imagen de las mujercitas de la clase media barcelonesa reivindicando el derecho de ser autosuficientes. Mi tía Mercè Farnés, hermana de mi madre y bibliotecaria en Canet de Mar, es la segunda de pie, a la izquierda.

alguna parte, la educación sexual tiene el inconveniente que llega siempre tarde y se olvida de algo esencial que es el placer. Recuerdo a mi madre diciéndome, a mis once años mal cumplidos:

—Hija mía, ya eres una mujer. Eso quiere decir que ya puedes tener un hijo, si lo tienes será muy bien recibido en nuestra casa.

El caso es que no deseaba tener ningún hijo, no entraba en mis planes. Y me costó muchos años saber a ciencia cierta qué es lo que yo deseaba sacar de aquel complicado embrollo de la vida cotidiana. Y lo cierto es que no sé por qué razones, quizás por mi pequeña estatura, o por la expresión de mis ojos, o por una fluctuante influencia lunar que los astrólogos descubren en mi horóscopo, lo cierto es que despertaba en el sexo opuesto el instinto protector. Y yo, en cuanto me sentía protegida, echaba a correr.

Lo único que sabía cierto era que me dedicaría a escribir. Eso era para mí lo único importante. Unos versos de Omar Kayam me parecían la expresión perfecta de mi convicción profunda: *Doy mi honra a los perros / para convertirla en canción.*

El reparto de nuestra vida en décadas es muy útil cuando se trata de hacer un repaso de lo vivido.

Década de los 40. Horrible, fría, tiznada, mediocre.

Década de los 50. Con pequeños atisbos de esperanza. Está la huelga de los tranvías. Mi estancia en París de un curso entero. La censura me suelta y logro publicar.

Década de los 60. Llena de pequeños destellos, de absurdas situaciones, de pequeñas victorias de opinión; de pérdida del miedo atroz; de música de los Beatles, de mi vida teatrera; del encierro en los Capuchinos; de mi viaje al Este, sin otra documentación que un número de teléfono; de mi encuentro con Jaume Vidal y la vida en común, un éxito; de la Universidad de Praga; del Mayo en París; de

Las bodas de plata de mis padres, mi hermano Jordi y yo estamos con ellos.

mis visitas, obligadas, a Vía Layetana.

Década de los 70. Que se divide en dos: antes del 75 y después del 75, con la embriagadora experiencia del mitin socialista en el Palacio Blaugrana; de la maravillosa experiencia de teatro clandestino; y escribo, demasiado quizá, pero eso es lo de menos.

Década de los 80. La mejor, a pesar de las voces de la reacción, a pesar de la trampa de siempre de la reacción que quiere imponernos el miedo de nuevo. La verdad es que a mí me da mucha risa ver cómo los poderosos se lamentan del pésimo estado de sus negocios. Un poderoso, pequeño, quiero decir a nivel catalán, me decía en el tono protector y despectivo que los hombres de negocios usan cuando tienen que hablar con un escritor –y no digamos si además tiene la desfachatez de ser escritora–, me decía pues: –Ustedes los intelectuales no tiene idea de la crisis que atravesamos. –Se equivoca, le contesté, el que no tiene ni idea es usted. Usted se ha pasado la vida acumulando dinero, y ahora se encuentra con el dinero acumulado no vale lo que valía y el que tiene que comprar está carísimo. Y claro no le salen las cuentas, algo absolutamente nuevo para usted. Para mí en cambio no tiene nada de nuevo. Desde el 26 de enero de 1939 que no me salen las cuentas. Lo que demuestra que el capitalismo no funciona.

Me doy cuenta que para hablar de mí, hablo del cúmulo de vivencias que me tratarían y así es y por ello no tengo otra ética que mi conducta y por ello soy incapaz de soportar el traje bien cosido de un dogma, y en consecuencia jamás he necesitado un padre y una madre que me mandaran y que dispusieran mi vida por mi bien, como han hecho siempre los dictadores grandes y chicos que han proliferado en nuestra época. Esto me ha producido no pocos desasosiegos en estos años de dogmatismos intransigentes, del uso y abuso de aquella frase que dicen que sacaron del Evangelio: el que no está conmigo está contra de mí.

Quizá es ésta mi incapacidad de adhesión al dogma que me ha hecho insensible a la noción de pecado. No tengo olfato para el pecado, padezco una sordera grave para todo lo que dicen que resuena a pecado. Es posible que esta sordera, que esta falta de olfato sea hereditaria, ya que apareció muy pronto en mi juicio sobre mis propios actos. Me contaron o a lo mejor incluso lo recuerdo, que en el colegio Montesori decidieron que ya estaba a punto para la Primera Comunión. Mi memoria viva, mi capacidad para recitar con vertiginosa rapidez y precisión cualquier texto que me encomendaran, debió decidir al capellán del colegio, que además era el doctor Maudenaá, catalanista y progre para la época, que a pesar de mi corta edad podía unirme a la hilera de comulgantes. Me llevaron, con las demás niñas, a la iglesia del convento de Santa Clara, que se hallaba, precisamente en el gran salón del Tinell, en aquellos tiempos escondido bajo las paredes de cal y canto que las monjas clarisas habían construido en el viejo palacio de los reyes catalanes. Me hallé ante una reja, de la cual salía una voz que me preguntó cuantos pecados había hecho.

–Ninguno –contesté con firmeza.

El cura no se dio por vencido.

–¿Has mentido alguna vez?

–Jamás –dije sin pensarlo dos veces.

–Has desobedecido a tus padres, a tus maestros.

–No.

No hubo manera de hacerme confesar ni el más leve pecadillo por omisión. Creo que este convencimiento en mi propia inocencia me sirvió más tarde en los inevitables interrogatorios policiales. En aquella ocasión el cura salió de la oscuridad del confesionario me cogió de la mano, lo que ya me pareció mucho más agradable y me llevó a la maestra con el encargo de que me enseñara a confesarme. No dudo que la maestra me enseñara, lo que es seguro es que no aprendí. Siempre he pensado que la gente hace daño o porque está loca, o porque es tonta o porque sufre demasiado.

Hay dos cosas en este mundo que me producen horror y son la estupidez y la violencia, que además muchas veces van juntas. Recuerdo como uno de los momentos más desesperantes de mi vida, los célebres bombardeos de cada tres horas, alineados de octavillas que decían: Barceloneses rendíos. Me imaginaba los barceloneses con las manos en los bolsillos, levantando amablemente la cabeza y gritando: Señor aviador, ya me rendí. Y ahora ¿qué? Después a esto se le llamó la guerra total y desmoralizar la retaguardia, y todavía sigue en otras guerras. Y esto es algo a lo que no podré acostumbrarme jamás, ni pensar: es natural; o como decía el viejo Heráclito: la guerra es la madre de todas las cosas, aunque él decía *padre*, porque en griego la guerra es masculina.

Si la guerra fue absurda, la postguerra fue la organización del absurdo. Yo no sé si hay muchos pueblos de la tierra a los que se les haya prohibido utilizar en público su propia lengua, pero lo que sí seguro es que sólo ellos podrían comprender la situación alucinante que eso procura. La secuela de multas, sanciones y despidos que proporcionó la normativa del nuevo régimen fue trágico-cómica. La Mercè Rodoreda era en aquel entonces directora de la Biblioteca de la Escuela del Trabajo, el nuevo director catapultado por méritos de guerra –paracaidistas les llamábamos nosotros– la llamó a su despacho y le dio instrucciones: –Señorita Rodoreda, de ahora en adelante hablará usted castellano con todo aquel que se encuentre en la Biblioteca.

–¿Con todo el mundo –preguntó sorprendida– ¿Y si, por ejemplo, se trata de alguien que sé seguro que es catalán y toda la vida he hablado con él en catalán?

–No importa –contestó impaciente el director–. En castellano, en la lengua del imperio.

–Pero ¿y si se trata de mi hermana?
–¡En castellano! –gritó el director.
Y mi tía:
–¡Quina comèdia!

Quina comèdia! era una frase que decía a menudo, que expresaba su disconformidad hacia algo que le parecía desmesurado o de mal gusto o falso. Pero esta vez la frase le valió la acusación de *roja-separatista*, la expulsión del cargo, que duró unos dos años y que significó un largo proceso de depuración y aún gracias a buenas amistades eclesiásticas que abonaron por ella. La verdad es que en aquel momento no nos lo creíamos. Pensábamos que la tía Mercè, *la teta*, con su irrevocable carácter Farnés le había dicho más cosas al director nuevo. Lo cierto es que a su muerte, no hace muchos años, encontré todos sus papeles, bien ordenados, no en vano era una consciente bibliotecaria, y descubrí su acta de acusación que la condenaba como *rojaseparatista*, ya que, según el documentado: *al ser conminada a hablar la lengua del imperio contestó: Quina comèdia!*

Era todo un carácter la tía Mercè. De joven había sido bonita, con una expresión de terrible decisión en sus ojos, pero bonita, como lo atestiguan los retratos. A mí me produce una enorme ternura verla en el grupo de la primera promoción de bibliotecarias barcelonesas. Son la verdadera imagen de la decisión de las mujercitas de la clase media barcelonesa reivindicando el derecho de ser autosuficientes, de no depender ni del padre, ni del hermano, ni del hipotético marido. La *teta* se convirtió con el tiempo en una mujer de carácter difícil, dura, desconfiada, y le creció un bigote muy visible que era la desesperación de mi madre que quería convencerla de que usara depilatorio.

–quina comèdia! –contestaba ella–. Es una cosa natural, ¿no?; ¿por qué tengo que quitármelo?

Una vez se descubrió a sí misma en un personaje de una de mis novelas –era una lectora infatigable y al día–, no se enfadó pero me llamó a juicio.

–Cuando te alzaste novelista –me dijo– ya me imaginé que todos los de la familia iríamos en berlina, pero por lo menos no digas mentiras, yo nunca he llevado las llaves colgadas de la cintura.

Y era cierto, y además era un mal detalle, un detalle que se me había filtrado, un calco literario de novela anglosajona.

La tía Mercè era además una gran nadadora, me enseñó a nadar cuando todavía yo andaba a gatas, llevándome sobre sus hombros mar adentro. Y me parece verla con su túnica azul marino ribeteada de blanco y el pelo recogido con un pañuelo engomado. El mundo de Canet, «Guardiets», en mi novela, contiene una riqueza de imágenes, de olores, de sonidos: el olor de los geranios del patio, de la ropa húmeda dentro de las casetas de los baños en la pequeña cala, el olor del pegamento amarillo que bordeaba los grandes ventanales de la biblioteca popular. Qué bella me parecía la hechura neoclásica de la biblioteca, hechura que era como el marchamo del espíritu *noucentista* de la Mancomunidad. Por allí entré en la *ciudad de los libros*, como dice el gran escritor ma-

Durante muchos años me dediqué a la enseñanza. En el Colegio Albéniz de Badalona, en el Isabel de Villena en Barcelona. No era sólo explicarles a los muchachos y muchachas quien era Platón o Descartes, fue, durante mucho tiempo, la vida en la escuela en donde traté de trasladar todo lo que había vivido, mucho más afortunada que ellos, en mi Instituto Escuela. Traté de apartarles lo más posible del libro de texto, traté de presentarles los exámenes como una broma de mal gusto que era necesario soportar, como quien paga el baremo de aduanas, e hice todo lo posible para enseñarles a pensar por su cuenta y riesgo. Lo que más me gustaba era enseñarles a leer y a

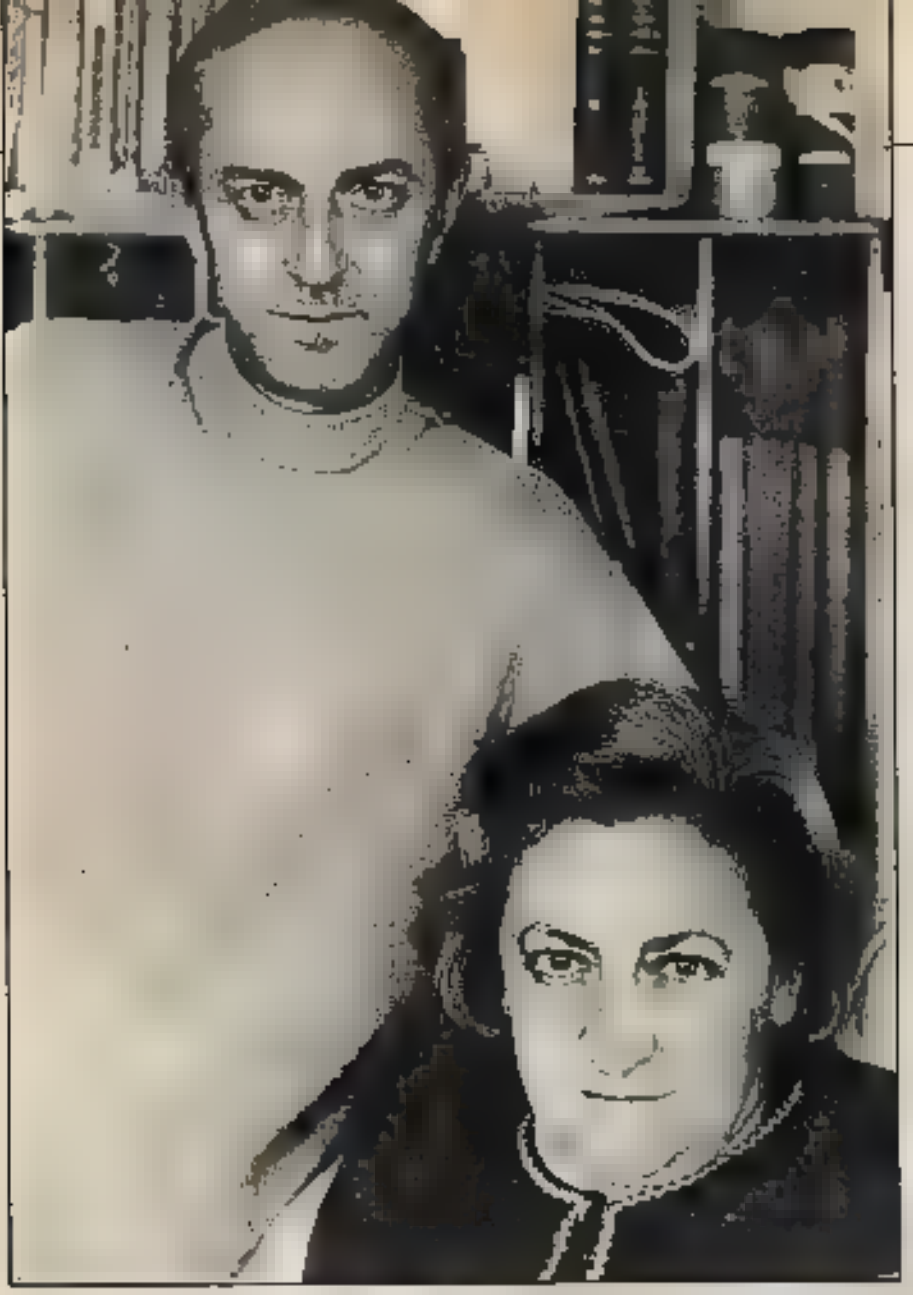
Con mis alumnos del Colegio Albéniz, después de la representación de «Entre bobos anda el juego». Los trajes y los decorados son obra nuestra.

llorquín Llorenç Riber. Yo leía en cualquier momento y en cualquier sitio, pero la biblioteca de Canet me dio la certeza de que los libros forman un universo y que las fichas en los cajoncitos, con la numeración pertinente, son un código de circulación para que puedas moverte por las calles, avenidas y callejuelas de la inmensa ciudad.

Me doy cuenta, cuando contemplo mi infancia y mi adolescencia desde mi perspectiva, que todos, familiares y maestros, me prepararon muy bien para la vida, no me dieron ninguna clase de seguridad,

escribir y hacer teatro e ir de excursión o bailar o ir a la playa. Muchas veces pienso que nadie me ha conocido tan bien como ellos, que me observaban atentos y críticos durante tantas horas al año, hasta saberse todos mis gestos, mis tics verbales, mis entusiasmos y pasiones.

En el 60 fundé con Ricard Salvat la Escuela Adrià Gual. Cuando digo hablar a los que nos acompañaron aquellos años, de la apasionante aventura del teatro, me doy cuenta de la fuerza creadora que tuvo en aquellos momentos nuestro voluntarismo a cambio de tan duro esfuerzo. Lo que más



Mi encuentro con Jaume Vidal y la vida en común, un éxito.

1960. La época de la Escuela Adrià Gual.

recordamos todos es el sueño atrasado que acarreamos. ¡Madre mía, cuántas horas robadas al sueño! Recuerdo que una vez me dormí en clase, explicando yo. A lo mejor les contaba a los chicos la teoría de las cuatro causas de Aristóteles cuando me oí a mí misma diciendo: El mar, muy azul... y me desperté. Afortunadamente los alumnos tienen el arte de evadirse con los ojos abiertos, y además no les importaba demasiado ni ■ causa material ni la formal ni ■ mar de mis sueños.

De mis experiencias teatrales tengo maravillosos recuerdos. La verdad es, de todos modos, que lo que más me gustaba del quehacer teatral eran los ensayos y el estreno, luego ya no. Repetir los mismos gestos y las mismas palabras durante más de un mes dos veces por día era superior a mis fuerzas. Nunca me he sentido tan encadenada como en mi corto período de cómica. Pensaba: Ahora vas a salir, vas a dar tres pasos y vas a decir esas palabras... y lo hacía. Los ensayos sí, los ensayos son una maravilla. Todavía recuerdo a Salvador Espriu riéndose hasta las lágrimas, el día que le acerté, tal como él la quería, la bendita Rosenda, la fulana de Quim Federal, que pretende que el libre pensador se case con ella por la iglesia para poder llamarse viuda con todos los derechos. Todavía recuerdo el trabajo entusiasmado de Salvat, dirigiéndome en el papel de Gorgo, en *El Adefesio* que íbamos a estrenar a París, en el teatro Gerard Philipe, para el homenaje a Rafael Alberti. Alberti se mostró encantado y generoso con nuestra versión.

–¿No te ha asustado mi acento catalán? –le dije.

–No me asustan los acentos –me contestó– soy andaluz. Y además pienso que Margarita Xirgu no renunció nunca a su acento catalán, ya que esto le daba una gran riqueza en la modulación de la frase.

Lo cierto es que nunca me he sentido actriz de verdad. En la «Adrià Gual» hacíamos de todo, pintábamos decorados, cortábamos trajes, acarreábamos sillas. En una ocasión se nos terminó el dinero a la mitad de los decorados. Se trataba de una obra de Joan Brossa. La obra se dividía en dos partes, dos escenas absolutamente distintas. Le sugerí al autor de los decorados, que era Ràfols Casamada, una solución de urgencia. Para la segunda parte volveríamos el decorado al revés, con lo que quedaría visible el armazón de madera, las tiras de papel, las cuerdas. A Albert le pareció perfecto. ■ día del estreno, que fue un éxito, Brossa me llamó a parte.

–*M'has fotut* –me dijo amablemente.

–¿Por qué? –pregunté preocupada.

–Le has dado a mi texto una coherencia que no debe tener. La gente se ha ido a casa convencida de que ha visto el derecho y el envés, un desastre.

Fue una pena que la «Adrià Gual» desapareciera; murió hundida en su propio éxito, cosas del teatro. Del teatro que no se puede almacenar, ni repetir jamás, ni clasificar dentro de cajoncitos, como los libros en la biblio-

tera de mi tía Mercè, en Canet de Mar. Una tarde Nuria Espert me explicaba su problema con la censura. La actriz dijo angustiada:

–No tienes idea de lo que es que te prohiban una obra.

La miré sorprendida y ella se rió.

–Tienes razón –me dijo sonriente–. A quién se lo digo. Te han prohibido cantidad de cosas.

Pero siguió de pronto:

–Pero no es lo mismo. Si te prohiben un libro, lo puedes guardar en un cajón y sacarlo a la luz en tiempos mejores. Pero el teatro, lo que tengo que hacer *ahora*, mi obra es urgente, no puedo aplazarla, no puedo guardarla, ¿entiendes?

Con el diputado Eduardo Martín Toval en un baile, en Socialistas de Cataluña.

El feminismo a cuestas. De izquierda a derecha, Giselle Halimi, Soledad Becerril, Anna Mercadé, yo, Carlota Bustelo y Magda Oranich..

Mitin socialista en el Palau Blau-Grana. La temperatura subió tanto que explotó uno de los mecanismos contra incendios.

Y la entendí. Esto da a la gente de teatro la tensión constante que cruza sus vidas y esto es lo maravilloso, lo atractivo y lo angustioso del teatro. Todos estamos expuestos a los juicios de los demás, todos tratamos de lograr el amor del que tenemos enfrente, del que nos está mirando, pues la gente de teatro es la que está más expuesta al juicio constante de los otros. Por eso –Truffaut lo dice bellamente en «La noche americana»– la gente de teatro se besa y se abraza para lograr la aprobación de todos.

Me acuerdo que la noche del estreno de «*Ronda de mar a Sitges*» en Madrid, en el 66 –estreno que fue un éxito mas político que teatral–, el escenario se llenó de gentes de la escena y de la letra impresa. Con la euforia y la borrachera del éxito me equivoqué sistemáticamente, besé a escritores que recibieron mi beso con amable recelo, y tendí la mano a actores que se sorprendían de mi gesto distante y reclamaban riendo el abrazo.

Pensé siempre que al hacerme vieja ingresaría dos cosas: perder una buena parte de mi capacidad de dormir, y de mi capacidad de dispersión. Pero los años pasan y sigo necesitando ocho horas de sueño y a pesar de mis 63 años a punto de cumplir, sigo con una disponibilidad nada rentable ni para mi fama ni para mi bolsa. Cuando me preguntan qué soy yo en realidad digo que *una dona de fer feines*, que hay que traducir literalmente para que nadie se llame a engaño «una mujer de hacer faenas», que en buen castellano sería la mujer de la limpieza. ■ **M.A.C.**

TIEMPO de HISTORIA

NUMERO DOBLE

AÑO VII • NUMS. 80-81 • 250 PESETAS

LÍNEA de vertiente de aguas en la Historia contemporánea de España, el 18 de julio de 1936 no ha cesado de gravitar en la vida de la colectividad y en la de los ciudadanos de todas las generaciones presentes.

A los 45 años del principio de la guerra civil, su frustración abarca a los dos grandes bandos en que dividió a los españoles.

Recuerdos, testimonios, opiniones y evaluaciones centran este número doble de Tiempo de Historia, en el que colaboran:

Joaquín ARANGO.
José Luis L. ARANGUREN.
Miguel BOYER.
Gerald BRENAN.
Fernando DIAZ-PLAJA.
Antonio ELORZA.
Manuel FRAGA IRIBARNE.
José A. GABRIEL Y GALAN.
Diego GALAN.
Juan GARCIA DURAN.
José Antonio GIMBERNAT
Eduardo de GUZMAN.
Fernando LARA
José María MOHEDANO.
Jesús María MUNARRIZ.
José Miguel NAVEROS.
Luis OTERO.
Alberto REIG TAPIA.
Luis ROMERO.
Anaro del ROSAL.
María RUIPEREZ.
Carlos SAMPELAYO.
Germán SANCHEZ ESPEJO.
Fernando SAVATER.
Antonio TOVAR.
Francisco UMBRAL.
Luis Antonio de VILLENA.
Angel VIÑAS.

ASÍ FUE EL 18 DE JULIO

TRADUCCION Y RELIGION

SEVERO SARDUY

I

DESCENDIENTE de una familia de letrados de Ho-nan, Hiuan-tsang entró a los doce años, como novicio, a un monasterio de Lo-yang a donde unos siglos antes, en el 68 de nuestra era, dos monjes indios habían traído algunos libros que se tradujeron al chino. Fue entonces que se construyó en Lo-yang el primer monasterio budista, el del caballo blanco, en homenaje al que, según la leyenda, había transportado los preciosos manuscritos.

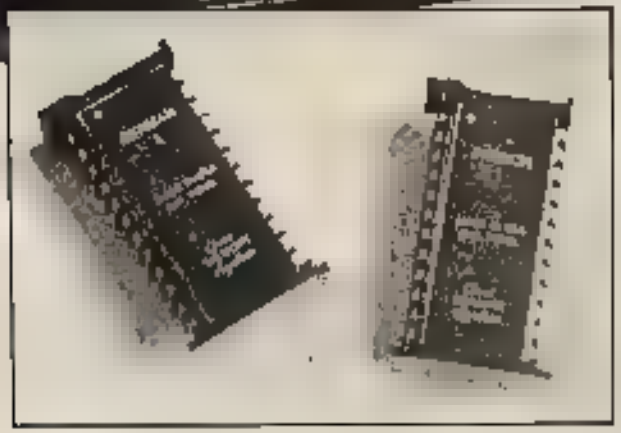
Versado en especulaciones teúricas, pero descontento con las traducciones chinas, Hiuan-tsang decidió partir, como tantos otros estudiosos, y también como un mono, hacia el occidente, a buscar los textos originales, entre otros, el *Tratado de las Diez y Siete Tierras*, del cual se habían traducido algunos fragmentos y que elucidaba la práctica del yoga.

El emperador de entonces prohibía que se saliera de China sin su autorización. ■ monje huyó por la Puerta de Jade. En dos años llegó al valle del Indus; pasó doce recorriendo la India, coleccionando los textos que conservaban el eco de un sermón pronunciado ante las gacelas de un parque. Volvió a China por el mismo lugar por donde había salido y desde allí suplicó perdón ■ mismo emperador cuyas órdenes, quince años antes, había violado. Fue recibido con banderas esplendentes y música de fiesta. El emperador escuchó el relato del viaje y propuso al monje,.. un ministerio, que ése, con alambicadas cortesías, rechazó, para dedicarse a la traducción de las seiscientas cincuenta y siete obras que había traído, en parte desde Nalanda, en una caravana de veinte caballos. Pasó veinte años traduciendo setenta y cinco de los textos más importantes del budismo. Un equipo de monjes y secretarios lo ayudaba a traducir y a copiar. Sus traducciones ocupan mil trescientos noventa rollos.

Si de todos los traductores célebres, desde San Jerónimo hasta mí, he escogido a éste, de la dinastía Tang, que volvió a China en 645, es porque su vida es emblema del acto de traducir en lo que parece constituirlo:

Desplazamiento: el traductor desplaza la palabra en el espacio, de Nalanda a Lo-yang o de París a New York, pero desplaza, sobre todo, un *sentido*, que mantiene intacto a través de las adversidades, como si lo transportara

II



«Crisis religiosa: las máquinas traducen, pero casi siempre parecen obra de maniáticos».

con veinte caballos, de un cuerpo de significantes a otro. Su sistema es como el de Galileo: supone una órbita circular, es decir, un desplazamiento, pero siempre a igual distancia de un centro, el centro solar del sentido.

Devoción: Este desplazamiento, fiel, ■ en última instancia, de orden religioso: supone que hay una verdad primera, inicial, adánica, y que ésta es accesible lejos y después del contexto en que fue escrita; el traductor confirma que hay una palabra revelada y que él, como un misionero jesuita en el Tíbet, la detenta y encauza.

Hasta aquí, el arte de la traducción, tal y como lo vemos. La práctica de la traducción y su ideología podrían subvertirse si consideramos que no hay texto original, que no hay fidelidad posible, que no hay, por una parte un lenguaje-objeto y por otra un meta-lenguaje que lo englobe y comente, que todo –desde las percepciones hasta los materiales que se emplean para escribir, sea tinta negra, seda, cuños y lacre o una olivetti letter 32–, que todo es *ya lenguaje*, que todo, *aún en el interior de un mismo idioma*, es *ya traducción*. El texto «original» sería un décalage, una separación, una diferencia entre sus versiones, ninguna de ellas considerada, por previa, como original; la misión del traductor, que nunca podría ser, como afirma la demasiado célebre frasecilla macarrónica, traidor, sería la de restituir no una palabra, un sentido, sino el *movimiento* de traducción, que en el interior de un idioma, engendra al texto. El traductor sería siempre un traductor de traducciones, cosa que un prejuicio afín a la frasecilla operática considera como una barbaridad.

El arte de la traducción, como se ve, es menos inocente de lo que parece. Existe para confirmar una *filosofía del origen*, una manía de la precedencia y de la prioridad, manía que, paradójicamente, gracias a la fidelidad de algunas traducciones, como las de Hiuan-tsang, el occidente comienza a criticar, a olvidar.

Crisis religiosa: las máquinas traducen. No hablo de la calidad de esas traducciones, que casi siempre parecen obra de maniáticos o monomes, sino del acto simbólico que consiste en confiar a la impertinencia de un aparato el manejo del sentido. ¿Cuál sería la actitud del autor-traductor ante esa intromisión? Apelo, para definirla, al arte que siempre precede a los otros: la pintura.

Durante mucho tiempo se pensó que la «respuesta» del lienzo a la cámara fotográfica era la abstracción. ■ pintor rechazaba figurar, representar: delegaba esos méritos a la Kodak. Esa interpretación funcionaba demasiado bien para ser cierta: la respuesta de la pintura a la foto iba a surgir mucho más tarde con el actual hiperrealismo americano. No se trata de ir en sentido contrario a la foto, sino «pagándole con su propia moneda», ir en su mismo sentido, *pero más lejos y de todo*. Llegar, en la representación, hasta la nitidez obsesiva, hasta el detalle ínfimo o alucinante; ir más allá: *barajar*, superponer la imagen a sí misma, hacerla *plus vraie que nature*, minuciosa hasta la compulsión.

Los hiper-realistas trabajan a partir de fotos: el cuadro las sintetiza, las revela y las desdice: reflejos, reflejos en los reflejos, poros, peinados pintados pelo por pelo, reducción de la habitación entera en el iris, la vidriera del Roxy, con sus luminicos, y en ella, la vidriera de la acera de enfrente...

Puede ser que la respuesta del traductor a la máquina no esté, pues, en la subjetivización de su trabajo, en la marca insistente de su «personalidad», sino en una *exacerbación de la exactitud, a la vez programada y paródica*. ■ S. S.

FEIFFER

©1977 JULES FEIFFER 3-15

POST UNIVERSAL PRESS SYNDICATE

LA CAMARA CLARA

nota sobre la fotografía

ROLAND BARTHES

En homenaje a
Lo imaginario de Sartre

1

Un día, hace ya mucho tiempo, me encontré con una fotografía del último hermano de Napoleón, Jérôme (1852). Me dije entonces, con un asombro que nunca he podido atenuar: «Estoy viendo los ojos que vieron al emperador». A veces hablaba de ese asombro, pero como nadie parecía compartirlo, ni siquiera comprenderlo –la vida está hecha de esas pequeñas soledades–, llegué a olvidarlo. Mi interés por la fotografía tomó un aspecto más cultural. Decreté entonces que gustaba de la foto *contra* el cine, del cual, sin embargo, no llegaba a separarla. Pregunta insistente. Yo estaba, en relación a la fotografía, preso de un deseo «ontológico»: quería saber, costara ■ que costara, lo que la foto era «en sí», gracias a qué trazo esencial ■ distinguía de la comunidad de las imágenes. Un deseo tal quería decir que en el fondo, fuera de las evidencias debidas a la técnica y al uso y a pesar de su formidable expansión contemporánea, yo no estaba seguro de que la fotografía existiera, de que dispusiera de un «genio» propio.

2

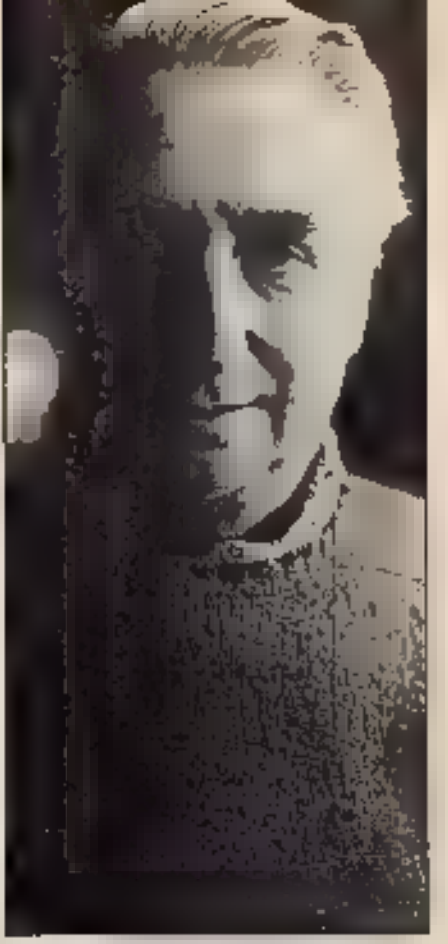
¿Quién podía guiarme?

Desde que se da el primer paso, que es el de la clasificación –si se quiere constituir un corpus es necesario clasificar, seleccionar–, la fotografía se oculta. Las diferencias a que se le somete son, en realidad, ■ bien empíricas –profesionales/aficionados– o bien retóricas-paisaje/objeto/retratos/desnudo o bien estéticas –realismo/plasticismo–, pero de todas maneras exteriores al objeto, sin relación con su esencia, que no puede ser –si esa esencia existe– más que lo nuevo que ha surgido con ella, ya que esas clasificaciones muy bien podrían aplicarse a otras formas, más antiguas, de representación. Se diría que la fotografía es inclasificable. Me preguntaba entonces a qué se debía ese desorden.

Primero, encontré lo siguiente. Lo que la fotografía reproduce al infinito no ha ocurrido más que una vez: repite mecánicamente lo que nunca

«La foto quisiera hacerse tan voluminosa, tan segura, tan noble como un signo.» Cámara construida por Daguerre hacia 1840.

más podrá repetirse existencialmente. En ella, ■ evento no desborda jamás hacia otra cosa: la foto lleva siempre el corpus que necesito al cuerpo que veo, es el particular absoluto, la contingencia soberana, mate y como torpe, el *tal-tal* foto y no la foto–, en suma la *tuché*, la ocasión, ■ encuentro, lo real, en su expresión infatigable. Para designar la realidad, ■ budismo dice *sunya*, ■ vacío, y aún mejor, *tathata*, el hecho de ser tal y como se es, de ser así, de ser eso; *tal* quiere decir en sánscrito *eso* y haría pensar en el gesto del niño que designa algo con el dedo y dice: ¡Ta, da, eso! Una fotografía siempre se encuentra al final de ese gesto, dice: ¡eso, es eso, así es!, pero no dice nada más; una foto no puede ser transformada (enunciada) fitosóficamente, está en su totalidad fastrada por la contingencia de que ■ la envoltura



«En la fotografía soy yo quien no coincido jamás con mi imagen, esa imagen resulta pesada, inmóvil. Yo soy ligero, disperso, como un duende.»

transparente y ligera. Enseñe sus fotos a alguien; enseguida sacará las suyas: «Mire, este ■ ■ hermano; este es mi hijo», etc.; la fotografía no es nunca otra cosa: un canto alternado de «mire», «vea» «y éste...»; señala con el dedo una cierta contigüidad, un *vis-à-vis*, y no puede salir de ese puro lenguaje deíctico. Por esta razón, así como es lícito hablar de *una* foto, asimismo me parece improbable hablar de *la* fotografía.

Una foto dada, en efecto, no se distingue jamás de su referente –de eso que la foto representa– o al menos, no se distingue enseguida, o para todo el mundo– lo que hace cualquier otra imagen, cargada desde el principio y por su propio estatuto del ruido en que el objeto es simulado–: percibir el significado fotográfico no ■ imposible –los profesionales lo hacen–, pero exigen un acto segundo de saber o de reflexión. Por su propia naturaleza, la fotografía –por comodidad hay que aceptar ese universal, que por el momento hace referencia sólo a la repetición infatigable de la contingencia– tiene algo de tautológico: una pipa en ella ■ siempre una

LA CAMARA CLARA

pipa, irreversiblemente. Se daría que la fotografía lleva siempre su referente con ella, los dos afectados por la misma inmovilidad amorosa o fúnebre, en el seno mismo del mundo en movimiento: están pegados uno al otro, miembro con miembro, como el condenado que en ciertos suplicios se encadena a un cadáver, o parecidos a esas parejas de peces –según dice Michelet, los tiburones– que navegan inseparablemente como unidos por un coito eterno. La fotografía pertenece a esa clase de objetos hojaldrados cuyas dos hojas pueden separarse sin destruirlos: el cristal y el paisaje y, por qué no, el bien y el mal, el deseo y su objeto: dualidades que se pueden concebir pero no percibir –yo no sabía aún que de ese empecinamiento del referente por estar siempre allí iba a surgir la esencia que yo buscaba–.

Esa fatalidad –ya que no hay foto sin *algo* o sin *alguien*– arrastra a la fotografía hacia el desorden inmenso de los objetos, de todos los objetos del mundo: ¿por qué escoger «fotografiar– tal objeto, tal instante en lugar de otro? La fotografía es inclasificable porque no hay ningún motivo de *marcar* una de sus eventualidades más que otra, la foto quisiera, quizá, hacerse tan voluminosa, tan segura, tan noble como un signo, lo que le permitiría tener acceso a la dignidad de una lengua, pero para que haya signo tiene que haber marca; privadas de un principio de marca, las fotos son como signos que no cuajan bien, que se *cortan*, como la leche. No importa lo que haga ver ni de qué manera, una foto es siempre invisible: lo que se ve no es ella.

En suma, el referente adhiere. Y esa adherencia singular hace que sea muy difícil enfocar sobre la fotografía. Los libros que tratan de ese arte, mucho menos numerosos por cierto que los que tratan de otros, son víctimas de esa dificultad. Los hay técnicos; para «ver» el significante fotográfico se ven obligados a enfocar de muy cerca. Los hay históricos o sociológicos; para observar el fenómeno global de la fotografía, estos últimos se ven obligados a enfocar de muy lejos. Comprobé con cierta molestia que ninguno me hablaba con justeza de las fotos que me interesan, las que me dan placer o emoción. ¿Qué tenía yo que ver con las reglas de composición del paisaje fotográfico, o, en el otro extremo, con la fotografía como rito familiar? Cada vez que leía algo sobre la fotografía, pensaba en una foto determinada, amada, y me ponía furioso. Pues yo no veía más que el referente, el objeto deseado, el cuerpo querido; pero una voz inoportuna –la voz de la ciencia– me decía con un tono severo: «vuelve a la fotografía». Lo que estás viendo y que tanto te hace sufrir entra en la categoría «fotografía de aficionados», de que ha tratado un equipo de sociólogos: nada más que la traza de un protocolo social de integración destinado a poner a flote a la familia, etc. Yo, sin embargo, persistía; otra voz, la más fuerte, me incitaba a negar el comentario sociológico; frente a ciertas fotos, yo aspiraba a ser salvaje, sin cultura. De modo que no podía ni reducir las innumerables fotos del mundo, ni extender algunas de las mías a toda la fotografía: en resumen, me encontraba en un callejón sin salida y, si así puede decirse, «científicamente» solo y sin recursos.

3

Me dije entonces que ese desorden y ese dilema, actualizado por mi deseo de escribir sobre la fotografía reflejaban muy bien una especie de incomodidad que siempre había sentido: la de ser un sujeto indeciso entre dos lenguajes: uno expresivo y otro crítico, y en el interior de este último, entre varios discursos, el de la sociología, el de la semiología y el psicoanálisis –pero que, debido a la insatisfacción que finalmente me dejaban unos y otros, daba testimonio de la única cosa segura que había en mí –por ingenua que fuera–: la resistencia extrema a todo sistema reductor. Ya que cada vez que habiendo recurrido discretamente a él, sentía que un lenguaje tomaba consistencia, y así se deslizaba hacia la reducción o la reprimenda, lo abandonaba poco a poco y buscaba en otro lugar: empezaba a hablar de otra manera. Mejor valía pues que, de una vez por todas, mi protesta de singularidad se convirtiera en una razón e intentara hacer de «la antigua soberanía del yo» (Nietzsche) un principio heurístico. Resolví, pues, tomar como punto de partida de mi investigación sólo algunas fotos, esas de las que yo estaba seguro de que existían *para mí*. Nada que ver con un corpus: sólo algunos cuerpos. En ese debate, en definitiva convencional, entre la subjetividad y la ciencia, llegaba a esta idea extraña:

«Una foto puede ser objeto de tres prácticas –o de tres emociones o de tres intenciones–: hacer, soportar y mirar.»

«Lo que la fotografía reproduce al infinito no ha ocurrido más que una vez.»

¿por qué no habría, de algún modo, una ciencia nueva para cada objeto? Una *Matheris singularis* –y no ya *universalis*–. Acepté así tomarme como mediador de toda la fotografía: trataré de formular, a partir de algunos inconvenientes personales, el trazo fundamental, lo universal sin lo cual no habría fotografía.

4

Héme aquí, pues, yo mismo convertido en medida del «saber» fotográfico. ¿Qué sabe mi cuerpo de la fotografía? Observé que una foto puede ser objeto de tres prácticas –o de tres emociones, o de tres intenciones–: hacer, soportar, mirar. El *operator* es el fotógrafo. El *spectator* somos nosotros, que consumimos fotos en diarios, libros, álbumes, colecciones y archivos. Y ese, o esa que es fotografiado es el blanco, el referente, una especie de pequeño simulacro, de *eidolon* emitido por el objeto, que con gusto yo llamaría el *spectrum* de la fotografía, ya que esa palabra conserva, por su raíz, una relación con «espectáculo» y añade a esa relación algo, un poco terrible, que hay en toda fotografía: el regreso del muerto.

Una de esas prácticas me estaba vedada y no debía tratar de interrogarla: no soy fotógrafo, ni siquiera aficionado: demasiado impaciente para ello: tengo que ver enseguida lo que he producido. ¿El polaroide?, divertido, pero decepcionante, salvo cuando un gran fotógrafo interviene–. Podía suponer que la emoción del *operator* –y partiendo de ahí la esencia de la fotografía-según-el-fotógrafo– tenía algo que ver con el «huequito» –*stenopé*– por el que mira, limita, enmarca y pone en perspectiva lo que quiera «captar» –sorprender–. Técnicamente, la fotografía está en el cruce de dos procedimientos completamente distintos; uno es de orden químico: la acción de la luz sobre ciertas substancias; el otro es de orden físico: la formación de la imagen a través de un dispositivo óptico. Me parecía que la fotografía del spectator derivaba esencialmente, si así puede decirse, de la revelación química del objeto –del cual percibo, con retraso, los rayos–, y que la fotografía del *operator* estaba ligada, al contrario, a la visión recortada por el hueco de cerradura de la *camera obscura*. Pero de esa emoción –o de esa esencia– no podía unirme al coro de los que –son los más numerosos– tratan de la foto-según-el-fotógrafo. No tenía a mi disposición más que dos experiencias: la del sujeto mirado y la del sujeto mirante.

LA CAMARA CLARA

5

Puede suceder que sea mirado sin saberlo, de eso no puedo aún hablar, ya que he decidido no guiarme más que por la conciencia de mi emoción. Pero con frecuencia –con demasiada frecuencia a mi modo de ver– he sido fotografiado sabiéndolo. Pues bien, desde que me siento mirado por el objetivo todo cambia: me constituyo en el acto de «posar», me fabrico instantáneamente otro cuerpo, me convierto por anticipado en imagen.

Esa transformación es activa: siento que la fotografía crea mi cuerpo o lo mortifica, según su capricho –apólogo de ese poder mortífero: ciertos romanceros pagano-cristianos hablan de la satisfacción de posar ante las barbacanas: vencidos, fueron reconocidos por los policías de Thiers y casi fusilados–.

Posando ante el objetivo –quiero decir sabiéndome posar, aun fugitivamente– no corro un riesgo tal –o al menos, por el momento–. De modo que es sólo metafóricamente que debo mi existencia al fotógrafo. Pero aun que esa dependencia sea imaginaria –y se deba al imaginario más puro– la vivo con la angustia de una filiación incierta: una imagen –mi propia imagen– va a nacer: ¿me van a dar a luz como un individuo antipático o como un «buen tipo»? ¡Si pudiera «salir» en el papel como en un cuadro clásico, dotado de un aspecto noble, pensativo, inteligente, etc! En suma, ¡si pudiera quedar «pintado» –por Titiano– o «dibujado» –por Clouet–! Pero –¡ay!– lo que yo quisiera que se captara en mi rostro es mi «textura moral final», y no una manera, y como la fotografía es un poco sutil, salvo en manos de los grandes retratistas, no sé cómo actuar desde el interior de mi piel. Decido entonces «dejar flotar» sobre mis labios y en los ojos una ligera sonrisa que quisiera «indelinible» y en la cual daría a leer al mismo tiempo que las cualidades de mi naturaleza, la conciencia amena que tengo de todo el ceremonial fotográfico: me presto a ese juego social, poso, lo sé, quiero que ustedes lo sepan, pero ese suplemento de mensaje no debe alterar en nada –lo que a decir verdad es una cuadratura del círculo– la esencia preciosa de mi individuo: lo que soy, fuera de toda efigie. Quisiera ser definitivamente mi imagen, movil, saludable entre mil fotos cambiantes según las situaciones y las edades, coincidir [illegible] –pero tengo que afirmar lo contrario: soy «yo» quien no coincido jamás con mi imagen, ya que es la imagen la que –toda pesada, inmóvil, empecinada –por eso la sociedad se apoya en ella–, y soy «yo» el ligero, el dividido, el disperso que cuido un duelo: no se está quieto, agitándome en un local: ah, ¡si al menos la fotografía pudiera darme un cuerpo neutro, [illegible] cuerpo que no significara nada! Pero estoy condenado por la fotografía, que cree actuar bien, a tener siempre un semblante: mi cuerpo no llega a encontrar su grado cero: nadie se lo da –sólo, quizá, mi madre, ya que no es la indiferencia lo que libra de su peso a la imagen: nada como una foto «objetiva» del tipo de las fotos de identidad tomadas en cabinas públicas para hacer de uno un individuo penal observado por la Policía –sino el amor, el amor extremo–.

Verse así mismo –no como uno se ve en el espejo– a escala de la Historia, ese acto es reciente, el retrato, pintado, dibujado o miniaturizado, que, hasta la difusión de la fotografía, un bien limitado destinado por cierto, a señalar un nivel económico y social; de todos modos, un retrato pintado, por más parecido que sea –es lo que trato de demostrar–, no es una fotografía. Es curioso que no se haya pensado en la crisis (de civilización) que ese acto nuevo conlleva. Desearía una Historia de las Miradas.

Ya que la fotografía en el advenimiento de su mirada, no [illegible] otro una disociación tortuosa de la conciencia de identidad. Y lo que es más curioso aún: fue antes de la fotografía cuando los hombres habían roto más de la visión del doble. Se relaciona a la heautoscopia de una alucinación; ésta fue, durante siglos, un gran tema místico. Pero hoy, en que representamos la locura por fuera, la profunda de la fotografía no queda de su [illegible] que un ligero malestar que me invade cuando «me miro en un papel».

Esa inquietud es en el fondo un problema de propiedad. El derecho lo ha enunciado a su manera: ¿a quién pertenece la foto?; ¿al sujeto –fotografiado–, al fotógrafo?; ¿el paisaje mismo no es como un préstamo que se hace al propietario del terreno? Numerosos procesos, según parece, dieron cuenta de esa incertidumbre: la de una sociedad para la que el ser estaba fundado en el tener. La fotografía transformaba el sujeto en objeto, y aún más, si así puede decirse, en objeto de museo: para tomar los primeros retratos –hacia 1840– había que obligar al sujeto a mantenerse en largas poses bajo una vidriera en pleno sol, a convertirse en objeto, y eso lo hacía sufrir como una operación quirúrgica, se inventó entonces un aparato, llamado cabecero, una especie de prótesis, invisible para el [illegible] que sostenía y mantenía al cuerpo en su paso a la inmovilidad: ese cabecero era como el zócalo de la estatua en que me iba a convertir: el corpino de mi esencia imaginaria.

La foto-retrato es un campo saturado de fuerzas. Cuatro imaginarios se cruzan en él, se afrontan y se deforman. Ante el objetivo soy a la vez: el que me creo, el que quisiera que me crean, el que el fotógrafo me cree, y ese que utiliza para exhibir su arte. Dicho de otro modo: acción extraña: no cesa de imitarme, y eso por el hecho que cada vez que me hago –o que me dejo– fotografiar me siento invariablemente rozado por [illegible] la impostura –como la que dan ciertas pesadillas–: imaginariamente la fotografía –ésta de que tengo la intención– representa ese momento sutil en que, a decir verdad no soy ni sujeto ni objeto, viví entonces una micro-experiencia de la muerte –del paréntesis–: me convierto en un verdadero espectro. El fotógrafo lo sabe muy bien, y también él tiene miedo –aunque sea por motivos comerciales– a esa muerte en que su gesto me va a embalsamar. Nada sería más cómico –si uno no fuera la víctima pasiva, el hazmerreír, como decía Sade– que las concesiones a que se entregan los fotógrafos para «dar vida» [illegible] me sacan a la calle «parece que [illegible] me hacen posar delante de una estatua porque el grupo de mesa juega detrás de mí, se descubre un banco y enseguida –qué suerte– me sientan encima. Se diría que aterrorizado, el fotógrafo tiene que luchar enormemente para que la fotografía no sea la muerte. Pero yo, ya objeto, ya no lucho. Presiento que de ese mal sueño tendré que despertar en otro peor; ya que lo que la sociedad hace de mi foto, lo que leo en ella, eso no lo sé –de todos modos, hay tantas lecturas de un mismo rostro–; cuando

me descubro en el producto de esa operación, lo que veo es que me he convertido en todo-imagen, es decir, la muerte en persona: los otros, el otro, me desapropian de mí mismo, hacen de mí, con ferocidad, un objeto, me tienen a su merced, a su disposición, clasificado en un fichero, preparado para todos los trucos sutiles: un día, una excelente fotógrafo me retrató; en esa imagen me pareció leer la pena de un duelo reciente: por una vez, la fotografía me devolvía a mí mismo; pero poco después encontré esa misma fotografía en la portada de un libelo: gracias al artificio de un revelado, no tenía más que un horrible rostro desinteriorizado, siniestro y hosco, como la imagen que los autores del libro querían dar de mi lenguaje. (La «vida privada» no es más que esa zona de espacio, de tiempo, en que no soy una imagen, un objeto. El derecho *político* que tengo que defender es el de ser un sujeto):

En el fondo, lo que persigo en la foto que me toman –la intención con que la miro–, es la muerte: la muerte es el *eidos* de esa foto. De modo que, curiosamente, lo único que soporto, que me gusta, que me resulta familiar cuando me retratan, es el ruido de la cámara. Para mí, el órgano del fotógrafo no es el ojo –que me aterroriza–, sino el dedo: lo que está relacionado con el ruido del objetivo, con el deslizamiento metálico de las placas –cuando el aparato aún tiene–. Gusto de los ruidos mecánicos de un modo casi voluptuoso, como si de la fotografía, fueran exactamente eso –y sólo eso– a que mi deseo se agarra, rompiendo con su castañeteo breve la capa mortífera de la pose. Para mí, el ruido del tiempo no es triste: me gustan las campanas, los relojes de pared y los otros; me acuerdo que, en sus orígenes, el material fotográfico estaba cerca de la ebanistería y de la mecánica de precisión: las cámaras, en el fondo, eran como relojes para ver, y puede ser que en mí, alguien muy antiguo escucha aún, en el aparato fotográfico, el ruido vivo de la madera. ■ **R. B.**

Traducción de Severo Sarduy.

REFERENCIAS:

Calvino (I.), «L'appareil photographe», *Le Nouvel Observateur, Spécial Photo*, N.º 5, junio 1978.

Goyrat (L.F.) «Les retours au passé», *La folie, le temps, la folie*, París, U.G.E. 10-18, 1978.

Chevrier (J.F.) et Thibaudeau (J.), «Une inquiétante curiosité», *Le Nouvel Observateur, Spécial Photo*, N.º 5, junio 1978.

Freund (G.) *Photographie et Société*, París, Seuil, 1974.

En 1947 el sistema para obtener una microfotografía consistía en sustituir la lente por un microscopio.

LUIGI PIRANDELLO

Un salón comedor. Personajes de la pequeña burguesía. Amores imposibles y amores que no se atreven a asumirse como tales. Y en medio, el espejo. Un espejo roto, que ya no puede devolver la imagen construida con ahínco, la frágil apariencia, sino otra muy distinta, desoladora. Soledad del hombre entre los hombres. Descomposición de todo principio burgués. Ausencia de Dios. Una derrota, en fin, en la que Pirandello puso su vida entera para poder contarla y buscar, a tientas, su propia verdad.

la mascara y el rostro

HORACIO HOTHECUY

EN 1934 recibió el Premio Nobel. Para ese entonces ya había cosechado muchos aplausos y una considerable tranquilidad económica. El viejo profesor, de fracaso en fracaso en su vida íntima, había decidido a comienzos de siglo, consagrar su tiempo a la interpretación, el análisis, la descripción de un drama sufrido en carne propia y que tuvo la bondad, la inmensa bondad de arrancar de su soledad, para mezclarlo con la gente. El drama de la gente.

Recibió el Nobel con la misma alicaída presencia de ánimo, la misma melancolía que le acompañara desde joven. Humilde, también como siempre, habló con la Prensa, como si continuara buscando en sus raíces, en sus caminos hacia 25 años delineados. Respecto al teatro, su verdadera pasión intelectual, resultan antológicas sus propias explicaciones: «Queridos amigos, hacer una obra teatral es muy difícil. Y aunque yo haya escrito más de cincuenta, puedo deciros que cada vez que inicio un drama, los fantasmas de los personajes y sus circunstancias no me dejan en paz. Sé que salen de mi interior, pero he aquí que también sé que antes convivieron conmigo, día a día, a lo largo de la vida (...). No basta con captar la idea que uno presiente con cierta claridad, también es necesario observar minuciosamente todo lo que ocurre alrededor y sacar conclusiones generales. Pero aún entonces la tarea está lejos de acabar. Las criaturas de mi imaginación, igual que los «seis personajes», tienen una voluntad propia: no se coordinan de una manera armónica, sino que cada una piensa en sí misma como núcleo de toda la obra. Y aun cuando haya logrado encuadrar armónicamente a los personajes, ¿cómo voy a encerrarlos, matarlos, dentro de los moldes convencionales?; ¿cómo invento para ellos una nueva escena, un nuevo lenguaje?.»

Dos años después, en 1936, meses antes de morir, volvería a escribir para su admirada actriz, Marta Abba. La pieza no llegó a terminarse. Inconclusa en su segundo acto, «*Los gigantes de la montaña*», fue una revelación. Un nuevo «*Seis personajes en busca de autor*». El mismo revulsivo, abandonando esta vez las referencias naturalistas, arrojando a sus personajes a una desolación mayor y entregándolos a la furia de primitivos hombres que no toleran un teatro alejado de la vida. Con «Los gigantes de la montaña», Pirandello se despidió del teatro –y del mundo– un obsesionado como siempre por el ser

«Hacer una obra teatral es muy difícil. Y aunque yo haya escrito más de cincuenta, puedo deciros que cada vez que inicio un drama los fantasmas de los personajes y sus circunstancias no me dejan en paz.»

En esta casa de Girgenti nació Pirandello. «Mira profundamente el paisaje en que va creciendo, poco a poco desencantado, atribulado por la injusticia y la exuberancia de los impulsos amorosos.»

y su conflicto; su «ser es hacerse», halló, finalmente, una nueva estructura, más compleja, eminentemente coral, y cargada del vuelo expresionista con el que tantas veces se había sentido tocado. A los 69 años, moría sin concluir su historia, sin cerrar el ciclo de interminables preguntas. Sin acabar una misma historia repetida incesantemente. Murió tras dedicar toda una vida a la palabra, la escena, y la reflexión, y con todo este instrumental logró defenderse del peligro por el que todos sus personajes se han visto amenazados: la locura y la muerte. Algunos de ellos, desafiando toda lógica, insertos con violencia o grotesca sumisión, en la piel «exigida por los otros», llegaron al trágico final de enloquecer o morir. Sin embargo, la lucha prevaleció. Una lucha en la que el hombre cayó derrotado, estrellándose contra las reglas de una sociedad estrecha, que ha hecho de la humana criatura una presencia mezquina y temerosa.

Se funden personajes de ficción con la realidad que rodeó al gran escritor a lo largo de toda su vida. Reunión de máscaras y rostros entre los cuales buscó, sabia y dolorosamente, la verdad. Verdad que se perdió en muchas otras verdades, entre las cuales la verdad del amor se pareció mucho a un tormento. No a una tortura romántica y pasional, sino a un sufri-

«Enrique IV –representado aquí por la Compañía Titular Inestable del Salá Diana de Barcelona– defiende la cuerda de la locura, convirtiendo en verdadero lo que era resultado de un juego de disfraces.»

miento producido por la irracional conducta de la colectividad.

El amor está presente siempre, anecdótico, al borde del melodrama incongruente, desesperado, cínico, perverso, disparatado. Intentando a través de ese sentimiento contrarrestar la mezquindad de una sociedad demasiado temerosa de su seguridad. El mundo, en verdad, no puede ser más hostil.

Un mundo donde la ascendente crisis siciliana (muerto ya Garibaldi), bajo el predominio de la «maffiosa» violencia más la creciente miseria, desarrollaron «en pequeño» el álgido drama internacional. La Primera Gran Guerra creó nuevas estructuras de poder y novísimas conductas de vida. El teatro expresó con excepcional riqueza desde finales del siglo XIX —preocupación por el flamante panorama. Strindberg se desesperó por la ruinosa desestabilidad de todos los roles íntimos y sociales. Ibsen había enfrentado a héroes y víctimas rechazando toda masificación social, los expresionistas iluminaban el camino de transgresiones a la vieja moral. Bernard Shaw apostaba por un nuevo comportamiento comunitario y Pirandello, obsesionado por la relatividad de la verdad, la crisis de la identidad, la imposibilidad de ser uno mismo... llevando a planos realistas, la dramática «escisión» del hombre con su angustia más íntima.

Retrato de familia

A Esteban Pirandello se le temía en Girgenti, Sicilia. Le temía la familia, los amigos y por un tiempo hasta le temió la Maffia con la que llegó a pactar para acabar en una emboscada y resultar gravemente herido. El rico propietario de minas de azufre confiaba no sólo en la heroicidad, el poder, y la justicia impuesta con mano de hierro. Amaba también una ética «por encima de toda componenda». Contrario a la superstición y el despotismo clerical –tan comunes en su tierra–, fue un padre contradictorio, tiránico y muy poco afectivo. En una impulsiva y nada sentimental noche de amor, el «signore» Esteban embarazó a su mujer Catalina muy tímida y religiosa. Nueve meses después nació Luigi (28.6.1867). Quien en lugar de ser destinado a las labores paternas, se le permitió desarrollar la capacidad intelectual demostrada desde pequeño.

Ya maduro recordaría en memorable página la penosa sensación que le producían las procesiones de su pueblo. «De la mañana a la noche, las 30 iglesias se intercambiaban con prolongados y lentos repiques, el llanto y la invitación a la plegaria, difundiendo tórrida tristeza en todas di[illegible]».

Una tristeza pocas veces explícita y siempre latente en la prolífica producción que desarrollaría fervorosa[illegible].

El joven Pirandello sigue la carrera de letras. Fiel a los principios paternos exigió justicia social del lado de los miserables habitantes de Sicilia. A los 16 años, ya había escrito poemas (recopilados con posterioridad en el libro «Dolor Alegre»), donde el amor se tenía de romanticismo y la lucha de los obreros se testimoniaba con evidente entusiasmo. Mira profundamente el paisaje en que va creciendo un paisaje dolorido poco a poco desencantado, atribulado por la injusticia y la exuberancia de sus impulsos amorosos. Pirandello comienza a buscarse a sí mismo a apartar lo que pueda alterar el rumbo de sus reflexiones. «Me conmueve la discordia de todas las experiencias humanas. Hay una risa que se mezcla con el llanto. Siento que la armonía que tanto me preocupa en el comienzo, se distorsiona, se corrompe en mil angustias que buscan su raíz más verdadera.»

A los 18 años fue enviado a la Universidad de Roma donde riñó con algunos de «[illegible] profesores» y abogó en favor de unos métodos de enseñanza revolucionarios. Con ayuda del filólogo Monaci, fue trasladado a Bonn donde pre[illegible] su tesis doctoral un estudio completísimo del dialecto siciliano de su ciudad natal. A su regreso de Alemania decidió vivir en Roma donde se hizo miembro de un cenáculo literario del que formaban parte conocidos escritores. La gran estrella era Gabriel D'Annunzio quien predicaba al gran público sus teorías acerca del superhombre de Nietzsche, mientras Eleonora Duse le estrenaba sus polémicas obras. Pirandello se le enfrentó. Sin prestigio, ni respaldo social, rechazó con desdén las teorías de Nietzche y las lánguidas armonías del autor de «Las hijas de Iorio». Huyó de la retórica Dannunciana como de una plaga y, en consecuencia, vivió durante muchos años en la mayor necesidad. Su amigo, el escritor Luigi Capuana le animó a escribir cuentos y novelas. «Empieza a desplegar ese mundo que crece en la imaginación, después de ser recogido de la calle».

En 1894, obedeciendo a los deseos de su padre, se casa con Antonieta Portulano, según la costumbre siciliana de que los padres concertasen el matrimonio de sus hijos. Pirandello ve por primera vez a su esposa el día de la boda. La fiesta es rutilante; junto al [illegible] se festeja la incorporación del padre de la novia a las minas de azufre de Esteban Pirandello. Un matrimonio de negocios.

«Mi salvación, trabajar»

[illegible] renta familiar. [illegible] artículos que nunca cobraba, varias colecciones de cuentos y dos novelas: [illegible] (1902). Nacieron [illegible] rias pueblerinas. Los trájicos acontecimientos que se sucedieron después, le darían la paradójica posibilidad [illegible]

[illegible] azufre y la fortuna familiar se eva[illegible] consiguió trabajo como maestro de [illegible] para dejar de ser [illegible] había sido hasta entonces, y conver[illegible] su marido, un hombre culto y notable [illegible] que dudo de mi propia razón. ¿Cuál es mi [illegible]

Desde 1904 [illegible] muerte de su [illegible]

«Los gigantes de la montaña», en versión del Piccolo Teatro di Milano; esta obra inconclusa en su segundo acto, fue una revelación.»

afecto invadían la casa, Pirandello no cesaba de escribir cuentos y novelas que años después resultarían la base de su producción dramática.

El teatro llegó en 1912: «El torno», obra breve de perfecta síntesis en la que un hombre obliga a su mujer a suicidarse cuando descubre que lo engaña.

La locura de Antonietta convive con la locura de la guerra. Sus hijos son arrastrados por el hélico acontecimiento: Stéfano y Augusto dejan sus estudios y se alistan, cayendo el primero prisionero de los austriacos. Su hija Lietta, atormentada por la enfermedad de la madre, cae presa de una crisis nerviosa de la que nunca se repondría. Fallecida su mujer, se trasladó con los hijos a Girgenti, junto con su ya anciano padre.

Luigi Pirandello vivió estos años como una condena que le permitió entregarse de lleno a la creación, expulsar sus propios demonios y contar historias de la miserable vida de su pueblo: «Si, visto a la distancia he de decir que fueron años terribles. Pero la vida continuaba, mi aflicción familiar era tan grande que me sensibilizaba por lo que ocurría a mi alrededor, en la calle y el trabajo fue mi verdadera salvación. En 1904, el año en que cayó enferma mi mujer escribí mi novela «El difunto Matías Pascal», y luego otra y otra y otra y otra... con sólo tres días de vacaciones al año y sin poder abandonar las clases del Instituto...: ¡Y luego dicen que el trabajo exige quietud y serenidad!».

Humor y tragedia

En un ensayo acerca del humor en la literatura («Umorismo», 1908), definió lo que sería la constante de toda su dramaturgia, alejado aún de todo intento teatral: «¿Qué hace el hombre? Aun cuando sea viejo, siempre está febril; ansía algo, pero sin verse a sí mismo: no puede evitar tomar una actitud incluso ante su propio ser, y representa infinidad de papeles que él desea creer auténticos y dignos de ser tomados en serio.»

Entre tantos títulos admirables, he escogido tres cuyo recuerdo puede ofrecer una visión aproximada del mundo pirandelliano: «El gorro de cascabeles» (1914), «Seis personajes en busca de autor» (1921) y «Enrique IV» (1922). Las tres articulan con muy diferentes estilos y propuestas escénicas, un camino. Este camino no hubiese sido posible sin sus novelas de las que estas obras parten, y sin sus numerosos y magníficos cuentos. Pero en el artificio del teatro, en la palabra escrita para ser dicha y «mostrada», Pirandello destruyó el elegante teatro burgués de su época, se enfrentó (y acabó por seducir) a un público reacio a ser cuestionado, hurgó en la Comedia dell Arte, se unió a los «grotescos» ya existentes y consolidó su propia voz: «Cuando un hombre vive, vive y no se ve vivir. Pues bien, colocad un espejo ante él y haced que se vea a sí mismo en el acto de vivir y bajo el influjo de sus pasiones: o se quedará atónito y sin habla al ver su propio aspecto, o volverá la vista para no verse, o escupirá con disgusto a su propia imagen, o cerrará el puño para romperla; y si ha llorado, ya no podrá llorar; si ha reído, ya no podrá

LUIGI PIRANDELLO

refr. Se producirá una crisis y esa crisis es mi teatro».

La cuerda de la locura

Un escribiente, hombrecillo mediocre cuya única felicidad consiste en pasear del brazo de su hermosa y joven esposa, mucho menor que él. Su máscara lleva años disfrutando del respeto y la admiración de un pequeño pueblo de Sicilia. Ha enterrado el amor propio y para siempre ha matado toda posibilidad de auténtico sentimiento. De casa al trabajo y del trabajo a casa, desterrando del corazón y la cabeza las tardes en que sabe que su mujer hace el amor con Fiorica, su propio jefe.

Amable, cordial, y eficaz empleado, Ciampa ve un día destruirse por completo su «muñeco». La culpable es Beatriz, esposa de su patrón, quien dominada por los celos, envía a la policía con el fin de descubrir «in fraganti» a la pasional parejita. Para ello traslada a Ciampa a Palermo con un pretexto cualquiera.

La comedia es divertida. Los cornudos divierten al público en 1914 –fecha en que se estrenó *«El gorro de cascabeles»*. El cornudo es siempre el vecino, el otro, el de enfrente. De pronto, el plan de Beatriz fracasa. La comedia se convierte en tragedia. Y la tragedia en la imposibilidad de asumirse como tal, de manera que reina lo grotesco: «la risa que se mezcla con el llanto, esgrimiendo un fracaso terrible tanto para la vida como para la muerte».

La policía no encuentra pruebas suficientes. La esposa del adúltero queda en ridículo y víctima absoluta de las murmuraciones. Y ¿Ciampa?, ¿qué será del muñeco de Ciampa? ¿Qué le queda por hacer sino matar al viril contrincante y salvar su honor? Su muñeco ha quedado pisoteado y arrastrado por los suelos. La solución más adecuada será idea suya: Beatriz debe hacerse pasar por loca para que oigan todos los comentarios: «Sí, señora, he tenido muy guardada todos estos años la cuerda de la locura, y he puesto a funcionar la otra, la que gusta a todos, la cuerda sería (...) Es por su bien, señora. Nadie se burlará de usted. Nosotros ya sabemos que usted está loca, créame. Ahora hay que convencer a la gente. Yo mismo le enseñaré.»

Imitando el grito de una cabra, Ciampa abre las ventanas. Inventa el otro muñeco, el muñeco terrible con el que un inesperado día se enfrentan los seres pirandellianos, aplastados por la hipócrita vida social.

«Ser es hacerse el ser que se es y ningún otro», es el principio moral que obliga al autor a juzgar severamente, sin compasión, a sus personajes.

Al día siguiente de la *locura* de Beatriz, Ciampa podrá salir con su muñeco a la oficina, y la gente, la terrible gente, le saludará con respeto y cordialidad, mientras su mujer se entrega, jovial y febril, a los brazos del honorable patrón.

También en «Vestir al desnudo», «La señora Morli dos en una», Todo sea para bien», o «Así es (si así os parece)» –obras de diferentes épocas–, la familia burguesa, el burgués amor, reprime los verdaderos sentimientos y el mentado espejo se sostiene a punto de resquebrajarse con la revelación de un sentimiento inadaptado, distinto, subversivo.

El imposible amor

En 1921 y 1922, dos obras movilizarían enormemente la escena europea: *«Seis personajes en busca de autor»* y *«Enrique IV»*.

La representación dentro de la representación le permite a Pirandello aprovechar las posibilidades de «juego» propias del teatro, y así desarrollar la profunda simbiosis entre la ficción del espectáculo y la ficción de la vida cotidiana. Para ello, no duda en servirse de intrincadas tramas, anécdotas melodramáticas, pasiones excesivas. Todo ello le es útil para conectar con el público y no discurrir desde el precioso gabinete de un rígido intelectual.

Los «seis personajes» se enfrentan a una compañía de comediantes, y destruyen el acomodamiento de sus integrantes con el peso de sus propias vidas. Las historias de sus vidas. El fracaso toca también a los cómicos en su dificultad para «representar la verdad de los hechos». A diferencia de numerosas comedias, esta vez aparecen los personajes en su propia, inhóspita desnudez, defendiendo su ser, frente a la apariencia del pasado.

Padre llega al fondo de la cuestión: «Cada uno de nosotros cree ser siempre el mismo. Y somos uno distinto con cada persona. Nos hacemos la ilusión de ser siempre el que creemos ser. Y siempre nos equivocamos». Sobreviene una tragedia sin máscara grotesca. El desamparo es total. Los seis personajes ha-

«Los gigantes de la montaña», por el Piccolo Teatro di Milano.

«Cuando Pirandello murió dejó de participar en la lucha por el teatro, feliz de retirarse a un prolongado descanso.» Eduardo Haro Tecglen y Adolfo Martilach ante su tumba en Girgenti.

cen un claustro del dolor, y las máscaras ya no son posibles. Ni siquiera los cómicos, pueden acceder a ellas para darles una nueva oportunidad.

«*Enrique IV*» defiende la *cuerda de la locura*, convirtiendo en verdadero lo que era resultado de un juego de disfraces. Un golpe en la cabeza es el pretexto que permite a un adinerado hombre, *encerrar* al soberbio emperador durante ocho años de su vida. Le rodea una corte de veluntos y mediocres personajes que siguen al ritmo de su impostura. Enrique es rico, todo le está permitido. Todos se confunden con sus idas y venidas, incluso el público. Está loco, no lo está. ¿Ama todavía a aquella juventud, hoy madura mujer comprometida con su enemigo de entonces, acaso ya no la ama?

En un momento determinado, Enrique recobra la cordura. El descubrimiento del paso del tiempo lo lleva al paroxismo de la rabia contra la fatalidad. Entonces siente un feroz deseo de venganza y un momentáneo disgusto de su triste vida presente. Y entonces es cuando revela a su séquito toda su ira, cargada de revelación:

«Levantáos, hato de ovejas! ¿Me habéis obedecido? ¡Podíais ponerme la camisa de fuerza!... ¡Aplastarlo a uno con el peso de una palabra? ¡Eso no es nada! Toda la vida está aplastada así bajo el peso de las palabras. Aquí me tenéis: ¿Podéis creer que Enrique IV vive todavía? Y con todo, hablo y os mando a vosotros que estáis vivos. Así es como yo os quiero. ¿Os parece una burla que los muertos sigan viviendo? Sí, aquí es una burla; pero salid fuera, al mundo viviente. El día está amaneciendo; tenéis el tiempo ante vosotros; es la aurora. Este día que tenemos por delante (decís) lo haremos nosotros. ¿Vosotros? ¡Saludad en mi nombre a todas las tradiciones! ¡Saludad en mi nombre a todas las costumbres! ¡Hablad cuanto queráis, que no haréis más que repetir todo cuanto ya se ha dicho! ¿Creéis que estáis vivos? ¡Lo que hacéis es seguir los pasos de los muertos!». A pesar de la revelación. A pesar de la cordura y «el espejo» Enrique IV se integra al trágico destino de las víctimas pirandellianas, sin otro recurso que volverse a poner la máscara y representar su papel ocultando su tormento lo mejor posible. Enrique matará al rival de ocho años atrás y se aferrará a los despreciables sirvientes que viven a costa de su locura: «No os quitéis el disfraz. Ahora sí, por fuerza, aquí juntos, juntos para siempre».

La crisis del espejo llega con «Enrique IV» a un momento de clímax dramático impresionante. La propia contradicción de la propuesta, lleva al límite la fantasía pirandelliana: conquistar una ilusión de vida, aun a costa de su irracional perdición.

La bella muerte

Tras dirigir el Teatro de Arte de Roma de 1925 a 1927, a partir de 1929 –hasta poco antes de morir–, dirigió los teatros estatales en Roma, Turín y Milán. Hombre total de teatro, Luigi Pirandello se despidió del mundo en 1936.

En un momento donde la humanidad se enfrentaba a una nueva crisis y el advenimiento de un nuevo mundo comprometía el teatro en nuevas y no poco febriles posibilidades, Bertolt Brecht, debatiéndose por un teatro revolucionario nunca antes intentado en Occidente, Samuel Beckett escribiendo novelas terribles («Molloy», «Malone muere») donde ninguna salida se hacía imposible, para en los años 50, continuar el discurso pirandelliano, eliminando todo contexto realista donde los personajes pudieran asirse, irremediablemente solos en su impotencia. El teatro expresando la confianza o la desazón, inserto en el devenir del mundo. Pirandello dejó de participar en esta lucha, feliz de retirarse a un prolongado descanso. La imagen de la muerte le sedujo irresistiblemente, y para ella escribió su texto más ascético, la única obra teatral desprovista de conflictos y angustias; «*Ultimas voluntades que han de respetarse*»:

I) Que mi muerte transcurra en silencio; Ruego a los amigos, a los enemigos, no hablar de ella en los periódicos, no darse siquiera por enterados. Ni anuncios, ni participaciones; II) No se me debe vestir después de muerto. Envuélvaseme desnudo en una mortaja. Nada de flores sobre el lecho y ningún cirio encendido; III) Coche fúnebre de ínfima clase, el de los pobres. Desnudo. Y que nadie me acompañe, ni parientes, ni amigos. El coche, el caballo, el cochero y nada más; IV) Quemadme. Y no bien arda mi cuerpo, que se disperse. Quería que nada, ni siquiera las cenizas, quede de mí. Pero si esto no puede hacerse, que la urna cineraria sea llevada a Sicilia y empotrada en la piedra bruta de la Campiña de Girgenti, donde nací.» ■ **H. O.**

Textos consultados:

«Luigi Pirandello», por José María Monner Sans (Losada.

«Pirandello», por Walter Starki (Juventud).

«Historia del teatro contemporáneo», por Paul Louis Mignon (Guadarrama).

«El texto dramático», por Pablo Palant (C.E.A.L.)

«Obras completas», por Luigi Pirandello (Fabril Editora).

MIRADAS AL ARABISMO ESPAÑOL

JUAN GOYTISOLO

Al incluir el arabismo español en el campo genérico de ese orientalismo minuciosamente cribado por autores como Norman Daniel, Southern, Waardenburg o Hichem Djait, el profesor Miquel Barceló incurre probablemente en alguna exageración (1). Pero formular reparos y señalar excepciones a un juicio que, como toda generalización, contiene elementos que lo contradicen, no debe ocultarnos la incidencia de una ideología y una escala de valores que, según apunta Barceló, articulan la obra de muchos arabistas hispanos, desde la tímida resurrección de los estudios árabes en el siglo XVIII hasta nuestros días.

No es mi propósito lamentar ahora la amputación del legado musulmán y judío hispano en virtud de la impuesta unidad político-religiosa de los pueblos de la Península ni denunciar el etnocidio sistemático a que fueron sometidos los moriscos, recientemente estudiado en la magnífica obra de Louis Cardaillac (2). Bastará con evocar el simple hecho de que a mediados del siglo XVIII no sólo han sido expulsados de España los españoles de estirpe agarena sino que además los vestigios culturales de su presencia han sido cuidadosamente barridos. A la quema de manuscritos arábigos sucede la supresión de las cátedras y estudios dedicados a esta lengua. España entra así en un período de amnesia que el renacimiento posterior de los estudios árabes y la labor abnegada y solitaria de algunos escritores no han logrado despejar aún.

Es cierto que, como sostiene James T. Monro en su ya clásica tesis doctoral sobre el tema –*Islam and the Arabs in the Spanish Scholarship*, Leidan, 1970–, tanto el arabismo de Conde como el de Gayangos y sus discípulos Saavedra y Fernández y González, se inscriben en el marco de una tradición liberal no exenta de simpatía hacia el pasado andalusí y morisco. A diferencia de nuestros romanistas y germanistas –por lo común, políticamente conservadores y empeñados en mantener la ficción de una España pasajeramente islamizada e indistinguible por tanto del orbe «occidental»– nuestros arabistas del XIX subrayan, como es lógico, los rasgos peculiares de la cultura hispana y el influjo ejercido en ella por árabes y judíos. Con todo, al estimar dicho influjo, no logran desprenderse de los prejuicios seculares que achacan al mismo las causas de nuestra decadencia y atraso. De forma más o menos explícita, el razonamiento de que si España no ha alcanzado el nivel de desarrollo de otras potencias europeas ello se debe a las secuelas del pasado musulmán, se dibuja en filigrana en sus escritos. En vez de apuntar a las consecuencias desastrosas del proceso de homogeneización forzada emprendido sin pausa desde fines del siglo XV, como hará más tarde Américo Castro, nuestros arabistas no ponen en tela de juicio los dogmas en que se funda la engañosa uniformidad de España. Como dice con acierto Pierre Guichard, al exponer algunos ejemplos de dicha actitud, «cuesta registrar, tras estas distintas tentativas, la idéntica repugnancia de muchos españoles a aceptar el hecho mismo de la conquista tal como lo describen las fuentes árabes en toda su sencillez» (3).

La antipatía y prejuicios de la inmensa mayoría de nuestros escritores respecto a los «moros» y el Islam no es algo que pueda sorprendernos. Que al comentar la expulsión de los moriscos Menéndez Pelayo escriba: «No vacilo en declarar que la tengo por cumplimiento forzoso de una ley histórica, y sólo es de lamentar lo que tardó en hacerse... Locura es pensar que *batallas por la existencia*, luchas encarnizadas y seculares de razas, terminen de otro modo que con expulsiones y exterminios. La raza inferior sucumbe siempre y acaba por triunfar el principio de nacionalidad más fuerte y vigoroso» entra dentro de lo previsible. Que un pensador tradicionalista como Donoso, pretenda que la «falsa civilización» de los musulmanes «no era sino

«A la quema de manuscritos arábigos sucede la

barbarie» o un liberal tan culto y penetrante como Ortega asegure que la vida intelectual musulmana se halla «reseca y apergaminada a fuerza de Corán y desiertos» y afirme que los árabes no «constituyen un ingrediente esencial en la génesis de nuestra nacionalidad» resulta bastante normal si tenemos en cuenta la inconmovible firmeza de sus postulados etnocentristas. Que García Morente conciba la «Reconquista» como la lucha contra una religión «ajena, contraria, exótica e imposible» es un ejemplo entre mil de lo que, todavía hoy, leemos, o podríamos leer, todos los días. Que un libro destinado a estudiantes españoles de dieciséis años escriba «Mahoma no ideó nada nuevo, pues su doctrina no es sino una mezcla monstruosa de paganismo, judaísmo y

1. «L'orientalisme i la peculiaritat de l'arabisme espanyol», en *L'Avenç*, Barcelona, junio 1980. Véase igualmente: Norman Daniel, *Islam and the West, the Making of an Image*, Edinburgo, 1960; R. W. Southern, *Western Views of Islam in the Middle Ages*, Cambridge, Mass, 1962; J. J. Waardenburg, *L'Islam dans le miroir de l'Occident*, París-La Haya, 1963; Hichem Djait, *L'Europe et l'Islam*, París, 1978.

2. *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, trad. esp., Madrid, 1979.

3. *Al Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, trad. esp., Barcelona 1976.

cristianismo» o ■ autor de una *Historia del arte* –actualmente libro de texto en algunas Facultades de Filosofía y Letras– asevere, refiriéndose a la arquitectura cordobesa, que, dado el «bajo nivel de los invasores mahometanos, sus primeras obras reflejan más la influencia de los monumentos indígenas que la oriental» no nos asombra demasiado curados, como estamos, de espantos. El prejuicio antiislámico, señalado incluso por Menéndez Pidal, no es por otra parte suficiente respetables en el campo de sus especialidades. Paradójicamente, un espécimen muy común de orientalista se presenta como abanderado a ultranza de los valores de Occidente, como si el contacto profesional con la cultura islámica le confiriera una conciencia aguda de las diferencias existentes entre ésta y la propia y, temeroso de perderla en virtud de una posible contaminación, se esforzará en vindicarla con vehemencia rencorosa. Consciente o inconscientemente, Simonet, Ribera o Sánchez Albornoz escriben y actúan como portavoces de la Cristiandad frente a una civilización supuestamente inferior. En ■ mejor de los casos, la referencia al pasado prestigioso del mundo islámico sirve de base a elegías o elucubraciones sobre una decadencia posterior sin remedio: su impermeabilidad al progreso europeo, su asoladora y definitiva esterilidad. Más significativo aún: los orientalistas del siglo XIX, siguiendo la pauta de los estudios greco-latinos, abordan el conocimiento de las lenguas orientales –hebrea, árabe, turca, persa... como si se tratara de ■ expresión de civilizaciones muertas, esto es, completamente cortadas de las lenguas contemporáneas que son sus herederas legítimas y condenando implícitamente a éstas –juzgadas indignas– a una especie de «ninguneo». Pero el estudio de lenguas bien vivas, tal el árabe, como lenguas muertas, debía ocasionar, observaba Abdel Malek, «un gran número de errores, despropósitos e incorrecciones, como si se pretendiera formular un comentario al francés de Martin du Gard, Sartre o Aragón a partir del conocimiento exclusivo de las *Canciones de Gesta*». El escaso interés de gran número de nuestros arabistas –Pedro Martínez Montávez es desde luego la excepción más destacada (5)– tocante al actual renacimiento cultural, social y político de los pueblos árabes es sumamente revelador: ni la variada y a menudo estimable literatura contemporánea que hoy florece de Marruecos a Irak, ni la reciente lucha de emancipación colonial del Maghreb ni el drama del pueblo palestino parecen haberles conmovido demasiado. Américo Castro se extrañaba con razón de que Simonet, descubriendo una antipatía visceral por la cultura a cuyo estudio se consagraba, pudiese sostener que «los árabes no introdujeron la civilización en nuestro suelo, y que por el contrario, el gran esplendor con que brilló

supresión de las cátedras y estudios dedicados a esta lengua». Panorámica de la Alhambra de Granada.

privativo de España y abarca, en mayor o menor grado, la totalidad del mundo europeo.

Más sorprendente en cambio es el fenómeno, analizado entre otros por Abdel Malekkic y Said (4), de este sentimiento o creencia en la superioridad de la cultura de origen que conduce a numerosos arabistas a una actitud condescendiente y aun despectiva en relación al universo cultural objeto de su trabajo. Dicha postura, a veces de franca hostilidad al tema estudiado –vaya de ejemplo *The Arab Mind*, de Raphael Patai, obra profusamente divulgada en los medios universitarios norteamericanos cuando veremos, la obra de autores

4. Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, 1978 (a propósito de este libro, Véase: Ignacio Ramonet «El orientalismo, una creación occidental» en TRIUNFO n.º marzo 1981); Anouar Abdel Malek, «L'orientalisme en crise», en *Diogène*, oct. 1963.

5. Frente al «parcial absentismo de los arabistas» y la tendencia a recluir la cultura árabe en el «siniestro panteón en que se la quiere emblematizar», Martínez Montávez nos recuerda muy oportunamente, entre otras muchas cosas elementales, «que en árabe se habla todavía y en árabe se escribe, que en árabe se está tratando de elaborar, nuevamente, fórmulas culturales que respondan a las exigencias de nuestro tiempo».

ARABISMO ESPAÑOL

la España árabe durante algunos siglos se debió principalmente a la influencia del elemento hispanorromano que comunicó a aquéllos las dotes privilegiadas de la raza indígena». El propio Simonet –encastillado en los últimos años de su vida en posiciones abiertamente racistas y ultramontanas– no dudaba en referirse a la «barbarie musulmana» y «la falsa civilización de los árabes» hasta el extremo de motejar al Islam de «gran rémora de todo progreso» y pintar a la Alhambra como un «alcázar de la impiedad y despotismo musulmánicos». El ejemplo, desdichadamente, no es único; pero Julián Ribera, entregado también a la árdua tarea de un exorcismo cultural de nuestro pasado «el sentimiento de raza en los musulmanes españoles es el elemento que entró en dosis casi infinitesimal y que no nos autoriza para calificarlos de semitas ni de orientales desde la tercera o cuarta generación posterior a los tiempos de la conquista», abundando en sus entremos, dirá el autor de *El Islam de España y el Occidente* «lo arábigo cultural y vital hubo por tanto de ser insignificante durante décadas y décadas en una España de raza de vida y de cultura occidentales»; incluso un arabista tan distinguido como Emilio García Gómez, hablando de los peninsulares conversos al islamismo afirma todavía serenamente que esta raza «de buenos musulmanes, pero españoles de raza» es la que da su verdadera fisonomía a la España musulmana». Pero la palma del prejuicio anti-árabe corresponde sin duda a Sánchez Albornoz según nuestro conocido historiador –imbuido a lo que parece de lecturas orientalistas con sus clichés y fantasías de lascivia inherentes al serrallo– la presunta Reconquista fue en realidad una misión confiada por Dios a los reyes cristianos de la Península para salvar a esta de su bastardeo y degradación por el infiel. Barceló reproduce con razón este encendido elogio de la fabulosa continencia sexual de Alfonso II el Casto por parte del académico cuando escribe «Defendía la España europea frente a la España islamizada cargada con todas las potenciales taras de lo oriental. Acaso debamos los españoles a su castidad, a ese vivir sin mujeres, entregado íntegramente a su misión providencial, la salvación de lo occidental en el solar de España». Tratándose, como se trata, de un arabista, este «no dar con» revela nítidamente, junto a la firmeza y arraigo de sus prevenciones anti-musulmanas, el carácter irreductible que asume a sus ojos la vieja antinomia Cristianismo-Islám. Como en el caso de Menéndez Pidal, nos encontramos ante una concepción mítico-justificativa y escatológicamente científica de la historia de España que, en la línea de los manuales europeos puestos en la picota por Preiswerk y Perrot, sigue distorsionando la verdad y perpetuando los estereotipos etnocéntricos.

Que el desenvolvimiento de los estudios árabes e islámicos a fines del siglo XVIII coincidiera con el creciente interés de las potencias europeas por repartirse los despojos del Imperio otomano resulta hoy difícil de confutar. Desde el «nuestro» del «problema de Oriente», los arabistas anglofranceses se pusieron al servicio de las ambiciones imperiales de sus países respectivos y sirvieron de avanzadilla o cabeza de puente –a través de sus «informes y pareceres» a la penetración posterior de sus ejércitos. La ambición del hombre renacentista de combinar el ejercicio de las armas con el de las letras se convierte así en el caso de los eruditos, viajeros y lingüistas consagrados al estudio de Oriente Próximo y al norte de África en la mera sujeción de su pluma a los objetivos de expansión de la espada. Inútil precisar que su saber, en vez de poner en tela de juicio la verdad de los clichés anti-islámicos, se aplica, por lo común, a afianzarlos en los escritos de los «especialistas». Fantasías, creencias, prejuicios, mitos, anécdotas, pormenores, se transforman en esencias y fallos inapelables, adquieren vigencia de ley. Una vez instalados los gobiernos coloniales de Rabat y Bagdad, numerosos arabistas se integran en la administración metropolitana y actúan de consejeros de las fuerzas de ocupación. A diferencia de lo que ocurrió en la conquista española del Nuevo Mundo los émulos de fray Bartolomé de las Casas no emergen sino en las postrimerías del mundo colonial cuando, tras el desgarro profético de Massignon –cuya afinidad religiosa y simpatía hacia el Islam están fuera de duda– Norman Daniel, Jacques Berque, Maxime Rodinson, Vincent Monteil y otros arabistas de prestigio elevan la voz contra el opresor europeo y ponen el peso de su indiscutible autoridad en el platillo de los oprimidos.

«Nuestros arabistas del siglo XIX supieron ver los rasgos peculiares de la cultura hispana y el influjo ejercido en ella por árabes y judíos». La Torre del Oro formaba parte de las primitivas murallas de la ciudad

La participación tardía y marginal de España en el banquete colonial del siglo XIX no fue óbice para que, como ha mostrado Bernabé López García en su tesis doctoral y diversos estudios (6). El incipiente arabismo español del siglo XVIII brotará simultáneamente al interés de los ministros de Carlos III por Marruecos –acuerdos comerciales, intercambio de embajadas, etc.– y gozará del favor oficial a partir de la expedición de O'Donnell y la conquista efímera de Tetuán. Las evidentes conexiones del arabismo español con las ambiciones hegemonistas sobre el norte de Marruecos se manifestarán en la alianza ocasional de africanistas y arabistas mediante la cual estos últimos ponen sus estudios y conocimientos al servicio de la empresa expansionista de los primeros. Cadera, Saavedra, Gayangos, Fernández y González, Riaño forman parte en efecto de la Asociación Española para la Exploración de África y alentarán la creación de la Sociedad de Africanistas y Colonialistas. Julián Ribera, partidario como Saavedra de una intervención pacífica en Marruecos, asesora en calidad de experto la embajada de Martínez Campos a este país y concebirá el Centro de Arabistas como una

6. *Contribución a la historia del arabismo español (1840-1917)*, tesis doctoral de la univ. de Granada (guadalcanal). «J. Simonet ante el colonialismo (1859-1865)», en *Cuadernos de Historia del Islam*, 1971.

«Que Ortega asegure que la vida intelectual musulmana se halla 'reseca y apergaminada a fuerza de Corán y desiertos', resulta bastante normal, si tenemos en cuenta sus postulados etnocentristas». Arriba, patio de la mezquita de Ibn Tulun, en El Cairo. Abajo, derecha, cerámica de Manises del siglo XVI. Abajo, izquierda, tejido hispanoárabe de probable factura granadina.

ARABISMO ESPAÑOL

herramienta indispensable a nuestra «presencia» a lo largo de sus artículos y reseñas en las publicaciones africanistas. Al imponerse al fin el régimen de Protectorado, el Gobierno español creó inmediatamente una Junta para la Enseñanza en Marruecos, a la que pertenecían Ribera y Asín. Nuestros arabistas seguían así, en pequeña escala y con escasos medios, la vía trazada a los estudios orientales en Londres y París por la expansión imperial, a escala planetaria, de Francia e Inglaterra. «La extensión territorial de la temática del orientalismo científico de cada país, coincidía, aproximadamente, con su penetración colonial en los mismos territorios convertidos en objeto de estudio, concluye López García. No es por tanto de extrañar que los estudios orientalistas hayan sido considerados por autores árabes como un instrumento del imperialismo para perpetuar su dominación sobre los pueblos colonizados.»

El conocimiento de las lenguas y dialectos vernáculos constituía, como es obvio, el vehículo privilegiado de la acción metropolitana en las zonas conquistadas o «protegidas». En el *Manual del oficial en Marruecos*, Esteban Calderón, tras un repaso a las características de la población, historia, costumbres, comercio y agriculturas, agregaba un capítulo de «Voces y frases más necesarias para darse a entender en árabe» con el claro designio de asistir a una futura intervención colonizadora. Coincidiendo con la guerra de conquista del 59, Simonet subraya la utilidad de la aproximación al dialecto vulgar marroquí para el triunfo de nuestras armas. En cuanto a los *Rudimentos* del Padre Lerchundi, no tienen otro propósito sino facilitar el contacto del supuesto civilizador con los «indígenas»: es una obra al servicio del catequizador, no del pueblo catequizado, cuyo idioma, carácter, rasgos e historia son descritos, por ejemplo, en los *Diálogos* de Pedro del Castillo y Olivas, en términos despectivos o peyorativos... (7).

Sin llegar a los extremos de algunos poemas ensalzadores de la Cruzada anti-mora del siglo XIX recopilados con el *Romancero de la guerra de Africa*, la *Guía de la conversación española-árabe marroquí* de Reginaldo Ruiz Orsatti, impresa en 1901 por la Misión Católica de Tánger y dedicada al Enviado Extraordinario y ministro Plenipotenciario del Rey de España en Marruecos, ilustra perfectamente la manipulación interesada de los estudios árabes por parte de nuestros políticos y militares africanistas. En los breves diálogos que completan su exposición de la gramática y léxico del árabe dialectal marroquí apuntan a cada paso los objetivos estratégicos del agente colonial español hasta el punto de que algunos pasajes de aquellos parecen parte integrante de un tosco y casi humorístico manual de espionaje. Citaré unos cuantos ejemplos:

¿Qué se dice de nuevo?
¿Qué noticias hay?
¿Qué se dice por la ciudad?
No he oído nada.
No ocurre nada nuevo.
Se dice que...
¿Has oído o sabes algo sobre la sublevación de la cabila Z, y cuál es la causa?
Las sublevaciones de las cabilas están a la orden del día. En cuanto a las causas, las de siempre.
¿Es verdad que el ejército del Sultán ha salido victorioso en la lucha y que ha impuesto fuerte indemnización en hombres y dinero?
Danos noticias sobre el viaje del Sultán. ¿Cuándo llega a Rabat?
¿Y del incendio de anoche?
Unos dicen que fue casual y otros que intencionado. El Bajá ha mandado abrir una información y se espera que dé mucha luz. Por de pronto ya están detenidos unos cuantos sospechosos.»

A continuación, nuestro autor-aspirante a «joven de lenguas» en la legación de España en Marruecos– introduce algunas conversaciones destinadas a subrayar el atraso y anarquía reinantes en el país y sugerir, por implicación, la necesidad de una intervención exterior que lo arranquen a su desorden y somnolencia:

«¿Cuál es la ilustración de los marroquíes?
Su ilustración no es la de los europeos.
Lástima que tan hermoso país, de un suelo de fertilidad asombrosa, su clima tan sano, el subsuelo de una riqueza tan grande, no esté explotado por sus habitantes.
El principio político de sus gobernantes es que, cuanto más pobre es un país, más fácil es gobernarle.»

Discípulo aventajado de los orientalistas denunciados por Abdel Malek y Said, Ruiz Orsatti acepta sin pestañear los estereotipos racistas y etnocéntricos forjados durante siglos por los propagandistas anti-islámicos europeos. El marroquí que nos describe no es un ser de carne y hueso sino un arquetipo dotado de una «esencia» eterna e inmutable, cuyos vicios y virtudes –sobre todo sus vicios– le colocan muy por debajo de nosotros en la escala de valores culturales, éticos o simplemente humanos con la que el propio autor comulga:

El famoso cervato de Medina Azahara. «El prejuicio antiislámico no es privativo de España y abarca la totalidad del mundo europeo».

7. Pedro Martínez Montávez. «Sobre el aún desconocido arabismo español del siglo XIX». Este interesante trabajo se halla incluido en *Ensayos marginales de arabismo*, Madrid, 1977.

«Los orientalistas del siglo XIX abordan el conocimiento de las lenguas orientales como si se tratara de la expresión de civilizaciones muertas». En la fotografía, el Taj-Mahal.

«¿Puedes decirme algo sobre el carácter y naturaleza del moro marroquí?
El moro marroquí, siempre desconfiado con los cristianos, jamás dice lo que siente ni se compromete para nada.
Diferencia entre el moro del campo y el de la ciudad.
El moro campesino es lo contrario del urbano, siempre está en lucha con sus vecinos, que le roban el ganado y hasta las mujeres e hijas.
¿Qué es lo que más caracteriza al marroquí?
La condición más saliente del moro es su fanatismo religioso, aun cuando una buena parte de ellos no cumple con los preceptos del Corán, pero jactándose de seguir su doctrina.
¿Es rencoroso?
El espíritu de venganza está arraigado en ellos y no cejan hasta cumplir una venganza jurada.»

Arabistas o profanos, eruditos o simples aficionados, los viajeros europeos por el Maghreb o el Machrek contemplan por lo general el paisaje humano con telarañas interesadas o sucumben, en la hipótesis más favorable, a una seducción de lo exótico que no excluye, ni mucho menos, la conciencia de una engreída superioridad. Al decir esto y combatir los mitos y fantasmas negativos que envuelven nuestra percepción «occidental» de la cultura y sociedad árabes, no excluye no obstante en el plano artístico y literario, la elaboración de nuevos mitos, una mitogénesis en la que una serie de elementos irracionales actúen de forma liberadora y compensatoria, cuando menos para el lector europeo. Pero este componente *mitopoiético*, si quiere desempeñar un papel desalineador, debe evitar una polarización irreductible de los términos de la contradicción. En caso contrario, corre el riesgo de consolidarla aún en forma invertida, pasando así de la categoría de mito estimulante y dinámico a la de estático y muerto –una trampa que yo mismo no sé si he logrado sortear siempre con éxito.

Negar la oposición irreductible de los conceptos «Oriente» y «Occidente», desprendernos de nuestras telarañas, adoptar una perspectiva desinteresada, pero comprometida y abierta, observar esta sociedad musulmana en tantos aspectos afín a la nuestra con la ventaja que procuran la distancia y el conocimiento sería a mi entender la alternativa más válida. Dicha empresa de aproximación no puede llevarse a cabo sin un continuo y enérgico esfuerzo descentralizador: la idea tan arraigada en el europeo de que, puesto que la ciencia y técnica modernas que surgieron y arraigaron en su ámbito son indudablemente universales, cuanto sea europeo será asimismo válido a escala mundial, debe ser pasada por el tamiz de la experiencia y la reflexión (8). Ni nuestros valores son una panacea para todos los males ni las culturas más o menos ajenas a ellos merecen ser arrinconadas en un desván. Los interrogantes que hoy plantean ensayistas como Djait y Laroui, contribuyen decisivamente a «descentrarnos». Como escribe lúcidamente el primero, «en la esfera en que nos situamos, lo que destaca no es ya la confrontación de las civilizaciones entre sí, sino *la de cada una de ellas con la modernidad*. Y si hay una solidaridad capaz de fundar una aspiración verdaderamente universal, será la que una a todas las culturas, incluida la occidental, contra la modernidad incontrolada que las niega» (9). Occidente e Islam no son, pues, hoy los términos de una vieja disyuntiva, sino dos respuestas posibles y en cierto modo convergentes al desafío que suscita ese «progreso» allanador de civilizaciones y culturas que, como un Leviatán, apunta en nuestro horizonte cotidiano. ■ J. G.

8. Consúltese J. Needham, «Le dialogue entre l'Europe et l'Asie», en *Comprendre*, 1954, y «Christianity and the Asian Cultures», en *Theology*, 1962. *Apud*, Abdel Malek, art. cit.
9. Véase también H. Djait, *La personnalité et le devenir arabo-islamiques*, Paris, 1974.

Napoleón en Santa Elena

LA MUERTE LENTA

ROBERT STENUIT

EL destino de Europa, esbozado en el congreso de Viena, cristalizó como es sabido, el 18 de junio de 1815 en el célebre campo de batalla de Waterloo.

Pero, ¿se sabe la continuación? La huida del emperador derrotado y enfermo. Sus dilaciones. La tentación de reunir los restos de sus ejércitos y los regimientos que no habían intervenido en Waterloo. Sus dudas sobre la acogida que le dispensaría París. El interminable peregrinar de castillo en castillo por toda Francia. Sus entrevistas secretas con su hermano José, a quien confió los fondos enormes y más importantes que el oro: todas las cartas que le escribieron en los días de gloria sus «buenos primos» los soberanos de Europa. El proyecto de huir con él, el mayor de la familia, hacia la América libre; luego, la estancia en la isla de Aix para negociar finalmente su rendición a los ingleses, y el embarco voluntario en el H.M.S. *Bellerophon*, que iba a trasladarle a las costas de Inglaterra. Allí embarcaría en el *Northumberland*, que debería llevarle al fin del mundo, a esa isla de Santa Elena donde el Emperador expiraría el término de la larga agonía que fueron sus seis años de exilio...

Los «briars»

El 9 de agosto de 1815, el *Northumberland* y siete barcos de escolta abandonaron Inglaterra con el prisionero. El 14 de octubre, la mole oscura de la roca de Santa Elena aparecía por primera vez ante los anteojos del «General Buonaparte», como se empeñaban en llamarle aquellos a quienes se había rendido el Emperador.

Observó largamente los acantilados, negros, rojos, mellados, erizados de cañones, coronados de enormes cactos.

–No es un precioso lugar para vivir –dijo finalmente el emperador, apoyado en el brazo de Marchand, su ayuda de cámara–; mejor habría hecho quedándome en Egipto. Ahora sería emperador de todo el Oriente.

El *Northumberland* permaneció fondeado en la bahía de Jamestown toda la jornada del 15, mientras en tierra se afanaban preparando la llegada de los franceses. Anochecido, Napoleón y su séquito desembarcaban en Jamestown en medio de la curiosidad pegajosa de los habitantes. El primer paso en tierra de exilio lo dio Napoleón sobre el primer peldaño de una escalera: la que hoy es escalera central, todavía utilizada por los pescadores de atún (posteriormente se habilitaron otras dos, una a cada lado, en el mismo muelle). De allí, subió a pie hasta una puerta que se abría en la muralla de la fortificación; puerta hoy condenada (se encuentra cerca de las pistas de tenis, instaladas a lo largo de los fosos) y no, como se ha escrito a menudo equivocadamente, por la puerta actual, más espectacular desde luego, pero más reciente.

Así entró en la pobre posada donde, sin ninguna comodidad, iba a pasar la primera noche de exilio. La «Porteous Inn», en la parte baja de la calle principal, junto a un parque muy hermoso, había sido destruida por un incendio (en el solar que ocupaba se alza hoy una sala de cine). La posada fue alquilada por una semana para los prisioneros, en espera de que terminaran los trabajos de ampliación y acondicionamiento de la «Longwood House», residencia de ve-

Después de una noche de insomnio en una pobre posada, Napoleón emprendió la marcha a caballo por una calle que hoy lleva su nombre.

«El jardinero de Santa Elena», grabado de la Biblioteca Nacional francesa

rano del Lugarteniente Gobernador.

El 16 por la mañana, escoltado por el almirante Cockburn que le había traído en el *Northumberland*, Napoleón fue a caballo hasta la meseta de Longwood para ver su futura residencia. Se encontró, escribe Marchand, «con una vivienda sin sombra, sin agua, expuesta al viento del sudeste que la azotaba constantemente, y que en ese momento se dejaba sentir con violencia». Pero cuando descendía «medianamente encantado» de Longwood, donde el lugarteniente gobernador y Mrs. Skelton le habían invitado a almorzar muy cortésmente, Napoleón divisa un paisaje encantador, un valle resguardado de los vientos dominantes, abierto hacia el sur, una cañada verdeante refrescada por una cascada que cae pulverizando el agua desde un precipicio cortado por la erosión en forma de corazón. Era un parque, una hermosa propiedad, con todos los árboles de los trópicos, todas las flores, y todos los pájaros. Napoleón abandona el programa y convence a Cockburn para que se adelante con él hacia la sorprendida anfitriona. Mrs. Balcombe y sus sonrientes hijas les dispensan una acogida cariñosa. En seguida se da cuenta la anfitriona de que el ilustre prisionero preferiría mucho más instalarse en este lugar encantador que en la posada marinera de Jamestown. William Balcombe, atado al lecho por la gota, ofrece el punto su casa; pero el emperador sólo accede a utilizar un pabellón de verano, de construcción ligera, de estilo chino, en lo alto de un montículo, a escasa distancia del edificio principal.

A este pequeño y único recinto Marchand y el general conde Bertrand, gran mariscal traerán el eterno lecho de campaña, un lavabo de pie, y el estuche de tocador, de plata. Desde el día siguiente, el jefe de servicio Pierron y el cocinero Lepage organizan una cocina improvisada en una dependencia de la propiedad. Una tienda erigida amablemente por el comandante de la guarnición hace alternativamente de comedor y de gabinete de trabajo.

«Durante cerca de dos meses», escribe Gilbert Martineau, «Napoleón vivirá allí... lo que uno siente la tentación de llamar las horas rosa del exilio. El terrible impacto nervioso de Waterloo, la abdicación, la huida por el Oeste de Francia, se desdibujan bajo el efecto benefactor del olvido. La tranquilidad de esta morada, la deferencia cortés de Balcombe, la amabilidad de los hijos, el silencio del parque... actúan como una verdadera cura de reposo».

Y entre paseo y paseo, trabaja. Continúa dictándole a Las Cases sus «Campañas de Italia», iniciadas durante la travesía; después, acomete las «Campañas de Egipto», el «Consulado» y el «Regreso de la Isla de Elba». Después de cenar, le encanta reunirse con la familia Balcombe para pasar la velada con ellos. «Son buena gente», dirá él. Le encanta la lozanía de los hijos, sobre todo de la pequeña Betsy (que escribirá más tarde sus «Memorias»), y se convierte en un «viejo no guasón».

Pero durante este tiempo, el almirante Cockburn se ocupa de tender alrededor de Bonaparte una red de la que ya no saldrá. Cockburn había tomado el mando a su llegada a la isla, que pertenecía entonces, de hecho, a la Compañía Inglesa de la

India Oriental. Lo seguirá teniendo hasta la llegada esperada de un nuevo gobernador, Hudson Lowe; pero lo ejerce conjuntamente con el antiguo gobernador, el coronel Wilkes. La evasión de la isla de Elba no se puede repetir. ¡Bajo ningún concepto!. Está en juego la paz de Europa. Para custodiar a un solo prisionero, el almirante dispone de ocho compañías de infantería y un destacamento de artillería llegado en ■ convoy, además de seiscientos soldados y cincuenta oficiales de la compañía que constituye la guarnición normal de la isla. Sus órdenes son categóricas: «El general debe ■ constantemente acompañado por un oficial designado por el gobernador o el almirante... Cuando haya navíos en puerto, y durante el tiempo que estén a la vista, el general deberá permanecer confinado dentro de los límites vigilados por los centinelas... Se le notificará al general que toda tentativa de fuga significará la reclusión forzosa... Todas las cartas dirigidas al general ■ a las personas de su séquito deberán ser remitidas al almirante o al gobernador, antes de serles entregadas...».

Entretanto, los trabajos avanzan. Ya puede efectuarse la mudanza, anuncia pronto Cockburn. Napoleón protesta; aún no han terminado de pintar, los carpinteros del *Northumberland* no han acabado de ampliar y el aire retiembla con sus martillazos. No obstante, el 10 de diciembre debe hacer ■ equipaje. El almirante va a buscarle a los «Briars»; se despide de sus anfitriones, regala un estuche de oro con el sello imperial a M. Balcombe, Betsy solloza; Napoleón monta a caballo. Va a comenzar el verdadero exilio.

Longwood House

Cuando Napoleón se instala en Longwood House, todavía es un caserón destartalado, provisto a toda prisa de unos cuantos muebles que se han podido encontrar en la isla.

Se han construido con tablas unas cuantas habitaciones más para las cocinas y los criados. Los miembros de su séquito se alojan en cuerpos anejos al edificio; salvo el general Bertrand, Gran Mariscal, que irá a instalarse con la condesa Fanny y sus hijos a unos kilómetros de allí, en una casa rodeada de verdor. Marchand va a ocuparse de instalar los pocos muebles que han traído, los que siguieron al emperador en todos los campos de batalla de Europa. Colgará de las paredes los retratos de la familia imperial, y distribuirá sobre las cómodas la vajilla de plata y los candelabros.

El arreglo interior de la casa no terminará hasta julio de 1816.

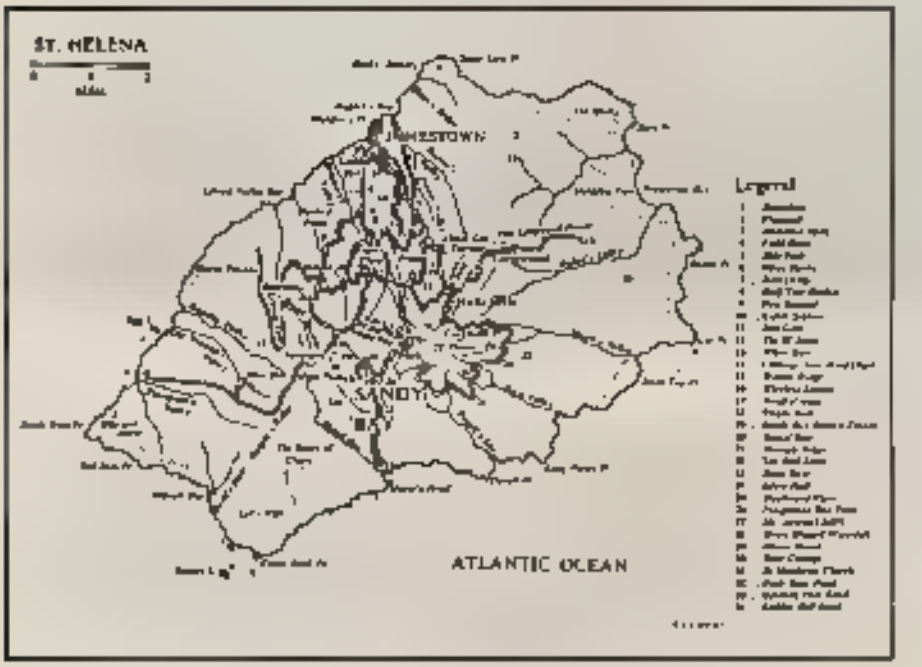
Desde este momento, la entrada a Longwood House, construida en forma de T, se efectúa por la pequeña terraza abovedada que da acceso a la antecámara-sala de billar. Es la habitación más grande y la más clara de la casa. La habitación siguiente, en fila, es el salón. Allí es donde el emperador, con cuidado protocolo, dará audiencia a las personalidades británicas de la isla y (mediante un pase del gobernador) personas de importancia que hacen escala en Santa Elena. No verá al gobernador más de seis veces. Después de la última entrevista, tormentosa, los dos hombres se dejarán de ver. El salón comunica con el comedor, pieza muy oscura que da acceso, a la derecha, al gabinete de trabajo, el cual comunica a su vez con la habitación de la esquina, que es ■ dormitorio de Napoleón. En el cuarto de baño contiguo está la gran bañera de cobre donde el exiliado pasará cada día varias horas de descanso, sumergido en agua caliente hasta el cuello. Unos sirvientes chinos entran el agua por la ventana, jarro tras jarro. El ayuda de cámara Marchand duerme arriba; pero cada noche, un criado de turno –alternativamente, Ali o Noverraz– duerme en la pequeña habitación contigua al cuarto de baño.

Los Montholon ocupan las habitaciones opuestas al dormitorio imperial. Después de su marcha, las convertirán en biblioteca. Menos afortunados, Las Cases y su hijo son relegados a arriba, a una especie de desván donde pasan las largas horas de la noche poniendo por escrito la crónica de los pequeños incidentes del día; como hacen, por otra parte, todos los miembros de la casa.

Exiliado en Londres durante la Revolución, y hasta entonces literato más menesteroso que ilustre, el conde de Las Cases, que fue capitán de navío y consejero de estado ocasional en 1814, vio al parecer en una estancia de trece meses junto al emperador en el exilio (será expulsado a fines de 1816) la posibilidad de escribir el reportaje de su vida. Publicado después de la muerte de Napoleón, ■ «Memorial de Santa Elena» le proporcionará holgura y celebridad.

■ conde Bertrand, ayuda de campo del emperador desde 1807 después Gran Mariscal de palacio, le ha seguido por fidelidad con su esposa la condesa Fanny y sus hijos.

El general Montholon y su esposa, la muy lozana y muy hermosa Albine, están allí también por fidelidad, o quizá porque se han comprometido demasiado durante los Cien Días para esperar cambiar de campo una vez más. También están esos rumores que corren con insistencia a propósito de la intimidad de Albine de Montholon con el emperador. ¿Es casualidad?



La isla de Santa Elena es una de las más aisladas del mundo; se encuentra ■ pleno Atlántico, a 16° latitud Sur; 50°45', longitud Oeste a 1.150 millas de la costa oeste africana y a más de 2.000 de Brasil.

El guarda-jardinero de Longwood muestra la cámara del Emperador.

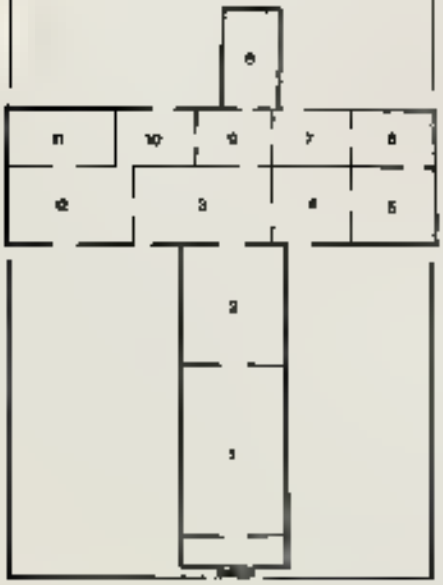
Las habitaciones de los Montholon se encuentran sólo separadas de las de Napoleón por la antecocina...

Por último, la suerte del general Gourgaud, está unida también, indisolublemente, a la del Emperador.

PLANO DE LONGWOOD HOUSE

Hoy museo del exilio. Arriba, las buhardillas estaban ocupadas por la servidumbre. Los miembros del séquito imperial se alojaban en su mayoría en cuerpos separados del edificio o, como en el caso del conde Bertrand, Gran Mariscal, a cierta distancia.

1. Sucesivamente: comedor, cuarto de trabajo, sala de billar y, posteriormente, antecámara.
2. Salón. Aquí es donde murió Napoleón.
3. Al principio biblioteca, luego, comedor (a partir de 1818).
4. Gabinete de trabajo, que hizo de capilla ardiente.
5. Dormitorio de Napoleón.
6. Cuarto de baño.
7. Dormitorio del ayuda de cámara Marchand.
8. Bodega.
9, 10, 11. Habitaciones de los Montholon.
12. Dormitorio de los Montholon; luego biblioteca (a partir de 1816).



Soldado excelente, Gourgaud está celosamente ligado a Napoleón, dolido incluso por el favor de que gozan los «nuevos» (Las Cases y los Montholon); abandonará Santa Elena en 1818.

Pero el hombre que más dará sin duda a Napoleón en el exilio, es el primer ayuda de cámara, Louis Marchand, muy joven aún, que está al servicio de la casa imperial desde 1811. En las Tullerías, en la Isla de Elba, durante los Cien Días, y finalmente en el exilio, su fidelidad es total. Será el criado solícito, el auxiliar, el sostén, el enfermero siempre servicial. En su testamento, Napoleón escribirá: «Los cuidados que me ha dispensado Marchand son los de un amigo».

Louis Etienne Saint-Denis, apodado Ali en recuerdo de un mameluco del mismo nombre que fue favorito del Emperador durante poco tiempo, completa, con el corso Cipriani, el círculo de subalternos fieles. Cipriani, ex espía, intrigará en Santa Elena. Morirá «de violentos dolores intestinales...» en circunstancias jamás aclaradas.

La vida cotidiana en Longwood House cae rápidamente en una especie de rutina. Los paseos a caballo o en calesa han durado poco tiempo; Napoleón soporta mal las molestias que implican, las autorizaciones que hay que pedir con antelación para poder alejarse. Así que se refugia en su trabajo. Dicta, lee, reorganiza sobre el papel los ejércitos, la enseñanza, la administración y el mundo entero.

Cuando hace buen tiempo, vestido de plantador, con sombrero y todo, Napoleón transforma su estado mayor en jardineros para crear alrededor de los edificios un parque que sustituya poco a poco el árido desierto del lugar. Pero cuando llegan las lluvias, cuando se forma la niebla invernal en la fría meseta, en la que los alisios del sudeste traen un aire marino cálido y cargado de humedad que en seguida se condensa, no puede hacer otra cosa que replegarse en sí mismo, esperar leyendo, tendido en un sofá, la hora de la cena. La cena es el momento importante del día. Se sirve con gran etiqueta sobre un servicio de Sèvres, en vajilla de plata, con cubiertos que ostentan el sello imperial, y a la luz de velas blancas en candelabros de plata dorada.

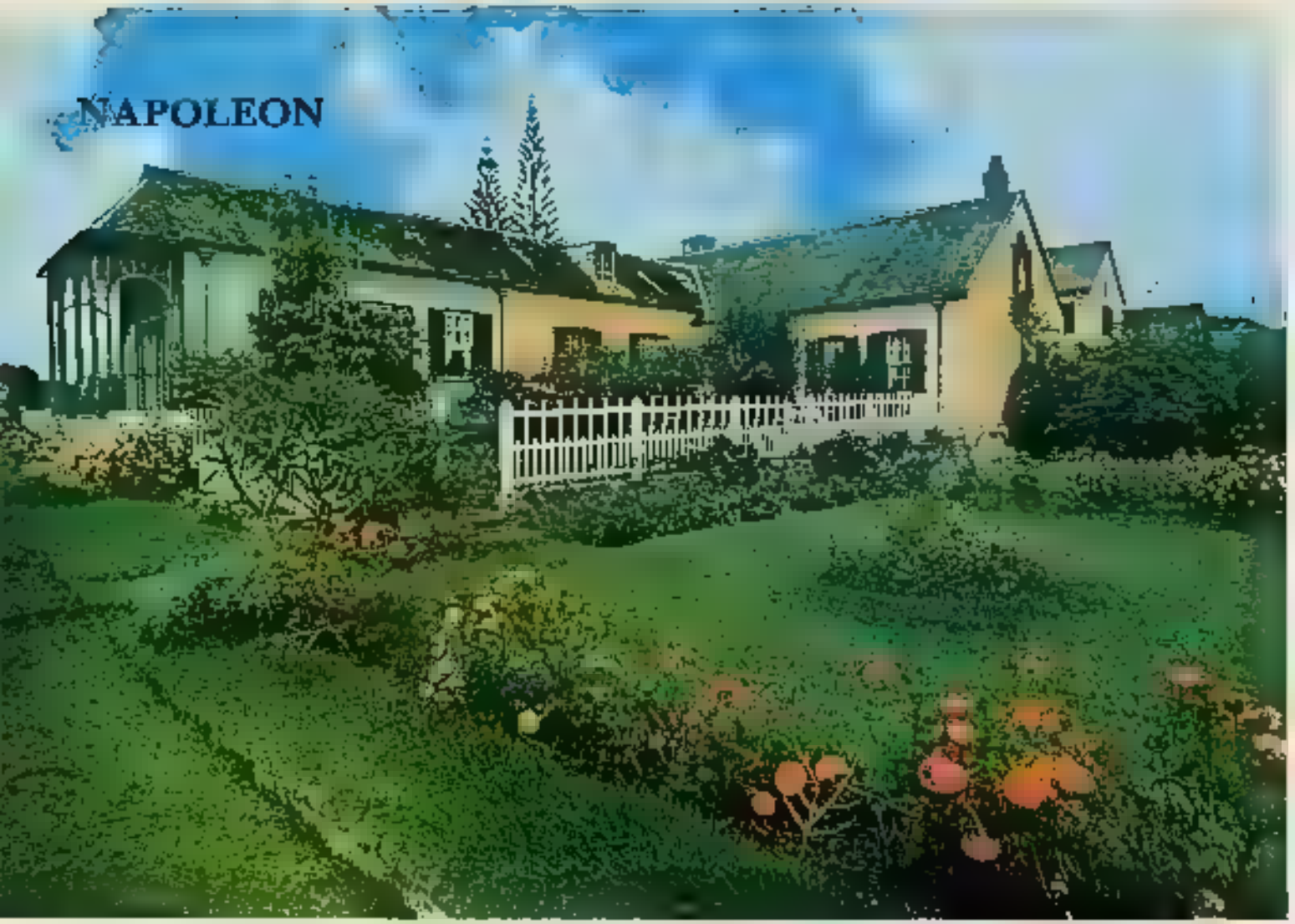
Después del café, siempre servido en el salón, y en otro servicio de manufactura de Sèvres, se empieza una partida de ciento o de ajedrez, a bien lee el emperador, a se habla incansablemente de todos los temas posibles.

Con el paso de los años, la monotonía de los días se verá cada vez menos rota por los paseos y las excursiones, que van reduciéndose a recorrer las alamedas del parque, exiguo, pero agradable, desde que los criados construyeron una pequeña glorieta con vistas al mar y un estanque donde crecen nenúfares. La inactividad forzada y los excesos de la mesa perjudican la salud de Napoleón. La humedad y los cambios rápidos de temperatura (desciende diez grados cuando se pone el sol), fueron causa de frecuentes catarros y un poco de reumatismo. En 1816, un ataque de disentería es atribuido a los vinos adulterados (colorantes y litargirio). En 1817, sufre un nuevo ataque; luego, en septiembre, se siente aquejado de debilidad, somnolencia e hinchazón de piernas. Pronto el doctor O'Méara diagnostica una hepatitis. Los remedios y los tratamientos no surten efecto.

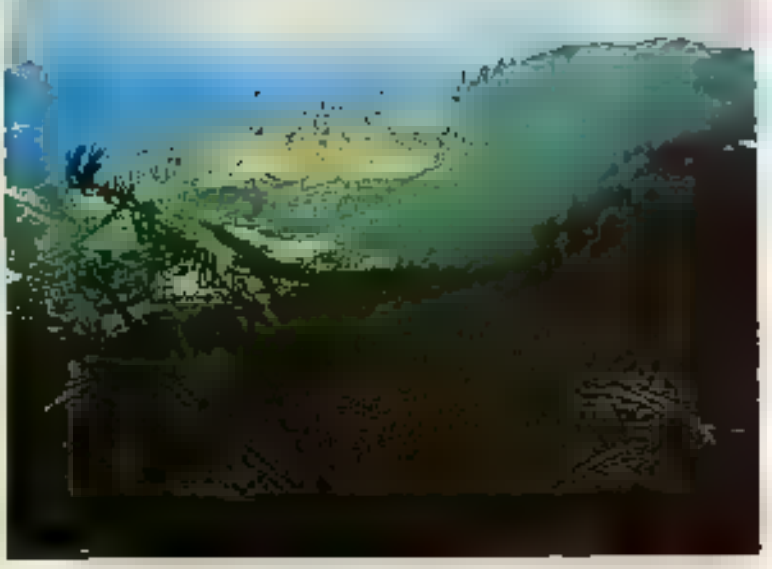
En 1818, O'Méara es expulsado de la isla, sospechoso de complicidad en alguna intriga de los franceses y acusado de exagerar, por motivos políticos, la gravedad de las indisposiciones del prisionero. Ahora bien, desde este momento, la hepatitis alcanza un estado agudo y se teme la aparición de una úlcera. El último diagnóstico del doctor O'Méara describe claramente un síndrome complejo de trastornos digestivos de origen psicológico.

En enero de 1819, un médico inglés confirma los temores de los allegados, a los que añade el del peligro inmediato de un ataque. En septiembre, «el enfermo está débil y sufre» (Bertrand). Por consejo de un nuevo médico, el doctor Antommarchi, Napoleón vuelve más regularmente a sus actividades de jardinero. Mejora,

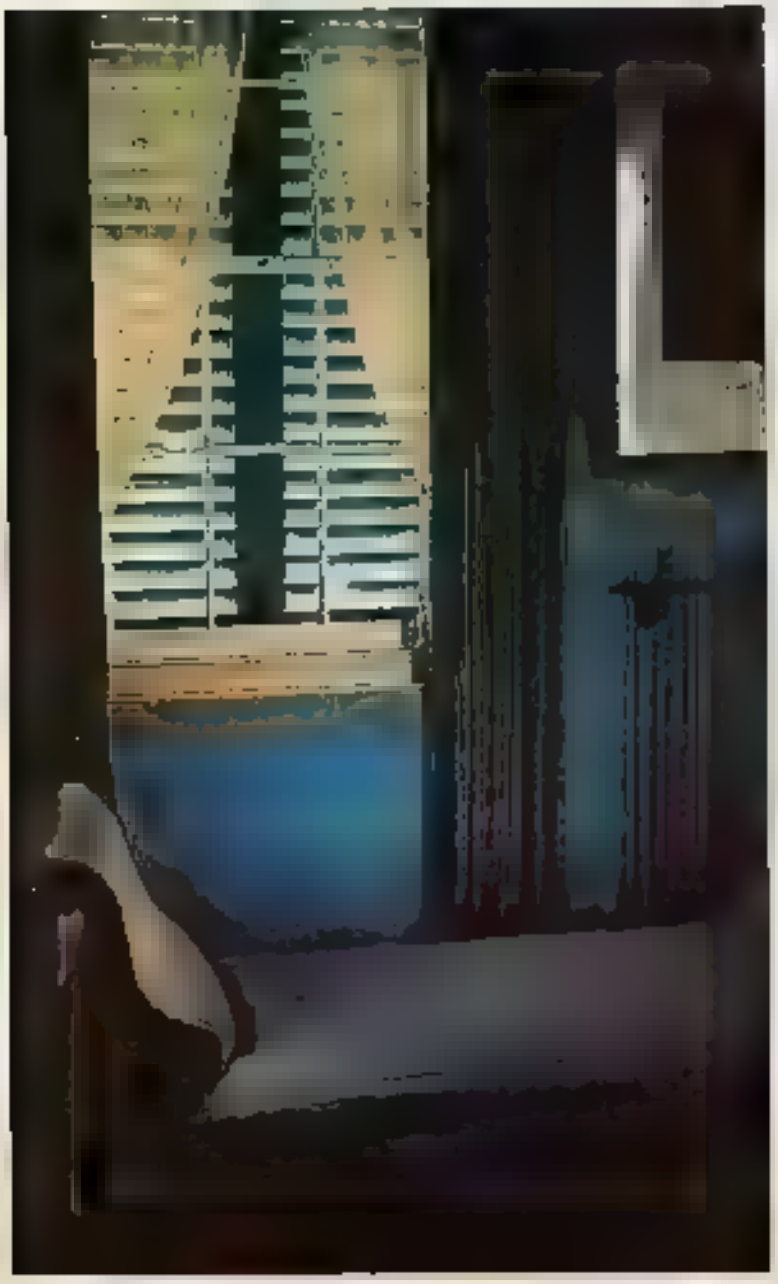
NAPOLEON



Arriba, Longwood House que a la llegada de Napoleón a Santa Elena era una «casucha miserable» situada en una meseta árida, azotada por los alisios. Los jardines que la rodean fueron creados por el Emperador. Abajo, a la izquierda, la antigua poterna del castillo de Jamestown, la capital de la isla, por donde entró Napoleón en octubre de 1815. No volvería a cruzarla con vida. Abajo, a la derecha, el comedor de Longwood House, hoy restaurado gracias a los cuidados del cónsulado Francia.



De izquierda a derecha y de arriba abajo: –El pabellón de los «Briars» (los «Escaramujos») donde el ex emperador pasó los primeros meses de su exilio. –Vista de la costa sur de la isla, al fondo «las puertas del caos» y el pan de azúcar llamado «la mujer de Lot». –Agujeros en las celosías efectuados por Napoleón para observar con sus gemelas tanto sentado como de pie, las idas y venidas de sus guardianes. –La tumba de «Sane Valley», hay una de las tres posesiones francesas en Santa Elena, junto con los «Briars» y Longwood House.



aunque no hace un recuento, y se contenta con supervisar y organizar el trabajo de todos. Pero en julio y luego en agosto de 1820 nuevas preocupaciones y nuevas tristezas van a minar su organismo. Georgiaud se ha marchado. Albert de Montholon se ha marchado. El gobernador inglés amenaza abiertamente expulsar al general Bertrand. Napoleón sufre fiebres violentas, tiene el hígado hinchado y casi no se alimenta. La digestión. 16 enero de 1821: vomita el cabo grueso y no puede tragar más que caldos. Aparentemente se cree que los síntomas son de un cáncer del aparato digestivo, más probablemente de origen psicosomático.

Pronto no retiene alimento alguno. El 25 de abril vomita sangre. Ahora bien: el sabe que su padre había muerto de un cáncer de pilorio, y que la enfermedad es hereditaria. Hace ya el testamento. El 1 de mayo sufre un ataque. El 3 recibe los sacramentos. El 5 muere en el pequeño salón con la mirada fija en el rey de Roma.

El Valle de la Tumba

Vendo a casa de los Bertrand Napoleón había sentido deseos un día de pasear por el pequeño valle que se extiende por debajo de la casa. En el fondo del valle brota un manantial de agua exquisita. Napoleón la prueba, y en adelante los criados chinos irán todos los días a traer dos garrafas para su mesa. Volverá a menudo a tomar el fresco bajo los tres sauces llorones que dan sombra a la fuente. Un día dirá a Bertrand:

–Si cuando muera mi cadáver está en manos de mis enemigos, lo depositaréis aquí.

Muerto Napoleón el 5 de mayo, es Bertrand quien organiza los funerales. El gobernador sir Hudson Lowe, accede al último deseo del exiliado. Los funerales se celebran el 9 de mayo. Oficia el abad Vignali. El acaid abandona Longwood en la calesa del Emperador transformada en coche fúnebre (hoy conservada en Los Inválidos). Los soldados del 20 regimiento le dan escolta. Bertrand y Montholon siguen a los restos mortales con los criados fieles y el gobernador de la isla, lady Lowe y los principales oficiales de la guarnición. Los honores que se le rinden son los que se deben a un oficial general, nada más. Sin embargo tres mil soldados se alinean a uno y otro lado del camino con el arma a la funerala, y a cada minuto, los cañones del buque insignia fondeado y los cañones de la batería de Hutt's Gate retumban lúgubremente.

Desde la carretera, el ataúd es llevado por veinticuatro soldados de la guarnición que se relevan en grupos de a ocho. El camino que toman, especialmente trazado para la ceremonia, es el que siguen hoy los visitantes que descienden de la carretera hacia la losa de la tumba.

Sobre la piedra que cubre la fosa, los generales Bertrand y Montholon querían que se grabase la palabra «Napoleón». El gobernador sir Hudson se opuso. Para él no podía ser más que «Napoleón Buonaparte». La losa quedó sin inscripción. Así contenta ho)

Transcurrieron diecinueve años. Luego, el príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe al mando de la fragata *La Belle Poule* fondeó en la bahía de Jamestown. De acuerdo con el gobernador británico viene a bus-

LAS POSESIONES FRANCESAS DE SANTA ELENA

A finales de 1815, un pequeño pabellón construido al estilo chino en una cañada serpenteante dio cobijo a los dos primeros meses de exilio del general «Buonaparte». El pabellón y la propiedad se llamaban los «Briars» (los «Escaramujos»). «Longwood House», en la meseta pelada y azotada por los alisios, iba a ser después, durante cerca de cinco años y medio, la húmeda prisión donde iba a extinguirse poco a poco la energía del gran vencido. Finalmente, el 9 de mayo de 1821, «Sane Valley» arropaba sus restos. El «Valle de la Tumba» iba a guardarlos cerca de veinte años bajo una loza anónima.

Hoy, estos tres lugares cargados de historia son propiedad de Francia. Las «Posesiones francesas de Santa Elena», en territorio británico, se encuentran en lo que se llama la «Colonia de la Corona de Santa Elena, Ascensión y Tristán da Cunha». Están administradas por el Ministerio de Asuntos Exteriores que tiene designado allí un cónsul, el cual ejerce igualmente las funciones de administrador de las Posesiones Nacionales y de conservador de «Longwood House», el museo del exilio, donde se ha podido reunir, con parte del mobiliario original encontrado, una colección muy lleña de muebles y objetos de la época, copias de documentos y objetos de arte. El actual cónsul de Francia, M. Gilbert Martineau, conservador meticuloso, es un especialista en historia del Imperio.

La isla de Santa Elena, una de las tierras emergidas más aisladas del mundo, se encuentra en plena Atlántico sur, a 16° latitud sur, 59° 45', longitud Oeste. Está a 1 150 millas de la costa oeste de Africa y a más de 3.000 millas de Brasil. La tierra más próxima es la isla de Ascensión, a 800 millas al noroeste.

La isla de Santa Elena tiene una longitud de 15 kilómetros y una anchura de 9. Cuenta con 5.500 habitantes, de los cuales varios centenares son «expatriados», funcionarios, empleados de la sociedad «Cable and Wireless Service» que cuidan de las comunicaciones de los Asuntos Exteriores británicos con Asia y Oriente. La mayoría de la población tiene mezcla de sangres, descienden de soldados ingleses, empleados ingleses de la compañía de la India Oriental, esclavos importados de Africa o de Madagascar, malayos, chinos o indonesios traídos por sus especialidades profesionales, etc.

Cuando descubrieron la isla, el 21 de mayo de 1502, los portugueses guardaron secreto sobre su existencia durante ochenta años. La isla, situada en la ruta de retorno de las carracas que venían de las Indias Orientales, era un punto de escala ideal. Los portugueses, en habitarla, habían plantado árboles frutales, yerbas medicinales y legumbres. Habían soltado en las montañas cabras y cerdos que pronto se volvieron salvajes, de los cuales se aprovechaban en sus escalas. Descubierta por los ingleses y conocida por los holandeses, la isla se convirtió en campo de batalla. Ocupada por los holandeses, fue reconquistada por los ingleses en 1558. Después, entregada a la Compañía de la India Oriental, fue administrada por ésta como territorio privado hasta 1834, fecha en la que volvió a ser una posesión británica. Hoy es colonia de la Corona.

Hasta la apertura del canal de Suez, más de mil quinientos navíos hacían escala anualmente en la isla de Santa Elena para hacer aguada, cargar carbón y provisiones. Después de la apertura del canal, la isla ha perdido toda importancia comercial o militar.

No hay aeropuerto en la isla; las comunicaciones marítimas con Inglaterra y Ciudad del Cabo son raras y están reservadas por prioridad a los habitantes.■

El cenador del jardín de Longwood, a donde al Emperador le gustaba ir

car los restos mortales del Emperador. Las autoridades inglesas se encargan de la exhumación «La emoción comenzó a embargarnos a todos cuando vimos descender lentamente el ataúd desde la montaña, acompañado por el tronar del cañón, escoltado por la infantería inglesa, con el arma a la funerala, tocando la música... El general Middelmore me hizo entrega del cadáver, y el ataúd fue bajado a la chalupa de *La Belle Poule*, que entonces se puso en marcha hacia el barco. Fue un momento muy hermoso. A una puesta de sol magnífica le sucedió un crepúsculo de profunda calma. Las autoridades y tropas inglesas permanecían inmóviles, alineadas en la playa, mientras que el cañón de nuestros barcos efectuaba el saludo real. Yo iba a popa de mi chalupa, en donde tremolaba un soberbio pabellón tricolor bordado por las damas de Santa Elena. A mi lado se encontraban los generales (Bertrand y Gourgaud, que subieron a bordo de *La Belle Poule*), los oficiales superiores, el señor de Las Cases y mis mejores guardias completamente vestidos de blanco con el crespón en el brazo, con la cabeza descubierta como nosotros, bogaban con un silencio y una precisión admirables...» (Príncipe de Joinville, «Viejos Recuerdos»).

Al llegar a Cherburgo, el príncipe de Joinville recibe la orden de transportar el ataúd a un barco de vapor y conducirlo por el Sena hasta París. En los Inválidos, al fin, el rey acude a recibir el cadáver a la entrada de la nave. La protesta de Victor Hugo se había realizado «Majestad, volverán a vuestra capital...»

La adquisición de los dominios franceses

A la muerte de Napoleón, una vez regresados sus fieles a Francia, y recogidos piadosamente los objetos de Longwood por Bertrand y Montholon, o vendidos *in situ*, el edificio pasó nuevamente a ser propiedad de la Compañía de la India Oriental Inglesa, después, al ser estatalizada, lo fue de la Corona Británica. Fue arrendada a un granjero que la convirtió en una explotación agrícola. Se dice que una trilladora giraba en el salón del emperador, mientras que en su dormitorio se encerraban los carneros. Había que pagar tres chelines a los astutos negociantes para ver el Valle de la Tumba, propiedad privada.

Napoleón III puesto al corriente de este estado de cosas por oficiales de la Marina que habían hecho escala en Santa Elena, negoció con el gabinete británico la compra de los dos terrenos. En 1854 compró el Valle de la Tumba por 1.600 libras esterlinas. Longwood House, que había sido arrendada para muchos años todavía, no podía ser vendida mas que a cambio de una indemnización cuantiosa. Napoleón III mandó abonar la suma. Se asignó además un capital de 1.000 libras a la colonia para compensarla de la pérdida sufrida por la enajenación de Longwood. El importe de 7.100 libras, equivalente a 1.420.000 pesetas, aproximadamente, fue pagado al Tesoro británico a través de la Banca Rotschild, y la reina Victoria aprobó en consejo privado la renuncia de la Corona a los derechos sobre las propiedades, que fueron atribuidas a Napoleón III, no de Su Majestad el difunto emperador Napoleón I» (G. Martineau). Finalmente en 1858, el jefe de escuadrón de Rougemont, comandante de las residencias imperiales, tomaba posesión de las dos propiedades en nombre de Francia. Después de esta fecha, un representante francés se establece en la isla. En 1959, la bisnieta de William Balcombe, Dame Mabel Brookes-Balcombe, de nacionalidad australiana, volvió brevemente a Santa Elena para negociar con la compañía «Cable and Wireless», propietaria de todo el valle de los «Briars» la compra del pabellón y los jardines que lo rodean. Tan pronto como quedó firmada la escritura, Dame Mabel Brookes donó a Francia el pabellón de los «Briars». **R. S. (Traducción de Francisco Torres Olives).**

HONORE

El teatro busca una defensa en su institucionalización. En el Congreso Internacional que se celebró en Madrid (en la foto, la presidencia: Manuel Collado Alvarez, Cristóbal Halffter, el director general de Música y Teatro García Barquero, Janiz Warminski, Lauri Af Malmborg y María Paz Ballesteros) se presentaron muchas angustias y se pidieron muchas ayudas.

SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DEL TEATRO EN ESPAÑA

IGNACIO DE LA VARA

EL XIX Congreso Internacional del Teatro se ha celebrado en Madrid; y ha estado transido de la angustia española por este sistema de la expresión cultural que atraviesa una «situación deplorable», según el documento, de algunos delegados españoles: proponen «una serie de medidas de protección económica». En realidad hay dos grupos de problemas que afectan al teatro español. Uno de ellos es la precariedad de su existencia. El otro es la razón misma de su existencia. Hay quien se plantea si esas razones sobreviven o si en realidad han transmigrado a otros medios de expresión a los que podría seguirse llamando teatro, además de cine o televisión. Es decir, si la función de relatar una historia por medio de la representación, en la que estuviera implicada la sociedad y se viera reflejada en ella, tanto por la identificación individual con los personajes, como por la identificación colectiva con los problemas, y con una cierta capacidad de depuración, de examen de las situaciones por el ejemplo, no se siguiera realizando con otras técnicas que reciben otros nombre. Los profesionales del teatro en su forma clásica niegan esta eventualidad o esta tesis. Sin embargo, una gran parte de ellos han transmigrado también, como si estuvieran interiormente convencidos de que realizan el mismo oficio: los actores de teatro trabajan simultáneamente en el cine y la televisión; los autores lo intentan, y algunos lo consiguen, y los directores también. Bajo esa negativa a admitir que se trata de lo mismo hay un reconocimiento práctico de que se trata de lo mismo de una manera alotrópica. Los que no están ya en el cine o la televisión es porque no pueden, porque no son llamados o considerados. En lo cual, indudablemente, se comete un error; dicho de manera general. Porque a veces se llama a autores que no tienen nada que decir en televisión: y es porque tampoco tienen nada que decir en el teatro.

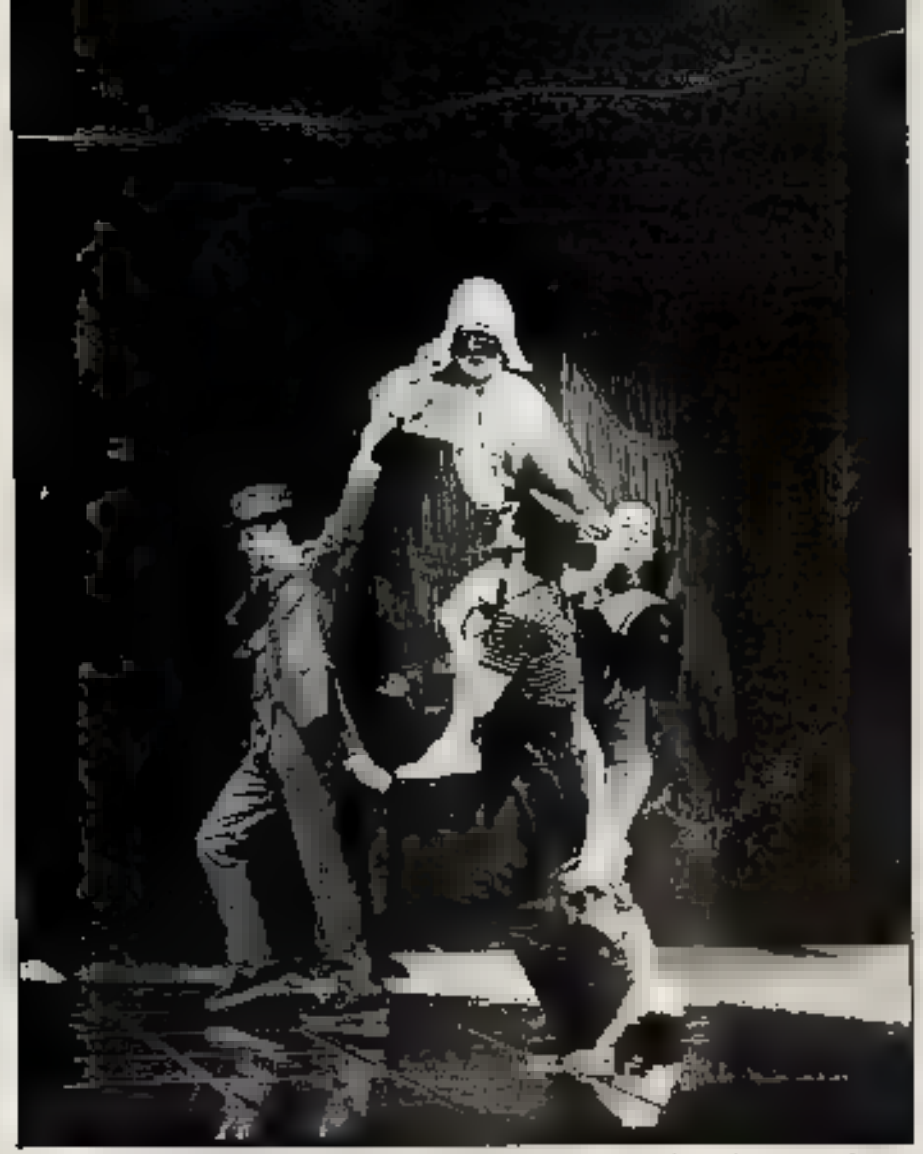
Si esta teoría de la transformación fuese enteramente válida, estaríamos asistiendo al final del teatro, en su forma clásica. Hay ejemplos algo tranquilizadores en otros países, donde el teatro vive y goza de buena salud al mismo tiempo que sus continuadores. Pero son países de abundancia cultural; este es un país de economía pobre en esa materia, y reduce sus gastos al mínimo. Dentro de las especializaciones, la cultura es indudablemente un todo. Los arqueólogos, los sociólogos, los sicólogos y algunos historiadores están de acuerdo en considerar que una cultura es una reunión o conjunto («assemblage») de objetos y de ideas que definen un tiempo y un espacio determinado. Alguien —el profesor Ronald Fletcher, catedrático de sociología en la Universidad de Nueva York— hizo un inventario de pequeños y grandes ejemplos que van unidos: herramientas, armas, casas; lugares de trabajo, oración, gobierno, recreo; obras de arte, sistemas de símbolos, creencias, ideas, percepciones estéticas, valores; instituciones, grupos, rituales, modos de organización. Son creaciones de un pueblo, a veces deliberadamente, a veces a través de imprevistas interconexiones y consecuencias, durante la acción de vivir dentro de sus condiciones particulares y transmitidas mediante cambios permanentes, de generación en generación. Más acá de esta amplitud de definición, y dentro de una hipótesis de trabajo más manejable, hay que considerar que los pueblos en los que vive el teatro en su forma tradicional son aquellos en los que hay una atracción simultánea por el cine y la

televisión; y no sólo por estas prolongaciones, sino por la pintura, por la música, por la lectura. Es decir, que la cultura no produce unas concurrencias, sino por el contrario es un factor multiplicador. En España, en cambio, se produce en forma de división, y muchas veces de resta. Es un problema de la pequeñez cultural del ciudadano y de su economía. Reduce sus inversiones mentales. No es frecuente –salvo excepciones– encontrar un escritor en un concierto, un músico en una exposición, un pintor en una librería, un actor en cualquiera de esos tres sitios. Si esto pasa con los hombres de cultura, es lógico que pase, en mayor medida, con los receptores.

La consecuencia de todo ello es que hay una especie de selección natural, de «struggle for life» a la manera de las primeras definiciones de Darwin: van sobreviviendo las formas más fuertes o más atractivas y van pereciendo otras para quienes es más difícil la adaptación al medio cambiante de la sociedad. Han muerto ya en España algunas de estas formas: el teatro lírico nacional –de la zarzuela al género chico–, la ópera, el ballet. No hay ninguna razón para que no muera también el teatro llamado dramático –o «de verso», como se decía antes– a menos que sepa transformarse. Hay probablemente una transformación de su función, como queda dicha antes, por las formas del cine y la televisión. Pero hay una forma de transformarse interiormente, sobreviviendo, y es trabajando dentro de su propia perceptiva. Los datos preceptivos del teatro, su diferenciación y su identificación, se concretan en una serie de valores propios. Uno de ellos es su capacidad superior de lenguaje que sus sucesores directos han disminuido en favor de la imagen; otro es su condición de algo que está sucediendo, que no se ha producido nunca de la misma manera y que nunca se producirá igual (es la razón misma del concierto y su disputa frente a la música grabada); la tercera es la de convocatoria de una asamblea, de un público que percibe simultáneamente las mismas emociones y que es capaz de condensar en una unidad sus sentimientos individuales (el cine no lo ha conseguido nunca, por razones quizá de su propia técnica; la televisión ni siquiera lo intenta). Curiosamente en razón de su propio pavor, el teatro ha ido abandonando su propia perceptiva. Ha descuidado el lenguaje en favor del espectáculo, ha deformado la espontaneidad del actor y su capacidad de desigualdad en razón de una escuela y de una dirección, ha convertido los elementos auxiliares –la escenografía, la música, las luces– en elementos de primer orden; y está dejando morir al autor, constreñido y obligado por empresarios, promotores, censores, directores, escenógrafos, iluminadores y otras clases de ténicos. Es decir, al verse en riesgo de ser suplantado por el cine, ha tratado de asumir las condiciones de trabajo del cine. Es decir, ha cometido el error de considerar la servidumbre del arte cinematográfico como la razón del éxito de ese arte. Es evidente que no podía ganar, y que ha entrado en una batalla a la que no estaba convocado.

En torno a este gran problema han surgido, inevitablemente, los problemas inmediatos: esto es, cómo sobrevivir. La sociedad ha ido abandonando el teatro que no respondía a sus necesidades en un momento en que el teatro había entrado, como consecuencia de su imitación y de su pavor, necesitaba de más dinero: se había encarecido. Quizá irremediablemente. Al mismo tiempo la imitación de sus profesionales por los del cine, y ni siquiera por los del cine español, sino por los del cine mítico, tenía otras exigencias. Había perdido la noción de que el teatro es un arte pobre: ahora y siempre. Y un arte de sacrificio. La forma de culmar la vanidad va por vías muy distintas de las que proporciona el dinero. En muchas ocasiones se ha confundido la creación de teatro con un trabajo como todos los demás; el trabajo también está en crisis en España. En consecuencia, la profesión teatral española está ahora en busca de dinero. Es capaz de aliarse con el diablo. Es decir, con el Estado. Son viejos enemigos. El Estado ha sido durante siglos y siglos perseguidor implacable del teatro, y no sólo de una manera general, sino minuciosa e individualmente de cada uno de sus productores; incluyendo, naturalmente, el Siglo de Oro. Algunas de las solicitudes de los firmantes de la propuesta redactada durante el Congreso Internacional de Madrid van claramente destinadas a pedir que cesen algunas formas de la persecución, que hoy se presenta de una manera más disfrazada, más oculta. Piden una «potenciación de la infraestructura teatral y una serie de medidas de fomento teatral con actualización del reglamento de Policía de espectáculos, estimulación de intercambios teatrales y potenciación a la investigación teatral y experimental», y que las medidas económicas –es decir, el reparto de algún dinero, de muy poco dinero, en forma de subvenciones– se haga de

Teatro pobre, pero con talento: «Tu estás loco, Briones», de Fermín Cabal, una visión del cambio político español desde una óptica de la izquierda.



Otra muestra de excelente teatro hecho sobre todo con inteligencia: «Antaviana», por el grupo catalán Dagoll-Dagom.

manera que no sea un equivalente de censura económica y burocrática» y que se pongan al día los preceptos del Código Penal y del de Justicia Militar relativos a la libertad de expresión. La traducción de todo esto es la de pedirle al Estado que tenga otro concepto de sí mismo. No parece, por el momento, muy posible. Si el Estado da algún dinero para el teatro –para que el teatro pueda continuar– es porque tiene un interés en que el teatro continúe dentro de lo que él mismo considera el bien común: el Estado recibe un dinero de la sociedad y lo administra devolviéndoselo a esa misma sociedad según su propia idea de lo que es necesario. Es indudable que el considera que ciertas obras son dañinas para la sociedad –y su concepto del daño es la pornografía, el escándalo, la exaltación de ideologías o de acciones que le parecen disolventes o contrarias a su modelo de sociedad– no sólo no lo va a subvencionar, sino que pondrá toda clase de obstáculos a su propagación, y entre esos obstáculos están los cogidos a los reglamentos. En determinados momentos de la vida del arte teatral, el Estado ha considerado como pornografía o escándalo la simple aparición de mujeres –las «actoras»– en un escenario; en otros ha estimado que el simple hecho del teatro era peligroso, y lo ha prohibido. A veces ha estimados que los sentimientos amorosos eran motivo de prohibición; y que sólo deberían autorizarse obras sobre vidas de santos. No tenemos ningún motivo concreto para pensar que la actuación del Estado sobre el teatro en el momento actual resulte menos reservada que entonces –dentro de la relatividad de proporciones de la vida actual– y que considere digno de premio y estímulo algo que está reflejando unas formas de vida y comportamiento de la sociedad de hoy que le parecen negativas para su concepto de bien común. Concepto que los creadores de teatro están en todo su derecho de rebatir, o de sustituir por otros. Piden al Estado libertad para exponer esos conceptos contradictorios; le piden, además, algún dinero. Es de temer que la concordancia en todo ello va a ser muy difícil. En otros países se ha conseguido algo, incluso bastante. Pero no hay que olvidar que el Estado español, o quienes lo representan, está todavía muy impregnado de una carga totalitaria muy antigua, de un paternalismo por la sociedad y de un sistema teológico de moral que no corresponde exactamente a los modelos de los Estados occidentales de hoy; y que incluso realiza un considerable esfuerzo para ponerse al día, pero sin gran éxito por el momento.

El círculo es más cerrado, más grave de lo que parece. El teatro ha ido perdiendo en los últimos años la adhesión de una mayoría; es decir, de un público. No del público que va a ver una determinada obra que le interesa, o que está de moda, sino del público de teatro; la reducción del espectro cultural del español lo ha ido dejando al margen. Cuando tuvo esa mayoría, se enfrentaba con ella al Estado; eran los espectadores de los corrales de comedia los que luchaban contra las prohibiciones. Sin ese amplio grupo de apoyo, que esgrimía frente al Estado, sus probabilidades de éxito en la lucha son muy reducidas, y tiene que buscar el pacto –que es lo que ahora se presenta como «ley de teatro», iniciada ya por la buena voluntad del director general, García Barquero y que tendrá, según su promesa, que contar con los profesionales para su redacción final, que ha de pasar por el Parlamento»; pero un pacto es la consecuencia de un equilibrio de fuerzas. Tendría, antes, que buscarlas. Esto es, tendría que naturalizarse, que encontrar su razón de ser en una sociedad. ¿Lo puede conseguir con la ayuda estatal? Difícilmente: terminará por hacer, más o menos disfrazado, un teatro de Estado. Pero no lo puede conseguir sin la ayuda estatal; es decir, sin el dinero para presentarse en sociedad.

La ruptura de ese círculo puede consistir en volver a un cierto teatro pobre de medios, pero rico de inteligencia: de la inteligencia específica, adecuada, para trabajar dentro del cuadro general de la cultura española. Quizá sea demasiado tarde, o demasiado pronto. La reflexión de los gentes de teatro debería ser, por lo menos al mismo tiempo que su airada y justa protesta por las coacciones del Estado, sobre sí misma, sobre su naturaleza, sobre su función en la vida. Están demasiado empavorecidos por la catástrofe como para pensar en ello. ■ J.V.

YO, DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU

AMNISTIA PARA EL CINE ANTIGUO

DIEGO GALAN

LE recuerdo vigilante, intransigente, temible. Era (y es) bajito, y muchos pensaban que quizás su altura le estimulaba a ser como era. Despotricaba contra todos, aseguraba que era el único puro, demostró que la defensa de alguna película americana suponía apoyar la penetración yanqui, el imperialismo que nos hundía. Había también otros críticos, bajitos o no, que escribían con idéntica pasión, exigiendo sangre. Defendían unas películas extrañas, casi anónimas, que florecían en catacumbas festivaleras o en locales oscuros: autores centroeuropeos o africanos cuyos nombres se olvidan en seguida, difíciles, retorcidos. Se nos hablaba de sus dificultades de producción, de las terribles tenazas con que las multinacionales ahogaban cualquier intento de independencia; demostraron, en fin que cualquier estudio de Hollywood nos engañaba con sus comedietas, nos hacía nazis con sus westerns. Inventaron la palabra alienación, y todos corrimos a escribirla ante el terror de los linotipistas que la confundían siempre. Revolucionaron las mínimas revistas especializadas.

AMNISTIA PARA EL CINE

Lo peor (o lo mejor, quién sabe) es que el bajito tenía razón. Ilia Ehrenburg en su famoso «Fábrica de sueños» había desvelado ya las trampas de Hollywood, los mecánicos sistemas de producción de sus películas; detrás de la presunta magia del cine se ocultaba una actividad industrial que lo tenía todo pensado y bien pensado, medido, previsto. La fascinación por una actriz, por cualquier estrella, era un buen medio para tragarse las ruedas de molino que nos confortaban ante la vida y nos hacía soñar con imposibles amores, con heroísmos absurdos, con literatura barata.

Todos los finales felices eran trampas que ocultaban la vida. Cierto es que muchos directores de aquel cine se veían obligados a adaptar sus películas a las exigencias de la censura, que los críticos avisados sabían leer entre líneas las auténticas intenciones del autor que, en todo caso, venían también muy bien descritas en las revistas francesas de turno que se habían dedicado a redescubrir a todos los autores americanos y autor era, según ellos, todo el que hubiera

El entusiasmo por las viejas formas hace perdonar lo imperdonable. Que la historia de «La mujer del cuadro» no sea más que una pesadilla del protagonista de hoy a la película un ligero carácter ridículo. Sin embargo, se defiende apasionadamente mientras no se toleran otras películas, generalmente españolas, que también por problemas de censura tuvieron que alterar su historia.

Las reposiciones de verano desenterraron viejas películas americanas. Hace años se decía que era consecuencia de la censura que impedía la exhibición de títulos actuales. Hoy sabemos que la razón es otra. No sólo las claras ventajas económicas de los distribuidores sino la «nueva» pasión por el cine clásico, el regreso a formas de lenguaje que nada tendrían que ver con nuestro tiempo. En la fotografía, «Los tres mosqueteros», de George Sidney.

Hay también reivindicaciones del cine de Juan de Orduña cuyo «saber hacer» se encuentra a la altura de los clásicos americanos. Al mismo tiempo, sin embargo, se juegan con violencia películas de hoy como si el simple paso de tiempo amnistiara la ausencia de auténtico interés de tantas y tantas películas viejas. En la fotografía, «El último cuplé».

El criterio de distribución de las multinacionales responde al cine que en todo momento quisieron proteger. Ni en los programas televisivos ni en las reposiciones comerciales aparecen películas de los «malditos» (como Eric Von Stroheim, en la fotografía). Se le dedican, sí, homenajes en programas comerciales pero sus películas siguen siendo una incógnita para varias generaciones de cinéfilos. Tampoco los videoadictos tienen sus películas en casa. La comercialización de títulos en este formato ignora, de momento, mucho buen cine recuperable.

hecho una película. Pero lo cierto es que nos venía que dar igual si el director había o no pretendido ofrecer lo que estábamos viendo. ¿Por qué había que dedicarse a defender lo que él mismo no ganó? ¿Por qué justificar que si «La mujer del cuadro» es un simple sueño de Edward G. Robinson es porque la censura no hubiese tolerado que los criminales quedaran libres? Lo cierto es que todo se reduce a un simple sueño y la historia, por lo tanto, es una tontería.

El crítico bajito, mordaz e impertinente, nos hacía sufrir en todo momento persiguiéndonos con sus discursos, acusándonos de no sé cuántas aberraciones burguesas. Desvelaba lo oculto, despreciaba lo que la derecha llamaba puesta en escena, sin dejarse hipnotizar por la habilidad de una narrativa que él sabía muy bien que era producto de mil artesanos trabajando intensamente en la industria de los sueños.

Dejé de verle. Era confuso todo. La verdad es que tenía razón, pero también era fascinante lo que él despreciaba. Lo había sido en la infancia cuando el cine ofrecía la única oportunidad de salir del aburrimiento y soñar con un futuro brillante. Al bajito se lo comió la sombra de revistas minimas que sólo él leía y escribía. Los demás, nos dedicamos a lo que pudimos.

Llegó la furia del video, la oportunidad de conservar en casa las películas preferidas de cada cual. ¿Qué diez títulos salvaría usted de la destrucción del mundo? «El Potemkin, el Kane, algún Stroheim destrozado»... El personal se arremolinó ante el nuevo aparato, emulando cada cual en conseguir para su casa el placer de contemplar una y mil veces la película ideal. Por placer, por afán de estudio, por simple competencia, se arremolinaron todos alrededor del aparato, intercambiando cintas, piratеando, grabando sin cesar lo que Televisión emite, más dueña ahora que nunca de nuestros horarios, de nuestros pocos ocios. ¡El video! Una revolución. Quién más y quien menos se lamenta de haber llegado tan mayor al invento prodigioso de haber perdido años de su vida sin gozar del mejor regalo para el cinéfilo.

Llamadas y reuniones para resucitar con entusiasmo aquel título trau-

AMNISTIA PARA EL CINE

Katharine Hepburn y John Wayne, figuras bien distintas en la historia del cine americano, no sólo por sus cualidades interpretativas sino por el cine que ambos propulsaron. Hoy, en la operación nostalgia del vídeo, se unen con idéntico entusiasmo, sin valorar positivamente sus diferencias. Se destaca la buena narrativa de las películas que interpretaron como si en «la fábrica de sueños» cupiera películas «mal hechas».

si fueran de ahora mismo, como si tuvieran fresco todavía el mensaje de su época. Intelectuales y famosos reivindican por su parte, su supuesta infancia perdida revuelta en imágenes de cine, nos hablan del erotismo mágico de aquella espantosa actriz, presumen de sociólogos comentando los peinados de Lana Turner, los pómulos de Gene Tierney, la ambigüedad de Tirone Power. Hace años, cuando las polémicas, sólo se interesaban por conocer las cifras del mercado, la penetración americana en España, la sumisión de nuestra artesanía ante la potente industria yanqui. Ahora, entre bromas y dicharacherías, resucitan lo muerto. El cine clásico ha vuelto.

Hemos caído todos en ello. Al parecer, son irresistibles las imágenes del ayer. La contradicción que antes había entre el ataque a la colonización y la defensa del buen saber hacer de los profesionales americanos no ha mejorado con la defensa, ahora, de las «aberraciones privadas». Se ha descubierto el abstracto talento de la industria. «Lo primero que hay que pedirle a una película es que esté bien hecha», dice el bajito. Y bien hecha es que muera el indio porque es malo, que el asesino siempre pierda, que la

En la recuperación de viejas películas se es, la más de las veces, indiscriminado. La fascinación por estrellas antiguas quiere hacer actuales películas que no pueden serlo. Los valores estéticos y morales que las impulsaron están hoy muertos y bien muertos. Al revalorizar las películas en exhibición masiva se hacen presentes de nuevo esos valores. Mientras tanto, mucho cine de hoy ■ despreciado por ■ responder a esos esquemas «fascinantes».

motivante de la infancia, aquel erotismo callado, aquella aventura que se mimetizó en juegos escolares. La revolución. Incluso el bajito, salido de lo oscuro, se dedica intensamente al coleccionismo, agrupando en su casa cuanta película le hace más alto, más rubio, más ligón.

Han pasado ya los años de las polémicas, de la agresividad entre revistas y grupos. Oímos que se había muerto Franco, votamos lo que votamos y cada uno ■ desencantó como pudo, descubrió la carrocez, dejó de entender las nuevas músicas, despreció la moda que no podía llevar... Sólo el vídeo une otra vez al mundo.

Y, de pronto, un día, descubrimos perplejos que los videoadictos rebuscan cielo y tierra para conseguir aquella vieja comedia americana que tanto nos había gustado de niños o aquel título de John Wayne que tanto habíamos despreciado de mijos. El bajito se ha vuelto clásico. Y dice ahora que si la narrativa, que si la síntesis, que si la doble lectura... Explica otra vez sus pasiones y nos vuelve a dejar asombrados. Sigue combatiendo pero para defender lo contrario. ■ viejo cine americano es el único que le relaja, que le anima. Está contento.

Y los cin■ comerciales reponen también (ahora en verano, sobre todo) las viejas películas clásicas como

Las reposiciones que realmente destacan películas cuya nueva visión es interesante —caso de «Espartaco», de Kubrick— no se molestan en ofrecer ahora versiones más íntegras de las que en su día aceptó la censura española. Se utiliza el mismo metraje, el mismo doblaje, repitiendo ■ *historia sin corregirla mínimamente.*

pobre se case con el rico como pasa a diario en la vida de verdad, que sólo el matrimonio da la felicidad, que el héroe sea de derechas, que, en fin, se nos cuente otra vez cuanto pensaron que debíamos pensar. El hijito se ríe ahora con esas viejas películas, seleccionándolas a su modo, emocionándose con sus muchos recuerdos.

Desprecia el cine español. Demasiada política, malos actores, diálogos rimbombantes, censura por todas partes. Puestos a reivindicar, sin embargo, no hay por qué rechazar a Juan de Orduña que si no rodó terremoto alguno como en «San Francisco» no dejo menos cosas en «El último cuplé». Mataba rojos (aunque no muchos) como Wayne indios. Demostraba también que estábamos en el mejor de los mundos posibles, que la mujer fiel era más guapa y sensible, que la justicia es justa y la disidencia condenable. Demostraba, en fin, lo mismo que la mayoría de las llamadas películas de consumo americanas ha venido demostrando a lo largo de su vida.

La fascinación no debe residir en el «mensaje» por lo tanto. Debe estar en otro sitio. En las bobas peripecias sentimentales de «Historias de Filadelfia», que si bien dicen que denuncian las represiones de aquella sociedad poco tienen que ver con la sensibilidad de la gente de hoy. Debe estar en la horterez de «El mayor espectáculo del mundo» donde De Mille nos inventa historias inverosímiles con decorados de asombro. Debe estar en las absurdas peripecias de «Con la muerte en los talones» que hay que ver, dicen, con mucho sentido del humor.

Cada lectura de rancias películas tienen ahora una nueva forma de verse. Dicen. Los videodictos, las almacenas, las acarician, las revisan. Ahí estamos todos, felices y raros.

La brevísima historia del cine como espectáculo no será probablemente más que un paso hacia otra comercialización de la imagen. Pero las películas pensadas para un día, aptas para un momento, quedan ya eternas gracias a la incondicionalidad de los nostálgicos, de los críticos hajitos de antes que, desencantados perdidos, han descubierto que es bueno lo que antes rechazaban, que se relajan ahora con lo que condenaron. Un bonito lío. ■ D.G.

Conversación con Antonio Gala

IMAGEN ESENCIAL DE UN ESCRITOR ANDALUZ

En el Diccionario Básico Espasa (tomo 3, que abarca de «engalle» a «laguna»), editado en Madrid el año 1980, dice así: «**Gala (Antonio).** *Dramaturgo y poeta español, n. en Córdoba en 1936. Cultiva el ensayo, la poesía y el género narrativo. Es autor de* **Enemigo íntimo**, *accésit del premio Adonáis (1959), y de las comedias dramáticas* **Los verdes campos del Edén**, *premio Calderón de la Barca (1963),* **El sol en el hormiguero**, **Los buenos días perdidos**, *premio Calderón de la Barca en 1972,* **Anillos para una dama** *(1973),* **Las citaras colgadas de los árboles**.»

Posteriormente a la salida del Diccionario, Antonio Gala ha estrenado «**Petra Regalado**» *y* «**La vieja señorita del paraíso**» *y publicado el libro* «**Charlas con Troylo**». *Los amantes de los perros adoran a Gala, y algunos enemigos de los perros (o acaso de Gala) le consideran un cursi, por esa forma de charla canina, que no es la forma de hablar de los animales de las fábulas ni tampoco la de Juan Ramón con Platero. Tiene muchas amigas, muchos admiradores y admiradoras que hacen suya la frase de Almotamid, quien decía que hay personas ante las cuales gustaba hacer silencio. Es un escritor extraordinariamente popular, famoso, que ha cruzado esa barrera entre lectores y no lectores, el círculo de tiza del círculo de lectores, es autor de éxito e incluso de mucho éxito. Le llaman de Cannes para ser jurado en el festival. Y de Sanlúcar de Barrameda para dar pregones. Y alguna señora le llevaría su perro para que le diera bendiciones...*

Por debajo de esa imagen, o por encima o al margen, Antonio Gala es un escritor que escribe. Un lector que relee a sus clásicos: a Rilke, a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa, a Cervantes... a Galdós. Que rechaza el que pongan su nombre a una escuela o a una cooperativa, y que a veces se siente agobiado por esta popularidad que hace que le llamen una y otra vez.

Vive en una casa tranquila y silenciosa, con un jardín donde hay un olivo que le ofreció Córdoba, y en el que juegan dos perros teckel, que le regalaron cuando murió el editado Troylo. Se llaman Zahira y Zegrí, una cordobesa y un granadino. Zahira es la floreciente, la Medina Zahira de Almanzor, frente a la florida Medina Zahara del califa. Zegrí, el enemigo de los abencerrajes. Nacieron, el día 23 de febrero. En el salón hay un ramo de rosas rojas recién cortadas y diez cuadros: un retrato de Gala, por Saínza, un paisaje de Vázquez Díaz, otro paisaje del siglo XIX... Varias mesas. En una, dos bandejas de plata: «En homenaje en el 7.º mes de "La vieja señorita del paraíso", Mary Carrillo»; «Querido Antonio, gracias por tus grandes palabras, Rocío Jurado»... Gala fuma tabaco canario Rex y viste de Antonio Gala. Es decir: camisa abierta con cadena de oro al cuello, el jersey colocado a lo manera de un chal, el bastón, el andar imperable con paso casi de minué, el hablar medido y la mirada inteligente y a veces maligna...

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Tú presentaste el Congreso de Cultura Andaluza en Córdoba, el 2 de abril de 1978, en la Mezquita. Y en el pregón decías que Andalucía es un conjunto de sabiduría, de austeridad, de patrimonio y de desdén. En ti, como andaluz, ¿cómo repartiríamos estas cuatro cualidades?

–Verás, la sabiduría me parece que la llevamos todos dentro. Que está en la masa de la sangre...

–¿Estos «andar» son los andaluces?

–Los andaluces, los andaluces... Creo que era esencial en el Congreso de Cultura Andaluza, que el Congreso (y ese ha sido su fallo y la razón de su caída) debería haber enamorado, literalmente, al pueblo andaluz. Porque la cultura andaluza está enraizada de una manera insospechada en la propia sangre popular. Es decir, se puede hacer un congreso, a lo mejor, de cultura catalana y repartir una serie de ponencias y luego fundirlas en un resultado. Pero en Andalucía no podía ser así, porque no es una cuestión de una cultura acrisolada en la burguesía o perfeccionada por la burguesía o recogida por ella. No, no. La cultura andaluza es absoluta y rigurosamente popular.

–Sí. Tú mismo has dicho que de todos los pueblos de España, Andalucía es el que es más pueblo.

–Sí. Es el más pueblo y probablemente el más culto. Entonces, y volvemos a lo que tú me preguntabas antes, quizá la sabiduría, esa sabiduría última del ser humano, su actitud ante la vida y ante la muerte, ante el amor, ante los grandes temas... Y me parece que eso lo llevamos todos los andaluces dentro. Nos apartaremos de esa sabiduría más, cuanto menos andaluces seamos o menos andaluces queramos ser.

–¿Y lo austeridad?

–La austeridad en mí es muy importante. Yo soy extraordinariamente austero. Creo que estoy rodeado de cosas siempre, de muchas cosas, pero todas son prescindibles. Yo hago un poco mía esa frase que me parece tan hermosa.

–De Juan Ramón.

–De San Francisco de Asís, que decía él (que la contrafigura de toda esa civilización de consumo, que de alguna manera nosotros si no hemos aportado sí toleramos; ni no aplaudimos, sí consentimos). Y dice: «Yo necesito muy pequeñas cosas y las pequeñas que necesito las necesito muy poco.» Es verdad, yo necesito muy pocas.

–Lo que te iba a decir de Juan Ramón es en serio: «Qué quietas están las cosas y qué bien se está con ellas.» ¿Y el desdén?

–Soy también desdeñoso, en el sentido de que, por ejemplo, jamás he buscado el éxito por una razón: porque no me sirve. El éxito, para mí, no me modifica esencialmente, es algo externo, es como una especie de chaqueta de sport que me puede estar mejor o peor, pero que son los otros los que me dicen «que bien te sienta». Yo, cuando trabajo, lo hago en mangas de camisa, me tengo que quitar esa chaqueta de sport del éxito. No me afecta para nada. Ni el éxito ni lo contrario. Es decir: soy muy poco permeable a la crítica; a la crítica en un sentido estricto, hay buenas y malas críticas. Lo que sucede es que en este país somos tan dados a la mala crítica que identificamos ya crítica con mala crítica.

–El éxito, a ti, te ha llegado muy joven. Tu primer estreno fue el de «Los verdes campos del Edén», en 1963 premio Calderón de la Barca.

–A lo mejor es que yo estoy acostumbrado al éxito, y a lo mejor necesitaría no tenerlo para comprobar la certeza de lo que digo. Me parece que no me afecta esencialmente. Yo tengo una clara idea de qué mi trabajo es mi trabajo. Lo que me recompensa de él, es el hecho de hacerlo y no el resultado que pueda obtener luego. Por eso digo que soy, en el fondo, desdeñoso. Desdeñoso, que es distinto de soberbio o de vanidoso o de orgulloso. El desdén no tiene nada que ver con eso. Es una calidad distinta.

–Vamos con la parsimonia.

–En cuanto a la parsimonia, quizá yo no tengo tanta. Quizá es de lo que menos tengo. Los andaluces sí suelen ser más parsimoniosos, que es lo que lleva a la indolencia... ¡o a la pereza, yo no lo tengo miedo a la palabra! Yo creo que puede emplearse porque es la concreción de esa actitud andaluza, que es exactamente lo contrario del «way of life» norteamericano, que el sueño americano al andaluz no le interesa, aunque se lo regalaran no lo querría.

–El «americacan way of life» es un poco bulla ¿verdad?

–Es un poco bullanga, sí.

–La palabra indolencia es más bonita que pereza. Cernuda tiene un hermoso relato que se llama «El indolente»...

–¡Pero no me importa que se llama pereza!, porque meramente es la disminución de las necesidades con tal de disminuir el esfuerzo, la fatiga que necesita la satisfacción de esas necesidades. Eso me parece una actitud muy sabia, extraordinariamente culta, extraordinariamente de vuelta. Me parece que la vida es muy importante, porque es lo único que tenemos, y por tanto hay que trabajar para vivir... ¡Pero, vamos, es tan terrible vivir para trabajar! Eso es necio, completamente. Entonces Andalucía se ha dado en seguida cuenta... Ni siquiera se ha dado cuenta: ella lo representa, la cultura sureña es representa, que

Con sus nuevos perros, los teckel Zahira y Zegrí, en el jardín de su casa.

adorar al becerro de oro ■ una idiotez, pero adorar al oro del becerro eso ya es la máxima idiotez.

–Hum. Vamos a seguir con Andalucía. Tú sabes que ahora se está debatiendo en las Cortes el proyecto de Estatuto de Autonomía para Andalucía ¿tienes alguna noticia?

–No. No sé nada. He leído esta mañana que iba a ser necesario hacer una segunda lectura, pero no sé a qué lectura se refiere.

–Lo traigo yo aquí, el proyecto.

–Le has echado una hojeada tú?

–No. Todavía no he podido. Pero quédate con él, si quieres, yo cogeré otro ejemplar.

–Sí. Me interesaría porque tengo yo que escribir sobre esto.

La poesía, vía de conocimiento

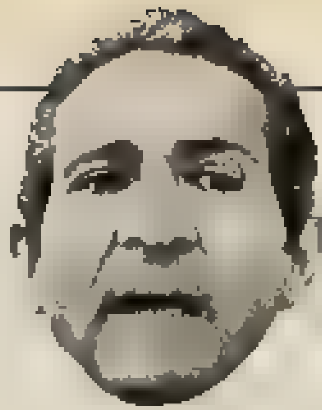
Ahora salimos de Andalucía. Escribiste una vez: «El Diccionario de la Real Academia tiene de la cultura, como de otras muchas cosas, un concepto muy parco.» ¿A ti no te han sondeado para que entraras en la Academia?

–Sí. Ha habido ocasiones. Pero no tengo yo mucha prisa en entrar. Es lógico que un escritor vaya a la Academia, más lógico que que vaya un capitán general o un almirante ¿no? Pero me parece que la Academia tiene necesidades muy justas, y a lo mejor un creador no es el primero que debe entrar. Debe entrar, quizás, un estudioso de la lengua o un gramático joven, o un especialista en determinados temas, que es la razón por la que entran algunos militares. Entonces, me parece que los creadores siempre tenemos más tiempo para entrar. No me quita el sueño el sillón de la Academia; quizá me lo da.

–Esta pregunta acaso es un poco absurda: si te sientes más poeta o más autor teatral... Tú te sientes escritor, lógicamente.

–Sí. Yo me siento escritor. Lo que sucede es que a mí me parece que la poesía es una vía de conocimiento. Es la más clara vía de conocimiento de todos los géneros literarios. Y tengo una idea, que por otra parte no es nada original, y es que la poesía es «poiesis» (te digo que no es nada original, porque es una idea platónica). Poesía es creación. Todo lo que de alguna manera sea creación es poético. Y la poesía es como un líquido que toma la forma del recipiente en que se vierte. Hay poesía dramática, hay poesía del relato, hasta poesía de ensayo o de artículo periodístico. En ese caso yo me siento, sobre todo, poeta. Lo que sucede es que si no existe el ocio literario ■ poesía no cristaliza en el poema. Si existe una fisura, el gas de la poesía se escapa y lo tiñe todo de azul, pero no se concreta en la poesía de poema. Me parece, por otra parte, que todos o casi todos hemos llegado a la literatura a través de la poesía. Pero ahora para mí es tan respetable que no me atrevo a escribirla. Me parece que yo escribiré, o volveré a escribir, poesía quizá cuando haya visto todas las ciudades que tenga que ver, toda la gente que tengo que tratar y vivido todo lo que tengo que vivir. Quizá al final pueda escribir poemas con más sabiduría. Porque, claro, decir en un poema «que guapa está la señorita Julita en medio de sus geranios» eso

Vestido con el uniforme de Gala: cadena al cuello, jersey a manera de toquilla o chal, el bastón (uno de los muchos bastones)... «Eso forma parte también de mi prisma.»



no le importa a nadie, ni siquiera a la señorita Julita.

–Pero tú has publicado ahora unos sonetos. Te escuché uno de ellos.

–El de Granada. Es una edición muy reducida, los sonetos de la Zubia, «*Once sonetos de la Zubia*». Quizá publique los sonetos enteros. Y algún otro libro, que hay escrito, porque realmente he estado escribiendo poesía estos años.

–¿Y el teatro?

–Hombre de teatro yo no soy. Escribo teatro y me encuentro cómodo escribiéndolo. Y creo que tengo la obligación de escribirlo, porque tampoco hay tanta gente. Como decía Santa Teresa: «No somos tantos los amantes de Dios como para no hacernos espaldas los unos a los otros.» Pero me parece que podría dejar de escribir teatro, sin que me pasara nada. E incluso sin que le pasara nada al teatro. Por tanto esa necesidad no la siento tanto. No como esa necesidad de escribir, que verdaderamente para mí es vital.

–¿Y el periodismo?

–El periodismo yo empecé a cultivarlo, como escritura y colaboración periódica, no hace mucho tiempo, hacia el año 1973 en «*Sábado Gráfico*». Y me encontraba bien... Me encontraba cómodo y, sobre todo, me parecía que tenía una fluidez de contacto con los lectores que he seguido manteniendo por eso. Un contacto semanal, inmediato contacto que ni siquiera el teatro lo tiene. Porque se habla de una inmediatividad, de una rapidez de contacto entre el autor y los espectadores; pero, claro, necesita los intermediarios siempre... Como, claro, pues la diferencia que hay de un teatro-texto literario a teatro-espectáculo. El teatro-texto se transforma en teatro-pretexto para hacer luego el espectáculo y ponerlo de pie en la escena.

–También el tratamiento.

–Los temas que tratas en teatro tienes que tratarlo de una manera más olímpica, con una actualidad menos rabiosa. Yo incluso hasta en los artículos de periódico no trato la actualidad rabiosa, porque siempre temo que me contagie su hidrofobia.

Los estudios

Vamos a hablar un poco de tu biografía, si te parece. Tú naciste en Córdoba en 1936...

–En el año treinta y seis.

–¿Qué día y qué mes?

–El 2 de octubre, Libra.

–Vaya.

–Eso que se lleva ahora tanto hablar de los signos. Soy Libra, pero no sé si respondo a las características que dicen que tienen que tener los Libra.

–Yo del Zodiaco no entiendo nada. Sólo que soy Sagitario.

–Por lo visto en relación con Libra son bastante amigos. Los amigos de Libra, según creo, son Leo, Cáncer, Sagitario y Acuario.

–Pues muy bien.

(Y nos reímos).

–Pero te digo que acepto esto de una manera cauta... Tampoco es que se pueda despreciar la astrología. Se puede despreciar cuando sólo se tiene en cuenta el día en que has nacido. No creo que yo sea igual que Brigitte Bardot porque hayamos nacido el mismo día de octubre... Pero claro, por lo visto, te influyen las casas dominantes, los ascendentes y...

–¿El mismo día que Brigitte Bardot naciste tú, pero el mismo año también?

–El mismo día, pero no el año.

–Yo nací el mismo día que Pérez-Llorca, y ahí tienes a Pérez-Llorca de ministro.

–Sí, ya ves: hay destinos peores.

–Ja, ja, ja...

–Tú debes estar contento: hay destinos peores.

–También nací el mismo día que Mark Twain y Jonathan Swift.

–Eso no está mal. Te va mejor.

–Vosotros ¿cuántos hermanos sois?; ¿tú eres hijo único?

–No. Somos cuatro hermanos. Hay una chica, que es la mayor de todos y madre de diez hijos; una mujer espléndida, espléndido ser humano. Y luego hay dos chicos, de carreras muy brillantes: uno es ingeniero aeronáutico y el otro es traumatólogo, tan bueno que yo creo que es taumaturgo, es el único que vive en Córdoba...

–Tú estás en Córdoba hasta que empiezas a estudiar la carrera, Derecho...

–Sí. Yo hago el bachillerato en Córdoba. Y luego ya me examino en Sevilla de esa terrible...

–¡El examen de estado!

–Sí. La reválida esa que había... Donde conozco ya en el examen de estado, en que yo tenía sólo quince años (yo empecé la carrera con quince años, la carrera de Derecho, para simultanearla enseguida con la de Letras), conozco a los dos grandes hombres que influyen en mi adolescencia, aparte de mi padre que es el gran adorador y adorado...

–Jiménez Fernández, uno de ellos...

–No.

–Carande y Pelsmaeker...

–Carande y Cossío, que estaban en de alguna forma en el tribunal.

–El de examen de estado, sí. Pelsmaeker estaría allí de latín.

–Pelsmaeker estaba de literatura y entonces hizo algo terrible conmigo que fue obligarme a recitar en público «*El embargo*» de Gabriel y Galán.

–Eso no se lo has perdonado nunca.

–Jamás.

–Pero luego te llevaste muy bien con él.

–Luego hemos sido grandes amigos porque él quería que yo hiciera cátedra de Romano... Yo supongo que serví a la universidad de Sevilla de mascota, porque era un jovencillo muy... no empollón pero sí muy... bueno, sería idiota que no dijera que no era un alumno brillante, sería muy tonto...

–Eras no sólo brillante, sino brillantísimo.

–Sí, con un expediente radicalmente lleno de matrículas. Entonces me tenían... ¡como yo puedo tener a Zahira y a Zegrí, yo creo! Sólo que era listillo y les hacía mucha gracia. Y entonces querían todos que hiciera cátedras. Yo tenía una clara y decidida predestinación de pedagogía, pero yo no tuve nunca vocación pedagógica. Yo no me he atrevido a enseñarle nunca nada a nadie; supongo que si alguien ha aprendido algo de mí, habrá sido a mi pesar y porque hemos estado hablando y a lo mejor se me ha caído algo por descuido, pero nunca he tenido vocación de enseñar.

–Carande fue profesor tuyo.

–Carande fue. Yo he tenido una carta de él hace muy pocos días. Una carta absolutamente maravillosa y estimulante...

–Tiene noventa y siete años ya...

–Sí, noventa y siete. Y me decía: «Querido Tácito», empezaba la carta, porque me daba... (no tenemos una relación frecuente, pero nos queremos mucho y yo lo admiro profunda y hondamente, como ser humano) y me daba la enhorabuena por un artículo de «*El País*», que se llamaba «El caballo de Espartero».

ANTONIO GALA

España: de más y de menos

–Es curioso que dos de los más grandes andaluces que ha habido últimamente (Caro Baroja y Gossio) que uno nació en Palencia y otro en Valladolid. Esto demuestra un poco la capacidad integradora que tiene Andalucía.

–Es que Andalucía es este volverse. Este recibir, digerir e irradiar. Esa es la dinámica andaluza.

–Tú has dicho que es conquistadora de conquistadores.

–Claro, es que es así. Y la gente que se deja enamorar por Andalucía llega a amarla de tal manera que ningún andaluz puede realmente sentirse ni campeón de Andalucía ni encerrarse en Andalucía. Ultimamente ha habido una reacción muy rara de algunos escritores sevillanos que han... han insultado casi a los exiliados más o menos voluntarios, que vivimos en otras partes, desconociendo la clara vocación universal de Andalucía. Porque, vamos, siempre ha habido un andaluz en el sitio más recóndito del universo hablando de Andalucía y exhibiendo Andalucía...

–Te refieres a esto.

(Y le enseño un artículo suyo de «*El País*»: «Raza y razón», del día 8 de agosto de 1980, donde trataba el tema... Entonces se ríe.)

–¡Lo tienes todo previsto!

–Casi todo. Pero, bueno, este tema vamos a dejarlo ya, ¿no parece. ¡Allá cada cual! Al fin y al cabo ya creo que los andaluces nos sentimos más andaluces fuera que

–Eso me ha pasado a mí, al volver ahora de Cannes, cuando me he encontrado esta España otra vez tan tercermundista. Pensar que después de un homenaje a Buñuel en Cannes, al que no pudo asistir porque estaba bastante enfermo en México, nada más salir del homenaje me contaron lo del alpargatazo de Barcelona y yo me decía «¡Pero, bueno, estamos viendo todavía la película de Buñuel!» Esto es una cosa de ficción, la ficción del cine se está prolongando en la realidad, en España. Y luego al llegar aquí pues encuentras: restricciones de agua, epidemias atípicas, tiroteos por causas lingüísticas como el de Losantos... Y entonces tú dices «Pero, bueno, cómo es posible que yo haya elegido España siempre». Aunque no hubiera nacido en España hubiera elegido España, porque siempre se la elige desde fuera. En cuanto llegas de echarla de menos, casi en cuanto llegas, empiezas a echarla de más. Por todos estos datos terribles y acongojadores...

–Vamos a volver a tu vida universitaria. Después de la carrera ¿qué haces?

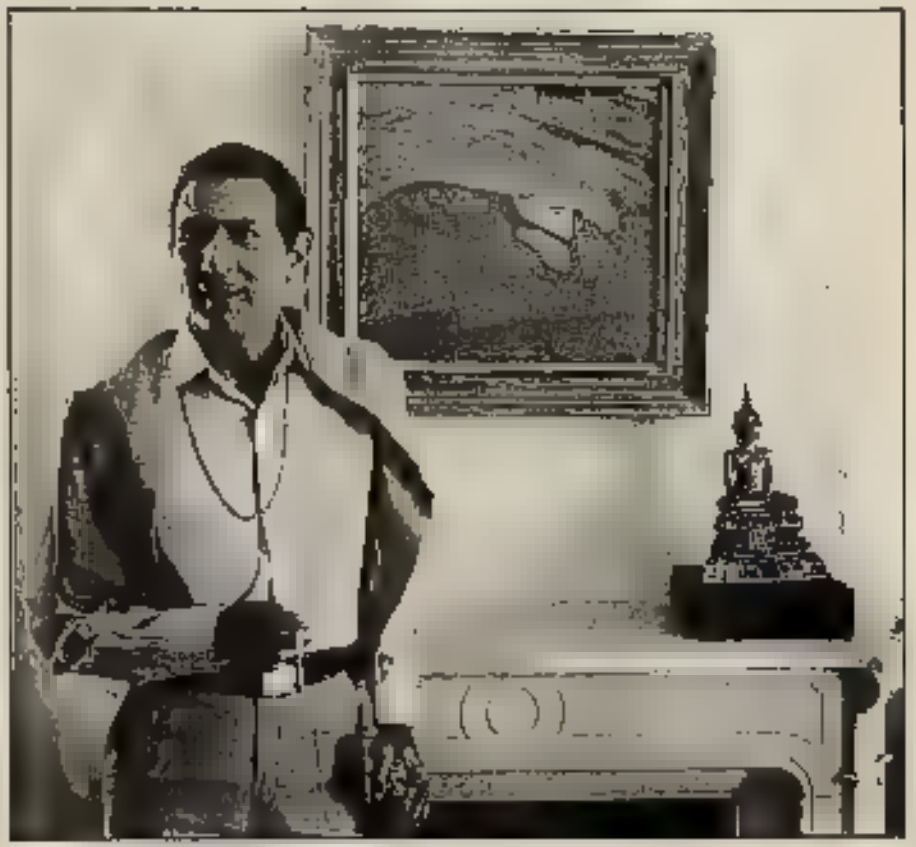
–Bueno, al mismo tiempo estaba haciendo Filosofía y, aquí en Madrid, Ciencias Políticas, que sólo se podía estudiar en Madrid...

–Ya, ya.

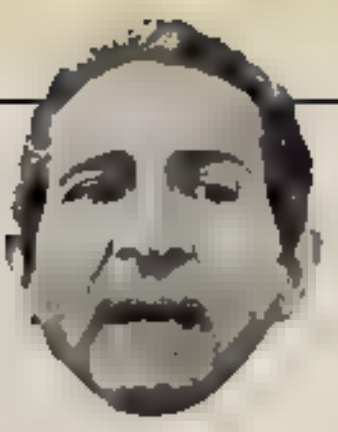
–Y entonces, de una manera salaz me puse a hacer oposiciones a la abogacía del Estado. Porque hay una persona en mi vida que es fundamental, que es mi padre. Yo creo que como todos los padres era un padre rígido y amante, al mismo tiempo. Era un hombre muy brillante, extraordinariamente lúcido, una de las inteligencias más claras que yo he conocido. Era un hombre que había hecho dejación de su propia vida. Había corrido ese riesgo y había incurrido en él: en el de delegar su propia vida ya en la de sus hijos, en abdicar de ella por la de sus hijos. Hizo un gran esfuerzo para que nosotros pudiéramos hacer lo que verdaderamente nos apetecía hacer. La casa era una casa intelectual y cada uno eligió sus carreras. El tenía lo de la abogacía del Estado muy metido entre ceja y ceja...

–¿A qué se dedicaba profesionalmente?

–Era médico... Y le parecía que eso debía ser algo magnífico: él debía de tener un concepto de los abogados del Estado muy semejante al de los beatos. Y entonces pues insistió y yo acepté. Me parecía que era una voluntad que yo debía cumplir. Y me puse a preparar oposiciones a abogado del Estado y cuando ya tenía aprobado el segundo ejercicio me di cuenta de que era ¡el horror!... De que verdaderamente yo no podía devolverle día a día mi vida a mi padre que, en efecto, me había dado la suya. Y hablé con él. Entonces tuve un «shock» muy grande y me parecía además que la única forma de convencerlo era renunciar a todo, no sólo



Ante un cuadro de Daniel Vázquez Díaz. «Yo –como San Francisco de Asís– necesito muy pocas cosas. Y las que necesito las necesito muy poco»... «Estoy rodeado de cosas siempre, pero todas son prescindibles.»



a la abogacía del Estado que ya prácticamente tenía en la mano, sino a todo lo demás. Y me fui a la Cartuja de Jerez.

Vida en la Cartuja

–Quizá el tiempo de la oposición me hizo enajenarme, me hizo apartarme de muchas cosas, me hizo meditativo, silencioso... Las oposiciones pueden ser destructivas. Pero, claro, tienen esa capacidad de lógica... De lógica dentro de la ilógica. Un cerebro que esté bien organizado no se deja invadir del todo por la oposición, pero sí la oposición lo pone en una especie de caldo de cultivo de meditación. Y entonces pues yo pensé que mi vida estaría muy bien apartada de todo eso, que podía ser la competividad... Yo creo que era una vocación no religiosa, era una vocación de actitud, más bien. Y me encontré muy a gusto en la Cartuja.

–¿Cuánto tiempo estuvo?

–Estuve alrededor de un año o una cosa así. Y entonces lo que sucede es que yo escribía en la Cartuja, seguía escribiendo poemas. Y entonces hubo una reunión en la Cartuja (había un prior, que sigue siendo, Luis María Bunuel, don Luis María el hijo del marqués de Bunuel) Y hubo un capítulo de familia y parece que decidieron que mi voz no era el silencio de la Cartuja. Cosa que me parece perfecta y eso habla muy bien de la Cartuja. Y me parece además que la Cartuja es la avanzadilla de la Iglesia católica y que me encuentro muy unido a ella por lo que tiene además de actitud oriental ante la vida. Porque claro la Cartuja es una orden. La única orden, que pone como lema «Non reformatam quia ad numquam deformatam». No ha habido necesidad de reformarla porque no estuvo deformada nunca. Entonces sigue con las mismas reglas y con los mismos cánones que cuando se fundó en el siglo XI. Y tiene esa actitud pasivo-activa de lo oriental y es realmente muy atractiva y misteriosa.

–Tu vida de escritor

–Lo que yo sabía desde el primer momentito es que yo era escritor. Cuando aquí se acerca algún joven que me dice «Yo quiero ser escritor», yo siento la tentación de ponerlo en la puerta de la calle, porque creo que nadie puede querer ser escritor. ¡El del escritor es un destino tan modesto. Porque a uno no se le ha traído aquí para que se sienta orgulloso o alegre de vivir, se le ha traído para que mire alrededor a cuente. Entonces la vida no es contar la vida. La vida es meterse en ella hasta los dientes. Y el escritor, muchas veces, es como un caballo de carreras que ha perdido su jinete y ni no sabe en qué está corriendo ni dónde está la meta y, sin embargo, se le exige seguir corriendo, ya no sabe ni dónde, ni hacia dónde, ni porqué razón. Entonces es un destino sumamente incómodo, uno acostumbra ya a colocarse la cruz donde menos le duele, ha cogido ya el tranquillo; pero, vamos, no es un destino muy agradable el de escritor. Tiene sus compensaciones en la creación, si uno acaba por crear y crear en la euforia, pero está lleno de dolores. Es decir, que para mí el escribir no es una vocación. Es un destino.

–Nace escritor

–Yo he nacido escritor. Y he nacido escritor bueno o malo, la calidad me indiferente, eso no tiene nada que ver, ni los resultados. Yo he nacido escritor, como he nacido con los ojos color de ojos y el pelo más o menos color de pelo. Y lo siento así y lo supe así desde el primer momento. Entonces no tenía tampoco urgencia por demostrarlo, porque dentro de mí eso ya estaba demostrado, no se necesitaba demostrar, mejor dicho. Es como una rosa que está ahí, no se demuestra, se muestra la rosa. Yo necesitaba mostrarme como escritor, pero no demostrarme puesto que yo sabía que lo era. Entonces no tenía prisa. Todas estas complacencias con la voluntad de mi padre, que aparentemente retrasaban el principio mío como escritor, no me sometían a tensiones. Estaba conforme con eso. Llegaría la hora. Lo mismo que había llegado el destino, pues el destino está claro que aparece. Yo creo que el genio no es alguien absolutamente diferente de los demás. Es alguien que quizá tiene un poco más de talento que los demás, pero sobre todo tiene una fuerza para imponerse y una concentración de esfuerzos, una dedicación a lo que va a hacer. Es la antidispersión el genio. Entonces no quiero decir que yo sea genio, quiero decir que lo que yo sí sabía era que puesto que se me había dado esa predestinación, digamos, o esa destinación, también se me darían las armas oportunas para cumplirla. Y el tiempo no era una de ellas. El tiempo no me parece que tampoco cuenta mucho.

Aparece la parsimonia

–O sea: que sí tiene más parsimonia de la que tú te crees

–Es verdad, es verdad, es verdad, ¡fíjate! No lo había pensado.

–Una parsimonia biográfica, digamos.

–No lo había pensado. Normalmente yo siento urgencia. Pero ahí, en esa urgencia trascendental, no la sentí.

–Tu parsimonia vino ahí

–Me parece, me parece una observación en que no había caído, y me parece una observación perfecta. En el más trascendental de los momentos quizá yo fui parsimonioso. Y supe esperar.

–Muy andaluz.

–Muy andaluz.

–Bueno, hemos vuelto a Andalucía, pero no volvamos otra vez. Vamos a recorrer un poco eso que se llama carrera de escritor. Empezas con el accésit del premio Adonais

–Con «Enemigo íntimo», sí.

–Esa es tu primera salida pública. Tu primera manifestación

–En Sevilla habíamos creado pues la revista «Aljibe». Yo había creado luego en Madrid, pero viviendo en Córdoba, la revista «Arquero para la poesía». En la revista «Aljibe» estaba Aquilino Duque y Bernardo Carande, por ejemplo. En la revista «Arquero» estaba Gloria Fuertes, que entonces escribía... ¡pues igual que ahora! Y tenía contactos con las revistas que entonces proliferaban mucho: con la revista gaditana de Fernando Quiñones, que se llamaba «Platero»; y con alguna otra revista. Y publicaba poemas. Pero quizá ese tipo de poemas que, infortunadamente, he desacreditado al principio de la conversación. El mismo «Enemigo íntimo» es un libro reflexivo, cuyo mayor valor pueda ser quizá que está escrito prácticamente a los diecisiete años y es un libro como de un mayor de edad, de una persona que está muy de vuelta de las cosas. Y, sobre todo, quizá lo interesante de «Enemigo íntimo» es que re-

ANTONIO GALA

viene y trata los dos grandes temas del amor y de la muerte, pero dándole la vuelta: considerando el amor como una frustración y a la muerte como una liberación.

–¿Qué tal sale?

–Entonces «*Enemigo íntimo*» surge y tiene una buena acogida, pero yo no me preocupo. Es decir, yo sigo sin asistir para nada a tertulias, el otro día hablábamos de las tertulias...

–Sí, sí.

–Jamás. Yo he vivido, en la primera casa que yo he tenido en Madrid estaba en calle Prim, número 13...

–Muy cerca del café Gijón.

–A veinte metros. Y yo recuerdo haber estado pues dos veces quizá en el Gijón y para desayunar. Nunca he estado en las tertulias literarias. Siempre he sido una especie de francotirador en la literatura. Siempre he hecho la guerra por mi cuenta. «*Enemigo íntimo*» tiene el valor fundamental de ser un libro infinitamente lírico e intimista en un momento en que la poesía era poesía social. Y «*Los verdes campos del Edén*» tiene el valor de ser una obra de teatro lírica, intimista y verbal, cuando las obras de teatro, casi todo el teatro, estaba abandonando la palabra y estaba más por la acción, por las luces, la expresividad de los gestos, todo el teatro nuevo. Es decir, yo he ido siempre un poco contracorriente.

–Tu teatro siempre es palabra.

–La primera duda de la compañía, que represente una comedia mía, es la palabra. Me parece que soy un escritor y no tengo otro hijo, otro don, otro medio, ni otra riqueza que dar que la palabra y me parece que la palabra es fundamental para mí ¡Para mí! Considero que el teatro lo es todo y que no hay nada que se pueda decir que sea mejor o peor, ni cuál es la vía acertada; pero sí me parece que, en mi caso, es la palabra. Y seguirá siendo la palabra la protagonista.

Andalucía es un conjunto de sabiduría, de austeridad, de desdén y de parsimonia y el «american way of life» un poco de bullanga...

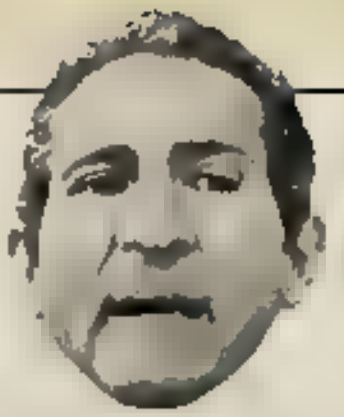
El amor y la muerte

–Decías antes que en «Enemigo íntimo» considerabas el amor como una frustración y la muerte como una liberación ¿Todavía sigues pensando igual?

–Eso era una postura muy adolescente, por otra parte. Podía ser una postura de principio de camino o de final de camino. Creo, en cualquier caso, que el amor no siempre es lo que deseamos que sea; es decir, que no amamos ni suficientemente ni quizá inteligentemente. Para mí el amor, que era antes lo más importante de la vida, ahora es una de las cosas más importantes de la vida. El trabajo para mí es muy importante ahora. Mi cumplimiento en el trabajo es muy importante: tanto que si no trabajo bien, y ahora estoy trabajando muy mal porque estoy lleno de sugestiones momentáneas (y Kierkegard con mucha razón decía que la buena educación del hombre es no dejarse llevar por sugestiones momentáneas)...

–Lamento que esta entrevista sea una de esas sugestiones...

–Pero me has dado una clave muy grande para mí, que es la parsimonia en esperar, que es un enriquecimiento muy grande. Y, por otra parte, este tipo de conversación nunca es una sugestión inválida. Lo que es inválido es que te pregunten cosas mucho más superficiales...



Por los bastones y...

–... y por los perros. Entonces tú dices: están aquí y los quiero, pero claro, no soy yo. Y tampoco quizá sea yo lo más importante, sino lo que de mí emana si algo emana, no sé...

–Hablemos del amor una vez más.

–Creo que el amor ahora es una de las cosas más importantes, pero está quizá por encima el trabajo. Y creo que el amor es una amistad con momentos eróticos. Me parece que eso es fundamental.

–¿Y la muerte?

La muerte es la conclusión lógica de la vida. Yo no le tengo en el mismo modo a la muerte. Entre otras cosas porque me he muerto una vez. Yo he sentido una muerte clínica una vez, y he pasado por ese trance. Tal como se dice además convencionalmente: ese túnel de luz, esa especie de proyección que pasa de tu vida ante tus ojos y que yo no la vi como una proyección, es cierto: no lo vi. Yo lo vi, exactamente, como una simultaneidad total: como un retablo gótico que tiene la historia de un santo en distintos niveles y en distintas imágenes y en distintas escenas, pero al mismo tiempo. Yo vi lo más importante así, del todo y no como una proyección sucesiva, sino inmediata.

–Y de qué fue la muerte clínica?

–La perforación séptica y extraña del duodeno.

–¿Y qué cosa es esta especie de salida del tiempo?

–Una presencia acogedora, que normalmente se identifica con el Creador, digamos, con ese recibimiento en el Gran Espíritu otra vez, yo la identifiqué más claramente con mi padre. Sucedió además el mismo día que había muerto mi padre. La perforación mía se produjo un once de mayo. Y yo vi la presencia luminosa de mi padre, la presencia tranquilizadora.

–¿De qué murió tu padre?

–De cáncer.

–A propósito de perros y bastones. Gran parte de la imagen del escritor es forzosamente esa imagen accesoria.

–Sí. Pero eso es lógico. La imagen esencial se da muy pocas veces. Y además hay muy pocas capacidades de poder aprehenderla. Entonces, se quedan en lo accesorio. Le pasa al artista como a la obra de arte. La obra de arte tiene siempre la configuración de un coco. Hay gente que choca con el pelo del coco y la repulsa. Que choca con la cáscara y se esfuerza por pasarla. Y gente que se come la pulpa y gente que se bebe la leche. Entonces hay un porcentaje de percepción de la obra de arte, muy variado, y eso sucede también con el creador...

–Así es.

–Claro mucha gente se quedará con los bastones, con mi amor a los animales... Y me parece que eso forma también parte de mi mismo... El otro día, en la recepción de la Zarzuela, me decía el Rey: «Pero cuántos bastones tienes. Tenemos que ver tu colección.» No es una colección de bastones; yo colecciono amigos que regalan bastones. Es decir, yo me apoyo en los amigos; no en los bastones... Y entonces el Rey dijo a la Reina: «Habrá que regalarle uno».

El papel usado

–Esto fue el día 23 de abril. Ahora estamos a habías de tus costumbres de escribir. Siempre escribes en papel usado.

–Yo tengo terribles fetiches, yo tengo espantosas manías. Yo creo que debería hacerse un estudio de los procesos de creación, de los temores de los escritores. Escribir es siempre sacar algo de nada. Aunque lo que intentes sea comentar una noticia de periódico, es siempre sacar la seda como el gusano que va a hacer su capullo. Sacársela de dentro. Sobre todo cuando se pretende hacer una literatura de salvamento. Es decir, una literatura boca a boca. Verdaderamente lo tienes que sacar de ti, para que el lector diga: «Eso mismo he pensado yo, y lo podía haber dicho con esas palabras». Ese suele ser el único acierto que yo tengo, en el periodismo, por ejemplo... Entonces es natural que el escritor, ante ese desierto, tome precauciones. Si yo fuese pintor, a mí me ponen delante de un lienzo blanco y me moriría. No podría manchar eso, pensando que cualquier cosa que yo pusiera allí sería peor que la blancura. ¡Eso me pasa a mí con el papel blanco, con el papel rigurosamente puro, limpio y neto! Siempre pienso que lo que yo voy a decir no vale la pena de manchar aquel papel. Entonces procuro, y contigo, emplear papeles usados ya por una parte. Entonces me mandan, porque como ya lo saben, me mandan. En este momento estoy empleando, alternativamente, hojas de pedidos, deben ser, de España Calpe y luego unos impresos del Censo de Sevilla, que se quedaron sin usar y que deben ser de censos antiguos. Me vienen bien, porque no son papeles buenos. No puedo escribir en papel bueno, aunque estuviese usado, lo guardo siempre para una mejor ocasión. Un ejemplo: me ha traído libros en blanco, para escribir en ellos, de los países más extraños: de la China, del Uzbekistán ahora y están ahí todos...

–¿Y qué hacías tú en el Uzbekistán?

–Porque estuve porque era el milenario de Avicena...

–Ah, Ah!

–Y se trataba del hermanamiento de Bujará y Samarcanda con Córdoba. El brazo oriental de los Omeyas y Córdoba el occidental. Fue un viaje extraordinariamente hermoso.

–Y tienes más manías.

–No puedo escribir sobre papeles inmaculados. No puedo escribir sobre una mesa. Tengo que escribir en una tablilla sobre las rodillas, para dar una sensación de que no importa lo que se está haciendo, lo que estoy escribiendo, para quitarle peso a lo que hago. Y esa es la misma razón, probablemente, por la que no puedo escribir a máquina directamente. Al ver el tipo de letra, el tipo de imprenta, ya me da la impresión de que aquello va a misa. Y yo no quiero que vaya a misa; o, por lo menos, que no vaya a misa todavía.

–Todavía. Tienes que confesarte primero, tienes que hacer una serie de...

–¡De penitencias y de ablaciones!

–Pero escribes con soporte.

–Sí. Esto no quiere decir nada. Porque yo soy rápido en la redacción, extraordinariamente rápido. El otro día pasó una cosa muy graciosa, que es que yo tenía que estar escribiendo una comedia. Y el secretario mío, que es extraordinariamente cauto, pues al productor le decía: «La está escribiendo, la está escribiendo.» Y entonces el productor le contestó de una manera muy bien contestada, porque me conoce: «No, no, porque si la estuviera escribiendo, ya estaría escrita.»

–¿Cómo se llama esa obra que estás haciendo a que no le haces?

–El cementerio de los pájaros. ■

V. M.R. Fotos: Ramón Rodrigues.

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

SANTIAGO R. SANTERBAS

QUIZAS don Anselmo Pastrana, facultativo de la marina mercante y amigo íntimo del finado, hubiera podido explicar en términos científicos la doble muerte de mi abuelo Narciso. Pero el doctor Pastrana exhaló su último suspiro hace ya muchos años, y considero harto improbable que, de estar aún vivo, consintiese en dilucidar lo que no quiso o no pudo esclarecer a su debido tiempo.

Por otra parte, siempre rechazó con enérgica indignación la tesis de que mi abuelo hubiese fallecido dos veces en el plazo de nueve días, ya que, según él, nadie, excepto algunos zambaigos del Caribe, poseían la rara cualidad de regresar a este mundo tras haber franqueado los umbrales de la muerte. Empeñábase, pues, el doctor Pastrana en asegurar que la primera de ambas defunciones no había sido tal, sino un caso vulgar de catalepsia, y que únicamente la precipitación la ignorancia del médico que había certificado el óbito podrían justificar el error que posteriormente diera lugar a la difusión de tan absurda patraña. Sin embargo, aquella mañana de octubre, cuando Saturia, la vieja criada que había visto morir a tres generaciones de mi familia, encontró a mi abuelo Narciso sentado en la taza del retrete, con los ojos en blanco y las manos yertas y engarabitadas, no dudó ni un momento de que estaba en presencia de un cadáver. Entre ella y mi madre, pues tía-abuela Engracia no se hallaba en condiciones de realizar tareas de esa índole, trasladaron a la cama el cuerpo, todavía flexible y tibio, de mi abuelo. Y, mientras tía-abuela Engracia se santiguaba una y otra vez como un muñeco mecánico e iniciaba el cómputo de los misterios dolorosos del santo rosario, mi madre subía a avisar al médico que habitaba en el cuarto piso del inmueble. El vecino del cuarto bajo pocos minutos después; diagnosticó sin titubeos el fallecimiento de mi abuelo, sujetó su mandíbula con un pañuelo y taponó con algodones sus oídos y sus fosas nasales. A partir de ese instante, la casa se transformó en un hervidero de pisadas acuciosas, murmullos, rezos a media voz y cierres y aperturas de paraguas. El coadjutor de la parroquia absolvió *sub conditione* a los restos mortales de mi abuelo. Seres extraños, que se condolían indefectiblemente al enterarse de que yo, pobrecito niño, era el único varón superstite de aquel hogar, me acariciaban y besuqueaban, humedeciendo mi rostro, no con lágrimas (pues mi abuelo Narciso era tan viejo y llevaba una existencia tan recoleta que hubiera sido difícil dar con alguien que sintiese deseos de llorar por él), sino con gotas de lluvia que aún no habían sido enjugadas. Aparecieron los empleados de la funeraria y ayudaron a Saturia a vestir al difunto con un antiguo uniforme de guardia marina; luego, lo instalaron en un ataúd de caoba y satén acolchado, y pusieron entre sus manos un sable diminuto y sin filo que yo solía emplear en mis juegos. Mi madre se creyó obligada a tranquilizarme: «No te preocupes, hijo, cuando vayan a cerrar la tapa, te devolverán el sable.» Pero mi atención se había desviado del sable y se centraba en el pañuelo que ocultaba las rizadas patillas de mi abuelo y en la blanca lazada que, enhiesta sobre su cráneo, le hacía asemejarse a un gran conejo disfrazado de capitán de barco. Tía-abuela Engracia, situada a los pies del féretro, había concluido la letanía lauretana y, aunque en ocasión no era la más adecuada para ello, enunciaba el

primero de los misterios gozosos: «La Encarnación del Hijo de Dios.» Fue entonces cuando se presentó, con su arrugado maletín y su fétida cachimba, el doctor Anselmo Pastrana, se acercó al cadáver y lo contempló minuciosamente durante varios segundos. Después manifestó que deseaba hablar con mi madre. Le acompañé hasta el cuarto trastero, donde mi madre se encontraba rebuscando por cómodas y baúles algunas prendas de luto. Sin perderse en rodeos, el doctor Patrana pidió permiso a mi madre para llevar a cabo una inofensiva prueba científica, consistente en inyectar al fallecido una pequeña dosis de un producto químico denominado fluoresceína, y advirtió que, si por ventura quedase un hálito de vida en el cuerpo de mi abuelo, éste absorbería la sustancia inoculada, tiñéndose acto seguido la epidermis de un color amarillo intenso, y el blanco de los ojos, de una brillante tonalidad verdosa. Entre suspiros de resignación que no lograban disimular su escepticismo, mi madre accedió a la propuesta del anciano doctor, y éste regresó sin demora al salón que hacía las veces de capilla ardiente. Rodeado por un atónito silencio, don Anselmo Pastrana abrió su maletín, sacó una jeringa hipodérmica y un frasquito de vidrio oscuro, extrajo una minúscula cantidad de un líquido ambarino e, inclinándose sobre el difunto, clavó la aguja en alguna vena del cuello. Inmediatamente la piel de mi abuelo adquirió una rotunda coloración amarillenta. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Por fin, el doctor Pastrana levantó con el dedo meñique uno de los párpados de mi abuelo Narciso: el globo ocular era totalmente verde y refulgía como una esmeralda herida por un rayo de sol. Tía-abuela Engracia profirió un alarido espantoso y cayó desvanecida en los brazos del coadjutor de la parroquia, que bisbiseaba latines baratos y temblaba de pies a cabeza. Un pariente lejano se escabulló rezongando veladas alusiones a la necromancia y a las reprobables costumbres de los marinos. Yo, aún me acuerdo, rompí a llorar. Pude oír, no obstante, al doctor Pastrana que murmuraba con regocijo: «Ah, Narciso, viejo putañero, estás más vivo que yo.» Vinieron de nuevo los empleados de las pompas fúnebres, y desmontaron deprisa y corriendo el deletéreo linglado,

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

pues no era prudente que mi abuelo recobrase el conocimiento y se viera embarcado en semejante piragua. De modo que fue conducido otra vez a la cama, liberado de algodones oclusivos y pañuelos cuniculares, y despojado de aquellos rancios atavíos náuticos con los que había estado en un tris de emprender su última travesía. Por lo que a mí respecta, cesé de lloriquear cuando hube rescatado el sable. Acudió prontamente el médico del piso de arriba y afirmó que el caso podía ser calificado de milagroso. Dicha aseveración indujo a tía-abuela Engracia, repuesta ya de su desmayo, a sufragar un novenario de acción de gracias en honor del bienaventurado San Narciso, obispo de Jerusalén, cuya próxima festividad habría de coincidir con el nonagésimoséptimo cumpleaños de mi abuelo Narciso. Respiraba éste serena y pausadamente, pero no volvía en sí, ni despegaba los párpados. Su piel continuaba teñida de amarillo; no era un amarillo pajizo o desvaído, sino un jalde espléndoroso, levemente anaranjado, como el de las yemas de los huevos. Obedeciendo las instrucciones del doctor Pastrana, y a fin de evitar que mi abuelo padeciera un violento sobresalto al recuperar sus facultades perceptivas y comprobar que su piel había captado tan singular tonalidad, Saturia fue a la papelería más cercana y compró varios metros de celofán amarillo, con los que recubrimos los cristales de miradores y ventanas y las lámparas de las habitaciones en las que previsiblemente hubiera de entrar el enfermo. Y así, mi casa adquirió un colorido fantasmagórico y teatral, ya que, por efecto del celofán, los objetos azules tornáronse verdes, los rojos y parduscos cobraron matices azafranados y los que eran más o menos blancos o incoloros, como los vasos de agua y los rostros de las personas, se vieron dominados por la ubicua irrupción del amarillo, hasta el punto de que los andares pasicortos de Saturia se me antojaban análogos a los de ciertos sicarios del doctor Fu-Manchú que, dos o tres semanas antes, había visto desfilar por la pantalla de un cine de sesión continua, y tía-abuela Engracia, con sus gafas redondas y sus ojillos diminutos y rasgados, más me parecía un viejo mandarín enfrascado en un libro canónico de Confucio que una decrépita solterona que releía por enésima vez las *Vidas de Santos para todos los días del año y explicación de las fiestas movibles* de don Joseph Miguel de Sarasa. Afuera llovía, y el cielo era gris plomizo; pero, a través de las ventanas, atisbábamos un cielo azulado, y la lluvia se había convertido en zumo de limón. No era fácil imaginar que el universo, regido por los omnímodos caprichos de la fluoresceína, pudiera cambiar algún día de color. Años más tarde me enteré de que los psicólogos atribuían al amarillo propiedades simultáneamente depresivas y turbadoras. ¿Fueron tal vez esas cualidades las que ahuyentaron a los visitantes e indujeron a los moradores de la casa a permanecer fuera de ella el mayor tiempo posible? Lo cierto es que Saturia aprovechaba cualquier coyuntura para irse a charlar con la portera, con la cocinera del quinto piso (que le proporcionó una excelente receta del pastel de manzana) o con la suegra del panadero de la esquina; mi madre reanudó su intermitente amistad con un grupo de viudas cristianas que dedicaba las tardes al juego de la canasta, y las mañanas, al caritativo reparto de los beneficios vespertinos; y tía-abuela Engracia, con la excusa del novenario de acción de gracias en honor de San Narciso, había echado raíces en algún banco de la parroquia. No era, pues, excepcional que durante largas horas mi abuelo y yo fuésemos los únicos habitantes de la casa. Solía ir frecuentemente a su alcoba, con la vaga esperanza de asistir al fin de su letargo y ser yo, y no otro miembro de la familia, el primero en describirle los curiosos pormenores de su resurrección. A veces le tomaba el pulso, que era débil y regular, y, levantando subrepticiamente las sábanas, comprobaba que la tonalidad amarilla había adueñado de todo su cuerpo, incluso de las partes más íntimas; en un par de ocasiones, armándome de valor, llegué a despegarle los párpados: sus ojos continuaban siendo verdes, y hasta hubiase jurado que me miraban con expresión burlona. Sólo el doctor Pastrana nos visitaba a diario; venía precedido por el espantoso aroma de su pipa y, al penetrar en el vestíbulo, me propinaba un cariñoso pescozón y masculla: -Aquí me tienes, grumete, ¿hay alguna novedad a bordo?- Acaso el doctor Pastrana, habituado a contemplar tantos y tantos rostros asiáticos, no sufría, como los demás, los perturbadores efectos del color amarillo. Sacudía el paraguas sobre la alfombra, colgaba el abrigo en el perchero, se encaminaba al dormitorio de mi abuelo y emitía desde la puerta un tronante

saludo: «Hola, capitán, ¿cuándo salimos del calmazo?» Aunque mi abuelo (pensaba yo) no podía oírlo, don Anselmo Pastrana se sentaba a la cabecera de la cama y pronunciaba interminables monólogos sobre temas y sucesos que a menudo distaban mucho de ser edificantes. Nadie, sin embargo, me prohibía escucharlos, porque las posibles censoras se hallaban ausentes, y el propio doctor Pastrana, barruntando que a mi edad poco había de sacar en limpio de sus pláticas, no se recataba en utilizar vocablos que mi madre no hubiera dudado en conceptuar de licenciosos. El anciano facultativo de la marina mercante desgranaba con palpable delectación recuerdos pretéritos e imágenes remotas; mi abuelo, por su parte, no debía estar absolutamente privado de facultades auditivas, pues parecía curvar los labios en una tenue, placentera sonrisa. Suspiraba nostálgico el doctor Pastrana. «¿Te acuerdas, Narciso, de aquellas dos putas gemelas de Shanghai? Eran exactamente iguales, ¿verdad? Mis ojos no sabían distinguirlas. Hasta que tú descubriste que una de ellas tenía un lunar debajo del ombligo. ¿Cómo se llamaban, Narciso? La del lunar era Li Ts'ing. ¿O era la otra? Nunca llegué a enterarme. Vivían en una casita a orillas del Huang-p'u, y desde el balcón se divisaba la techumbre roja de una pagoda...» Las evocaciones del doctor Pastrana surcaban las rutas del [illegible] y de las especias, navegaban a capricho de ventoleras imprevisibles y recalaban en todos los fondeaderos del Oriente, desde el canal de Suez hasta el mar de Tasmania. Ahora estoy seguro de que don Anselmo Pastrana no se dirigía tanto a mi abuelo Narciso como a mí, pues era sólo un pobre viejo que deformaba los recuerdos y se complacía en fraguar inocuas supercherías ante un auditorio benévolo, mudo y bañado de luz jalde. Y en consecuencia, a medida que pasaban los días, los relatos se iban colmando de personajes fabulosos y apócrifos que durante muchos años habrían de poblar mis sueños infantiles. Desvanecíéronse las frágiles mellizas de Shanghai, y, al conjuro de la veleidosa memoria del doctor, comparecieron sucesivamente, como espectros arropados en el humo de su cachimba, los pescadores de perlas de Jaffna, los leprosos de Pondicherry, las rameras antropófagas de Mogadiscio, los monjes-piratas que asolaban la Costa del Incienso, el náufrago portugués hallado a bordo de un sofá en el mar de Andamán, las bellísimas prostitutas enanas de Hong Kong, el malayo ciego que pilotaba un junco entre Sumbawa y Lombok... En aquella galería de fantasmas abundaban, como [illegible] dicho, las hipérboles y las mentiras piadosas; pero nadie impugnaba su autenticidad, porque, a fin de cuentas, todo podía ser verosímil en una casa amarilla habitada por un resucitado y un niño. El doctor Pastrana encendía su pipa con parsimonia: «¿No conociste, Narciso, al maharajá de Needakara? Era un príncipe culto y poderoso, aunque algo excéntrico. Poseía una manada de ciento cuarenta y cuatro elefantes blancos y un harén de hermafroditas. Fui llamado a su presencia porque había sufrido, con ocasión de una cacería de tigres, la mordedura letal de

LA DOBLE MUERTE DE MI ABUELO NARCISO

una cobra. El maharajá agonizaba en un aposento recubierto de marfil y jade, y en su delirio recitaba fragmentos del *Meghaduta* de Kalidasa. Logré arrancarlo de los brazos de la muerte. El príncipe, en señal de gratitud, pretendía obsequiarme con un elefante blanco y un hermafrodita negro. No resultó fácil hacerle entender, sin herir su susceptibilidad, que me era imposible embarcar con aquellas criaturas en un carguero cristiano. Entonces, me regaló un anillo de oro con una piedra tornasolada que variaba de color cuando se aproximaba cualquier desgracia. ¿No recuerdas, Narciso, el anillo del maharajá? Tuve la desgracia de perderlo durante aquel tifón que nos zarandeó al oeste de Macassar...» Al caer la noche, se oscurecía, como la gema del príncipe de Nagandakara, el tono azufrado de las ventanas, y la sonrisa de mi abuelo se hacía imperceptible; encendíamos las bombillas forradas de celofán, y el doctor Pastrana, después de tomar el pulso a mi abuelo y examinar una vez más el oceánico verdor de sus ojos, se incorporaba, salía de la alcoba, avanzaba lentamente por el pasillo y, mientras se ponía el gabán murmuraba «Adiós, grumete, vigila bien el puente y la toldilla.» Sus pisadas se perdían en la escalera. Y el silencio reinaba por completo en la casa hasta que, a eso de las nueve o nueve y cuarto, retornaba la primera de las fugitivas. Aparecían casi al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto de acuerdo para cruzar simultáneamente el umbral. Cenábamos deprisa, sin hablar apenas, y, al concluir, tía-abuela Engracia sacaba de un musiquero las *Vidas de Santos* de don Joseph Miguel de Sarasa, limpiaba sus gafas con el borde de la servilleta, calábase aquéllas y leía con voz temblona la biografía correspondiente a cada fecha. «Veintisiete de octubre. San Frumencio. Un filósofo llamado Metrodoro, movido por la curiosidad de ver tierras y conocer el mundo, emprendió varios viajes y llegó a Etiopía. A su vuelta presentó al emperador Constantino perlas y pedrería de grande precio. A su ejemplo, otro filósofo natural de Tiro, llamado Meropo, emprendió el mismo viaje, y con el mismo motivo...» Todos permanecíamos callados, oyendo o aparentando oír a tía-abuela Engracia. Pero, ¿qué me importaban las vidas de San Frumencio, San Crispiniano o San Teodorito, muertos hacia tantos años, si en los mares del Oriente aún había piratas y enanas hermosísimas y ciegos capaces de tripular un barco? ¿Qué valían las perlas que trajo el filósofo Metrodoro en comparación con la piedra adivinatoria que el maharajá había regalado al doctor Pastrana? No me atrevía, sin embargo, a interrumpir con mis anatemas la lectura de tía-abuela Engracia. Al fin y al cabo aquellas piadosas narraciones nocturnas constituían una especie de calendario anecdótico gracias al cual nos era dado saber que mi abuelo se había rendido a la inconsciencia y al subsiguiente amarilleo el día de San Caprasio y que, nueve días más tarde, festividad de San Narciso, cumpliría noventa y siete años de edad. La víspera del cumpleaños transcurrió con monótona normalidad. Tía-abuela Engracia se refugió en la parroquia, mi madre se unió al grupo de viudas cristianas, Saturia fue a visitar a la cocinera del quinto piso y el doctor Pastrana llegó a la hora de costumbre, sacudió el paraguas sobre la alfombra, se sentó junto al lecho de mi abuelo y evocó a los suicidas de Kamalshi, a las meretrices políglotas de Singapore y a los tímidos vegetarianos que moraban en un islote perdido al sur de las Maldivas. Después de cenar, tía-abuela Engracia leyó las vidas de San Simón Zelotes y San Judas Tadeo. El veintinueve de octubre amaneció lluvioso, pero escampó al mediodía, y eso debió de inducir a las tránsfugas a anticipar su evasión. El doctor Pastrana vino sin paraguas. Fuimos a la alcoba de mi abuelo e inmediatamente comenzó el desfile de imágenes remotas. Glosaba el doctor la serena delicadeza de las bailarinas javanesas cuando, de súbito, mi abuelo Narciso abrió los ojos (que continuaban siendo terriblemente verdes) y por fuerza hubo de advertir que sus manos y nuestros rostros y las sábanas y las paredes y los cristales de la ventana eran amarillos. Intentó decir algo: pero sólo consiguió emitir un gemido, como un gorjeo truncado, y volvió a perder el conocimiento. Poco a poco, la piel y los ojos de mi abuelo fueron recobrando su color natural, y el doctor Pastrana y yo comprendimos que había muerto definitivamente. Aquella misma noche, la casa, liberada del maleficio del celofán y la fluorescencia, dejó de ser amarilla y tía-abuela Engracia leyó con voz más temblorosa que nunca la vida de San Narciso. Al día siguiente, cuando los empleados de la funeraria cerraron la tapa del ataúd, olvidaron devolverme el sable. ■ S.A.S.

Madrid, mayo 1981

«Querido, Juan Ramón: como no esté un momento más callado, estallo y como no tengo ganas de estallar, aquí va esto que iba a llamarse carta.»

NO se sabe con certeza si fue el año 1912 ó 1913 cuando se encontraron Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. El hecho es que se vieron por primera vez en la Residencia de Estudiantes de la calle Fortuny. Zenobia iba acompañada de los Byne, un matrimonio norteamericano, vecino de Juan Ramón, en la calle de Villanueva, donde por entonces vivía el poeta. Al acabar una conferencia, cuando el público asistente se marchaba, Juan Ramón oyó una risa fresca de mujer en la sala contigua y aquella risa alegre lo atrajo. Entró y encontró a sus amigos acompañados de una joven. Tras las presentaciones, los dos desconocidos entablaron una animada conversación sobre el Monasterio de la Rábida, tema de la conferencia que acababan de escuchar. Cuatro años antes Zenobia había vivido allí, cerca de un año, siendo su padre ingeniero jefe del Puerto de Huelva. Entonces estuvieron a punto de conocerse en una visita de Juan Ramón acompañando al pintor Sorolla a ver los jardines. Al cabo de dos horas, todavía charlaban tan animadamente como al principio. El poeta estaba fascinado por aquella joven rubia, esbelta de cuerpo y de espíritu, de conversación brillante y agradable. El hombre tuvo plena conciencia de que el amor acababa de asaltarle su corazón sin previo aviso. En ella había «tomado forma esa mujer que siempre me sonrió desde las estrellas», le escribiría poco después. Y, espontánea y llanamente, le declaró su amor, esa misma tarde.

ANTONINA RODRIGO

EL NOVIAZGO DE ZENOBIA Y JUAN RAMON A TRAVES DE SUS CARTAS

ZENOBIA Y JUAN RAMON

Vístase de torero

La atracción fue mutua, pero la conquista de la amada no iba a ser fácil. Sus temperamentos eran la luz y la sombra. Zenobia, alegre, optimista, práctica, dinámica, culta e inteligente. Juan Ramón, soñador, contemplativo e introvertido, pesimista por naturaleza, de una gravedad imponente. Ella se dispuso a hacerle descender de su nube, para que palpase la realidad, mientras que él, poseído y apasionado, luchó de ella para llevarla a su herméticco universo. La lucha se entabló enseguida, desde las primeras cartas cruzadas. *«Querido amigo Juan Ramón. Como me esté un momento más callada* **estallo**, *y como no tengo ganas de estallar, aquí va esto, que usted llamará carta, o algo menos chino, pero que yo llamo un rompimiento colosal del dique de mi paciencia y un desbordamiento igualmente colosal de mi ira, indignación, furor, etc. (etcetéramm) (yo me he de reir hasta cuando rabio). ¿Por qué está usted siempre con esa cara de alma en pena? ¡Es usted un egoísta de primera! ¡Caramba! No le da la gana de ser más que lastimar en el mundo. Hasta yo me pongo triste... conque ¡diga usted! Si a usted lo que le pasa es que necesita salirse de la dichosa rutina cariacontecida de su interior, yo le voy a curar a usted de raíz, pero de raíz. Sálgase de una vez de su cuarto tenebroso (para usted tenebroso, aunque tenga 6 ventanas y un arco voltaico) de la calle Villanueva, y váyase al Escorial, a Maguer y después a la Residencia —¡pero, por Dios,* **enseguida!** *Y cuando vuelva a Madrid después de haber respirado un poco el aire del campo, yo me encargo de que no le vuelva a dar la, tristeza. No le voy a dejar parar. ¿Para qué le sirven a usted sus benditos versos? Si fuera verdad que encima de un asno le floreciera el corazón... pase... pero si a usted no le florece el corazón nunca. Si fuera usted un almendro, un peral o siquiera un magnolio... pero si es usted un ciprés, más parado y sombrío que los del Generalife. Déjese de tristezas una temporada y véngase a jugar con todas mis amigas andaluzas y conmigo. Ya que se enfada porque le digo que quiero que se enamore de una de mis amigas —lo desdigo—. No se enamore usted de ninguna, pero deje que le sacudamos un poco esa tristeza. Sus amigos deben de ser todos una serie de lechuzas a no se lo hubieran tolerado a usted. Si yo fuera su hermana .. cuando viniera a casa cogía todos los cojines de la sala y lo estaba bombardeando hasta hacerlo reir.*

«Anoche no pude terminar mi carta y hoy la concluyo en casa de Josefina. Nos vamos a comprar un par de castañuelas para mandárselas a usted. Acabo también de recibir su carta: 'Frater Luna, si en eso estamos desde que lo conocí'. Usted se parece tanto a mi hermano mayor que muchas veces no sé cuál es cuál. Y ¿quién le ha dicho a usted que yo me voy a casar con nadie, **pájaro de mal agüero!** *¡En eso estoy yo pensando! ¡Y aquí en España! ¡Enseguida! ¿Por qué no será usted una muchacha Dios Santo? No se vaya usted con Ortega Gasset, váyase con Juan o con cualquiera que no sea otro rauco como usted. Póngase a escribir seguidillas, vístase de torero y plántese en la calle de las Sierpes a echarle piropos a todas las inglesas feas que desfilan por allí.*

¡Alegrémonos de haber nacido! 'Frater Sol'. (1)

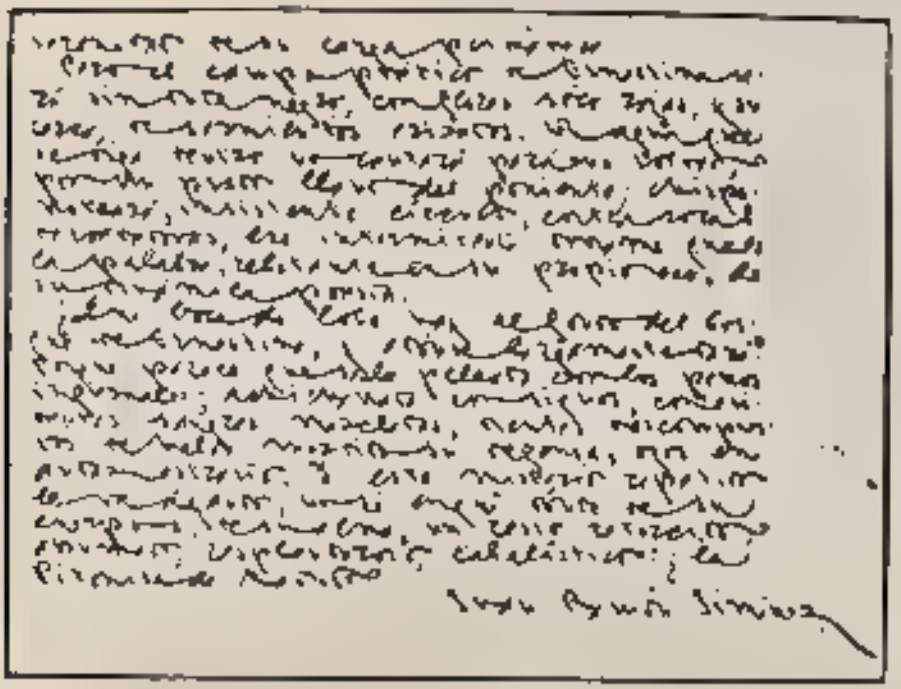
«Yo seré lo que tú quieras»

Juan Ramón le contesta rectificándole lo que él llama «frivolidades»:

«Hermana Zenobita (los hermanos no pueden llamarse de usted; y lo suprimo ya para siempre).

«Llena la frente de estrellas, después de haber estado cerca de ti dos horas, cuando has cerrado el balcón rojo, me he venido hacia casa despacio y triste, triste aunque te parezca mal, ¡reina de la vida! El balcón de tu alcoba, obscuro y hondo, seguía abierto... ¡Con qué pocas dichas se contenta a veces el corazón, el corazón que subió tanto!... Muy alegre estabas hoy cuando me escribiste tu carta. Te la agradecía con toda mi alma, pero cuando la terminé me eché a llorar. No es una carta tierna ni dulce. De haberlo sido, me habría puesto más alegre. No, Zenobita, no es que yo sea fúnebre siempre. ¿Me quieres decir qué tiene uno en el corazón de vuelta de esas frivolidades a que, tan muerta de risa, me invitas? Por ejemplo: Esta carta en verso de X ¿qué compensación puede tener? ¡Hay

Autógrafo de Juan Ramón.



(1) Estas cartas y las siguientes forman parte de las cruzadas entre Juan Ramón y Zenobia desde que se conocieron hasta que se casaron, publicadas por Ricardo Gullón, en su interesante estudio *Monumento de Amor*, nombre con el que el poeta de Moguer quería publicar un libro en verso y en prosa, formado por el epistolario de ambas partes, de su período de noviazgo con Zenobia. «La Torre». Revista general de la Universidad de Puerto Rico. n.º 27, julio-septiembre, 1959, pág. 131-146.

Zenobia, en la época en que conoció al poeta.

*tantas cosas que están por hacer, que nadie hace, mientras tanto! Tú, la bien dotada, ¿qué vas a hacer de tu vida? ¿Qué sueño en limpio de esas charlas con esas amigas 'tan simpáticas' que no han podido comprender al Greco! No soy un maestro de escuela, pero tú sabes bien que el espíritu es una realidad, que existe, que puede ser mucho y que está esperando serlo. Recuerda las palabras de Leonardo da Vinci: **Como un día bien empleado da alegría al dormir, una vida bien usada da alegría al morir.** Tú eres mucho y tienes la obligación de serlo. ¿Qué satisfacción puedes hallar hablando con personas cuyo espíritu anda tan lejos del tuyo? Quieres también, y bien sabe Dios como te agradezco tu buen deseo, que yo haga lo mismo. ¿No te da pena hacerlo tú y pensar que yo lo haga? Buen sermón —dirás— y para nada. ¡Ay! La verdadera alegría está más dentro, Zenobita, y dura más. No se acaba, ni se cansa con el cuerpo. Esta ■ la que yo quiero, la que no se acaba nunca. Es inútil que nos olvidemos de esa gracia interior por la que podemos crear el infinito. El castigo está en el mismo olvido. Sólo hay un retorno alegre: el del trabajo espiritual. No quiero decir que tú no goces con la venta o con el hallazgo de un capitel ■ de un canecillo, pero seguramente estarías más alegre cuando el portugués del hospital te miraba y te hablaba de la gloria, cuando te escribía el niño de la Rábida, cuando Catalina te decía que tu retrato le había saltado las lágrimas. Y si llevaras a esas amigas tuyas a un estado superior, todo estaría bien; pero estar con ellas —¡o con ellos!— por 'pasar el rato', amoldada un alma como la que tienes a las tuyas, es sencillamente una bajeza. ¡Perdóname! ¡Te quiero tanto, que querría que tu luz lo inflamara todo y que a ti nada te oscureciese! 'Póngase a escribir seguidillas, vístase de torero y plántese en la calle de las Sierpes a echarle piropos a todas las inglesas finas que desfilen por ahí'. 'Alegrémonos de haber nacido' ¡Aún cuando todo esto sea una broma, aunque lo hayas escrito con la mejor de las intenciones, Zenobita, en serio te lo digo, ¿no te ha dolido nada al escribirlo? ¿Cómo puedes olvidarte así de ti misma? ¿O crees que **eso** puede ponerme más contento? De todos modos no me dejes sin ti misma. Te necesito como seas, **como quieras ser**, y yo seré lo que tú seas, sólo porque seas feliz. Si ahora mismo me dijeran que con mi muerte se conseguiría tu felicidad, la muerte me parecería tan dulce como tú misma. Y, antes de concluir: puesto que hemos convenido en ser hermanos, no te alejes así de mí. Te prometo no decirte nada más que cosas fraternales. Pero ¿por qué, si verte es mi alegría, no he de verte? ¿Por qué dejas pasar con los días este encanto ¡qué no vuelve! de las palabras buenas, de las miradas cariñosas, de las sonrisas deleitables? Ve a la Residencia, que nada hará que esté mal. ¡Y escribe a este hermano tuyo que sólo desea tu verdadera dicha!».*

«Hermano Luna: –(tico)»

Las cartas de Zenobia son un estallido de vida palpitante que tratan de zarandear la gravedad de Juan Ramón, a quien con gracia e intención llama:

Querido Hermano Luna: –(tico): Tu carta es buena como tú, pero me haces reír –le dice–. ¿Es que te figuras que yo no hago nada porque trabajo riendo?... 'La cortés no quita lo valiente' ¿verdad? ¿Cree usted que hay algún trabajo superior a otro? Tal vez, pero yo no lo creo. Es el modo de hacerlo. ¿No cree usted que cuando compro cerámica estoy pagando jornales de alfareros?

ZENOBIA Y JUAN RAMON

*Pero, al ir y venir con chamarilerías, ¿cree usted que se me ofrecen pocas ocasiones de hacer cosas buenas por el camino? . Yo pienso en cada ocasión servir de algo. ¿Y usted cree que, con sus tristezas, usted hace algo mucho más bueno? ¿Usted cree que sus versos hacen a alguien más bueno? Yo estoy segura de que no. Anoche leí **Laberinto.** Lo leí porque lo había escrito usted, confieso, que si no estoy segura que no lo hubiera «aguantado» hasta el final. Yo quisiera alegrarlo a usted porque esa antipatía y ese prejuicio que tiene contra lo que llama 'frivolidades' no son más que el resultado de su ensimismamiento. Las frivolidades no son más que una capa exterior, lo que importa es lo interior, que es igual siempre, tomando el té o hablando con portugueses agonizantes. Si no nos rozamos continuamente con nuestros semejantes, nos ponemos raros, no le quepa a usted duda. No raros por tener dentro algo mucho mejor que los demás, sino raros porque nuestro aislamiento [illegible] creer que somos superiores y nos endurecemos en todos nuestros defectos.»*

Durante casi dos años Zenobia rechaza afectuosamente el apasionado amor de Juan Ramón. Lo quiere, pero le cuesta seguirle por su oscuro «Laberinto» interior. El amor del poeta crece al filo de los días, debatiéndose entre la esperanza y la duda del amor no correspondido y haciendo las mismas «tonterías» por ver a la amada, [illegible] enamorado:

«Esta tarde iré con Achúcarro a la Castellana y me sentaré frente a tu casa —le escribe— ¡como tantas veces!, a ver si te veo sin que tú me veas. Estoy un poco más contento. Me basta con quererte yo. Te quiero como si en mi cariño estuviera el mío y el tuyo. Además, ¡se te puede querer de tantas maneras, que en una de ellas pondré la virtud de todas las demás! Puedes estar contenta de una cosa: me has hecho más bueno. Desde el día en que te conocí, no he tenido un mal pensamiento de ninguna clase. Me he [illegible] que [illegible] Qué buena [illegible] Pero creo que tengo que darte de palabra un aviso sobre un asunto relacionado con [illegible] mucha pena. —Zenobia, di: ¿te piensas ir a América? Parece que no, me [illegible] a esta pregunta que te he hecho ya tres veces. ¡No! ¿Verdad que no? —Juán, que me escribe hoy, me da recuerdos para ti. Hoy estuvimos 'ordenando' mi cuarto de la Residencia. ¿Me quieres 'tener' mi retrato de Sorolla? ¡No lo 'matarás'? —Ve mañana a la Residencia. ¡Si no importa nada! ¡Si es lo mismo verte que no viéndote! ¡Si te he de querer hasta que me muera, de un modo o de otro, lejos o cerca! Los hermanos pueden verse cada día. Escríbeme, dame la luz y vete sonriendo 'hermana rosa', 'arbusto débil' (¡sí, débil!), 'friolera' (¿cuántas mantas te echaste anoche?), 'poco pulso', 'salud de dos días', 'ángel de la guarda', tanagra catalana, 'Virgen de Italia', hermana, madre, hija, chiquilla, pájaro, maravilla de mi vida! Tu hermano hasta la gloria, J. M.»

«Gitanilla rubia»

En agosto de 1913 Zenobia y Juan Ramón se separan por primera vez. [illegible] se va a Moguer y ella a Burguete, pueblo navarro, donde suele pasar los veranos con su madre. Con la ausencia física de su amor, aflora la melancolía de Juan Ramón. Su tristeza debía ser transparente, ya que, cuando su madre lo ve llegar adivina enseguida su mal «¡Qué triste vienes, hijo!» y le recuerda aquellas vueltas del colegio «cuando llenabas toda la casa de alegría». Para [illegible] tono doliente de las cartas de Juan Ramón [illegible] ladada, con desplantes joviales e irónicos:

«A mi ilustre amigo Juan Ramón Jiménez, en muestra de honda gratitud, por haberle visto y oído reír en la memorable fecha del día 10 de agosto de 1913.»

Zenobia derrochaba buen humor [illegible] la impaciencia [illegible]

«Mi amor por usted crece como un niño —le confiesa—. Cada día me parece que ya no puede ser mayor y, al [illegible] día [illegible] por todas partes. [illegible] llegar la esperanza de mi [illegible] de mi fuerza. Acérquese a [illegible] 'gitanilla rubia' sangre de mi sangre, como dice la copla [illegible]

[illegible] la idea de casarse conmigo, no lo dude más, Zenobia, que yo estoy esperando su decisión como un hierro hecho ascuá de amor y de anhelo. Ordene su pensamiento, llévelo como un cordero dócil, por el sendero en flor que va a mi alma. Allí tendrá usted su único paraíso terrenal y su paraíso celeste, pues que Dios estará con nosotros. ¡Venga hacia mí, Zenobia, no me deje solo con los brazos abiertos, tembloroso de deseo y transtornado de pasión! ¡Que el tiempo corra, que vuele, hasta llegar el día en que usted me abra todo el tesoro de su vida interior! Entonces, echaremos el ancla en el puerto sosegado, y pararemos el reloj en nuestra alegría, para siempre. Zenobia, Zenobia, Zenobia! ¡Sea buena, sea fiel, sea tierna para mí! Ciérreme ya la herida y no me la entreabra una vez más. —Adiós, Zenobia, que sea usted todo lo feliz que yo sería si usted quisiera. Déjeme besarla desde aquí, locamente. Un beso, otro, otro, [illegible] hasta morirme en su boca fría.»

«La luna nueva»

Zenobia descubrió en *The Crescent Moon* (La Luna Nueva) de Rabindranath Tagore, recientemente galardonado (1913) con el premio Nobel, las grandes afinidades líricas del poeta hindú con las de su amigo de Moguer y se le ocurrió traducirle algunos poemas, segura de la gran sorpresa que iba a proporcionar [illegible] Juan Ramón se entusiasmó con Tagore y la animó a que tradujese el libro entero. Estimulada por él, también dio a conocer unos poemas que firmó con sus iniciales en la revista *La Lectura* de marzo de 1915. Por esas fechas empezaron a trabajar juntos. Fue esta una razón decisiva para aproximar sus corazones y soldar sus almas. La colaboración entre Zenobia y Juan Ramón fue creciendo al filo de los días, hasta hacerse indisoluble. Ricardo Gullón, que estuvo cerca de ellos dice: «En algunos aspectos de su vida y trabajo no se sabría precisar [illegible]

[illegible] directamente del inglés, idioma que conocía a la perfección, y Juan Ramón corregía el texto y le daba forma poética, a pesar de que Zenobia apareciera casi siempre como única traductora. En una carta de septiembre de 1915 [illegible]

Juan Ramón y Zenobia, en Puerto Rico, en el año 1954.

«Sí. Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego, has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que, en el porvenir nos unan a los dos en nuestros libros. Así viviremos 'aquí' siempre. ¿No te da esto alegría, dil? Que el nombre tuyo y el mío se fundan en la boca que los pronuncie, cuando ya no existamos en esta vida, ¿verdad?».

El éxito de *La Luna Nueva*, cuya edición se agotó en seguida, los animó a dar a conocer la obra de Tagore. Llegaron a traducir gran parte de ella, casi una treintena de libros: poemas líricos y dramáticos, teatro, cuentos y aforismos.

«La mañana que yo amanezca a tu lado»

Hasta 1915 Zenobia no accede a formalizar sus relaciones con Juan Ramón. El poeta, seguro ya del amor de Zenobia, parece humanizarse, como si se hubiese obrado en él el milagro que la mujer esperaba para entregarle su amor: el alejamiento de sus «introspecciones» y «ratos líricos». Es un Juan Ramón Jiménez capaz, ante las objeciones económicas de la novia para contraer matrimonio, de hacer cábalas de sus posibles ingresos futuros:

*«Zenobia, vete haciendo a la idea de que nos hemos de casar este año que entra. Lo tengo por seguro. Yo pienso trabajar en lo que sea –entiéndelo bien– hasta reunir la cantidad que sea preciso. Ya sabes: para este año: 1.º Sueldo en la Residencia (lo creo seguro). 2.º Cartera (ahí va su carta; por lo pronto, me da esa traducción). 3.º, América. Además: Los tres tomitos de Shakespeare a 100 duros cada uno. **Gitanjali** y **El Jardinero**. El libro de la guerra. Dos libros, **Estío** y **Sonetos**, míos. Otro, mío, en «La lectura». Colaboración aquí y en América. ¡Y más, seguramente! Tengo pensadas también otras combinaciones con Muller y con Sudamérica. Veremos. Fío, en absoluto, en mí. Pero es absolutamente preciso que nos casemos pronto. No sabes tú paz, la fuerza, la tranquilidad, el tiempo que esto me daría. Piensa tú que tu presencia me es necesaria, Zenobia, que mi vida sin ti está falta de vida. La mañana que yo amanezca a tu lado, ¡qué nuevo va a parecerme el mundo! –El porvenir, además ¡nos traerá tanto y tanto! Ya tú veras.»*

Y ella, mujer de sentido práctico, piensa:

«Si ganamos tanto dinero no lo gastemos, guardaremos lo mismo que si nos salieran mal las cosas, porque no tenemos seguridad de ganar tanto en el porvenir aún cuando creo que ganaremos más todavía, pero lo que sí sabemos de seguro es que nunca tendremos ocasión de gastar tan poco como ahora y hay que hacer «chulapico» como dicen aquí. Esta gente es ya demasiado interesada, pero buena es imitarles en la práctica si no en el espíritu. Yo no habría pensado nada en el dinero si no hubiera visto la ruina que ha traído a nuestra casa el desorden.»

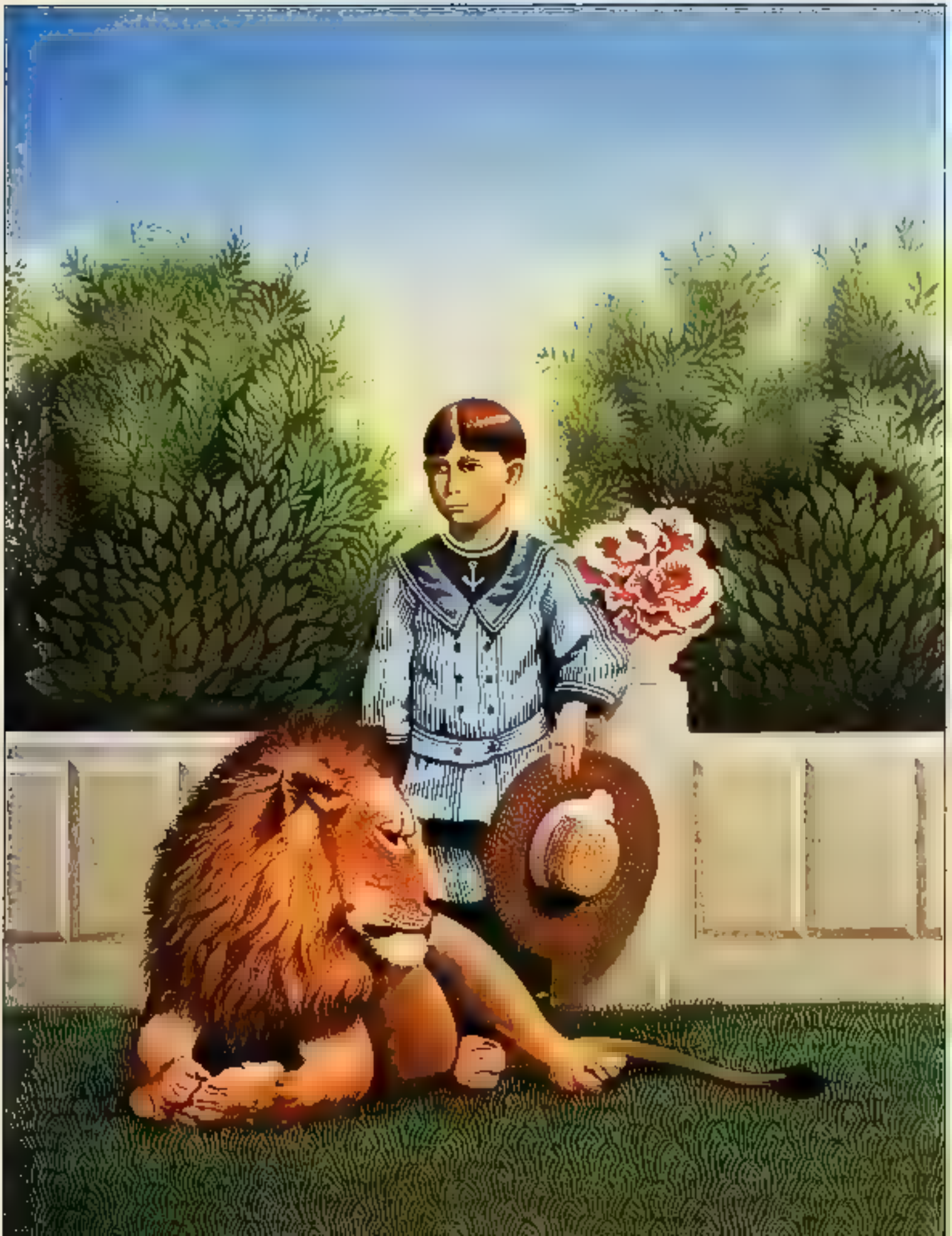
La Zenobia que claudica al fin, ante la impaciencia apasionada del poeta, es la mujer de siempre: alegre, activa, luchadora, segura, con iniciativas propias frente a cada situación. Con esta fuerza enorme cuenta Juan Ramón para sostener su crónica y aparente debilidad. A Zenobia se la adivina ahora entregada sin ninguna reserva, dedicada con ilusión a sus negocios de antigüedades y objetos de arte, con cuyos beneficios cuenta para asentar bien la economía en común. Al mismo tiempo que hace traducciones y ayuda a Juan Ramón.

La boda

En las postrimerías de 1915, Zenobia y su madre viajan a EE.UU. a conocer a un nuevo sobrino, hijo de su hermano José. Poco tiempo después, Juan Ramón sale de Madrid, rumbo a Nueva York, para casarse con Zenobia. Pasa una semana en Moguer, junto a su madre y hermanos y el 30 de enero el poeta embarca en Cádiz:

¡Qué cerca ya del alma
lo que está tan inmensamente lejos de las manos aún!

Así comienza Juan Ramón «Diario de un poeta recién casado», libro de su viaje transatlántico para reunirse con Zenobia. Hasta el último momento el poeta tuvo que vencer dificultades hasta lograr a la mujer amada, pues tras conseguir el consentimiento de la novia, hubo de convencer a la familia que tenía otras aspiraciones para su hija. El 2 de marzo de 1916 se celebraba la boda en la iglesia católica de St. Stephen de Nueva York. ■ A.R.



Isabel Villar

"PINTO LO QUE NECESITO"

CRISTINA RUBIO

ISABEL Villar es una pintora naif, o al menos lo parece a ojos de profano. En sus cuadros niños con pastillas, ayas, grupos familiares –tal vez sus abuelos– sacados de fotografías antiguas, jóvenes desnudas, animales de enciclopedia, que están allí «como de visita» –que dice Fernando Savater– quedan estampados entre abundante vegetación.

Isabel Villar Ortiz es de Salamanca. En esta ciudad y en los bosques de Avila –su padre es ingeniero de Montes– transcurren los primeros años de su vida. 1953 es una fecha clave para ella: ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y como consecuencia descubre Madrid, ciudad que considera ideal para vivir. Hoy, algunos millones de habitantes más tarde, sigue pensando lo mismo. Entre sus compañeros de la Escuela –Alcaín, Alcorlo, Carrillero, Alberto de la Torre, Doreste, Pedrero, Crespo, Olmos, Vela, Zarco...–, está su futuro marido, Eduardo Sanz. En 1959 gana el premio Sésamo, el único al que ha mandado un cuadro «porque me horrorizan las competiciones y mucho más en relación con el arte». Veinticinco exposiciones individuales y treinta y siete colectivas son el fruto de muchos años de trabajo.

La pintora cumplió 47 años el 8 de marzo y gran parte de ellos los ha pasado pintando. Hacerle una entrevista es difícil: al conectar el magnetofón su voz cambia, se hace forzada; además –dice– «nunca sé qué contar: mi vida ha sido muy normal, ni siquiera puedo contar que pasé hambre en la guerra y esas cosas». Sin embargo, en cuanto se desenchufa la «cassette» la cosa cambia y la conversación fluye suavemente.

ISABEL VILLAR

¿Cuándo empezaste a pintar?

Pinto de toda la vida. Desde chica yo tuve una predisposición, una facilidad, y me enfoqué bastante pronto. Ya estando en el colegio empiezo a tener la idea clara de que iba a pintar, a ser pintora.

¿Cómo te tomaste una profunda formación artística te dedicas a la pintura naïf?

Bueno, es que yo mi pintura no la considero naïf. Además, hay muchos críticos que lo dicen y yo estoy de acuerdo con ellos. Lo que sí tiene es una aparente ingenuidad por la elección de los temas, del colorido, por las posiciones hieráticas de las figuras que pinto ahora, que están inspiradas en fotos antiguas. Pero es un ingenuismo «porque te da la gana».

¿Qué piensas de la pintura naïf?

La pintura naïf, como la abstracta, como cualquier otro movimiento, la hay buena y la hay mala. Lo que sí existe es un poco de equivocación. Concretamente aquí, en España, ha habido una racha en la que se ha puesto de moda el naïf y se ha metido a pintar mucha gente sin tono ni son. Como es una cosa aparentemente fácil, la gente se pone a pintar naïf un poco alegremente.

¿Qué pintores o estilos han influido en ti?

Conscientemente no he buscado influencias. Ahora, pienso, ya he creado un estilo propio pero influir influyen todos. Más que nada si te gusta la pintura, como a mí me pasa, que me gusta la pintura de todo el mundo.

¿No crees que puedas tener influencias de Henri Rousseau?

Eso de Rousseau me lo ha dicho mucha gente. Pero creo que esta influencia es sólo aparente. O sea, que es más el tema que luego la realidad de los cuadros. Tal vez yo tengo un mundo, esto que hago de familias, de decorar fotos antiguas, un poco de la época de Rousseau. Y, además, con animales.

¿Qué ha supuesto en tu carrera tener un marido que también se dedica al arte?

Me ha ayudado a seguir viviendo en el mundo de la cultura. Porque si yo me caso con un médico o un ingeniero que estuviera muy apartado de ese mundo, pues, sin querer, mi vida social, posiblemente hubiera estado enfocada en otras direcciones. Pero seguir pintando creo que lo habría hecho siempre. Como nuestros amigos, nuestras salidas, nuestras lecturas, nuestras conversaciones han sido sobre arte, he seguido integrada en el mundo de la pintura. En cuanto a mí me ha venido bien estar casada con Eduardo Sanz, creo que igualmente le ha venido bien a él. Somos nuestros propios críticos, a pesar de que nuestros estilos son totalmente opuestos.

¿Has superado en algún momento tu carrera a la suya?

Hubo un tiempo, qué duda cabe, en que Eduardo hacía una pintura invendible, porque era muy de vanguardia, de experimentación, en el cual yo –que siempre he tenido una facilidad, aparte de para la pintura, para hacer artesanía– paré para dedicarme a ella y que entrara un dinero a la casa. Porque realmente para Eduardo era más complicado no iba a cortar su pintura para, qué se yo, dar clases. Entonces sí tuve un parón en cuanto al cuadro pintado, pero hacía cosas que estaban relacionadas con el arte y que las vendía bien. Desde luego en cuanto –concretamente, cuando nos vinimos a vivir a Madrid– Eduardo empezó a vender alguna cosa, nos enfrentamos a que había que cortar la artesanía ya, de un día a otro, para volver yo a pintar.

¿Cuál es el momento actual de la pintura en España una vez pasado el esplendor, aquel tiempo en que se vendía todo?

Ahora es un momento malo, malo para todo el mundo económicamente, no es sólo problema de pintores. Hay cantidad de gente en paro que no son pintores precisamente. Lo que sí tienes la ventaja es de que puedes seguir pintando, aunque no lo vendas. El «boom» fue un fenómeno un poco tonto. Se vendía pintura de una manera indiscriminada, lo bueno, lo malo, lo regular. Algunos pintores –concretamente los de vanguardia, de pintura más difícil– seguían vendiendo muy poco. Fue un fenómeno fuera de órbita, se montó mucha galería, excesivas, porque el nivel cultural del país no era para tener tanta galería, era bastante bajo. Yo pienso que ahora las cosas han vuelto a su cauce, tal vez un poco exageradamente en cuanto a la cosa económica. En aquellos tiempos había también mucha gente que ganaba un dinero muy fácilmente e igual que lo ganaba lo gastaba. Y se puso de moda comprar pintura. Luego hay una serie de gente, que no es precisamente la más potentada, que de verdad le gusta mucho la pintura y hacen un esfuerzo, compran a plazos, compran menos, pero siguen comprando.

Y la exuberancia de la vegetación, la unión de los colores en tus cuadros, ¿a qué se debe?

Precisamente, los cuadros que estoy haciendo ahora no son cuadros verdes, son de ambiente de playa. Los cuadros verdes, de jardines, empecé a pintarlos cuando me vine a vivir a Madrid. Yo no sé si es precisamente la «necesidad de», porque yo vivía en Santander donde hay tanto verde los cuatro años anteriores a venir aquí. Allí en Santander no pintaba estos temas. No sé si fue el agobio. Ahora pinto el mar. Tal vez pinte lo que necesite ■ C. R.

Bruce Springsteen y el saxo Clarence Clemons durante su actuación en Barcelona el pasado mes de abril.

BRUCE SPRINGSTEEN

LA HONESTIDAD Y LA ENERGIA COMO FORMAS DE SEDUCCION

AGUSTIN TENA

La ya larga historia del *rock and roll* registra pocas presencias que hayan reivindicado su origen al tiempo que lo cuestionaban, rasgo que confiere a Bruce Springsteen buena parte de su indudable singularidad. El rock ha sido altavoz de pasiones más o menos románticas y de rebeldías poéticas y políticas, desde que naciera de la *tristeza rítmica (rithm'n blues)* cantada por los negros americanos en su penoso proceso de adaptación urbana de los años cuarenta y cincuenta.

Durante las tres décadas siguientes, la juventud blanca se apropia de aquellos ritmos concebidos desde la más flagrante marginación y los somete a una riquísima vampirización, empleando los más diversos enfoques y tratamientos. A principios de los sesenta, dos grupos ingleses –los Beatles y los Rolling Stones– dan la respuesta europea a la veta del rock y el *rithm'n blues* con éxito multitudinario, y a partir de ahí ya no se puede decir que el rock es sólo una tendencia más de la música popular contemporánea. Su enorme influencia en la juventud del mundo occidental –desde entonces hasta nuestros días– le otorga el rango de hecho cultural de trascendencia equivalente, por ejemplo –y sin miedo a exagerar–, a la concienciación de las masas obreras a finales del siglo pasado. Las actitudes son menos beligerantes, a la vez –aunque la contestación en las universidades americanas a finales de los sesenta y el mayo francés no fueron nimiedades, precisamente–, pero a estas alturas sería absurdo despreciar la importancia del rock como movimiento generador de un contexto cultural, e incluso de una particularísima conciencia solidaria (que nunca me atrevería a llamar *de clase*).

Las afirmaciones precedentes vienen muy al caso, porque Bruce Springsteen –que el 21 de abril de este año dio en Barcelona un concierto justamente calificado de asombroso– reivindica continuamente su condición de *rocker* y asume esta música como única vía de identificación y forma de expresión. Se puede decir que nace en el rock, y en tan íntimo vínculo encuentra el caudal eléctrico del talento. Lo relevante, por tanto, está en el hecho de que Springsteen une su naturaleza rockera a una actitud social muy determinada, actitud que no tiene nada que ver con el famoso desencanto, porque su rechazo de lo establecido se expresa en vitalidad y la fuerza, jamás en la abulia.

Nacido en 1949 en New Jersey, Bruce Springsteen ya recorre los bares del Greenwich Village, guitarra al hombro, a principios de 1965. Después forma hasta tres bandas, para ser descubierto en 1972 por la CBS, que al año siguiente lanza su primer disco de larga duración: *Greetings from Asbury Park, N. J.* La crítica y el público responden favorablemente, pero será su segundo elepé, *The wild, the innocent, the E-street shuffle* (1974), el que dará lugar al elogio desatado y al apoyo incondicional de la prensa americana, que no puede evitar hablar de «un nuevo Dylan». La comparación no era del todo errónea, pero sí podría juzgarse precipitada: el judío de Minnesota no estaba en el mejor momento de su carrera, y la

BRUCE SPRINGSTEEN

situación en general definitivamente frustradas las ilusiones de la *década prodigiosa*, en plena euforia de la *era artificiosa* del rock sinfónico– propiciaba la búsqueda de nuevos héroes.

Springsteen, efectivamente, se parece a Dylan en la densidad de sus letras, e incluso en una cierta conciencia social, así como en la capacidad de despertar entusiasmo, pero las diferencias son mayores que los rasgos comunes. Zimmerman aparece como cantante *folk*, y su acercamiento al rock se intensifica conforme su temática se vacía de contenido político. Se trata de un universitario de una cierta cultura que se pone al frente de un vasto movimiento de protesta, para luego abandonar las consignas y entregarse al testimonio, y más tarde a la poesía, electrificando cada vez más su música. Dylan alcanza la simbiosis definitiva de esos elementos en 1966, con su *Blonde on blonde*, pero toda su carrera describe una evolución perfectamente discernible, cuyas últimas fases son –por cierto– las menos afortunadas. Esa trayectoria, repito, arranca de un protagonismo político, potenciado en buena medida por organizaciones que poco tenían que ver con la música. Springsteen, en cambio, ha confesado que lee muy poco, y nunca estuvo en la universidad. Sus aulas, si acaso, fueron los *pubs* del Greenwich. Los temas –urbanos y amorosos– que trata en su disco de 1980 son los mismos que le inspiraban en 1973, y sólo se observa una mayor madurez en la redacción de las letras y en la estructuración musical que es consecuencia obvia del paso del tiempo. Su lanzamiento también contará con apoyos, pero de la prensa del rock –que se entusiasma tal vez prematuramente, con un cantante que devolvía la energía del *rock and roll* en un tiempo en que reinaba la obnubilación hecha diletancia–. Jon Landau, del *Rolling Stone*, –que luego se convertiría en *manager* de Springsteen– escribe en 1975 la frase célebre: *«Hoy he visto el futuro del rock and roll, y se llama Bruce Springsteen.»* Poco después sale al mercado el álbum *Born to Run*, que comporta el lanzamiento del ídolo en todo el mundo. Y el éxito es considerable, pero los modos de Bruce parecen prometer mucho más; es como si las parafernalias del confortable camastro promocional hubieran distraído al genio de la calle.

Ese año Springsteen afronta la aventura europea, y mientras la cátedra del rock inglés –los críticos del *New Musical Express* y el *Melody Maker*– reacciona sólo moderadamente a favor, el público de Londres delira frenéticamente, varias noches, ante los incontestables recitales de tres horas del muchacho honrado de New Jersey y su *Banda de la calle E*. Entre la multitud, renace el genio de la calle: *«In the crowd I feel at home, when I'm out in the street» (Out In The Street)*. Como revela este verso, como proclama sus letras enteras y hasta el nombre de su grupo, el asiento poético de Springsteen es la ciudad. El descubre la intimidad de la calle, de quienes en la acera le miran con desconfianza o ni le miran siquiera, la intimidad de los automóviles en marcha o la prepotencia de un transeúnte. Y lo fascinante es que el texto y el tono nunca reniegan de la miseria urbana, aunque la constaten con algo más que crudeza. No hay alusiones a los breves momentos de aislamiento que pueden dar un parque o un apartamento, tampoco asoman tentaciones lúdicas ni reflejos warholianos: haya melancolía o entusiasmo, haya balada o euforia, en el rock, por el rock, Springsteen iguala con voz ronca y callejera pulsiones anímicas opuestas y logra, como la poesía, que la tristeza y la alegría anden, como en un tipo, por la misma vía.

La vía es el rock, y entre los raíles el rock se confirma.

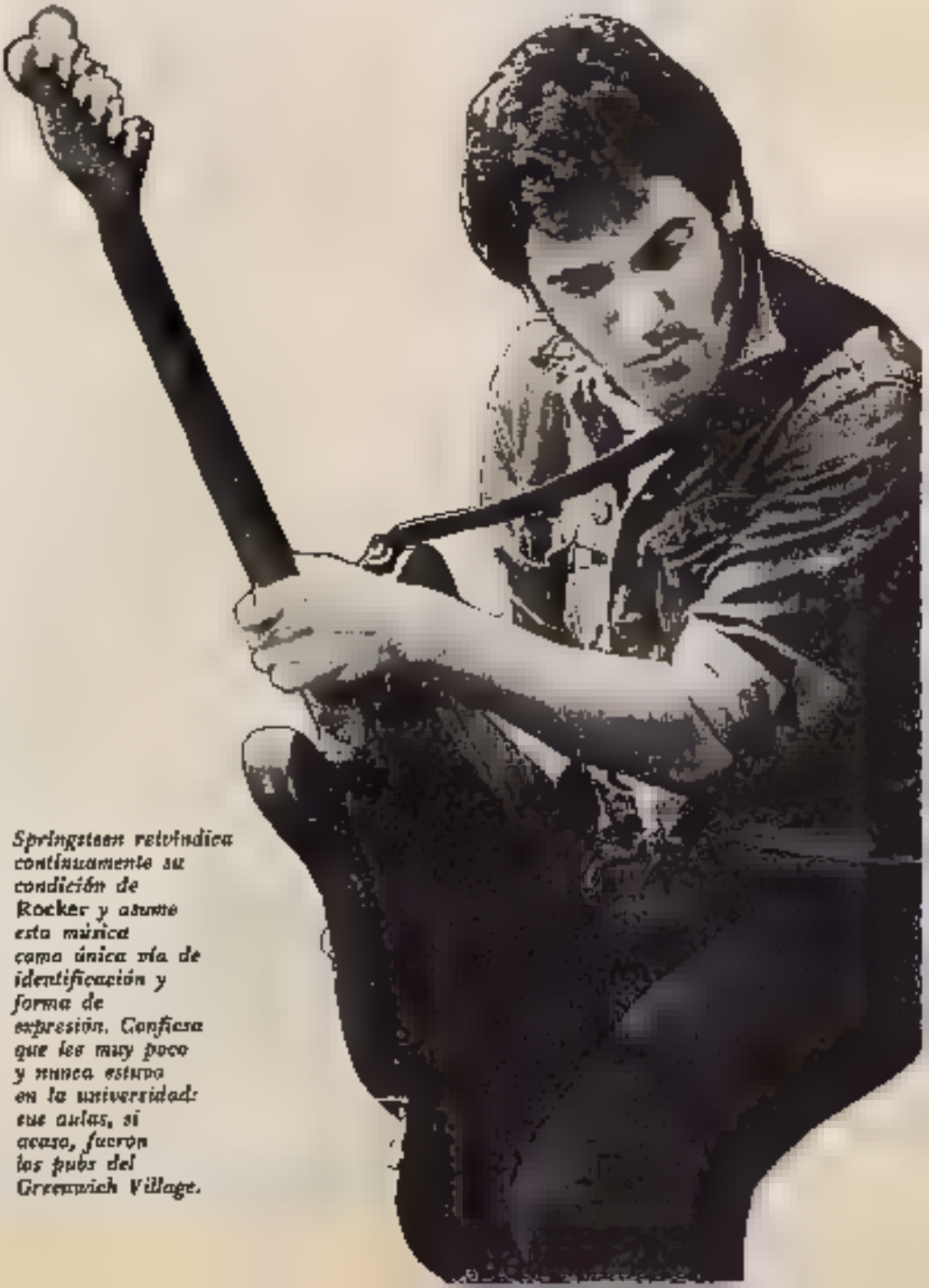
«La oscuridad en el filo de la ciudad» *(Darkness in the edge of town, 1977)* es el título, bellamente recurrente, del disco siguiente de Bruce Springsteen. Aquí, ya sin parafernalia ajena, hay un trabajo algo desigual con momentos memorables. Tal vez, como *Born to Run*, era el descubrimiento de un grandioso sonido que, al modo de Phil Spector, monumentalizaba la fuerza rítmica de los fulgores urbanos de Springsteen, el elepé del 77 redunda en la fuerza literaria de las sinceridades casi cándidas del poeta eléctrico. El plástico es un prodigio, y su éxito fue similar al del *Born to run*, mas faltaba la sísmesis aparte. El cantante de la calle, como no, tiene terribles problemas con su casa de discos, y esto procura dificultades para grabar y editar. Entre disco y disco de Springsteen, surgen los roces con la industria y sus intrépidos ejecutivos. Bruce se pelea con ellos, y eso obstruye sus ritmos creadores. Es así, pues, que la síntesis no atraca hasta 1980. Con tres años de elaboración y selección, aparece *The River*, que convoca en el entusiasmo a toda la crítica y llama a las tiendas de discos a todas las clientelas. *«El Río»* es, de momento, la *obra total* del cantante, y tanto las encuestas entre especialistas como muchas de las listas de ventas la colocan a la cabeza de la producción del año pasado. Se trata, sin embargo, de un disco bastante sencillo. Hay 10 temas rápidos, imparables, festivos... y nueve canciones lentas: baladas de estructura más o menos convencional, pero siempre conmovedoras, magicamente atónitas de verdad y exentas de desamparo. En todos los cortes del doble elepé la producción acústica traduce sin pompas la grandiosa elocuencia de la

Por su solidez y fuerza, Bruce Springsteen –como Elvis, izquierda, Little Richard, centro, y Chuck Berry, abajo, ingresa ya en el ámbito de lo intemporal.

energía, de la doble fuerza de Springsteen, y en casi todos interviene el saxofón inapelable del negro Clarence Clemons (antiguo colaborador de James Brown, probablemente la figura más enérgica del *soul*), que sólo es la parte más habladora de una banda perfecta.

The River consagra en España y en el mundo a Bruce Springsteen, y además sirve para pretestar la visita a Barcelona del cantante y su grupo. Cantaron y tocaron en Montjuich, a finales de abril de este año, durante tres horas, fraguando uno de los mejores conciertos de rock que hemos merecido los maltratados aficionados de aquí. Allí se congregó una variada audiencia hecha de *progres* (¡Qué palabra!», diría Umbral), rockeros, niños bien, ejecutivos, heroinómanos y otras gentes, y allí nadie adjudicaba al de al lado ninguno de estos *clichés*, porque no había tiempo ni ocasión para pensar en nada que no fuera el escándalo de música y vigor que, gestado en la calle, se gestualizaba y se exprimía en el escenario. Springsteen introducía sus baladas aconsejándonos, como Sócrates, (y puede que no sea absurdo decir que él es al rock lo que el griego fue a la historia del pensamiento), que nos conociéramos, que supiéramos ■ dónde vamos y de dónde venimos, y todos escuchamos como si fuera la primera vez que oíamos aquello. Hablaba de su padre, un obrero, de su abuelo, obrero también, y explicaba su presencia allí y su necesidad de silencio durante temas como *Independence Day*, en el hecho de que un día decidió no ser como su padre y como su abuelo y prefirió robar un coche y conducir toda la noche para atender las caricias de una chica agobiada por la ciudad. Prometía encontrarse con todos *out in the street* (en la calle»), y bailaba con nosotros subido en un gran altavoz, cabalgando sobre su guitarra por las tablas, saltando encima del piano ■ tomando en sus brazos a una chica de la audiencia que –durante su histérico episodio de danza con la estrella– miraba hacia las primeras filas como excusándose ante su acompañante por besar y abrazar ■ tan exultante *partenaire*. El, la banda y el público compusieron una limpísima unanimidad en el goce, todo gracias ■ una pulcra y legítima fórmula suya que Bruce destila en la cultura y en la biología. Un combinado que nadie entre los presentes se atrevió a rechazar, porque es el que mezcla la honestidad con el poder de seducción. Y eso es algo más que arte, ■ nada menos que eso.

En estos años, después de que el *punk* asesinara (con justificada violencia y alevosía) la mentada *era artificiosa*, el rock vive momentos de gran creatividad gracias a una resurrección de viejo e ingenuo *pop* que acontece –espontáneamente– poco antes del cambio de década. Ese renacimiento ■ sido llamado, en un consciente exceso de optimismo, *nueva ola*, porque era una rara convulsión cuyo mayor valor consistiría en su capacidad de generar replanteamientos por parte de los músicos y, sobre todo, por parte del público. La convulsión, pasados dos o tres años, ha dado frutos espléndidos: hay que acordarse de bandas como *Talking Heads*, *Joy Division*, *Visage*, *Spandau Ballet*, *The Cure* y varios más. En España, como primer movimiento musical sincronizado con el resto del mundo occidental, la *nueva ola* también ha traído vientos de modernidad y obras de valor, como las últimas cosas de los Pegamoides. En este entorno, el talento de Springsteen ingresa en ámbito de lo intemporal, porque su entereza y su solidez están por encima de cualquier coyuntura, ya. Hace tiempo que él, como los viejos Chuck Berry o Little Richard, como Elvis mientras le dejaron, reconcilia al rock consigo mismo. El mismo *es* rock, como todos nosotros. ■ A.T.



Springsteen reivindica continuamente su condición de Rocker *y asume esta música como única vía de identificación y forma de expresión. Confiesa que fue muy poco y nunca estuvo en la universidad: sus aulas, si acaso, fueron los pubs del Greenwich Village.*

Crítica social e historia

LOS COMICS

EL *cómic*, como el cine, contiene todos los elementos necesarios para convertirse en uno de los vehículos de cultura más atrayentes de nuestros días. La razón está en las posibilidades con que cuenta para sintetizar, en una sencilla hoja de papel, otros medios de expresión. Poniendo sus tentáculos en las artes plásticas, la narrativa, el cine y la poesía, el cómic ha conseguido popularizar las artes de élite. Y popularizar no significa, en este caso, que se haya conseguido simplificar sus contenidos ■ abaratado sus precios para que sean asequibles a todo tipo de público, sino que radica en su carácter de medio de comunicación de masas. Desde que aparecieron los primeros cómics, a finales del siglo pasado, ninguno de los prejuicios sociales que hicieron de la cultura privilegio de unos pocos alteró esa característica esencial. Se dibuja un cómic no para venderlo como pieza única ■

para hacer de él una tirada limitada, sino para reproducirla como un producto industrial; el autor se sirve de la técnica cinematográfica y de su lenguaje icónico, pero no tropieza con el aparato humano y económico imprescindible al cine; el guionista se vale de la narrativa para contar una historia, pero no le es permitido ensimismarse con el estilo.

Claro que, a estas alturas, ni en Europa ni en EE.UU. se discute la importancia del cómic pero, en España, razones históricas nos obligan a

CARMEN GARCIA MOYA

plantearnos ciertos temas desde el principio, porque principiantes somos en la lectura del cómic para adultos después de los casi 40 años de represión franquista en la que los dibujantes españoles se vieron obligados a ilustrar historietas propagandísticas o de evasión, censurar las que llegaban de fuera, exiliarse o exportar su trabajo. Por todo ello quizá sea necesario decir que, el rápido crecimiento editorial español en los últimos cinco años en los que empieza a renacer el cómic, los logros artísticos conseguidos por los dibujantes, los rigurosos planteamientos culturales exigidos por la crítica especializada y las molestias que se tomó el régimen franquista para manipular los restos del tebeo infantil, demuestran que la importancia atribuida al noveno arte no es gratuita.

No obstante, entre todos los comics e historietas que hoy se publican en

Selección de viñetas de uno de los comics publicados por Carlos Giménez en «España, libre» ante las declaraciones de Martín Villa

Esperpéntica historia de amor de Nazario.

nuestro país, hay mucho subproducto, lo que es motivo y quizá único argumento por el que muchos de los intelectuales e informadores de la cultura de «qualité», lo miran de reojo.

Con la aparición del cómic para adultos, –de contenidos socialmente críticos, históricos, eróticos, o que reflejan la realidad cotidiana que vivimos– es tan reciente que no es posible establecer relación cronológica ni intentar averiguar en qué proporción crece la venta de álbumes y revistas, porque éste es un mercado que partió de cero hace apenas cuatro años. Sus antecedentes hay que encontrarlos en las publicaciones de propaganda falangista de postguerra y en el *imperio* del tebeo infantil de los años fuertes del franquismo, por un lado, y en la ausencia o desconocimiento –si es que el vacío también puede considerarse como precedente– de clásicos norteamericanos y europeos como Al Capp, Winsor McCay, Milton Caniff, Raymond, Royo Crane, Elzie Segar, Gottfredson o George Herriman.

Lo más sorprendente de aquellos años –tan próximos en el tiempo, por otra parte– no es la ausencia de los grandes del cómic, sino la censura que se aplicaba a las publicaciones que no habían sido *pensadas* como propaganda del régimen. Por ejemplo, a los dibujantes se les facilitaba una lista de palabras que no se podían utilizar, entre las que se encontraban «asesino» o «traidor»; a Tarzán se le cubría el taparrabos con una faldita; a las niñas, como en el caso de Ardel en «Las chicas topolino», se les quitaba la melena; a las jovencitas como Jeny, compañera de Tarzán, se les ponía mangas hasta el codo y se les quitaban los pechos, dejándolas como tabla rasa, y, en casos de auténtico desborde de imaginación, se llegaba a extremos como el que sufrió el dibujante Ripoll a propósito de una viñeta en la que se veía a una niña de 7 u 8 años, de

sobre la agresión de la policía al diputado Jaime Blanco, y otras «disquisiciones».

LOS COMICS

Portada de uno de los números de la pionera y desaparecida publicación de cómic en España.

espaldas al lector y mirando dentro de un lavabo, que fue censurada porque en el supuesto de que la pared que sostenía el lavabo no existiera y en el supuesto de que allí hubiera un hombre, éste le vería la braguita.

Así discurrieron los años del franquismo. Los tebeos se llenaban de personajes-símbolo de las frustraciones del hombre medio español (el hambre en Carpanta, las desavenencias familiares y la represión sexual en Las Hermanas Gilda, la ingenuidad en Gordito Relleno, la explotación en Don Pío, el tenebrismo español en Doña Urraca...) mientras se empezaban a sentir las influencias de las pocas publicaciones extranjeras que podían pasar la frontera y entre las que se encontraban Flash Gordon, Rip Kirby, ■ Pequeño Cheriff y Suchai que dieron origen a publicaciones de aventuras como El Jabato, El Capitán Trueno o Aventuras del F.B.I., que fueron, sin duda, de las más populares.

Pero las leyes isocrónicas del péndulo –con esto no estamos defendiendo ningún tipo de censura, sino constatando una realidad– rigen en algunos aspectos sociales de nuestro país y, actualmente, según hemos podido confirmar a través de los dibujantes Macabich, Ripoll y Martí, en España no existe ningún tipo de control semejante al que se lleva a cabo en otros países en la historieta infantil. Por ejemplo, en Inglaterra se prohibe dibujar a los personajes fumando, excepto si son los *malos* de la narración, aunque eso sí, el *malo* debe ser siempre simpático y en ningún caso puede enseñar los dientes; no se permite que en los cuentos de hadas los protagonistas sean mayores y se controla la moral y la violencia.

Con las últimas bocanadas del anterior régimen y el reconocimiento de la libertad de expresión, los dibujantes españoles, que son legión, han emprendido la difícil tarea de dibujar

Portada de Bug Rogers para «Bésame mucho» publicación de historietas underground.

la realidad presente y pasada de nuestro país, que es, sin duda, la novedad más atractiva que puede encontrarse en el cómic español actual.

Droga, sexo y violencia

La aparición de los primeros cómics en el campus universitario norteamericano produce la gran ruptura con los contenidos y la estética tradicionales. La visión desprendolada y esperpéntica de la sociedad vista a través del sexo, la droga y la violencia, causó tal impacto que editores y dibujantes al uso se vieron obligados a replantear su trabajo. Naturalmente semejantes desmanes no pudieron aparecer en España hasta los años 70, cuando Farriol, Mariscal, Nazario, Panlés, Guillermo y Capdevilla, entre otros, publican en Barcelona, en 1974, el primer tebeo underground: ■ Rollo Enmascarado, que fue secuestrado y absuelto judicialmente más tarde. Como siempre sucede, el eco producido por el secuestro fue el revulsivo que animó a los dibujantes a buscar editores dispuestos a publicar sus trabajos. Así nació la revista marginal Star, precedente de multitud de publicaciones periódicas de cómics-rock, muchas de la cuales aparecían y desaparecían sin dejar rastro: A Valencia, Purita, Butifarra! única en su género que ha tratado solamente temas políticos–, entre otras de contenido irregular.

Muy pronto salieron a la calle «Nasti de Plasti», en la que colaboraban Mariscal, Ceesepe, Montesol y Onliyur «Carajillo», realizada por Agust, Santana, Ceesepe e Iñaki, y «Picadura selecta», editada con trabajos de Roger, Isa, Panlés, Perate y Max, entre otros, que mostraron ya una obra personal y diferenciada de cada uno de los nuevos creadores del cómic en nuestro país. Una larga serie de publicaciones efímeras les han ido sucediendo hasta el momento presente en que Bésame Mucho, Víbora y Toni –que acaba de sacar su primer número– se disputan el mercado.

Con una estética expresionista, ba-

Portada de Torres para «El Víbora».

sada en lo feo, en lo que visualmente causa pavor, que es, en definitiva, el objetivo del dibujante underground. el cómic español como el norteamericano, utiliza el sexo, la droga y la violencia como temas base de sus historietas, sin duda porque son los que interesan y preocupan a la sociedad. Aunque probablemente sus creadores no hayan partido de este presupuesto como fórmula matemática, es incuestionable que, si estos temas interesan, es porque están en la calle y en la mente de un sector muy amplio de la juventud. Los gustos por las motos, el lenguaje del rollo y el paisaje urbano en el que se desenvuelven los personajes, nos remiten continuamente a las fuentes callejeras y a la realidad social en la que el cómic más interesante de nuestros días se basa para sus creaciones.

Así surge una particular visión del mundo y, una más singular aún, crítica de nuestra vida cotidiana, sus principios morales, y su espeluznante distraz burgués.

El mutuo engaño al que se somete la pareja, por ejemplo, con las continuas salidas nocturnas del ejecutivo de turno con pretexto del trabajo, y las relaciones homosexuales o no, del ama de casa a espaldas de su marido, ponen de manifiesto la falacia de la familia burguesa convencionalmente unida, en el cómic de Montesol (guionista) y Martí (dibujante) que fue publicado en Rock Comic con el título de «Don Alberto Cuenta Corriente». Asimismo en la revista Sidecar, el dibujante Roger y el guionista Montesol publicaron «El día que mataron a Raquel», todo un alegato contra la corrupción del régimen franquista y su institución policial a través de una historieta *tenebrosa* en la que alguien de Las Fuerzas de Seguridad soborna y mata a una mujer por haber tenido un hijo con un teniente del Ejército rojo. En ■ «Curioso relato sobre cerdos y perros» aparece la violencia de los medios oficiales de represión justificada con el siguiente texto: «En 1976 ■ índice de criminalidad ha aumentado en una forma más alarmante entre el sector adolescente que entre otros tradicionalmente más criminales. La violencia como medio único y absoluto de diversión se ha implantado entre los jóvenes que hasta los 13 años acudían asiduamente a sus oficios religiosos. El tinglado económico que ha surgido alrededor de ella produce pingües beneficios a costa de los que aún se mantienen fuera de ella. Señores: salvemos a estos jóvenes que se mantienen limpios de la barbarie y contraataquemos con saña». La C.E.R.D.O (Central Estatal de Represión, Decencia y Orden) aparece en el cómic como un centro de experimentación para transformar al hombre en un ser superviolento con vistas a los intereses que tan singular organismo tiene. Esta historieta de Martí fue publicada en «Picadura selecta».

En muchos de los comics, el ángulo crítico de la sociedad que se propone mostrar su autor no se expresa con palabras, sino que se consigue mediante el dibujo, la radical actitud de los personajes o por el carácter de hecho insólito que va adquiriendo la historia en su desarrollo. Por ejemplo, en «El gallinero» de Ceesepe, publicada en Disco Exprex, en 1978, cuenta la historia de la violación de una joven por dos individuos, uno de los cuales se entrenta más tarde con un amigo o familiar de la chica. El cómic hace referencia a la violencia que genera la violencia pero, al final del mismo, los dos jóvenes, enzarzados en una lucha a cuchillo, se decapitan. Este es, por tanto, un ejemplo de historia cogida de la realidad con un final inverosímil.

Otras veces el cómic parece que copia literalmente los sucesos de las páginas de los diarios, como sucede en el caso de «Chonn Mercromina», del que es autor Mique Beltrán y en el que aparece un joven navajero con mote que es localizado por un espabilado productor para hacer de él una estrella de cine; o como en «Kilómetros violentos», de Pedrín, publicado en A la Calle, en la que unos pandilleros al saberse localizados por un conductor de Campsa, que pretende denunciarlos por robo de un surtidor de gasolina y maltrato de sus empleados, deciden incendiar el camión en el que muere el camionero.

En las páginas de «Sucesos cotidianos», de Pons, la relación entre las decisiones que un hombre puede tomar –beberse un carajillo, ligarse a

Carlos Giménez se autorretrata en semejante situación cuando se pone a ■ mesa de dibujo. En esa circunstancia se dibujaron las primeras historietas de crítico política y social.

LOS COMICS

una tía del chino o comprar droga— en un momento cualquiera del día, nos sitúa la droga y el sexo al mismo nivel que otra intrascendente costumbre con la que es posible disfrutar. Pero Nazario llega mucho más allá. En su historieta «Una tenebrosa historia de amor», el incesto aparece como un mal menor, la represión sexual como una amenaza para los más débiles —en este caso el reprimido incestuoso viola y mata a una niña—, y la desesperación y la soledad del individuo que la sufre, llevada al extremo.

El cómic con mayúsculas

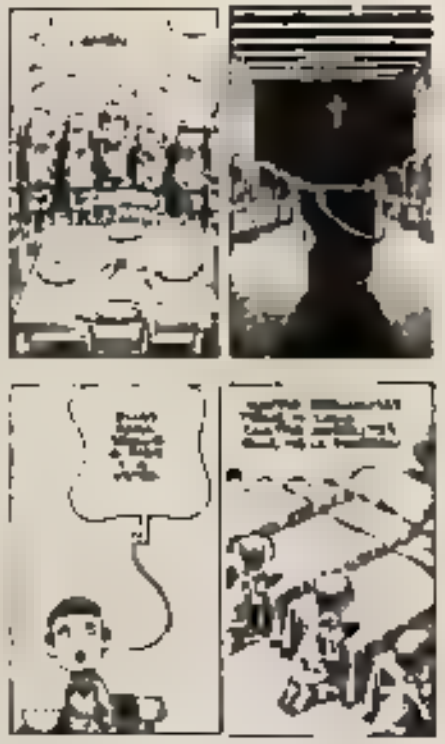
Existe una viciosa tendencia entre la crítica a catalogar y excluir partes de un todo con la intención de sacralizar aquello que se juzga más próximo a los convencionales conceptos de arte y cultura, escrito, claro está, con mayúscula. Con esa intención, algunos de los críticos excluyen del cómic la historieta underground, probablemente porque sus objetivos son diferentes. Pero antes de pasar más adelante quizá sea necesario aclarar que el cómic no puede ser considerado como un arte menor respecto de la pintura, porque ni lo más importante del noveno arte es la perfección del dibujo, ni muchos de sus autores han aspirado ni aspiran a conseguir esa perfección en el sentido en que comúnmente se entiende que en las artes plásticas se consigue. En la técnica del cómic, la narración visual y la expresividad es indudablemente el objetivo fundamental que se persigue. Pues bien, así como el cómic no puede ser considerado como un arte menor respecto de la pintura, no puede decirse, generalizando, que el cómic es un subproducto de aquel, sino que ambos utilizaban recursos expresivos diferentes para temas diferentes.

El centro de atención del cómic español que se refiere a la historia está, en este momento, en los magníficos álbumes de Antonio Hernández Palacios sobre la historia del País Vasco «Euskadi en llamas», «Eloy, uno entre muchos», que narra los sucesos de la guerra civil española a través de un soldado del bando republicano, y «Roncesvalles», que es, según su autor, un homenaje a Navarra.

Palacios, nacido en 1921, empezó a dibujar cómics en 1970 y es hoy uno de los más importantes autores, con una personalidad muy definida y de más recursos expresivos. Pero los temas le definen tanto como su estilo. Desde su primer trabajo, Manos Kelly, en el que contaba con un western la presencia española en el sur de los EE.UU., el autor ha optado por temas preferentemente históricos, tratados con una documentación objetiva y rigurosa.

Según Román Gubern, Enric Sió (Barcelona 1942) realizó, en Lavinia 2015, el primer cómic político de oposición publicado durante los años del franquismo. Pero Mara es quizá el trabajo de más envergadura que el autor ha realizado sobre la realidad española, en el que la protagonista recorre un itinerario personal pero también colectivo con sus duendes tiránicos, y sus represiones, en un ambiente que es descrito así: «Este país podía haber sido un buen circo. Por lo menos, el circo más soleado de Europa. Pero nada. Los artistas más deplorables se impusieron como vedettes del programa.»

El autor que más se ha remitido a nuestra realidad, el más comprometido con la tarea de narrar nuestras lacras educativas y los sucesos diarios que llaman su atención, es Carlos Giménez. La publicación de los trabajos aparecidos en la revista «Muchas gracias» bajo los títulos de Paracuellos y Barrio, ha tenido un eco insólito por la proximidad de su tema, por la ternura y el terror que Giménez ha logrado imprimir a los protagonistas. Paracuellos y Barrio cuentan la historia del sórdido y represivo ambiente en el que se educaba a los niños en los Colegios de Auxilio Social, en los que el autor pasó ocho años de su infancia.



La religión es la constante ineludible en las historietas de Carlos Giménez en «Paracuellos».

Por otra parte, los volúmenes «España, una», «España, grande», «España libre», que son la crónica semanal que el autor realizó para la revista «El papus» sobre los acontecimientos informativos más destacados de los últimos años, componen una trilogía de cómics de contenido histórico. Las condiciones en que discurría la vida de los presos políticos a propósito de la represión en la calle, la lucha por las libertades, el atentado de la tripe A contra El Papus, las declaraciones de Martín Villa sobre las agresiones de la Policía al diputado Jaime Blanco y toda una serie de acontecimientos que le sirven al autor para manifestar su crítica, su repulsa o su indignación.

Los contenidos del cómic en España, a pesar de su corta vida, son lo suficientemente amplios como para mantener —junto con autores europeos y norteamericanos— fundamentalmente, una larga serie de publicaciones y revistas especializadas que son el soporte de divulgación de los mejores autores. Destacan por su calidad Totem, Blue Jeans y Bumerang, de la editorial Nueva Frontera, que también edita los álbumes Super Totem y la Biblioteca Totem, donde se han publicado las mejores obras de los autores contemporáneos; Cimoc, especializada en ciencia ficción y Hunter, sobre temas del Oeste, de la editorial Norma; Creepi y 1984 especializadas en narraciones de terror y ciencia ficción respectivamente junto con Cómic Internacional y Cuando el Cómic es Arte, de la editorial Toutain. Juan Esteve y Ediciones B.O. están especializadas en los clásicos, y Planeta acaba de sacar la colección «Grandes héroes, el descubrimiento del mundo», en la que aparecerán los mejores dibujantes actuales.

La conclusión es que no existe en estos momentos en España una colección que agrupe a los dibujantes preocupados por la vida cotidiana y la realidad más inmediata. Quizá «Ediciones de la Torre», con su colección Papel Vivo pudiera haber detectado el relevante interés que ofrece este ángulo del nuevo cómic. ■ C.G.M.

Instantes finales del 202 Derby de Epsom: El caballo «Shergar» montado por Walter Swinburn, un jovencito de dieciocho años, se impone a sus rivales con una superioridad aplastante.

«No cambiaría mi caballo por ningún otro que marche a cuatro patas. Hace trotar al aire. La tierra canta cuando la toca. Este es un verdadero caballo y todos los demás rocines pueden ser llamados bestias. Es el príncipe de los palafrenes. Su relincho es como el mandato de un monarca y su marcha arranca la admiración.»
(W. Shakespeare, King Henry V)

UN DERBY CAPICUA

FERNANDO SAVATER

EN alguna parte, fuera de este mundo pero constituyendo la entraña y el sentido de este mundo, hay una palestra formidable y se celebra una olimpiada realmente heroica. Allí Ricardo Zamora detiene los tiros a puerta de Pelé, allí ruedan un duelo fascinante Coppi y Merex, Bobet y Bahamontes, mientras hacen su esfuerzo definitivo Paavo Nurmi, Zatopek y Bikila; el cartel de la tarde reúne de nuevo a Joselito y Belmonte, pero con Pepe Hillo y Antonio Ordóñez, y en un *ring* insuperable se enfrentan Rocky Marciano y Cassius Clay, lo que no distrae de su partida a Capablanca ni a Bobby Fisher. También se celebra, cómo no, una carrera de caballos y en la milla y media de un Ep-

UN DERBY CAPICUA

son sublime galopan en fantástico pelotón «Ribot» y «St Simon», «Eclipse» y «Secretariat», «Flying Dutchman», «Gladiateur» y «Mill Reef». Cada seleccionado supongo que compondrá su pergenio personal, pero los nombres seleccionados no han de variar mucho. Volvamos a nuestro mundo limitado y sucesivo, donde los años y el azar separan a los grandes campeones y nos privan de la competición perfecta, platónica cuya belleza quizá todavía no merecemos. Se dice que este siglo se celebró una carrera de caballos casi tan espléndida como la que imagino para esos Campos Elíseos deportivos de que antes hablaba y da la casualidad de que yo la presencié. La importancia de esa prueba ha ido aumentando con los años, pues casi todos los campeones que en ella se enfrentaron se han convertido después en magníficos reproductores, certificándose así que su valía no era una apreciación apresurada ni controvertible. Esta carrera tuvo lugar en el hipódromo parisino de Longchamp, el 3 de octubre de 1965, domingo; en ella participaron, entre otros «Meadow Court» vencedor del Derby irlandés y del King George and Queen Elizabeth Stakes, montado por Lester Piggot; «Tom Rolfe» hijo de «Ribot» ganador del Derby de Kentucky y del Preakness Stakes, montado por el legendario jockey americano Bill Shoemaker; «Anilin», orgullo de la cría soviética, ganador del Derby ruso y de otras doce carreras en diferentes países; «Oncidium», ganador de la Coronation Cup y mayúscula esperanza inglesa en la competición; «Reliance», mismo en cinco carreras entre ellas el Derby francés (Jockey Club) el Gran Premio de París y el Premio Royal Oak, que contaba además con la monta de Yves Saint-Martin los dos elementos presentados por el barón Guy de Rotschild «Diatome», ganador del premio de Noailles y del Prince d'Orange y «Free Ride» vencedor en el Ganay; y también «Carvin», ganador del Gran Premio de Vichy el campeón italiano «Marco Visconti», el vencedor en el Grosser Preis de Baden, «Demi Deuil», y «Sigibert» y «Ragazzo» y «Blabla» la única yegua del grupo, heroína del Prix de Diane, y y «Sea Bird». Era un alazán alto y largo caretto, calzado de las dos patas; había sido criado en Francia y su origen, sobre todo por línea materna, no era particularmente extraordinario. Digamos que, en cuanto campeón todo se lo debía a sí mismo. Y ese «todo» no era poco: tras un comienzo espectacular de temporada, había ganado el Derby de Epsom con una facilidad pasmosa, la mayor que se recordaba en la historia de la prueba. Su estilo impresionó tanto a quienes le veían que, pese a lo destacado de sus contrincantes, salió favorito para el Arco de Triunfo en Longchamp aquel domingo tres de octubre; como en todas sus carreras le montaba Pat Glennon, un larguirucho jinete australiano con el que se entendía a la perfección. Recuerdo sin trabas la tarde de octubre, la mano de mi padre señalándome a Lester Piggott, a quien ambos veíamos montar por vez primera, recuerdo a «Tom Rolfe» redondo y muy oscuro, recuerdo los altos pómulos tártaros de Nasibov el jinete de «Anilin». Yo no tenía gemelos, también lo recuerdo y estaba tan preocupado por ver bien la carrera que no me moví en toda la tarde de la grada que había elegido como observatorio. Hasta la semana anterior creíamos que «Todo Azul» el ganador del Gran Premio de Madrid y el caballo que más he amado en toda mi vida hípica iba a participar en el Arco de Triunfo, pero se retiró a última hora tras alguna carrera preparatoria en Francia poco afortunada. Recuerdo, terrible y mágico el clamor de la gran carrera, la majestuosa y vibrante serenidad de Longchamp acentuada por el aura hipnótica de la memoria. «Allez Saint-Martin!» «Go on Lester!» Me recuerdo gritando «¡Hala, Todo Azul!» para que supiese que le era fiel hasta más allá de la esperanza. Fue mi forma de intentar que no estuviera ausente de la gran carrera. Y «Sea Bird» galopa solo por la recta final, seis, siete, diez cuerpos delante de los mejores caballos del mundo, galopa para siempre con su largo trancó de platino y diamantes, sin esfuerzo, sin énfasis, apenas acompañado por el suave y cariñoso braceo de su amigo Pat Glennon, como si se tratase de un galope de entrenamiento al amanecer y no hubiese tras él diecinueve campeones pensando por escucharle. Estuve presente ese tres de octubre y costará convencerme de que hubo y hay o habrá un purasangre mejor que aquél.

Y sin embargo, los expertos dicen que ese caballo existe ahora entre nosotros y que ya es lícita la nostalgia por no poder verlo enfrentarse con el colosal «Sea Bird». El nuevo *superstar* se llama «Shergar» y es propiedad nada menos que del Aga Khan; también es caretto, como el otro pero menos estilizado y más musculoso y fornido. Su jinete habitual es un jovencito aniñado y muy serio, Walter Swinburn, de dieciocho años hijo de uno de los más grandes jockeys irlandeses en activo. «Shergar» ganó sus dos primeras carreras a tres años por diez y doce cuerpos; la tercera el Derby de Epsom, para el que salía tan absolutamente favorito que los *bookmakers* ni siquiera le cotizaban en apuestas, la ganó con más facilidad y por mas distancia que ninguno de los vencedores anteriores, incluido el propio «Sea Bird». Como carrera pocas pueden haber con menos historia que ese 202 Derby. «Shergar» dispuso de sus digamos rivales con la más aplastante superioridad que imaginarse quepa. Tomó la curva de Tattenham en cuarta posición y por el exterior para luego, delicadamente exigido por su joven jinete, irse de la

Año 1980. «Henbit», conducida por el jockey Willie Carson, cruza la meta en primer lugar tras recorrer la milla y media de Epsom.

Tras la victoria, el caballo, «Shergar», el dueño, el Aga Khan, y el jinete, Walter, saborean las mieles del triunfo.

compañía de sus colegas con una contundencia tal que les dejó literalmente clavados o al menos tal impresión nos dio a los espectadores. Cuando ya iba bastante destacado, Walter Swinburn (cuyo aire angelical contrasta con la fama luciferina del poeta casi homónimo) le asestó de pronto un par de fustazos, obviamente innecesarios. Este único momento de nerviosismo del *wonderful boy* tiene una graciosa explicación, que él mismo se encargó de dar a la Prensa. «Oí que varios gritaban de pronto '*Go on*, Lester' y me dije '¡Oh no, Dios mío, *el no!*'. Entonces le pegué dos veces y 'Shergar' se disparó del todo». En realidad, el potro que montaba Lester Piggott, «Shotgun», propio hermano de «Arrow» –un caballo que vimos correr y ganar varias veces en España– sólo tuvo un nada inquietante destello al final del primer tercio de la recta final, pero sin amenazar jamás al ganador: acabó cuarto, tras una carrera respetable, pero nada más. La anécdota prueba, sin embargo, el pavor que impone el mago de Epsom (que ganó tres días más tarde su quinto Oaks) entre sus compañeros de fusta... y refuerza la confianza ilimitada que sus adictos nunca le retiramos hasta el último tranco de cada carrera. Sobre lo apabullante de la victoria de «Shergar», baste otra historieta: el jinete del segundo clasificado, que montaba a un excelente hijo de «Mill Reef» y llevaba los mismos colores del legendario campeón, declaró al final de la carrera: «¡Qué momento tan maravilloso! Me sentí como si hubiera ganado el Derby, como «Shergar» estaba tan lejos que apenas se le veía...».

¿Hay que reconocer, pues, que «Sea Bird» quizá deba ceder su pedestal a otro campeón aún más glorioso? Por mi parte, «Shergar» tendrá todavía que sudar un poco antes de convencerme de ello. Deberá demostrar su clase frente a los caballos de edad, que quizá sean menos manejables que el lote no demasiado lucido que intentó hacerle frente en el Derby. En una palabra, le espero el domingo cuatro de octubre en Longchamp,

UN DERBY CAPICUA

para que revalide en el Arco de Triunfo los laureles que por ■ momento no se le pueden escatimar. Tendrá en su contra el fulgor dorado que envuelve en su memoria las imágenes de «Sea Bird» junto con las de aquel mi París primero de hace dieciséis años... ¡Pero quizá logre triunfar también contra ese peligroso adversario! Este Derby 202 fue también capicúa de otras dos maneras: en primer lugar, el caballo que llegó el primero y el último eran hijos del mismo semental, «Great Nephew», que también fue padre del ganador del Derby de 1975, «Grundy», por otro lado, cuatro días más tarde se corrió en París el Derby francés y su imprevisto ganador «Bikala» también iba montado por un jovenzano de dieciocho años, el aprendiz Serge Gorli, destinado a ser este año (y probablemente muchos otros) émulo y rival de Walter Swinburn. Jóvenes triunfadores que renacen como héroes adolescentes con su empuje nuevo y la promesa de un gran caballo entrenado a su reto de gloria con los mejores de entre los mejores: no cabe duda de que la primavera del ■■ ha querido irse haciéndonos a los aficionados al ■■ el más estimulante de los regalos. ■ F.S.

«Shergar» y Walter Swinburn en pleno esfuerzo.

Manual de urbanidad

FRANCIA Y NOSOTROS

LUIS CARANDELL

El señor Calvo Sotelo, presidente del Gobierno, exhortaba no hace mucho a los empresarios españoles a invertir y les decía que la inversión es una actividad que tiene mucho de erotismo, añadiendo que «da lo mismo que el acto se consume bajo un puente o en un aposento del palacio de Versalles».

Hay que agradecerle al señor Calvo Sotelo los esfuerzos que hace por animar a toda la escala social de los empresarios a poner en juego su libido inversora. Y debe reconocerse que el argumento erótico será para ellos mucho más estimulante que lo fue el de la «solidaridad social» a la que hace tiempo apelaba el señor Carrillo para «sacudir» las conciencias empresariales.

Pero lo que ahora me llama la atención en la frase de don Leopoldo es la decidida elección de Versalles como escenario del summum de la experiencia erótica. Todo el mundo estará dispuesto a reconocer que bajo los puentes están los lugares menos lujosos del mundo para estos menesteres. Pero buscar Versalles, el otro extremo del espectro, es ya a estas alturas un poco anticuado. Estoy seguro de que un moderno no lo mencionaría en ninguna lista de preferencias.

El señor Calvo Sotelo pertenece a una generación de españoles para quienes Francia era una cumbre de cultura y de refinamiento. Es un madrileño ilustrado, nacido en Galicia y habitante desde joven de un Madrid con algo de afrancesado. Estoy seguro que dice la verdad cuando afirma que, contra lo que se dijo, ■ no tomó parte en el apedreamiento del cine donde se estrenó ■ película «Gilda». ¿Cómo iba a hacerlo quien ya entonces debía soñar con hacer el amor en Versalles?

Más que del ojo del puente, Versalles era el contrapunto de la casa de citas madrileña, cuya propietaria solía llamarse doña Sagrario, y que tenía cama de matrimonio con colcha morada y crucifijo en la cabecera. A nadie puede extrañarle que la gente se acordara en ese trance del palacio de Versalles. Venía a ser una especie de cielo erótico de la época.

Por entonces, Barcelona, más próxima a Francia y puerta «europea» de España, tenía mucho que enseñar a Madrid. «Barcelona es otra cosa», solía decirse, y era porque allí había *meublés* —uno de los más concurridos por cierto, se llamaba «El Francia»— donde un discreto juego de cortinas ocultaba a los clientes que llegaban en taxi o, si entraban en lo que entonces se conocía aún por «auto particular», un empleado se apresuraba a cubrir púdicamente con un paño la matrícula del coche. Anonimato éste que no quedaba garantizado en la casa de citas de la que, por disposición de la dueña, el hombre y la mujer que habían ocupado la alcoba tenían que salir por separado para evitar la murmuración de los vecinos.

Nuestras relaciones con Francia tenían un fuerte contenido sexual. Es posible que generaciones muy anteriores a la nuestra vieran a la nación vecina representada en Jeanne d'Arc y supieran que Francia era *«la fille aînée de l'Eglise»*. Pero, en los tiempos de que hablo, Francia desempeñaba en la imaginación de los españoles el papel de la amante, aunque, hay que decirlo, no eran muchos los venturosos y desahogados ciudadanos que pudieran pensar que se les iba a rendir nada menos que en Versalles.

Para no poca gente, Francia era un lugar tan pecaminoso y descarriado que estaban fervientemente convencidos de que podían condenarse por el sólo hecho de viajar a París, un antro de perdición al que sólo iban los más atrevidos. Y el prestigio de un viaje a Francia no se basaba en el hecho del viaje, como sucedía en el caso de

El señor Calvo Sotelo debió quedar seriamente contrariado cuando después de lanzar desde la tribuna del Congreso su declaración de amor a Francia, un primer ministro francés le dio las calabazas de negarle la extradición del etarra condenado por un tribunal francés. En la foto, el presidente del gobierno español con Claude Cheysson, ministro de asuntos exteriores francés, durante la visita realizada recientemente por este último a Madrid.

Suiza, adonde no era pecado ir, sino en lo que tenía de ruptura con las normas establecidas.

La fascinación francesa, que se remonta a los tiempos del Terror, ha dado un inconfundible matiz a las relaciones políticas de España con Francia. El señor Calvo Sotelo, que siempre está releyendo en público su discurso de investidura para demostrar que dijo lo que se dice que no dijo o que no dijo lo que se dice que dijo, nos leería, si estuviera ahora con nosotros, los párrafos que se refieren a las especialísimas relaciones que él planeaba establecer con Francia.

Y no es el señor Calvo Sotelo el único que tiene un *faible* o debilidad por Francia. Es éste un sentimiento de toda una generación de políticos españoles. Lo que ocurre es que no en todos se manifiesta de la misma manera. El sufrimiento que uno experimenta con los desdenes de una amante no tienen parangón en otro tipo de relaciones. Los padecimientos del señor Suárez cuando viajaba a París son célebres. Salía de Madrid convencido de que tenía a Francia «quedada» y el señor Giscard d'Estaing ni siquiera le miraba.

Ninguna nación en el mundo es capaz de proporcionar a los españoles tanto amor y sucesivamente tanto odio como Francia. Ya se sabe, ¡las mujeres! Pocos entre los jóvenes serían capaces de comprender este sentimiento tan real para toda una generación de políticos. Para los jóvenes ir a París no es ya nada, el pecado ya no existe. Ni siquiera tienen que ir a Perpignan o a Biarritz para ver películas pornográficas.

No es difícil, sin embargo, hacerse cargo de lo seriamente contrariado que debió quedar el señor Calvo Sotelo cuando, después de haber lanzado desde la tribuna del Congreso su ferviente declaración de amor a Francia, un primer ministro francés le dio las calabazas de negarle la extradición del etarra condenado por un tribunal.

«Es muy grave», dijo el presidente del Gobierno y repitió su ministro de Asuntos Exteriores. Los editorialistas pusieron el grito en el cielo. Hubo un periódico que llegó a insinuar la necesidad de romper relaciones diplomáticas con Francia. Lo que en realidad hacían era interpretar el sentimiento de frustración de los políticos, sintiéndose, ellos también, burlados por la «*maitresse*» francesa.

Lo que puede hacer pensar que la reacción española tuvo mucho de respuesta pasional es la opinión que no pocos comparten de que no es seguro que a España le convenga realmente que se concedan las extradiciones solicitadas. Y la presencia de los socialistas en el poder en Francia, y el peligro que eso entraña para la derecha española, puede haber agudizado aún más los tormentos de amor de este singular drama. Mientras los ultras han comenzado a entonar «Oigo, Patria, tu aflicción», los periódicos de la derecha han lanzado acusaciones de electoralismo a los socialistas franceses. Y en su pasional ceguera no han visto que ellos eran precisamente los que hacían electoralismo, al intentar pasarles a los socialistas españoles la factura de los platos rotos por sus correligionarios.

En la «crisis», sin embargo, ha quedado claro que el desdén francés habría sido bastante mayor si el novio español hubiera tenido que habérselas con la desdeñosa escuela de Giscard. El ministro de Asuntos Exteriores francés, en su viaje a Madrid, ciudad a la que por cierto llamó «mi segunda capital», propuso un plan de colaboración contra el terrorismo mucho más efectivo que unas extradiciones con las que Francia no podía transigir y menos cuando nombres como los de Arregui o Almería planean aún sobre la credibilidad de la democracia. Un plan que podría ser mucho más efectivo que la pasional actitud de quienes han preferido cantarle a la eterna amante aquello de «Devuélveme el rosario de mi madre...» ■ L.C.

El verano, la crisis de las instituciones o Londres ya no es lo que era

El príncipe Carlos con su prometida, Lady Diana Spencer.

EMILIO LOPEZ MENDEZ

Aunque parezca mentira (porque hasta el 10 de junio aquí estuvo lloviendo) el verano también ha llegado a las Islas Británicas. Con el calor las rubias adolescentes de rostro punteado por una volcánica e impetuosa pubertad mueven pechos bailarines en la libertad del sinsujetador y recuperan del olvido una escasa minifalda de ajustada cremallera lateral. Los parques y algunas calles se llenan de polen y de imágenes fugaces (para unos ojos de mirón —versión hispana del voyeur— pacientemente educado) sobre patines de colores chillones, deslizadoras piernas a un cuerpo pegadas y casetes silenciosos de cordón umbilical con diminutas orejeras metálicas. Y con el verano, los vuelos charter descargan sin prisa, pero sin pausa cientos de españoles, peregrinos de una imagen bastante descolorida y trapicheada en la que se mezclan libertades formales, viejecitas sonrientes de coloridos sombreros de rafia y redecilla, lores y comunes, té con leche, abortos de paso, exóticas aventuras en inglés, el Parlamento con reloj, Augusto Assía, los autobuses rojos y Shakespeare bebiendo cerveza con John Lennon; españoles que observarán con sorpresa que Earl's Court y Notting Hill han sido invadidos despiadadamente por árabes, colombianos, españoles y pizzerías, las viejecitas revuelven con desesperada avidez en los cubos de la basura en busca de un resto de hamburguesa en caja plástica made in USA y Augusto Assía no existe.

Londres ya no es lo que era. Aquel Londres de los 60 y pico y los 70, cuando creíamos que Disraeli y Churchill eran ejemplo de derecha civilizada que era como se comenzaba a llamar en España a los demócratas que habían sido franquistas pero ya no; cuando Fraga en traje rayado de lana inglesa explicaba a Alexis de Tocqueville en unas explosivas clases en Políticas; o cuando descubríamos a Dylan Thomas, aprendíamos inglés con «Los amantes de Lady Chaterley», se releía a Stevenson, incluso a Dickens y a Guillermo Brown y se apartaba a Pink Floyd, Jethro Tull y Pentangle. Pero el tiempo y el calor han comenzado a estropear bastantes de las instituciones sobre las que el imperio británico asentaba sus reales posaderas y algo huele mal.

Sin ir más lejos, el sábado 15 de junio, un muchacho de 17 años, Marcus Simon Sarjeant, sin empleo, que «pasaba la mayor parte del tiempo coleccionando sellos y pescando» (según relató su abuela a la Prensa), disparó seis tiros falsos con una pistola falsa contra la Reina Isabel, ese día Coronel en jefe de los Guardias de Gales, cuando encabezaba una ceremonia militar para turistas al lado del palacio de Buckingham. Un atentado contra la reina, es decir, un intento de atentado, o un intento de falso atentado, o una burla contra la más alta, respetada e intocable figura del país, como quieran. Y a las puertas del 29 de julio, la gran boda, el espectáculo del casamiento del príncipe Carlos con lady Diana Spencer, que va a dejar a la altura del betún aquellas de Rainiero y Grace Kelly o Baldomero y Fabiola, a la que se esperan cientos de miles de lectoradictos de «Holas», «Diezminutos» y «Lecturas» de decenas de países, que peregrinarán a la catedral de San Pablo, al Soho y a Portobello, y regresarán a sus pueblos cargados de baratijas con los retratos de los felices desposados. Aunque entre esos cientos de miles se pueden confundir peligrosos terroristas, aprendices de asesinos enamorados de juveniles actrices norteamericanas y niños con pistolas plásticas que pueden asustar a los caballos que pueden asustar a los jinetes que pueden asustar a los policías que pueden asustar a los secretos tiradores especiales.

Hasta se fugan ocho presos del IRA de una de las cárceles más seguras de Irlanda del Norte y tienen coches a la puerta esperándoles, en medio de Belfast y si te he visto no me acuerdo. Policías, soldados, perros, helicópteros, tanquetas, curiosos y periodistas buscan a los ocho fugados de una prisión especial para terroristas que no resultó ni tan especial ni tan segura. Y es que ni las cárceles son lo que eran.

¿Y el Partido Laborista? Otra institución en crisis galopante. Primero, la escisión de los moderados asustados por la radicalización de los sindicatos y las bases del partido. La señora Shirley Williams, David Owen, William Rodgers y poco después Roy Jenkins, completan «la banda de los cuatro» (como les calificó la Prensa) que constituye más tarde el Partido Social Democrático. Recientemente, el dirigente del ala izquierda del partido laborista, Tony Benn, anunció su candidatura a la jefatura del partido de cara a la Conferencia Nacional de octubre y levantó verdaderos dolores de cabeza a Michael Foot. Para colmo: Tony Benn acude a un hospital para hacerse unos análisis que descubran la razón de recientes ansiedades, molestias y dolores en las piernas y los médicos advierten una enfermedad del sistema nervioso que es producida por un progresivo envenenamiento de arsénico u otro veneno similar, o bien por alcoholismo. Pero Benn es un ferviente y empedernido bebedor de té, con lo que se han desatado los rumores, las sospechas y las acusaciones ante un método tan rústico y primitivo en el país partera de la democracia parlamentaria.

Uno, entre sudores veraniegos y lamentaciones, comienza a considerar seriamente si esto ya no es lo que era, si fue algo algún día, si ya no somos nosotros o si nos han estado tomando el pelo por años y lo normal es que las instituciones estén en crisis.■

Londres, junio de 1981

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

MAYO

27

¡Qué no hombre, que no! Que es en este país se vuelven locos contando. ¿Quién dijo que eran veintisiete los que asaltaron el banco Central de Barcelona?; ¿quién ■ dijo? Tonterías, hombre, ¿cómo van a ser veintisiete? Son once, como siempre. Uno, sí, era confidente de la policía, pero poca cosa: cuatro chivatillos de poca monta. ¿Qué se hablaban en términos militares? Lo normal, eso ■ lo normal.

Asalto al Banco Central de Barcelona.

Como están en paro, pues se pasan el día mira que te mira la televisión y, claro, así lo aprenden todo: se enteran de cómo se llama las armas militares, saben bien lo de Tejero y los demás, y un día, charlando entre tragos uno va y le dice al otro: «oye tú, chorizon número uno, que qué te parece si vamos a la sede central del Banco Central, cavamos un túnel que pase por debajo de donde el Rey presidirá el desfile militar el próximo domingo y les gastamos una broma al país?». Y el otro le contesta: «A sus órdenes». Y así se animó la cosa.

Calvo Sotelo, con ■ gracejo que le caracteriza, continuó la historia diciendo que un ultraderechista lo había organizado todo. Lo explicó en el congreso. Pero no era nada de eso.■

28

Y ya se ve por las nuevas fotos publicadas que son chorizos, maccarras y anarquistas. Se les ve enseguida. No hay nada mejor que una foto a tiempo que mil palabras de periódicos. Se sigue deteniendo a ultraderechistas pero ■ salen las fotos ni nada. Si sale la de Miguel Castells a quien el Senado ha autorizado a procesar por presuntas injurias al Gobierno y a las fuerzas de seguridad en un artículos publicado en junio de 1979 en «Punto y hora de Euskal Herria».■

29

La policía no dice nada de sus investigaciones sobre el asalto al Banco. Ha detenido a Alberto Royuela. También a otro «ultra» José Antonio Asiego, pero ha sido ya puesto en libertad: «Me han encerrado en una celda y luego me han soltado pidiéndome perdón», ha declarado. Parece que estas detenciones nada tienen que ver con el asalto al Banco; el personal está preocupado por el desfile del domingo y eso es todo. Preocupado también, cómo no, por la llamada neumonía atípica, nombre extraño que tiene una enfermedad que mata. Extraño porque algo que mate en España se llame atípico.

Para desengrasar, para olvidarse, la gente no hace más que comentar el programa que anoche emitió Televisión, presentado por Carmen Maura y dirigido por Tolo en el que el escritor Manuel Vicent (compañero del alma, compañero, si no te entada el parentesco) medio entrevistó a algunos de los que sufrieron su agudo análisis en las páginas dominguera de «El País» antes de que, nadie sabe por qué, le quitaran de allí. A Vicent, ■ parecer, le quitan de muchos sitios porque ahora dicen que no le van a dejar salir más en Televisión ni en la radio ni en nada. Vicent, hijo, te ha tocado la china. Estuviste soso en el programa pero escribes de maravilla. Yo creo que no ■ perdonan lo segundo.■

30

Y hoy, por la mañana, la Televisión se transforma en un gran desfile militar que algún periodista extranjero dice que recuerda a los más grandes desfiles del mundo; los soviéticos ante la plaza roja de Moscú.

Mientras tanto, los rehenes del Banco Central, muertos aún del miedo, reconstruyen el atraco: «Desde el primer momento supimos que el móvil de los secuestradores no era el dinero», dicen refiriéndose a los chorizos numerados y escalafonados.

Pero el miedo puede surgir por cualquier sitio. No sólo al ir a un banco a cobrar un cheque (el miedo, en este caso, suele estar en saber cómo vives con la cantidad que generosamente te otorgan los editores por tu trabajo), sino en coger un metro en Madrid porque los vigilantes, como se te ocurra mirarlos, te propinan una paliza que te lleva al hospital: fue eso, al menos lo que ocurrió el pasado día 19 al subdirector general de Medio Ambiente del Ministerio de Obras Públicas, José Antonio Errejón, y que hasta hoy no ha publicado la prensa. Miedo puedes tener si los chicos de Fuerza Nueva ponen un cartel en tu tienda y se te ocurre quitarlo, porque la paliza entonces no será menor; le ha ocurrido a Pedro Candela Zoyas, de 73 años, que se encuentra ahora ingresado en La Paz, en estado de coma. Puedes tener miedo de ir y contar por ahí las versiones oficiales de los hechos porque pocos días después te enteras, por otras versiones no menos oficiales, de que las primeras no eran ciertas; eso sigue ocurriendo con el asalto al Banco ya que la policía mantiene que eran chorizos, a pesar de lo que dijo el Gobierno, y a pesar de la grabación telefónica que hoy publica «ABC», de Madrid en la que el jefe de Policía de Barcelona hablaba con los asaltantes como si se tratara de «gente de honor» y «patriotas». Mucho patriota suelto con metralleta en la mano.■

31

Se sigue investigando todo. En algunos casos ya se sabe que la investigación no acabará nunca. En otros, en cambio, el procedimiento se hace más urgente, más diáfano. El juez Angel Tortosa, designado para instruir el sumario sobre la muerte de los tres jóvenes santanderinos muertos misteriosamente en Almería, ha propuesto el procesamiento del teniente coronel jefe de la circunscripción de la Guardia Civil de esta provincia.■

JUNIO

2

Pero hoy se desmiente.■

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

3

Alberto Royuela ha sido puesto en libertad. Dice que ha convivido con los asaltantes en la cárcel y que no les han tocado ni un pelo; lo dice como criticando, el hombre.

A los que dicen hoy que sí se los van a tocar es a Tola y a Carmen Maura (Vicent tiene poco, ya). «Empieza la caza de brujas en TVE», dice el titular de «Diario 16», buscando siempre titulares donde hay un poco de verdad; porque la cosa está que arde. Tras el oeste de Gabilondo (contra el que los partidos no han protestado, en su lugar fomentan la

Alberto Royuela.

confusión entre el programa sobre la OTAN –en el que Gabilondo nada tenía que ver– con el del paro, del que apenas se habla), hay llamadas de atención para «Esta noche», dicen que haciendo caso de las numerosas cartas de protesta que llegan a Prado del Rey, como si en este país se escribiera alguna vez a favor, como si las cuatro circasianas que han salido en la pequeña pantalla explicando por qué les parecía horrendo el programa de Tola hubieran dado una sola justificación seria, una sola razón defendible, Constitución en la mano.■

4

Ya se conoce la versión oficial de la Policía sobre el asalto al Banco Central: no hubo móviles políticos. Nada de nada. Solo querían el dinero. «No hay ingredientes ideológicos, políticos o sociales.» Así de claro. Tampoco eran anarquistas. De modo que la primera versión que dió Calvo Sotelo en el Parlamento, rien de rien, que dicen los franceses, amantes, como se sabe, de la novela policíaca, y de los legendarios mares del sur. Quizá por eso han concedido el Premio Internacional de Literatura a Vázquez Montalbán, por su novela, hace un año premio Planeta entre nosotros. Antes se hubiera dicho que era por apoyar la democracia española pero no creo que a estas alturas a nadie se le ocurra tal disparate. Se premia la imaginación y la tendencia social a la literatura negra, a la confusión y al misterio. Y naturalmente al optimismo del escritor catalán, capaz de aclarar las cosas en unas páginas. Bendita ingenuidad.

Los franceses están hoy de moda. El Tribunal que ha analizado la demanda de extradición del presunto miembro de ETA M, Tomás Linaza (acusado de la muerte de sus guardias civiles, de la de un concejal de Irún, de un delito de robo a mano armada y de la colocación de explosivos) se ha pronunciado favorablemente, dejándole ahora la papeleta al Gobierno para que sea éste quien definitivamente consienta en ella o no.■

5

Al simple hecho de informar se le empieza a llamar aquí «intoxicación». No otra cosa se desprende de los comentarios de los parlamentarios y sucedáneos ante la incompatibilidad que ahora hay entre la versión oficial y la que Calvo Sotelo dió en su día. Fue «apresurada» dice él mismo en el amplio reportaje que TVE le concede hoy al celebrarse sus 100 días como presidente del Gobierno.

Leopoldo Calvo Sotelo

Donde no parece haber «intoxicación» es en el caso de las víctimas del suceso de Almería: es posible que exhumen los cadáveres para averiguar finalmente cómo murieron. El semanario «Mundo obrero» dijo en su último número que uno de ellos fue fusilado y que los otros dos murieron por torturas. Desde luego, parece que no fueron «interrogados» en la comandancia de la Guardia Civil.

Y según avanzan las pruebas periciales se llega a conclusiones bien distintas a las expuestas en primer versión por la Guardia Civil. Un abogado del Estado interviene en el asunto.■

6

Sale uno a la calle a ver en qué consisten los cien días esos que se celebran ahora, y se lo de siempre: los vendedores ambulantes corriendo como locos cargados con sus bandejas de chucherías e inutilidades, perseguidos por policías municipales que no quieren que los grandes ni pequeños almacenes pierdan ni sufran. Atrapados los vendedores, tendrán que ocultarse (¿quién puede vender oculto si no es vicio?) o dejarse morir tranquilamente. La crisis no los quiere. Por lo tanto, no compro nada. Quizás el año que viene cuando los salarios suban entre 9 y un 11 por ciento pueda adquirir algún suelto dorado. De momento, sólo el periódico. Y por él me entero de que en San Sebastián ocurrió anoche el primer atentado mortal del mes: un cabo primero de la Policía Nacional ha perdido la vida al estallar un artefacto que se había colocado junto a la furgoneta en la que viajaba junto a otros cuatro policías, que aunque también han sufrido heridas, no se encuentran en estado grave.■

7

Da pie esta noticia a que se hable de una nueva radicalización de la violencia en Euzkadi. Xabier Arzallus, presidente del PNV lo explica claramente: «Si quieren poner de verdad las bases para acabar con el problema de la violencia, tienen que empezar por reconocer en voz alta lo que saben y no se atreven a decir por unas u otras razones: que sigue habiendo torturas. Pretenden que el pueblo colabore con la erradicación de la violencia y olvidan que los cuartelillos son nido de ella.»

Es una preocupación general. Los intelectuales, reunidos como antes de la paz, declaran en las conclu-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

siones de las jornadas sobre terrorismo y democracia que «la crítica al terrorismo puede interpretarse como un apoyo al aparato del Estado» pero que hay que reivindicar el «poder criticar al terrorismo y a la vez al Estado, que no ha encontrado otro camino para combatir este fenómeno que la utilización de medios anticonstitucionales».

¿Es terrorismo firmar documentos en favor del derecho al aborto? La policía municipal madrileña (la que persigue a los vendedores ambulantes con auténtica pasión ¿y saña?) forcejeó también con varias damas que estampaban su adhesión en los pliegos que circulaban por la ciudad ayer por la tarde. Mesitas estratégicamente colocadas solicitaban apoyos al sobreseimiento del juicio que contra once mujeres bilbainas acusadas de haber abortado hace ya siglos va a verse dentro de unos días.

Aquí se tarda mucho en aclarar las cosas, tardamos eternidades en enterarnos de cómo eran realmente. Veintidós años después de su realización se estrena en España «La dolce vita», de Fellini, y nos damos cuenta de que no era para tanto, de que se nos ha escamoteado –una vez más– el derecho a decidir por nosotros mismos lo que queremos ser.■

9

No todo es tan sórdido. Martín Villa se colora clavelitos en el ojal y se lanza al Rocío con una sonrisa horizontal que asusta en la portada de los periódicos. También se divierte mucho Jaime García Añoveros pero a él no le retratan.

Mientras tanto, ingresan urgentemente en La Paz al «grapo» Crespo Galende, que se mantiene en huelga de hambre desde hace ochenta días (junto a otro seis compañeros suyos) como protesta por las condiciones de vida en la cárcel de Herrera de la Mancha.

E ingresan también en unos hospitales a siete policías y dos mujeres, heridos en la manifestación celebrada en el barrio madrileño de Leganés donde se celebraba una manifestación legal reivindicando un hospital para esta población. Dicen los miembros de la corporación Municipal que los incidentes comenzaron con una inoportuna actuación de la Policía.■

10

Habrá notado el agudo lector que este mes no salgo a la calle ni por pienso. Aburrimiento de salir de noche. Calor de día.■

11

Y por no salir no me entero de cómo detienen a los vendedores ambulantes que van por la vida comerciando pegatinas de Tejero, affiches propagandísticos, falsos billetes de cinco mil pesetas con su siniestra imagen resaltando el Congreso, fotos en llaveros para cerrar España. No son los primeros que detienen, pero son enseguida puestos en libertad porque lo que parece no hacen apología de nada, no venden nada, no hacen nada. Sólo los ambulantes de cachibaches son perseguidos. Supongo que hasta que vendan pegatinas de Tejero en los grandes almacenes.

Matan a un policía municipal dos atracadores de una oficina de recaudación de impuestos en Madrid.■

12

Viene a España Manuel Puig, el autor de «El beso de la mujer araña» y sufre varias entrevistas donde se le pregunta sobre libros que no ha escrito. Se queda perplejo mirando el país y, por la noche, nos baila como los ángeles del Hollywood de los treinta. Pepe Martín y Juan Diego (¿qué tal Marichal?) jalean a su autor y, en los ratos libres, contentan las cosas del día, que todos, en actuaciones teatrales, hemos ido también charlatanejando entre copas y copas de Liébana, el pintor que pinta con amor. Los aficionados a los toros,

la proeza del espontáneo que saltó en Las Ventas con una muleta que decía «Viva la Constitución» y pedía al revés el Nobel para el Rey. Los deprimidos por el susto colectivo, ahogan en alcohol la angustia de las cuatro nuevas víctimas de la atípica. Los optimistas históricos (que siempre hay alguno en estas fiestas) la presentación que ha hecho hoy la acusación particular del caso de los tres jóvenes muertos en Almería de una solicitud de procesamiento por asesinatos; afecta la petición a varios guardias civiles implicados en el caso; y que, entre otras cosas, hoy mismo ha sabido que la guardia civil impidió que unos pescadores ayudaran a las víctimas cuando se incendiaba el coche en que se encontraban las víctimas.

Mujeres arañas, mujeres panteras... La verdad cotidiana es otra: son las acusadas de abortistas que van a ser juzgadas ante la indignación de las demás mujeres de España (de una gran mayoría, como se dice); las mujeres en paro que se manifiestan ante el Ayuntamiento de Madrid pidiendo trabajo (y que quieren, además, que las empresas que las contraten tengan beneficios fiscales por ello); las mujeres (y los hombres, claro) que no pueden ver ya la película «Rocío», prohibida en todo el territorio español, como en los viejos tiempos en que se prohibía y prohibía todo como deporte nacional. No está mal por todo eso la velada con Manuel Puig, excelente y serio escritor, que emula las mujeres mágicas del cine de antes. Las de ahora, las de verdad (las de antes no lo eran) han perdido esa magia de sueño del cine. Abortan contra la voluntad de unos padres o se ven obligadas a comprar aceite a granel que resulta ahora que es el que produce la famosa y mortal neumonía. La mujer es siempre atípica.■

14

Los guardias municipales madrileños, encolerizados con

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

el asesinato de uno de sus compañeros, han desatado sus furias contra los espectadores de un circo ambulante porque éste carecía, al parecer, de la oportuna licencia.■

15

Y hoy llegan de nuevo noticias sobre los mismos guardias municipales que han arrojado con parecida violencia a las mujeres que se encerraron en el Ayuntamiento para protestar por el juicio bilbaíno contra las once presuntas abortistas. Veinticinco heridos es el balance de esta expeditiva forma de disolver una manifestación contra la violencia.

Alucinado se habrá quedado el ministro francés de Relaciones Exteriores que ha visitado Madrid estos días sin abrir la boca en lo que se refiere a la posible extradición de Linaza. Alucinado se quedará también el Rey Jaled de Arabia Saudí, que llega hoy, también a Madrid, para conversar sobre esas cosas que hablan siempre los jefes de Estado.

Alucinados nos quedamos todos por lo menos cuando, con este calor, que dicen que es el mayor registrado en el siglo, los guardias municipales arremeten contra los que quieren divertirse al aire libre o exponer una opinión tan opinable como la de quienes opinan lo contrario.■

16

Y seguimos alucinados cuando nos enteramos de que en Guadalajara un guardia civil mató de un tiro a quemarropa a un muchacho de veintiocho años en la puerta de una discoteca sin que la versión del Gobierno Civil coincida con la de quienes presenciaron el hecho.

Continuamos igual al saber que al terminar un mitin de Blas Piñar en Alicante, se pide «Libertad para Tejero» y la policía disuelve, esta vez pacíficamente, las manifestaciones que se produjeron.

Y cuando leemos que, a pesar del frío colectivo, se inicia hoy por fin el juicio contra las once abortistas, tras cinco años de haberse abierto el sumario. Día negro que coincide con el comienzo de la discusión en el Senado de la presunta ley de Divorcio.

Pero la confusión y el desánimo continúan cuando llegan noticias de una mujer policía que ha muerto en el País Vasco cuando, al parecer, realizaba, junto con otras fuerzas de Seguridad, un intento de detención. Las noticias son, dicen los periódicos, muy confusas, y según traten de explicarlas, más confusas nos parecen a quienes ya tenemos la capacidad de leer entre líneas (¿o la han perdido quienes nos escriben?).■

17

Lo único claro ■ que se ha suspendido por segunda vez el juicio de Bilbao. ¿Por qué no sobreseerlo de una vez por todas? Ganas de nuevas carreras, de nuevas convocatorias de grititos femeninos (y masculinos, claro), de golpes de porra en las espaldas de las señoras (que sí que tienen espalda: a ellas van directamente los guardias municipales y los otros), ganas, en fin, de que no nos normalicemos nunca. Hay una excelente película de Cecilia Bartolomé y su hermano José («Después de...»), donde uno de los capítulos se dedica al aborto. Impresionante documento callejero donde las viejas amas de casa opinan sobre el tema; ancianas que no van a las manifestaciones pero que tienen también una idea clara de la libertad, del derecho a disponer de sí mismas, a exigir medios para no tener que ser juzgadas. No sé cuándo se verá la película. Quizá, mañana; a lo peor, nunca.■

18

En Gerona han muerto cuatro presuntos «grapo» en enfrentamientos con la Guardia Civil. Y en Torrejón han internado en la UVI a un vecino que charlaba con unos amigos en el portal de una casa y fue agredido con un palo por un guardia municipal que se topó con los allí reunidos; tampoco coinciden las versiones oficiales con las de los asistentes al hecho, pero como ha ocurrido también en los demás casos, el guardia en cuestión a nada puesto a disposición judicial.

Confusas son igualmente las versiones que siguen apareciendo en torno a la noticia de la mujer policía muerta en Zarauz; las trayectorias de las balas no parecen situar su origen en el lugar donde se encontraban los presuntos terroristas, sino donde estaba la Policía, y se duda de la existencia de las granadas de mano de las que habló el comunicado oficial ya que no hay señal alguna de su explosión.■

19

El forense contradice ya hoy directamente la versión oficial: que la bala que mató a la mujer policía penetró por detrás de su nuca.

No entiendo nada. Admiro a quienes en la misma situación son capaces de escribir con brillantez, de ver más allá de lo obvio (que es lo único que veo yo), a jugar con el lenguaje y crear fascinaciones asombrosas. Umbral, por ejemplo, en su novela «A la sombra de las muchachas rojas» inventa y desinventa, recrea y se destruye, jugando sobre su mismo enredo de este barrizal de notas oficiales y contracomunicados, de descabellamientos y risas que acaban en sangre.

Por este camino, nunca saldré de pobre...

Porque, además, es que no entiendo de nada. Cuando veo a cientos de catalanes cantando y bailando por las calles lo relaciono con la proyección, hace unos días, en Televisión, de la película «Mariona Rebull» pero resulta que era por no se qué del fútbol, que habían ganado la copa del Rey, decían. No sé cómo le habrá sentado la noticia a Pujol.■

20

Quizás «El Lute» (¡que mamá con que le llamen Eleuterio con la larga que es!) estuviera danzando también. Ya es hombre libre. Hace días apareció en el denostado programa de la pobre Carmen Maura (¿qué hace una actriz como tú diciendo todas cuatro esas?) demostrando la necesidad de su indulto. Y tenía razón el hombre. Lo curioso (aquí puede parecer todo curioso o simplemente monótono; depende del calor, del ingenio y de las ganas de poner paréntesis) es que en esta ocasión no se ha felicitado a Tola, director del pro-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

grama; lo curioso es que desde que, al parecer, el hombre se ha venido a las «razones» sugeridas desde la prensa ministerial, a las llamadas de atención de Castedo (¡ojo, que le echo como dentrásires que Televisión y el país han cambiado!) y a las cartas insultantes de algunos telespectadores, no se le felicita, no se le jalea, no se le premia: ha hecho el programa más vivo y polémico y sólo se le recuerda para el insulto.

Cinco nuevas víctimas de la armonía. Se asegura haber descubierto el origen en el dichoso aceite de colza. Pero el envenenamiento continúa. Ha muerto también el «grapo» Crespo Galende, tres meses en huelga de hambre; se negó a interrumpirla porque no le convencían las buenas palabras ofrecidas respecto al mejor trato que iban a dar a las presas de Herrera de la Mancha. Quería pruebas, decisiones claras: no lo consiguió. ¿Quién se la iba a asegurar en este país de inseguridades? ■

21

Aquellos colegios, úteros de nuestra infancia, sin luz ni maestros, dirigidos por la negra paz de la derecha, también se han vuelto inseguros. Ese mismo mes, en el «Santamarca» de Madrid un grupo de jóvenes de extrema derecha rompían cristales y golpeaban a algunos alumnos significados por su ideología izquierdista ante la impavidez de quienes consideraban que sólo eran responsables de lo que pasaba portal adentro. Y ayer mismo, en la sección preescolar del «Estados Unidos de América», otros jóvenes ultras (o los mismos, que nunca se sabe) arrasaron las aulas, pintarrajearon un retrato del Rey pintaron «Viva Cristo Rey» por

Fuerza Joven

todas partes... aún no se sabe por qué. Y ese mismo día un militante de Fuerza Joven es víctima de su propia bomba que no llegó a colocar. Con motivo de este incidente (!) se detienen a miembros de la agrupación y ésta protesta ofreciendo una versión distinta a la policial.■

22

Y Ramón dice que el terrorismo de ETA es más peligroso que el de la ultraderecha. Lo dice en alemán en el semanario «Der Spiegel»: «La ultraderecha quiere el golpe de Estado; constituye un peligro político pero nada tiene que ver con el terrorismo.» Me cargo de espaldas y me meten en la cama. Mal principio de semana. ¡Con lo desvalido que ya estaba uno durante todo el mes!...

Corren noticias alarmantes sobre un accidente sufrido por el Rey. Se resbaló al zambullirse en la piscina de La Zarzuela y dio contra unos cristales. «Diario 16» publica al fin a grandes titulares como siempre que «Pasó el susto» mostrando una sonriente foto de Juan Carlos con brazo en cabestrillo.

La alarma, sin embargo, sigue cundiendo para los asustadizos: dos nuevas víctimas de la neumonía. Y cunde también para lo que llaman el «orbe católico» porque el Papa ha recaído tras su breve restablecimiento del atentado del joven turco. Malo cara tiene en las fotografías: dicen que padece una infección misteriosa.■

23

Malas noticias por lo tanto, para uno, que sigue en cama. Me levantaría corriendo para hacer cola (como habrán hecho ya muchos) si tuviera que divorciarme. Pero, afortunadamente, no tengo de quién. Se aprobó ayer en el Parlamento –definitivamente, quién lo iba a pensar– la ley propuesta por Fernández Ordóñez. La familia de UCD, más divorciada que nunca, se ha tirado los votos a la cabeza, pero se ha mantenido, pese a todo, ese sentido común que hace muchos años había aún en el país. Con un poco de paciencia lo recuperaremos todo. Es bonito este final del «diario»: las películas cursis acababan antes en boda. Para ser brillante, en divorcio, hoy. Enhorabuena, pues Merche, Carmela, Alfonso, Paloma, Eduardo, Pedro, y vosotros que os casáis la semana que viene, aunque todavía no se por qué.■

24

La huelga con que de nuevo amenazan los médicos madrileños, la huelga de cada mes, la huelga en la que siempre se mezclan reivindicaciones que afectan a la situación general de la Medicina en España con otras particulares en defensa de ciertos privilegios, por otra no menos espeluznante doy un salto de maravilla y me pongo en pie: tres militares de graduación y cuatro civiles han sido detenidos como presuntos implicados en un nuevo (¿nuevo?) intento golpista. El comandante Sáenz de Ynestrillas, compañero de Tejero en aquella «operación Galaxia» es uno de ellos. Entre los civiles figura también el escritor Angel Palomino, aunque la confusión de las primeras noticias no hace saber con exactitud qué está pasando realmente con cada uno de esos detenidos... Lo importante, en cualquier caso, es que esta es la primera vez –que yo recuerde ahora, al menos– que la Poli-

Sáenz de Ynestrillas.

cía se adelanta a los acontecimientos, que no nos sorprende la hecatombe en primer lugar y las versiones contradictorias y confusas, luego. Se investiga a la extrema derecha, esa que dice Ramón que sólo ofrece problemas políticos, pero no roza el terrorismo; lo dijo, como se sabe este mismo ministro que ahora debe investigar este intento golpista del que algo se

LECTORADO DE ESPAÑOL EN DINAMARCA

En la Universidad de Odense quedará vacante un lectorado de español para el 1 de septiembre de 1981. El lector tiene que tener como lengua materna el español. Puntos de interés especial: la actual literatura social crítica, metodología literaria actual, problemas de Dependencia, y movimientos de liberación, la lucha cultural y los mass-media en Latinoamérica hoy. Será considerada una ventaja el conocimiento del inglés o alemán, y el interés por los problemas pedagógicos. Sueldo anual: dólares US 21.420. Hay que dirigir trabajos (y curriculum, exámenes, etc.) a Romansk Institut y enviarlos a: Odense Universitets Administration, Campusvej 55, 5230 Odense M, Dinamarca, antes del 7 de agosto, escribiendo en el sobre: stilling nr. 1708.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

ha sabido por la bomba que le estalló hace unos días a un militante de Fuerza Joven.

El terrorismo de otro signo continúa también en activo. Un coronel mutilado, herido anteayer en Irún se encuentra en estado de coma.

Salto, pues, de la rama y me dispongo a conocer la Feria del Libro de este año. De la misma forma que ahora hay que ver las películas el mismo día de su estreno antes de que sean secuestradas (-Rocío-, ¡ay mi Rocío!), conviene agenciarse los libros antes de que los lean los del PNV: el alcalde de Bilbao con el apoyo de sus concejiles pertrechitas ha organizado una pira inquisitorial para sacrificar los mil ejemplares de un libro de cuentos que el propio Ayuntamiento había premiado. Se han quedado horrorizados los pobres timoratos porque en el cuento escrito por el ganador Jesús Fernández de Retana (diecinueve años) hay muchos tacos y expresiones malsonantes. Y no quieren los del PNV que se digan tacos, coño. Así que para depurar el castellano y no ofender la sensibilidad de quienes no han leído hasta ahora ningún clásico, queman y queman los del PNV, seguros y tajantes, partiendo de viso a España que, paradójicamente quiere ardidamente conocer ahora la obra de este joven inmolado en defensa de no se sabe qué arcaico buen gusto. Fuego santo, fuego analfabeto, grotesco e indignante, que sacrifica el dinero de quienes ya no pueden conocer la obra premiada, de quienes tendremos mucho cuidado en no decir palabra gruesa alguna no nos quemen también a nosotros.■

25

Pero el PNV es hoy otra vez noticia por un hecho opuesto, sangriento y triste: dos jóvenes de veintiséis años han sido acribillados a balazos en el interior de su coche: uno de ellos militaba en el PNV. Reivindican su asesinato organizaciones de extrema derecha aunque la Policía piensa que ha sido ETA militar por los gritos que, al parecer, lanzaban los asesinos mientras disparaban.

Y es también noticia el partido vasco porque Garaikoetxea viene a Madrid con cara tensa a discutir con Calvo Sotelo la situación del proceso autonómico. El presidente del Gobierno le espera de uñas, dispuesto a llamarle la atención sobre la necesidad de cumplir compromisos de entrevistas anteriores. «Garaikoetxea vende frustraciones», dicen en Madrid. «Discrepamos profundamente –dice el lehendakari–, en el desarrollo de la autonomía.»

Pero no está la gente por la labor. Interesa más, mucho más, saber qué está ocurriendo con los detenidos de ayer. Se ha ordenado prisión preventiva para los tres militares, se ha detenido (entre otros) a dos hijos del comandante Sáenz de Ynestrillas, se ha descubierto que una funcionaria de la Presidencia del Gobierno ayudaba a espiar las comunicaciones oficiales y que varios civiles más se encontraban relacionados con el caso...

Carlos Garaikoetxea.

El país ya sabía que la cosa no había quedado resuelta. No era normal que, Tejero encerrado, la apología de su hazaña estuviera en libertad como si se tratara sólo de una bravata de algunos románticos en la represión. Quizás acabe siendo verdad que se quieren eliminar los intentos golpistas. Quizá, incluso, puedan conseguirlo. Numerosos intelectuales estudian ahora la posibilidad de afiliarse al PSOE como forma de hacer fuerte a la oposición, como manera de superar el «desencanto» y ayudar a aclarar las cosas. Empieza a respirarse, brevemente, un nuevo clima.■

26

Porque siguen las detenciones. Cuatro civiles más, otro militar (comandante también). No hay, sin embargo, una información clara sobre lo que está ocurriendo, sobre la manera en que la policía se ha enterado de lo que se cocía otra vez contra este pobre país. Informar no quiere decir aquí lo mismo que en otros sitios. Pobre, pero imaginativo país éste que sabe (o a veces sólo cree saber) cuándo las cosas son como se las dicen o cuándo no.

Lo de Almería, por ejemplo. Ahora, que los guardias civiles implicados en la muerte de los tres jóvenes santanderinos han sido procesados por homicidio (aunque no por asesinato) sólo se ha confirmado la sospecha popular surgida desde el primer momento. Una nueva interrogante se abre. Millones de ojos esperan soluciones, claridad. España se desengrasa contra reloj.■

ES UN NIÑO QUE NECESITA AYUDA

Ahora, por mil pesetas al mes, podeis asegurarle una pensión de orfandad

Todos necesitamos ayuda.
Pero este es un niño deficiente y necesita más ayuda. En la formación, en la enseñanza, en la incorporación al trabajo, en su inserción social.

La más eficaz de todas es la ayuda de la familia. Pero un día este niño puede quedarse solo. Y es muy importante asegurar su futuro.
Para eso se creó la Mutualidad.

MUTUALIDAD DE PREVISION SOCIAL PARA AYUDA A SUBNORMALES

CONSULTENOS: Villanueva, 27
Tel. 276 07 23 - Madrid-1

Deseo recibir más amplia información sobre la Mutualidad

D.
Domicilio
Población
Tfno

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 98. TELS.: 221 53 64 y 06 - MADRID-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre ..... Apellidos .....
Domicilio ..... Teléfono .....
Población ..... D. Postal .....
Provincia ..... País .....

Suscribanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de .....
Deseo recibir los ejemplares por correo .....
Señalo con una cruz ☒ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)
☐ Dos años (24 números)
☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.
☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)
☐ He enviado giro postal n.º ..... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial – Madrid».

Sr. director — Banco / Caja de Ahorros — (táchese lo que no corresponda)

.....
Domicilio de la Agencia .....
..... Población .....
Titular de la cuenta .....
.....
Número de la cuenta .....

Sírvanse tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TRIUNFO.

Fecha .....

Envíennos también este boletín a CEMPRO. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

Atentamente
(firma)

TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año	1.750	1.990	1.750
	2 años	3.225	3.705	3.225
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año	2.990	3.590	3.518
	2 años	5.450	6.650	6.506
AMERICA Y AFRICA	1 año	2.990	3.590	4.298
	2 años	5.450	6.650	8.066
ASIA Y OCEANIA	1 año	2.990	3.590	4.698
	2 años	5.450	6.650	9.268

● Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.
● Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 15 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de archivos mecanizados.
● TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones o revistas excepto con DIPEC, S. A., de Madrid, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o a través de DIPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

RELACIONES PUBLICAS

DORADOS Y POLICROMIAS DE M.ª FRANCISCA SANCHEZ MENENDEZ

María Francisca Sánchez Menéndez ha presentado recientemente en la «Casa de Cultura» de Alcalá de Henares una exposición de sus obras, esencialmente dorados y policromías, en un intento de dar a conocer esta especialidad artística tan poco extendida y practicada. La muestra ha sido promovida por la obra cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid.

SEAT PANDA: «COCHE DEL AÑO ELEGIDO POR LA MUJER»

La Red de Emisoras de Radio Cadena Española, en su programa «Nosotros al volante», que realiza Marisa Robles, ha organizado la votación del «Coche del año elegido por la mujer», incluyendo los modelos nacionales presentados. Por gran mayoría, entre los miles de votos recibidos, fue elegido el Seat Panda, considerando que era el modelo más apto para la conducción femenina, por su agilidad en el tráfico, sencillez mecánica, seguridad pasiva e incluso línea juvenil. El 37 por ciento de las matriculaciones han sido para un público femenino.

El sistema de puntuación aplicado ha sido el tradicional que se emplea para la votación del Coche del año en Europa entre expertos del automóvil.

Con motivo de este nuevo premio al Panda, el director de la Emisora Central y el director gerente de la Cadena, señores Pérez de Lema y Fernández Lozano, hicieron entrega al presidente de Seat, Juan Miguel Antoñanzas, de una placa conmemorativa. El acto tuvo lugar en el Zoo de Madrid, uno de los pocos de todo el mundo que cuenta con dos osos panda. Como se sabe, los panda, siendo ejemplares fueron regalados a Su Majestad el Rey con motivo de su viaje a la República Popular China, y actualmente han alcanzado su completo desarrollo, con más de 90 kilos de peso.

Por parte del Panda-coche, Seat ha fabricando más de 75.000 unidades, estimando que las entregas a conductoras femeninas pasan del 37 por ciento, porcentaje éste no alcanzado por ningún otro coche, ni siquiera en los últimos años del modelo 600.

NUEVO PRESIDENTE PARA CANON NAMSTERDAM N.V.

En la Asamblea General de Canon Inc., que tuvo lugar en Tokio (Japón), fue nombrado presidente de Canon Amsterdam N.V. (Cuartel General de Canon para Europa, Africa y Oriente Medio), el señor Keiski Fukuda.

El señor Fukuda, que se graduó en 1956 en la Hitotsubashi University de Tokio, comenzó en el Departamento de Exportación de Canon su ascendente carrera dentro de la empresa, ocupando, entre otros, los cargos de director de Exportación de Foto Canon Inc., vicepresidente de Marketing Canon USA Inc. (Cuartel General de Canon para Norteamérica y Canadá) y el de vicepresidente de Canon Amsterdam N.V., cargo que venía desempeñando hasta su reciente nombramiento.

SOMOS 36 MILLONES DE DONANTES

Hoy en España, la vida de muchas personas depende de una máquina. De muchas más personas depende el que esa vida cambie. Porque para los enfermos renales, un transplante de riñón es la vida. Sin embargo, para conseguirlo hacen falta donantes. Personas para quienes salvar vidas esté por encima de todo. Afortunadamente, hoy en España, la ley nos hace a todos donantes de riñón. Y somos nada menos que 36.000.000. Por eso, salvar una vida es ahora más fácil. Porque donar un riñón es regalar vida. Si quiere hacer un buen regalo, póngase en contacto con Alcer.

Donar un riñón es regalar vida.

ALCER

Asociación para la Lucha Contra las Enfermedades Renales

Si desea más información,
sobre las actividades de Alcer, diríjase a
ALCER
(Asociación para la Lucha Contra las Enfermedades Renales)
C/. Arzobispo Morcillo, 4 - Madrid-34
Teléfono: 215 64 [illegible]

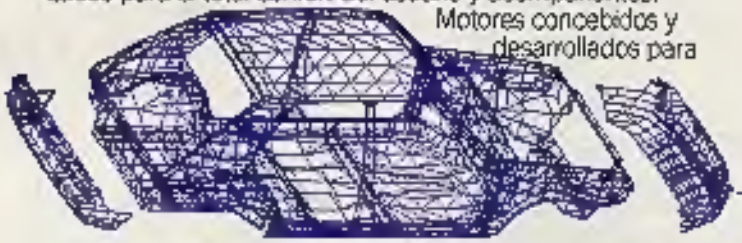
TAMOSA 008

LOS NUEVOS SEAT.

Así los fabricamos:

Tecnología Seat de vanguardia.

Diseños exteriores de acuerdo con los más modernos conceptos de la aerodinámica. Diseños interiores racionalizados para el total confort del usuario y acompañantes. Motores concebidos y desarrollados para



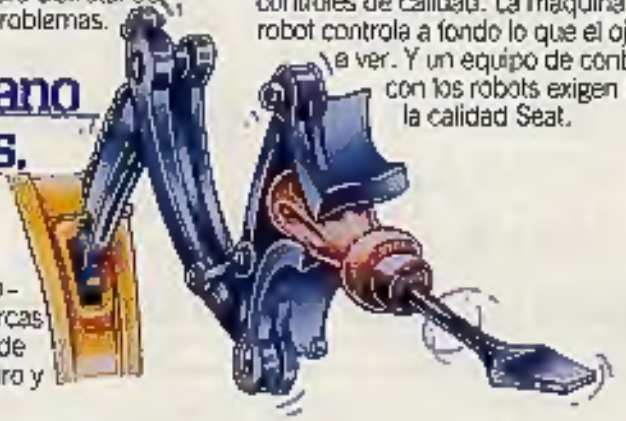
satisfacer las necesidades y exigencias del conductor de hoy. La tecnología más evolucionada para disfrutar del placer de conducir con el mínimo de problemas.

Todo bajo control.

Los Seat pasan los más rigurosos controles de calidad. La máquina, el implacable y exigente robot controla a fondo lo que el ojo humano no alcanzaría a ver. Y un equipo de controladores expertos junto con los robots exigen la única calidad: la calidad Seat.

Hechos a mano por robots.

Seat "robotiza" sus líneas de fabricación para obtener una calidad más uniforme en sus coches. El nivel de su mecánica, de sus acabados y prestaciones está a la altura de las primeras marcas europeas. Para que ni un fallo le prive de disfrutar de su coche. Para ir más seguro y obtener notables ventajas.



SEAT

Cuidamos de su coche. Cuidamos de usted.